



*i Préstame tu
corazón!*

IRIS BOO

Serie "Préstame" 5

Préstame tu corazón

Iris Boo

1ª edición: abril 2019

© Iris Boo

Imágenes: Pexels

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Préstame tu corazón

Serie préstame 5

Prólogo

Viktor es un Vasiliev; y los Vasiliev son más que un apellido, más que un grupo de personas unidas por la sangre. Vasiliev es más que una familia; es la ley, es un dogma de fe por el que se rigen todos y cada uno de sus miembros, y todas y cada una de las personas que trabajan para ellos. Y la ley Vasiliev se cumple, no se discute. La acatas o pagas las consecuencias. Yuri Vasiliev impuso sus normas hace mucho tiempo, y el que estuvo dispuesto a acatarlas empezó a trabajar para él. Hoy Yuri es el cabeza de familia; junto a sus cuatro hijos y su yerno, conduce y maneja un gran imperio de más de 12 empresas, 5 sociedades, miles de trabajadores y billones de dólares. Pero no todo fue legal al principio, casi nada lo fue. Hoy en día, el imperio Vasiliev tiene una imagen que mostrar y otra parte que ocultar porque algunos de sus negocios, los más lucrativos, siguen estando al otro lado de la ley. ¿Y quién determina qué es legal y qué no lo es? Los abogados pueden retorcer las normas para que los ricos sean más ricos y los Vasiliev saben cómo hacerlo. Y si no se puede hacer, no importa, nunca ha importado. Aun así, tienen una moral y una ética que les redime de ser unos monstruos, aunque lo parezcan.

La familia Vasiliev controla las apuestas ilegales en varios Estados, aunque su imperio esté centralizado en Las Vegas; cómo no, la capital del juego. Allí son poderosos. Tienen un hotel casino, un banco especializado en préstamos «de riesgo», algún gimnasio dedicado a artes marciales mixtas y deportes de lucha, como el boxeo, y varios clubs. Y siguen creciendo.

Dentro de la familia Vasiliev, el que determina el rumbo es Yuri, el rey. Y luego están sus hijos. La mayor, Elena, está casada con Geil Costas, un hombre fiel a la familia que sabe cómo manejar los hilos del imperio empresarial. Lo suyo son las finanzas, los números y todo lo que conlleve la gestión directiva de cada negocio. Andrey es el segundo; es abogado, un auténtico tiburón, y sabe cómo usar la ley para conseguir todo lo que la familia necesita. Viktor es el tercero y es el brazo ejecutor, quien se encarga de que todo se lleve a cabo según sus normas y mantiene a raya a las piezas díscolas. El que corta cabezas e imparte justicia, el que hace el trabajo sucio, el que opera en la sombra, el que no duda en mancharse las manos o golpear si la situación lo requiere. El último es el pequeño Nikolay, aunque tenga casi 25. Aún está aprendiendo, labrándose un camino dentro de la familia. Aún tiene que demostrar quién es, necesita encontrar su sitio.

Este es el momento de contaros la historia de uno de los miembros de esta familia, de aquel que no tiene corazón, porque es así como debe ser, aquel que no puede permitirse ser débil, porque es quien protege a los demás miembros. Aquel cuya vida cambiará, porque el destino es quién decide. Viktor.

Viktor

—Tienes que ir a la costa este.

—Lo sé.

Alcé la mirada hacia mi padre haciéndole entender que comprendía la seriedad de lo que ocurría. Aquel gilipollas de Stuart estaba atrayendo más atención de la que queríamos. Las apuestas eran nuestro territorio, nuestro dominio. Nadie osaba meter las narices ahí;

pero las drogas, las prostitutas... ese gilipollas estaba negociando con otras familias para conseguir las drogas con las que comerciaba. ¿Y las prostitutas? Un negocio que le llegó de rebote cuando algunas de sus chicas, sus «clientes», se volvieron adictas y empezaron a pagar con sus cuerpos lo que no se podían costear con dinero. Aquello se había convertido en un negocio que estaba empezando a llamar demasiado la atención. La familia no quería eso. Llevábamos demasiados años, décadas, intentando parecer legales. Nuestras empresas eran más que simples tapaderas, éramos un enorme conglomerado con millones de dólares. Sí, rebasábamos la delgada línea de la legalidad constantemente, pero eso era normal en Las Vegas; allí, la línea del bien y el mal era demasiado difusa, y la única ley que había que respetar era la nuestra, la de la familia. Vasiliev era mucho más que un apellido, más que una familia, era una ley aparte.

—¿Podrás encargarte de él?

—Me lo quitaré de encima, no te preocupes.

—Pero con delicadeza, Vitya. Miami no es Las Vegas.

—Lo sé, Отец (Padre). Será solo un negocio más.

—Si te da problemas, siempre podemos meterlo en el barco.

El barco. Una manera suave de decir que lo encadenaríamos a una vida de esclavitud para el resto de su existencia. Una versión moderna de las galeras romanas. Trabajaría de sol a sol solo para obtener el sustento que lo mantendría vivo un día más. Cruel, sí, pero no nos manchábamos las manos de sangre. Algo moralmente cuestionable, porque ese destino era peor que la muerte. Bueno, esa era la ley de los Vasiliev; quebrántala y te castigaremos. Y ese estúpido la había quebrantado. Con mayúsculas.

Salí del despacho de mi padre y caminé hacia el salón de la gran casa. Escuché las risas que llegaban desde el jardín trasero, donde mis dos salvajes sobrinos jugaban a ahogarse mutuamente en la enorme piscina. Elena había traído al mundo a dos guerreros Vasiliev más, aunque llevaran el apellido Costas. Griego, quién lo hubiese pensado. Un griego en medio de la mafia rusa. Pero teníamos lo que más importaba, su incondicional lealtad a la familia y un amor igual de incondicional por mi hermana mayor.

—¡Tío Viktor! Ven a bañarte con nosotros. —Sonreí y caminé hacia el costado de la piscina, dándole un suave beso a mi madre en la mejilla y otro a mi hermana.

—Tus sobrinos te reclaman.

—Otro día, hoy tengo que preparar la maleta.

—¿De viaje otra vez?

—El mundo de los negocios es exigente.

—Ya. Tú cuídate.

—Siempre. —Los dejé a ellas tomando el sol y a los dos proyectos de adolescentes chapoteando. Geil iba a tener un gran trabajo ahí. Mi cuñado era una gran persona, organizado y duro en los negocios, pero no lo veía enderezando a esos dos diablillos. Levanté la cabeza para gritar a los niños mientras regresaba al interior de la casa—: Portaos bien con la abuela y con vuestra madre.

No esperé a la respuesta.

Capítulo 1

Viktor

No es que odie viajar en avión, sobre todo cuando lo hago en uno privado, lo que no me gusta es lo que viene después, los hoteles. Sí, todo el lujo que quieras, pero tenía que vivir con una escolta permanente en mi puerta. No es que me importara que supieran lo que hacía en mi habitación, confiaba en ellos hasta el punto de saber que nada saldría de su boca, pero, ¡joder!, me gustaba sentirme libre. Si quería caminar en pelotas por la habitación, lo haría, sin tener que pensar que al otro lado de la puerta estaba uno de mis hombres. Tendría que vestirme para salir a buscar un simple botellín de agua a la nevera. Por otra parte, el dormir en hoteles facilitaba el tema del acoso femenino. Sí, díles que es solo el rollo de una noche, sexo para una vez, pero algunas se volvían algo pegajosas. En Las Vegas tenía docenas de barreras para que no llegaran a mí; aquí no hacían falta. Bastaba con un número de habitación que además no era la mía. El sexo en otra cama, lejos de mis cosas. Eran normas básicas y sencillas que había aprendido a base de errores. Mi trabajo se mantiene lejos del placer, mejor con varias plantas de separación. Nunca bebo nada que no salga de una de mis botellas porque tengo el paladar fino. Qué le voy a hacer, me gusta lo bueno. Con las mujeres no me complicaba; tengo lo que quiero y no suelo pagar por ello. No tengo nada en contra de las putas, hacen su trabajo, nada más, pero me gusta la mercancía menos... usada. Podría tener una mantenida, como Andrey, así me curaría en salud porque yo sería el único que disfrutara de sus «encantos», pero tenía unas complicaciones que no me gustaban. Prefería a las mujeres que podía descartar después de pasarlo bien. Puedes llamarme cerdo machista pero, salvo las dos únicas mujeres que me importan en mi vida, mi madre y mi hermana, todas las demás son solo placer o negocios, nada más. Ni lo quiero, ni puedo permitírmelo. La mayoría de las mujeres son problemas con los que no quiero mezclarme; ya tengo suficiente con los míos.

—Señor. —Igor inclinó la cabeza hacia mí. Era nuestra señal. El camino se había revisado y mi visita anunciado. Era el momento del show. Caminamos a paso ligero hacia el despacho de Stuart. Iba a apretarle los tornillos, pero con delicadeza; solo ponerle un poco nervioso. Tenía que ver con mis propios ojos hasta dónde era capaz de llegar.

—Hola, Stuart. Ya que trabajamos juntos, puedo llamarte así, ¿verdad?

—Eh, sí, por supuesto, señor Vasiliev.

—Oh, llámame Viktor.

—Viktor, ¿qué le trae por aquí?

—Podría decir que el clima, pero ambos sabemos que no es así.

—¿Qué puedo hacer por usted? —Bien, el tipo tenía esa expresión tensa de sonrisa falsa. Me acomodé en el asiento frente al suyo, como si el despacho me perteneciera, como si ese fuese mi dominio. Esa era la clave para imponerse: hacerle sentir vulnerable incluso en su territorio.

—Hay demasiada gente interesada en ti y tu negocio, y eso no es bueno.

—¿Qué gente?

—Oh, ya sabes, algún policía, algún agente especial, ese tipo de gente que no nos gusta.

—Conozco su política de no llamar la atención, y me he mantenido dentro de los límites como me indicaron.

—Tal vez sea así, aunque he escuchado algunos rumores...

—¿Rumores? ¿Qué rumores?

—Ya sabes, que llevas entre manos algo más que nuestro negocio de apuestas.

—No llevo nada más, solo lo que concierne al club; ya sabe, para mantener la tapadera.

—Sí, eso le comenté a Yuri, pero sabes que a él le gusta que confirme algunas cosas de vez en cuando.

—Puede revisar lo que quiera. Quédese unos días, investigue, verá como todo es absolutamente normal; lo habitual en un club nocturno de moda.

—Estoy seguro de ello, así que dejaré que me mimes mientras esté por aquí.

—Cuente con ello, señ... Viktor. —Me levanté y le sonreí. Podía notar como temblaba por dentro. Era asombroso lo que una fría mirada podía lograr. Sí, era el puto amo de la intimidación. Había aprendido a hacerlo porque se evitaban muchas peleas de esa manera, aunque tampoco me asustaba meterme en una de vez en cuando.

Salí del despacho e hice una señal a Igor. Me correspondió el gesto y caminé detrás de él. Mi reservado estaba preparado y mi botella de vodka con miel me esperaba en la mesa. Daba gusto ser el jefe por cosas como esas.

Me senté en el enorme sillón de imitación de piel y observé el local. Luces potentes iluminaban en rápidas pasadas cada rincón, otras parpadeaban y otras se mantenían sobre las bailarinas. Había varias pasarelas y barras repartidas por el lugar, incluso un par de jaulas a ras de suelo. Sí, mucho club de moda, pero era como todos. Vendían carne, lujuria, depravación; todo regado con mucho alcohol y música ensordecedora. Sí, este era un buen lugar para mí. Me puse en pie, sin soltar el vaso de mi mano, y revisé a la gente.

La noche acababa de empezar, pero no estaba mal pensar en rematarla en condiciones. Había una rubia de curvas contundentes meneando sus pechos como faros de camión, sus brazos y su trasero; un auténtico espectáculo. Sabía que estaba lamiendo mis labios con anticipación; ya había seleccionado mi presa. La observé intensamente hasta que sus ojos se posaron sobre mí. Le regalé lo que sabía era mi sonrisa matadora y ella me correspondió. Le hice una seña que no podía confundir: una clara invitación a tomar algo conmigo. Ella se fingió tímida, habló con una de sus amigas y ambas se volvieron para sonreírme. Yo asentí, sí, cuantas más, mejor. Dos rubias por el precio de una. Su amiga tenía una boca de labios carnosos y sensuales que me moría por probar, y no me refería a besarlos, no; esa era otra de mis normas, yo nunca beso otra boca. Llámame escrupuloso, pero no sabía qué había estado metido allí dentro. Mi pene vale, pero no iba a meter mi lengua donde podría haber estado el pene de otro tipo; era como chupárselo.

Capítulo 2

Viktor

—¿Tienes lo que te pedí?

—Sí, señor.

—¿Y bien? —Recogí el pendrive y lo llevé a mi PC portátil. Lo conecté y abrí los ficheros.

—Ha paralizado toda la actividad con su visita, como había previsto.

—¿Conseguiste las cuentas?

—Sí, lo tiene todo ahí, en una hoja de cálculo.

Eché un vistazo y vi los informes financieros de Stuart. No solo los bancarios; tenía todas y cada una de sus transacciones, legales e ilegales, ante mis ojos. En aquella concisa y detallada hoja de cálculo, venían detallados los ingresos de las apuestas, los gastos de personal, los del local y, en un par de hojas más alejadas, los ingresos de las actividades que había venido a controlar. ¿El muy gilipollas creía que no nos íbamos a dar cuenta? Era un egoísta avaricioso que no vio más que dinero fácil. Drogas de diseño y prostitución; el tipo abarcaba todos los vicios de los que se podía sacar algún beneficio. Cada uno podía ganarse la vida como quisiera, pero a la familia no puedes joderla. Stuart trabaja para nosotros, sabe perfectamente cómo funcionamos y cuál es nuestro criterio; se lo dejamos bien claro cuando se nos unió hace 8 años. Y el tipo lo había estado haciendo bien hasta un par de ellos antes, hasta que decidió que quería un trozo más grande de pastel.

—Bien, puedes irte. Y Sam... sigue con ello, lo quiero todo.

—Sí, señor, como siempre.

Ese «como siempre» me sonó bien. Sam llevaba trabajando a mis órdenes el suficiente tiempo para saber lo que quiero de cada uno; y de Stuart quería saber incluso el número de pedos que se tiraba antes de ir a cagar. Revisé los archivos con cuidado buscando toda la información que pudiera servirme. Por eso había volcado todos los ficheros que tenía en la memoria de su PC personal. ¿Que cómo lo había conseguido? Digamos que mis chicos están acostumbrados a conseguir ese tipo de cosas. ¿Ilegal? Por supuesto, pero nosotros jugábamos en ambos lados, es lo que hacía la vida interesante.

Encontré un fichero separado del resto, como si fuera algo que quería mantener aparte. Lo abrí porque, cuanto más privado fuese, más me interesaba. Había fotos, cantidad de fotos, y en todas había una chica. No es que fuera espectacular, aunque tampoco era fea. Claramente con algo de ascendencia latina: pelo oscuro, ojos color café, piel ligeramente dorada... ¿Qué demonios buscaba Stuart de ella? Fuera lo que fuera, necesitaba saber qué era y, sobre todo, quién era ella. Envié una de las fotos a Sam y le pedí que investigara a la chica; quería saberlo todo sobre ella antes de que acabara el día. ¿Que cómo lo conseguiría? Mi equipo era así de bueno; por eso trabajaban para mí.

Esa noche debía seguir con mi actuación. Tenía una imagen que mantener y, ¡mierda!, era divertido darse algunos caprichos mientras tanto.

Mientras estaba en mi reservado, pensando en lo fácil que estaba resultando todo y en lo complaciente que se había vuelto Stuart, contemplaba la sala sin prestarle mucha atención a nada. Un destello azul me hizo girar la cabeza hacia una de las barras de pool dance, donde una de las chicas de Stuart estaba comenzando su actuación. No es que tuviese unas curvas espectaculares, pero aquel pelo azul eléctrico hacía que uno girara la cabeza hacia ella. Y merecía la pena. La chica era toda una sensual acróbata. Sus ágiles movimientos ejecutaban una coreografía perfecta con la música, la barra brillante y aquel elástico y poderoso cuerpo de bailarina. Se retorció en posturas sensualmente imposibles; trepaba y saltaba sobre la barra, aferrándose con una fuerza tentadora en sus muslos. Le hacía a uno soñar con estar en medio de ellos mientras se aferraba a mis caderas. Un movimiento en el otro extremo de la habitación me devolvió a la realidad y mi mente volvió a centrarse. Un segundo después, el rostro de Stuart apareció en mi «despacho temporal». No debía distraerme de nuevo, tenía trabajo que hacer.

—Stuart. Tómate un trago conmigo.

—Ya he pedido lo mío.

—Esa mierda de bebidas que tomas son para niños. Uno no es un hombre si no bebe bebidas de hombres. —Llené un vaso para Stuart y otro para mí. Hice ademán de brindar y después bebí el contenido de un solo trago. Un poco fuerte, pero podía con ello. Solo quería ver si él era capaz de mantener el tipo y, sobre todo, cabrearlo un poco. Está bien que me odie y está bien que me tenga miedo. Cuando veo que casi llora por la quemazón me sentí realmente bien. ¡Marica!

—Supongo que para quien no está acostumbrado es un poco fuerte.

—Sí... lo es.

—Bueno, ¿con qué vas a deleitarme hoy? Me han comentado que tienes chicas de lo más sexi bailando aquí.

—Escoge la que quieras.

—Tú eres el experto, tráeme lo que tengas. —Cuando salió echando humo casi se me escapa una carcajada. Casi. Me levanté y me giré hacia la pista. Volví a estudiar a la gente y busqué una nueva presa para esa noche. Antes de que mi noche llegara a su fin ya tenía una rubia y una morena enroscadas en mis brazos. Sí, era estupendo ser yo. Antes de subir al coche, eché un último vistazo a mi fiel amigo y guardaespaldas, él solo puso los ojos en blanco. Sí, él dejó esa vida loca hace algún tiempo, cuando encontró a una chica dulce y buena que le llevó por el camino del matrimonio. Y míralo ahora, casado y con dos pequeñas a su cargo. Yo no caería en ese juego.

Igor cerró la puerta del coche y yo sonreí. ¿Borracho? Hacía falta más de media botella de vodka para conseguirlo. La otra mitad se la habían bebido esas dos, y mira cómo estaban. Si el que no sabe beber...

—Quiero probarte. —La rubia acercó el rostro hacia mi boca y yo la esquivé con rapidez.

—Yo no beso —tardó un rato en entender, momento en el que su ceño se arrugó. Pero era bueno para salir de momentos como ese—. Hago otras cosas mucho mejores. —Metí

la nariz en su cuello, inhalando el olor dulzón de su perfume, mientras mi mano hacía un buen trabajo en una parte de su cuerpo que no era, llamémosla, «pública». Cuando escuché su gemido supe que me había perdonado. Lo dicho, era bueno.

Capítulo 3

Viktor

Esto no podía ser. De todas las opciones posibles nunca imaginé que aquella chica tuviese algo que ver con nosotros. Si no era así, ¿por qué la cara de mi padre cambió cuando le dije que necesitaba descubrir quién era esa chica? Por una vez, Sam apenas consiguió gran cosa; necesitábamos el software y el equipo de reconocimiento facial de Bobby. ¿Quién era Bobby? El genio informático que trabajaba en nuestro casino de Las Vegas. Sí, pensarás: «¿Qué tiene que ver un casino con buscar personas?»; pues solo es necesario que sepas que en los casinos de Las Vegas hay más seguridad, mejor software y mejor equipo que en algunas centrales del Gobierno. Bobby podía rastrear a cualquier persona en cuestión de minutos; solo necesitaba una foto y el tipo hacía su magia. Yo solo sabía que podía ser enfermera, por el uniforme que llevaba en varias de las fotos, pero nada más. Así que le envié un correo con la maldita foto a mi padre y cuando lo abrió su cara se palideció. Él conocía a esa chica y que Stuart la estuviese...

—Dime que es una jodida coincidencia, Отец (padre), porque en este momento no puedo aceptar otra cosa. —El viejo volvió a mirar la fotografía y su rostro pálido ya me decía bastante. Había algo allí que lo había desubicado. Dejó caer la cabeza hacia delante, sus dedos apretando el puente de la nariz. Ahora venía algo que quería evitar decir, lo sabía. Lo conocía bien y sabía que la situación lo desbordaba.

—Es una larga historia, Vitya. Y no es apropiado que te la cuente por videoconferencia.

—Creía que no tenías secretos para tus hijos.

—Era... era la única manera de mantenerla a salvo.

—¿Por qué querrías mantener a salvo a Daniela Díaz, Отец?

—Ella, no... ella...

—¿Ella qué, Отец?

—¡Говно!(mierda). Salgo ahora mismo para allá.

—No hay tiempo, Отец.

—Coloca tus fichas, Vitya, pero no ejecutes el jaque mate.

—Haré lo que pueda.

¡Mierda! Si el viejo se desplazaba en persona y no quería hablar por videoconferencia, eso quería decir que era gordo, muy gordo. Pero se me estaba acabando el tiempo; tenía que hacer mi jugada maestra y esta... contrariedad podía cambiar los planes. Stuart pensaba que ya estaba de vuelta en Las Vegas, lejos de él y sus chanchullos, por eso volvió a las andadas. Era algo que esperaba, algo con lo que contaba, y esa tarde era el momento de hacer mi jugada. ¿Por qué? Porque al día siguiente era Año Nuevo y todo el mundo estaría ajetreado, descontrolado, relajado; sobre todo la policía y aquellos a los que quería sorprender. No podía aplazarlo, pues el plan ya se había puesto en marcha; no podía detenerlo, tendría que trabajar haciendo cambios sobre la marcha. Mmm, como

en los viejos tiempos, improvisando algunos pasos. Aunque lo echara de menos, siempre tenía sus riesgos y, sobre todo, consecuencias, porque siempre siempre había algún cabo que se quedaba suelto, y esos cabos eran peligrosos.

Si conocía a mi padre, estaría volando hacia aquí en cuestión de minutos, así que tenía 5 horas para poner «mis fichas», como las llamaba él, en posición de jaque; y es lo que hice. Moví cada pieza e hice todo el trabajo para que, cuando llegara a estar frente a frente con Stuart, todo estuviese cubierto. ¿Plan B? Tenía tantas posibilidades que me faltaban letras del abecedario para las alternativas que había previsto; salvo lo de esa chica, Daniela. Esa variable trastocaba considerablemente parte del plan, porque si la reacción de Yuri era un aviso de lo que se avecinaba, tendría que intervenir y eso no estaba dentro del plan. Improvisación, volvíamos a la improvisación.

Cuando llegó la hora nos dirigimos hacia el club. Sé que contaba con el factor sorpresa, era parte de mi plan, pillarlos a todos con los pantalones abajo. No esperarían lo que vendría después. Pero el puñetero Stuart estaba demasiado ocupado como para perder el culo por complacerme, eso solo quería decir que ocurría algo, podía olerlo. Mientras la camarera ponía mi botella de vodka y un vaso sobre la mesa, me incliné hacia Igor y le susurré al oído.

—Entérate de lo que pasa. —Él asintió y salió del reservado llevándose a uno de los tres guardaespaldas. No me sentí incómodo por ello, sabía defenderme solo aunque llevara guardaespaldas. En realidad estaban allí para evitar que me metiera en problemas, más que para evitar que los problemas llegaran a mí.

Con mi botella de vodka con miel sobre la mesa, un par de vasos de chupito junto a ella y la chica de pelo azul eléctrico bailando sobre la barra con agilidad, casi conseguí relajarme. ¡Joder! La tía era una auténtica gimnasta. Su cuerpo delgado, pero fibroso, se aferraba al metal con una fuerza y precisión apabullantes. Estaba ejecutando una coreografía sexi y acrobática, que unida a aquella escasa indumentaria, estaba poniendo en un serio aprieto al pequeño Vitya. Aquel puñetero Stuart tenía un buen establo allí montado. Quizás me pasara más tarde a saludar. No, más tarde no, hoy no podía ser, tendría que dejarlo para otro momento. Lo primero era llevar a cabo el trabajo que había venido a hacer. Miré hacia el acceso por donde debía volver Igor. Cuando vi su cabeza asomar, me enderecé esperando a que se acercara. Cuando lo hizo, se inclinó para susurrarme al oído.

—Tiene a una chica retenida arriba.

—¿Quién es?

—Creo que la enfermera.

Aquella noticia me puso rígido como una tabla para planchar. La puñetera enfermera otra vez en medio. Estaba obligado a actuar; no había marcha atrás, pero ¿cómo de importante era ella? Como decía Yuri: antes de quitar de en medio a alguien (que no matarlo), mejor valía «prevenir que curar», así que... Un mensaje en el teléfono me hizo mirarlo. Había llegado, mi padre estaba en el exterior del club. Bien, era el momento de saber qué ocurría con esa Daniela. Mientras me encaminaba hacia el exterior, le di a Igor la orden de posicionar fichas. Era el momento de la jugada decisiva.

Salí al exterior, la luz del sol se estaba retirando agónicamente, pero eso no hizo nada por animar mi estado. Caminé hasta el aparcamiento indicado, una cuadra a mi derecha. Nada más llegar, reconocí el coche tintado y a uno de los hombres de mi padre. Aferré la manilla de la puerta y entré. Necesitaba respuestas y las iba a conseguir.

Capítulo 4

Viktor

—Sabes por qué llevas el nombre de Viktor, ¿verdad?

—Sí, me has contado la historia cientos de veces.

—Recuérdamela.

—No tenemos tiempo para esto.

—¡Recuérdamela!

—Por tu hermano Viktor, el luchador. Él cuidó de la familia cuando vuestro padre murió en el ring y se ocupó del tío Nikolay, que estaba postrado en una silla de ruedas.

—Te conté su historia.

—Sí, murió junto con su novia en una emboscada.

—Emy y Viktor no llegaron a casarse, se creían por encima de ello. Pero tendrían que haberlo hecho.

—No es momento para sentimentalismos, Отец.

—¿Sentimentalismos? Lo que no puedes hacer es no pensar en tus hijos y en qué les ocurrirá si no estás ahí para protegerlos.

—¿Tuvieron un hijo?

—Una hija.

—Entonces, la madre de Daniela era...

—Mi sobrina, sí.

—¿Y por qué nunca me hablaste de ella?

—Porque cuando murió Viktor yo tenía apenas 11 años y la pequeña no llegaba al año. Bastante teníamos Nikolay y yo con sobrevivir. No podíamos hacernos cargo de un bebé.

—¿Y por qué no volviste a por ella después?

—Porque ella tenía una familia normal y era ajena a todo el peligro que conlleva ser uno más de nuestra familia. Ella no pertenecía a nuestro mundo; tenía una familia convencional. Quizás un poco demasiado conservadores y religiosos, pero estaría a salvo.

—Está muerta, Отец.

—Lo sé. Un accidente de coche. Pero esta vez no fue culpa de nuestra forma de vida.

—¿Y su hija?

—¿Qué iba a hacer? ¿Presentarme un día y decirle: «Hola, soy tu tío abuelo Yuri. No te asustes, pero soy uno de los jefes de la mafia rusa en Las Vegas. Anda, deja tu tranquila vida y vente a vivir conmigo y con una familia que no sabías que existía»?

—Sí, suena mal... El caso es que ahora está metida en esto.

—Haz lo que tengas que hacer, Vitya. Pero recuerda que ella es de la familia.

—Eso cambia un poco los planes. —Joder que si los cambiaba. Caminé de vuelta al club, plenamente consciente de que tenía a Sam pegado a los talones. Tenía que hacer algo.

—Sam.

—¿Señor?

—Cuando llegemos al club, tendrás que ocuparte de algo.

—¿Qué debo hacer?

—Igor te dará órdenes sobre una de las chicas de Stuart. Después, cuando haya terminado con él, tráemela.

—Sí, señor.

—Y, Sam.

—¿Señor?

—Cuídala como si fuese tu hermana.

—Sí, señor.

Lo que me faltaba, volver al club y encontrarme con aquella deplorable escena: un tipo golpeado y tirado en el suelo. Borrachos había en todos los antros con alcohol, pero en aquel momento no quería más objetivos que alertaran a la policía. Quería sus ojos lo más lejos posible de mí. Menos mal que Igor se había ocupado de que se lo llevaran lejos. Los problemas se solucionaban de puertas para adentro, lejos de ojos ajenos. ¿Esos tipos no sabían nada de estas cosas? Matones de tres al cuarto. En fin, menos mal que se habían llevado el problema lejos del club. Esperaba que no hubiese más inconvenientes como ese.

Caminé hacia mi reservado, donde Igor esperaba para darme la muda confirmación de que todo estaba listo. Me acerqué a la mesa, custodiada por Buck, y me serví un buen lingotazo. Lo apuré de un solo trago; después repetí con dos vasos más. Lo que tenía dando vueltas en la cabeza lo cambiaba todo. Le hice una seña a Igor para que se acercara.

—¿Señor?

—¿Recuerdas los imprevistos con los que teníamos que contar?

—Sí, señor.

—La enfermera es uno de ellos.

—¿Hay que hacerla desaparecer? —Había confusión en el rostro de Igor. Hacía tiempo que uno de los «imprevistos» no se presentaba, y hacer desaparecer a una inocente nunca había sido uno de ellos. Pero tampoco era habitual lo que tenía que decirle ahora.

—Su seguridad es prioritaria.

—¿Prioritaria?

—Como si fuera de mi familia. —Aquello sí que lo confundió y sorprendió a partes

iguales, pero no dijo nada. Asintió con la cabeza y se dispuso a seguir las nuevas órdenes sin cuestionarlas. Siempre había una razón para todo, y la fidelidad era lo único que debía tener en cuenta.

—Pon a Sam en ello. Ya le di indicaciones, solo necesita que le digas dónde está.

—Sí, señor.

Cuando Igor volvió de cumplir con mi encargo llegó el momento. Apreté los dientes y apuré lo último de mi vaso. Era un pecado desperdiciar un buen licor.

Seguí a Igor al despacho de Stuart, entré en él y llegué hasta el sillón detrás de la mesa; me senté y observé cómo Igor acomodaba el contrato de venta sobre la pulida madera. Yo cogí una de las plumas que Stuart tenía sobre la mesa y la dispuse sobre las hojas. Sí, todo muy teatralizado, pero ¿quién dijo que la ambientación no era importante?

Esperé a que la puerta se abriese; cuando lo hizo, Stuart apareció al otro lado. Me gustó ver esa expresión mezcla de enfado y desconcierto. Bien, sentaba jodidamente bien sacarlo de su lugar. Que entendiera quién tenía el control aquí; quién era el peón y quién el puñetero alfil. Era el momento de hacer mi siguiente movimiento, mi jaque. De él dependía que fuera mate.

—¿Qué es esto? —dijo señalando el contrato con algo de aprensión, como si tocarlo fuese similar a poner la mano sobre el fuego.

—Verás, Stuart, cuando llegaste a nosotros hace 8 años nos pediste dos cosas. Dinero y la cobertura de nuestro nombre. Te lo dimos, pero te pusimos dos condiciones: el dinero tenías que devolverlo con sus intereses y nuestro nombre debías mantenerlo limpio.

—El dinero ya os lo devolví.

—Sí, gracias por eso.

—¿Qué quieres ahora entonces?

—No has cumplido con la otra parte del trato, Stuart.

—He trabajado para vosotros todo este tiempo, he cumplido con mi porcentaje de las apuestas, ¿qué más quieres?

—Dejamos bien claro que solo podías ocuparte de las apuestas. Nada de drogas ni de prostitución. Vasiliev no trabaja con drogadictos y putas, son las normas.

—Algo extrañas esas normas. La mafia está metida en eso y mucho más.

—Yo no hablo de otras familias, solo de la mía. Se puede decir que tenemos una ética diferente al resto.

—¿Ética? ¿Y las apuestas ilegales y los préstamos con intereses desorbitados sí son éticos?

—Las drogas destrozan a la gente; los proxenetas, a las mujeres que obligan a prostituirse. Son dos maneras distintas de destruir a las personas. Los que llegan a nosotros ya se han perdido a sí mismos.

—¿Ahora intentas decirme que hacéis una obra de caridad? —debía de estar

realmente asustado si recurría al humor en ese momento. Sonreí, cómo no hacerlo; si ya estaba desesperado, estaba muy cerca de donde quería.

—Somos buenas personas, ¿verdad? Un servicio público. No, en serio... Solo cubrimos una parte de la demanda. ¿Que los bancos no se arriesgan a dar un préstamo? Nosotros lo hacemos; eso sí, riesgo mayor, intereses mayores. ¿Que no lo devuelves? No vamos a llevarte a largos y costosos pleitos a los tribunales. Simplemente, intentamos recuperar nuestra inversión de manera más creativa. ¿Las apuestas? Más de lo mismo.

—Creativa es una manera de decirlo.

—Tú devolviste tu préstamo, Stuart. Y por eso estamos muy contentos contigo.

—Yo creí que era porque os hacía ganar una bonita suma con las apuestas ilegales.

—Eso estuvo bien, hasta que te volviste egoísta.

—No he malversado ni un solo centavo de las apuestas.

—No, lo sé. Ahí está la diferencia entre que ahora estés flotando boca abajo a 50 kilómetros de la costa o que estés sentado en ese asiento aún respirando y con todas las partes de tu cuerpo intactas.

—Yo no he traicionado a...

Vale, me estaba cansando de dar vueltas con este tipo. Una cosa era que pelearan y otra que cuestionaran mi inteligencia. ¿De verdad estaba intentando eso conmigo? Patético.

—Ahórrate el parloteo inútil, Stuart. Conozco todos y cada uno de tus pasos en esta ciudad. Sé quiénes te suministran la droga y sé cómo consigues extorsionar a las chicas para que se prostituyan para ti.

—Vaya, sí que sois éticos.

—No es ética, estúpido gilipollas, es control. Controlamos las apuestas y los préstamos y lo mantenemos todo limpio a nuestro alrededor. La ley pasa a nuestro lado sin siquiera rozarnos, porque no puede vernos. Pero lo que tú has hecho es poner una señal de neón que apunta hacia nosotros, y eso no lo podemos permitir.

—Vas-vas a matarme.

Por fin un poco de iluminación en ese cerebro obtuso. Miedo, eso era con lo que mejor trabajábamos, aunque a veces topábamos con gente demasiado engreída para comprender dónde se había metido, o demasiado estúpida para verlo. Stuart no me había parecido ninguno de los dos tipos, hasta ahora.

—Voy a darte una oportunidad, Stuart. Firma ahí.

—¿Q-qué es?

—Estás vendiéndome tu negocio. Tranquilo, el precio es justo.

El tipo tuvo la sangre fría de revisar el contrato, pero finalmente firmó. Su mano no estaba demasiado firme; quizás porque Igor estaba haciendo bien su trabajo, poniendo a respirar su arma muy cerca de él. Era bueno intimidando; yo le enseñé a hacerlo. Pero esta

vez, no me tocaba ser el poli malo, aunque tampoco era el bueno. ¿El simpático y vividor? Sí, ese se acercaba más; el de «me da igual lo que pienses, porque eres una mierda insignificante, y harás lo que yo decida». Cuando terminó de firmar en el último lugar, una sonrisa afable regresó a mi cara.

—Bien. Tendrás el dinero en tu cuenta mañana mismo, en cuanto inscribamos el cambio de propietario en el registro. Te dejaré que recojas tus cosas con tranquilidad. Mañana no quiero nada tuyo aquí. Si lo encuentro, doy por sentado que no lo quieres conservar y haré que lo tiren. —Lo vi caminar hacia la salida, derrotado, vencido, pero faltaba algo, el remate que no había previsto, pero que tenía que incluir.

—Ah, y, Stuart —se giró hacia mí, como si estuviese cansado de ver mi cara y solo deseara abrazarse a una botella de whisky lo antes posible.

—¿Qué?

—La chica que tienes arriba. Olvídate de ella.

Un poco de tensión abandonó mis hombros y me dejé recostar sobre el asiento. El teatro había terminado.

Capítulo 5

Viktor

Sentí su miedo nada más fijar la vista en ella. Su postura, su expresión, el repetitivo movimiento de sus manos, el exceso de saliva en la boca que le hacía tragar constantemente, la dificultad de mantener la boca cerrada después de hacerlo. Parecía una vaca que llegaba al matadero y sabía lo que iba a ocurrir.

—Puedes esperar fuera, Igor —mientras él salía de la sala, hice un gesto con la mano para que Daniela tomara asiento en la silla frente a mí.

—Supongo que tienes muchas preguntas y la primera es saber qué voy a hacer contigo.

—S-Sí.

—Lo suponía. En primer lugar, decirte que aquí estás segura; Stuart no va a poder llegar a ti.

—Él...

—Tranquila, sé que te retenía en contra de tu voluntad.

—¿Puedo irme a casa?

—Yo esperaría hasta estar seguros de que estás a salvo, pero no sabría decirte cuando. Tengo un par de hombres detrás de él. En cuanto sea seguro, yo mismo te llevaré a tu casa.

—¿Por qué...?

—Esa es la parte complicada.

¡Joder!, ahora entendía a mi padre. Deslicé las manos sobre la mesa buscando ese apoyo extra que necesitaba. Yo, todo un Vasiliev, temiendo algo. Yo, el que había subido al ring para dejar que tipos con ganas de matarme tuviesen su oportunidad. Recibir los golpes de un rompehuesos era una cosa muy diferente a esto. El dolor físico era solo dolor, esto... Solté el aire y me decidí a contarle todo, o parte, con la mayor delicadeza posible.

—Me llamo Viktor Vasiliev —le vi arrugar el ceño, como si mi nombre le sonara de algo.

—¿Mi nombre te dice algo?

—Eh... Vasiliev era el apellido de soltera de mi madre.

—Lo sé.

—¿Intentas... decirme que somos parientes?

—Digamos que... ella era mi prima.

—Pero... tú eres muy joven para eso.

—28, pero sí, puede parecer que las edades no se acercan mucho. Mi padre era un niño cuando tu madre nació. Y tu madre ahora pasaría por poco los 50.

—Así... así que yo soy tu...

—Algo así como una sobrina, pero sigue sonando raro. Así que mejor dejémoslo en primos, ¿te parece? —Ella tragó saliva y asintió. Se notaba que aún no había asimilado gran parte de lo que acababa de descubrir; ni siquiera se había planteado el dudarlo.

—¿Has... has venido por mí? ¿A rescatarme porque eres de mi familia? —¡Genial!, otra pregunta fácil.

—No, Daniela, tenía negocios con Stuart. Digamos que tú has aparecido en mitad de las negociaciones.

—Siento haber alterado tus planes.

—Sacártelo de encima no era algo que tenía en mente, porque no sabía ni que existías. Pero no ha cambiado mucho lo que venía a hacer.

—¿Cómo descubriste que somos familia? —Sí, esta chica tenía sangre Vasiliev; iba directa al grano y no tenía miedo de hacer las preguntas.

—He estado investigando a Stuart y su negocio, y descubrí algunas irregularidades. Y tú estabas en una de ellas.

—¿En tus negocios es normal investigar a los otros?

—En los negocios todo el mundo investiga a todo el mundo. Es lo normal.

—Ah. Y mi nombre apareció entre el personal eventual.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—El cómo me enteré no importa ahora, sino lo que eres.

—Se me hace raro tener más familia. Siempre hemos sido la abuela, los tíos, mis primos y yo.

—Pues ahora tienes a alguien más.

—Vaya.

—Hay alguien que quiere conocerte, pero me gustaría hacerte alguna pregunta más para saber cuánto sabes de nosotros.

—Eh, claro.

—¿Te contaron alguna vez algo de tus abuelos maternos?

—La abuela Martha, o la que creía que era mi abuela, me dijo algo.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Que murieron en un accidente y que ella se hizo cargo de mi madre.

—¿Nada más?

—Aparte de que me parezco a mi abuela, no mucho. Aunque escondió algunas cosas tuyas en el desván, entre ellas algunos diarios que estoy empezando a leer.

—¿Diarios?

—Sí, de mi abuela Emy.

—Interesante.

—¿Eso crees?

—Sí. Si algún día fuese posible, me gustaría leerlos.

—Eso es raro. Los hombres no leen diarios de mujeres.

—Llámalo curiosidad. Conozco algo de la historia de tus abuelos, pero me gustaría descubrir algo más, aunque fuera desde el punto de vista de la tía Emy. ¿Sale algo de cuando estuvieron juntos?

—No lo sé aún. He llegado a cuando la abuela estaba de bailarina en un club de Las Vegas y conoció a un tipo luchador que se llamaba Vasil.

—El Ruso Negro.

—¿Ese era mi abuelo? Quiero decir, ¿el hermano de tu padre?

—Creo que de joven lo llamaban así, ya sabes, la abreviatura de su apellido; Vasil, de Vasiliev. Y era un demonio de la lucha por aquel entonces, un hombre con una gran reputación.

—Le gustaban los lollipops.

—¿Eh?

—Cuando se conocieron no fumaba, chupaba lollipops.

Mi estómago se cerró. Yuri no hacía nada más que repetirnos que el tabaco era malo. Así que cada vez que nos pillaban fumando, nos arrancaba el cigarro de la boca, se sacaba un lollipop del bolsillo y nos lo metía en la boca a presión. Tenía que leer esos diarios. Puede que fueran un poco cursis, a fin de cuentas los había escrito una mujer, pero me moría de ganas de saber algo más del hombre cuyo nombre llevaba. Viktor El Ruso Negro Vasiliev. La bestia imparable del ring ilegal de la segunda mitad de los años 50. Una leyenda, dentro y fuera del cuadrilátero.

—¿Eh, podría... podría hacer una llamada?

—Claro. ¿A quién quieres llamar?

—A... a mi novio.

—Sí, supongo que querrá saber que estás bien. Dile que cuidaré de ti hasta que se calmen las aguas. Incluso podemos ir a buscarlo, si quieres.

—Eso estaría bien. —La observé en silencio, mientras marcaba el número.

—¿Mo...? Sí. Solo quería decirte que estoy bien... Noooo, estoy bien, de verdad. Ya no estoy con él. Alguien me ha... me ha ayudado a escapar de él... Ahora... ahora es mejor que no vuelva a casa... Pero puedo hacer que pasen a recogerte —levantó la mirada hacia mí, esperando una confirmación de que lo que acababa de decir. Le di un mudo asentimiento. Giró el rostro hacia mí y me preguntó.

—¿Dónde podemos recogerle? —Cogí un papel y garabateé la primera dirección que se me ocurrió. Un lugar neutral, con público, dónde él se sintiera seguro y nosotros también. Uno en donde un grupo de gente encontrándose no llamaría la atención. Ella asintió y leyó la dirección. Bien; me acerqué a la puerta y llamé a Igor. Era el momento de ponerse en marcha.

—¿Estás lista? —Danny, como quería que la llamara, asintió y seguimos a Igor hacia la salida. Uno de los chicos iba a acercarse al coche al callejón trasero. Cuando atravesamos la última puerta me sorprendió toparme con Stuart, pero no me dio tiempo a mucho. Por instinto fui a colocarme delante de Danny, mientras mantenía unas palabras con él para distraerle de mis movimientos.

—¿Has olvidado algo, Stuart? —le dije.

—A ti —respondió él.

El tipo estaba mirando a Danny al principio, pero me sorprendió que terminara la frase con sus ojos clavados en mí. Demasiado tarde me di cuenta de qué era lo que pretendía. ¿Por qué no llevaba una jodida arma encima? Porque se suponía que era un niño bonito que se escondía detrás de sus guardaespaldas. El puñetero cañón del arma de Stuart estalló delante de mí antes de que Igor lo derribara. Sentí la mordida en el cuerpo, derribándome contra la pared. No pude sostenerme en pie; mis piernas iban perdiendo la fuerza a la vez que el calor del disparo se desvanecía, dejando que algo frío invadiese mi cuerpo. ¡Hijo de puta! Me había dado de lleno, sin darme tiempo a reaccionar. ¿Cabreado? ¡Joder, sí!, pero más que por la herida, era mi puñetero orgullo. El tipo me había sorprendido. El mierdoso de Stuart me había sorprendido. Maldito hijo de...

Sentí algo presionar sobre mí con fuerza y el rostro desfigurado de Danny sobre mí. Tenía que ser grave, porque sus manos temblaban y la cara de Igor estaba pálida cuando llegó hasta nosotros.

—Un hospital, tenemos que llevarle a un hospital... —Igor pareció quedarse congelado, como si no pudiera reaccionar. ¡Demonios! No es el primer disparo que recibo, no es la primera vez que sangro, pero...

—Susan, necesito tu ayuda. ¿Dón-dónde estás? —Volví el rostro hacia Danny, ¿estaba llamando a alguien para pedir ayuda? Lo parecía. ¡Joder!, mi atención se estaba dispersando, porque escuché algo como *10 minutos y carro de paradas*, pero me perdí el resto. ¡Oh, mierda, mierda! Esto pintaba mal. Empecé a ir y venir en mi consciencia, pero me resistí a dejarme ir; un Vasiliev no se rendía, luchaba hasta el final. De las pocas cosas que recuerdo es a esa doctora mirando la herida; pidiendo permiso para atacar el maldito agujero. Y se lo di, me daba igual el dolor; podría con eso, solo quería que empezara de una vez. Cuando el aguijonazo atravesó mi cuerpo, lo último que vi fue el rostro concentrado y angustiado de mi nueva prima y pensé: «Bueno, al menos ella está a salvo».

Capítulo 6

Viktor

Mi padre siempre decía que, si dolía, era señal de que seguías vivo y, ¡mierda si dolía! Parecía que me había pasado un camión de 16 ruedas por encima, al menos un par de veces. Respirar ya era difícil y doloroso, así que ni pensar en moverme, al menos de momento. ¿Y yo era el tipo duro que recibía golpes como si fueran picaduras de mosquito? ¡Joder!, me estaba haciendo viejo. Viejo y debilucho, y eso no podía ser, porque sigo entrenando duro cada día, porque machaco el saco de arena como si fuera de algodón y porque, ¡mierda!, soy un Vasiliev, estamos hechos de granito. Algo me punzaba el pecho como si tuviese incrustada una barra de hierro al rojo vivo. No debía moverme, pero la espalda estaba matándome. Al hacerlo, una descarga eléctrica como fuego me quemó por dentro y no pude evitar dejar escapar un gruñido. ¿O fue un gemido lastimero? Qué más da. Sentí una mano pequeña y suave sostenerme los dedos con delicadeza; al menos no estaba solo. Eso era bueno, ¿verdad? ¿Quién quiere estar solo cuando está hecho una mierda? Saber que alguien se preocupa por ti es un poco reconfortante.

—¿Мать?(madre)

—Sh, tranquilo, estoy aquí.

Noté cómo me aferraba la mano con un poco más de fuerza, pero, aunque su voz era suave y dulce, no era mi madre. Abrí los ojos y encontré el rostro preocupado de Danny. Recorrí con la mirada el lugar; estaba en un hospital, en un maldito hospital. ¡Oh, mierda! Tenía que salir de allí. Intenté incorporarme, pero fue imposible. Y no, no porque me estuviese empujando el hombro con su mano, era esa maldita debilidad que me atenazaba todo el cuerpo. Escuché un golpe seco a mi derecha y después una maldición masculina.

—¡Mierda!

—¡Eh!, tú tampoco puedes levantarte.

—Estoy bien.

—Sí, ya; eso cuéntaselo a otro. Te acaban de sacar al menos dos unidades de sangre, así que tómatelo con calma.

—Hay que... —Danny se alejó de mí para obligar al tipo ese a quedarse quieto en el sillón que estaba a mi lado. Me sonaba de algo, pero estaba convencido de que no lo conocía. Danny consiguió sentarlo, pero en vez de por la fuerza, le dio un pequeño y dulce beso en los labios; él reuló hacia atrás mansamente. ¡Vaya un blando! Aunque había que reconocer que el método no estaba mal.

Después de dejarlo bien recostado, la atención de Danny volvió otra vez hacia mí. Su trasero se acomodó cerca de mi cadera y volvió a tomar mi mano.

—Nos has tenido muy preocupados.

—¿Dónde... dónde estoy? ¿Dónde está Igor?

—Estás en el hospital en el que trabajo, en el Miami Children's Hospital. Y supongo que preguntas por el tipo grande que iba con nosotros antes. Salió a esperar a alguien que

llegaba.

—¿Un hospital de niños? ¿Me has traído a un hospital infantil?

—Perdona, sí, no pensé mucho en eso; estaba algo conmocionada, te acababan de disparar. Mi cabeza tuvo bastante con centrarse en buscarte la mejor ayuda que se me ocurrió.

—No puedo estar en un hospital, Danny; un balazo traerá a la policía y yo no puedo...

—Ya, ya. Igor ya nos lo dejó claro. He hablado con la doctora; no dará parte a la policía, te cubrirá hasta que acabe su turno. —Uf, vaya, la cosa no había ido tan mal después de todo; no tendría que salir corriendo como había pensado.

—¿Cuándo acaba su turno? —Danny miró el reloj e hizo el cálculo mientras ladeaba la cabeza.

—Algo más de una hora. —Me había equivocado, sí había que correr.

—Entonces tendré que empezar a moverme.

—Espera, espera. Igor me dijo que buscaría una ambulancia para moverte y llevarte al hotel.

—No, no. Es demasiado arriesgado, tengo que encontrar un sitio con menos ojos. —El hombre del sillón volvió a hablar, sorprendiéndonos a ambos.

—Puede... puede venir al apartamento —dijo.

—Solo tenemos una habitación, Mo —le recordó Danny.

—Le... le pediré una cama a Alex por unos días —añadió él.

—¿Estás seguro? Es demasiado... —Danny sonó emocionada al decirlo.

—No me gusta todo esto, pero lo haré porque te rescató de Stuart. Y eso tengo que pagárselo de alguna manera.

—Un hombre agradecido —añadí yo a las palabras de ¿Mo?; sí, creo que así le llamé.

—Eso también —aseguró él.

—Iré a buscar a Igor. Portaos bien —nos advirtió Danny.

Mi recién estrenada prima salió de la habitación, cerrando la puerta con cuidado. Volví entonces mi atención sobre el tipo. Tenía el rostro magullado, algunos morados en los brazos, los puños pelados y con costra de sangre. Todos síntomas de una pelea, una pelea que tenía toda la pinta de haber sido encarnizada. El tipo se giró despacio hacia mí, claramente incómodo, pasándose los dedos, nervioso, por el pelo. Aquel pelo, aquel perfil, aquel golpe en el ojo izquierdo, aquellos pantalones sucios y con salpicaduras de sangre... ¡Oh, mierda! Ya recordaba dónde lo había visto antes. Era el borracho del club, el que estaban apaleando cuando llegué.

—Danny... Danny me ha contado lo que pasó, y sé que tengo que darte las gracias.

—No tienes por qué dármelas.

—Lo estoy haciendo.

— No necesito que me las des.

—Pues tendrás que aceptarlas.

Recosté la cabeza sobre la almohada y sonreí. El tipo era todo un cabezota; duro pero correcto. Me gustaba. Danny tenía suerte, había encontrado a un buen hombre con el que compartir su vida. Uno que daría todo por ella. ¡Demonios!, se había metido en el infierno por ella.

—La quieres. —Era una afirmación, no una pregunta, los dos lo sabíamos. Él tardó en contestar y esperó a estar recostado otra vez, mirando al frente, para hacerlo.

—Sí. No sabía cuánto hasta que se la llevó ese bastardo. —Asentí con la cabeza; de acuerdo totalmente con él. Hay veces que no aprecias lo que tienes hasta que te lo quitan.

—Si fueras otro hombre, te pondría un cuchillo en la garganta y te amenazaría con cortarte las pelotas si le hacías daño a mi prima. Pero sé que no va a hacer falta. Porque nunca la harás daño; eres un buen hombre.

—¿Tu prima?

—Ah, es una larga historia; quizás Danny te la cuente. Basta con que sepas que mi padre y su madre eran familia.

—Vale.

La puerta se abrió con brusquedad. En otro momento habría saltado hacia un lado y apuntado al intruso con mi arma. Sí, suena muy gánster, pero es lo que hay; así vivimos. En Las Vegas podría estar en estos momentos muerto, pero, por suerte, Miami no era Las Vegas y el tipo que entraba era mi padre.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Hecho una mierda—le respondí.

—Mejor eso que muerto —sí, tú bromea con eso.

—No sé qué decirte —yo también sabía jugar a eso.

—Eh... será mejor que os deje solos —interrumpió Mo.

—Tú no vas a ninguna parte, muchacho. —Mi padre lo miró de esa manera que hacía que de pequeño me comiera la sopa de verdura. Todavía seguía imponiendo, porque Mo volvió a poner su culo de nuevo en el asiento. La puerta se cerró y comprobé que había demasiada gente allí dentro. La doctora, Danny e Igor estaban con nosotros. La primera en acercarse fue la doctora. Llevaba en sus manos una carpeta, que puso sobre mi regazo.

—Necesitará esto si se complica la herida o si precisa volver a someterse a cirugía para arreglar lo que yo no haya podido.

—Me ha salvado la vida, ya hizo suficiente —le agradecí.

—El caso es que a su cirujano le interesaría tener el informe clínico —añadió la

doctora.

—Espero que no aparezca en... —Yuri siempre pensando en las complicaciones.

—Cubriré eso con un informe algo menos explícito y algo más... creativo, no se preocupen.

—No sé cómo pagarle eso, doctora —le dijo mi padre.

—Puede hacer una donación al hospital. Creo que con eso serán más tolerantes con el deficiente informe clínico que voy a presentar —sugirió la doctora.

—Cuenta con ello —le aseguró mi padre.

—Y ahora, si me disculpan, acaba de llegar otro paciente que debo atender.

—Un momento, doctora. Aún queda algo que debemos consensuar antes de que salga de aquí. —Yuri seguía atento a todo.

—¿Consensuar?

—Sí, ya sabe. Una historia que sea creíble y que deje a todos satisfechos.

—Ah, comprendo —no era tonta.

—Styles cree que es alguien famoso; podríamos seguir ese hilo —intervino Mo.

—¿Famoso? —preguntó Danny.

—Sí, ya sabes, guardaespaldas, secretismo... —enumeró Mo.

—La fama puede ser algo relativo. Aquí no somos conocidos, pero en Las Vegas... —argumentó mi padre.

—No mentiría si dijera que soy un boxeador conocido en Las Vegas. —Al menos mi nombre lo era, o el sobrenombre con el que me conocían. Ruso Negro, ese había sido yo.

—Bien, ya lo tenemos. Ahora solo es necesario dejarlo «caer» por accidente —sugirió mi padre.

—Yo me encargo de ello —se adjudicó la tarea el novio de mi prima.

—Bien, ya tenemos el informe clínico y una historia. Solo nos falta limpiar las imágenes de seguridad y todo listo. —Lo dicho, mi padre aún recordaba como se hacía esto.

—Me encargaré también de eso. —Mo parecía ser un chico de recursos.

—Un chico útil. ¿Cómo dices que te llamas? —Mi padre estaba de acuerdo conmigo.

—Es el novio de Danny. Tranquilo, si dice que puede hacerlo, lo hará —le aseguré.

—Bien. Entonces solo nos queda encontrar una ambulancia para sacarte de aquí —ya estaba mi padre dando órdenes.

—No voy a salir tumbado en una ambulancia como una anciana con la cadera rota. Saldré andando. —Tenía mi orgullo.

—Estás muy débil todavía. Acabas de pasar por una operación —Danny sonó preocupada.

—Soy más fuerte de lo que crees, pequeña —le aseguré . Me puse en pie maldiciendo en todos los idiomas que conozco. Un poco de ruso, un poco de inglés y un poco de cosecha propia. Pero conseguí ponerme sobre mis dos piernas. Lástima que se doblaran. Mi culo cayó pesado sobre la camilla, bajo la rápida atención de Danny.

—Te lo dije.

—Solo necesito un rato para recomponerme y saldré.

—De todas formas, buscaré una silla de ruedas. Es norma del hospital que los pacientes salgan de esa manera del recinto hospitalario.

—Vale. Pero no voy a ir en ambulancia.

—Igor, será mejor que anules eso. Mi hijo no quiere ir como una vieja con ¿cómo dijiste? —me preguntó mi padre con una sonrisa mal disimulada.

—Una anciana con la cadera rota —repetí para él.

—Sí, eso.

Casi salieron todos juntos, cada uno a cumplir con su cometido. Mo aún parecía algo inestable, pero cuadró los hombros y caminó hacia su objetivo sin ayuda de nadie. El tipo prometía, tenía un poco de ese temperamento que los Vasiliev llevábamos en la sangre. Sí, buen maridaje con la que corría por las venas de Danny.

Capítulo 7

Viktor

Descansar. Solo necesitaba descansar y poner mi culo en una cama cómoda. Unos pocos calmantes que me dejaran noqueado e insensible como una estatua de piedra y podría decir que era el hombre más feliz del planeta.

Con todo cubierto, el estropicio de Stuart limpio y mi paso por el hospital debidamente maquillado, solo necesitaba dormir; por lo menos unas 30 horas. Aunque sabía que todavía no podía hacerlo. Mo y Danny tenían que preparar su declaración para la policía sobre lo ocurrido y yo tenía que supervisar eso, y algo más. Dormí lo justo para no caer como un saco de piedras sobre el suelo. Pero pronto descansaría, a salvo y lejos de todas las complicaciones.

Noté la presencia de Danny entrando en la habitación y la saludé. Seguro que pensaba que estaba dormido, pero no era así.

—Te he traído material para que leas. Puede que necesites algo para entretenerte hasta que volvamos y como la TV está en el salón... —¿Leer? Qué me trae ¿revistas como en la peluquería de señoras? La seguí con la mirada, mientras se sentaba a mi lado. Tenía un par de esos cuadernos antiguos y envejecidos en las manos. Recordé que me habló de su abuela y mi tío, y de cómo supo de ellos.

—Los diarios de tu abuela.

—Sí. El más gastado puede que no te interese. Es de cuando vivía con sus padres. Aunque dice mucho de cómo era. El segundo empecé a leerlo hace poco, pero creo que comienza a hablar sobre tu tío desde la segunda entrada. —Lo estudié por encima, sopesando lo que debía decir. ¿Interesarme? No demasiado en aquel momento, pero debía ser educado.

—Gracias.

—Mo y yo nos vamos ahora.

—Lo haréis bien.

—Estoy nerviosa.

—Es normal, has pasado por mucho en estas últimas horas.

—Bueno, nos veremos en unas horas. —Desapareció por la puerta, mientras yo me quedaba mirando los cuadernos sobre mi regazo.

La verdad, no sabía qué hacer con los puñeteros diarios. No me interesaban los pensamientos de una adolescente de los años cincuenta; pero, por otra parte, todo lo que estaba relacionado con el tío Viktor me interesaba. Yuri prácticamente lo había pintado como todo un héroe a mis ojos y los de mis hermanos, pero tal vez al ser yo el que lleva su nombre, me siento de alguna manera ligado a él. Abrí las páginas de uno de ellos (el que creo que era más reciente) y lo ojeé por encima. Escuché los suaves pasos de Igor acercándose a la habitación y alcé la vista hacia él.

—¿Todo listo?

—Podemos irnos cuando lo desee.

—Entonces vamos. Ayúdame a salir de esta prisión con forma de cama.

Vi el rastro de una sonrisa en su cara; sí, él es de los míos. No nos gusta parecer débiles. Somos tipos forjados en situaciones mucho más duras que estas. Crecimos dentro de la organización juntos, porque así es como se fraguan las auténticas amistades y lealtades. Donde un hombre como yo consigue encontrar personas leales, gente en quién confiar, gente en la que delegar algunas responsabilidades, como es el caso de Igor y Orrel. Este último se quedó cubriendo mi espalda en Las Vegas, Igor es mi apoyo aquí en Miami. Sé que cualquiera de los dos se pondría entre el camino de una bala y yo —aunque Igor no llegase a tiempo esta vez, sé que se mortifica cada segundo por ello—. Antes de abandonar la cama, di un último vistazo a la habitación y topé con los diarios. Me incliné y recogí el menos desgastado, el que sabía que podría incluir algún dato sobre mi tío; después dejé que Igor me ayudase a caminar hacia la salida. Me quité la vía con el suero, porque era demasiado llamativo ir por la calle arrastrando esas cosas. Puede que pareciese una falta de consideración irme de allí sin decir nada, pero era lo mejor. La policía podía fisgar o poner bajo vigilancia el apartamento de Mo y Danny, y yo no estaba dispuesto a correr ningún riesgo; no suelo hacerlo.

—¿Cómo va lo de la inscripción del club en el Registro?

—Se hizo ayer, como ordenó. —Sí, les mentí a todos. ¿O es que no se dieron cuenta de que el día 1 de enero todo estaba cerrado por ser festivo? Pero hacerlo de esta manera les daba la falsa idea de que tenían el poder suficiente para evitar que el trámite se llevase a cabo. Nada más lejos; ya que Miami era territorio virgen para nosotros en ese sentido. Aunque estábamos trabajando para solucionarlo. Sí; controlábamos un gran volumen de apuestas ilegales. Fútbol, caballos, boxeo, incluso competiciones de surf; íbamos en camino de llevarlo todo. Pero no teníamos los lazos políticos o policiales tan asentados como para sentirnos impunes. Ah, a veces me sentía como Yuri en sus principios. Conquistando el mundo.

—¿Se avisó del cambio de dueño al personal?

—Sí, el encargado lo notificará hoy al resto del personal, antes de que comience la jornada laboral.

—¿Stuart?

—Oficialmente ha salido del país esta mañana. Extraoficialmente, lo que queda de él se está incinerando en un crematorio para animales. Se limpió el lugar y las cámaras de seguridad.

—¿La casa segura?

—Está preparada. Y di la salida en el hotel.

—¿Yuri?

—Salió esta mañana hacia Las Vegas.

—Bien. —Sí, habíamos hablado sobre eso. Yo estaba bien y él tenía que ocuparse de

algunos asuntos que no podía aplazar. A veces, ser el jefe apestaba.

—¿Danny y Mo llegaron a la estación de policía?

—Acabo de recibir el aviso de que están entrando en las dependencias.

—Bien, entonces será mejor que nos demos prisa.

¿Que Igor es concienzudo? No lo tendría a mi lado si no lo fuera. Casi siempre sabe lo que hay que hacer o al menos lo que yo haría. ¿Por qué? Porque nos criamos juntos; crecimos y maduramos juntos y, sobre todo, aprendimos juntos. Puede que él tuviese que demostrar lo que valía para llegar a donde está, pero yo tuve que hacer mucho más, porque de mí siempre se esperaba más. Ser un Vasiliev exige más de ti que del resto. Se espera que no falles, que seas mejor que los demás, para que puedas liderar al resto. Igor lo sabe porque me ha visto sacrificar mucho y porque cada paso que él daba hacia delante yo tenía que estar siempre uno más allá de él, del resto.

Cuando Igor me franqueó la entrada al que sería nuestro refugio para los próximos días, caminé hasta la cama. No rechacé su ayuda para acostarme, porque dolía y porque estaba tremendamente agotado. Cerré los ojos y, finalmente, me dejé llevar por el sueño que necesitaba.

Capítulo 8

Viktor

¡Mierda! El puñetero agujero duele como el infierno. Parece que tengo un león hambriento dándose un banquete con mi carne. Me estiro sobre la mesa de noche para coger otra pastilla y suelto una maldición cuando el bote se cae al suelo.

—Yo lo haré. —Igor, mi siempre atento Igor. Recuerdo cuando bromeábamos sobre su nombre y el que estuviera a mi servicio, como el esbirro del doctor Frankenstein. Él siempre decía que era más guapo y más listo y yo siempre decía que le estaba saliendo una joroba en la espalda. Qué tiempos aquellos.

—Odio esto.

—Yo... Lo siento. —¡Oh, mierda!, no. Esto ahora no. Ambos sabíamos que se sentía mal por la bala que me alcanzó. Tomé el bote de pastillas que me alcanzó y cogí un par de ellas para tragármelas.

—Stuart nos sorprendió a todos, también fue mi fallo.

—Pero mi trabajo es mantenerte a salvo.

—No, Igor. Tu trabajo es ayudarme a hacer el mío. De mantenerme vivo me encargo yo solo.

—Pues estás haciendo un trabajo pésimo —intentó relajar la conversación con la broma.

—Sí, lo sé. Tendré que replantear mis métodos.

—Esto... esto no fue solo por el club, ¿verdad? —Y ahí venía. ¿Confiaba en él? Totalmente, pero la seguridad de Danny se basaba en que nadie, o casi nadie, supiera de su vínculo con nuestra familia. Así que, ¿qué podría decirle?

—No.

—¿La chica?

—Supongo que tenía una fijación enfermiza con ella.

—Sí, yo también lo creo. ¿Por qué...?

—¿Por qué la liberé? Creo que eres lo bastante inteligente como para hacerte tu propia idea, al igual que para mantenerla para ti mismo.

—Comprendo.

—Necesito que investigues a todos los que están cerca de ella. Quiero saber cómo y con quién vive, o se relaciona.

—Para protegernos, por si acaso. —Él y yo sabemos que esa no es la realidad pero, decirlo así implicaba que ella no es alguien especial; que solo es rutina, algo normal.

—Sí, por si acaso.

—Me pondré a ello.

—Bien. Con respecto al club...

—El encargado está manejando todo, como cuando Stuart estaba allí. Le dije que el nuevo dueño se pondría en contacto con él pronto.

—Tampoco podemos aplazarlo mucho. No quiero levantar sospechas ni murmuraciones.

—Entiendo.

—Quizás necesitemos darle un lavado de cara antes de empezar a trabajar.

—Sí, suena a algo que haría un nuevo propietario.

—Entonces ponte a ello. Quítale la mugre, renueva la pintura, cambia las bombillas, mata las cucarachas, pero tenlos entretenidos unos días. Manda al personal a casa. Quiero dejar todo en marcha antes de regresar a Las Vegas.

—Ok.

Me recuesto de nuevo en la cama y dejo que el efecto de las pastillas empiece a hacer su trabajo de nuevo. Odio ser un inútil; yo no soy así.

Igor sale de la habitación y, aunque intento dormir, el sueño no llega. ¿Será la luz exterior? No lo creo; soy capaz de dormir detrás del escenario de una discoteca en plena *happy hour*. Luces, música estrepitosa, el suelo retumbando y yo con la espalda pegada contra la pared; dormí tres horas la última vez. Maldigo para mis adentros y me intento reacomodar. Mis ojos escanean la habitación y se topan con el viejo diario que Danny me dejó. Suelto el aire y lo cojo. Sí, nada mejor que algo mortalmente rosa y adolescente para conciliar el sueño. Abro las hojas y comienzo a leer. Lo dicho, la primera entrada es mierda de adolescente, aunque la chica era entretenida, con una lengua sucia y bastante seguridad en sí misma. Pero lo interesante empieza a salir en la segunda entrada del diario.

Hoy ha sido uno de esos días que no podré olvidar. No porque fuera día de celebraciones; la final de la liga de béisbol trae a muchos tipos con ganas de rematar un buen día. No es porque mi bote de propinas casi reventase. No, ha sido por culpa de él. Estaba en mitad de mi número cuando lo vi. Estaba en un rincón, de pie, observándolo todo, como si la diversión no fuera con él. Y no tenía pinta de perdedor, no. Tenía un aura oscura que lo envolvía entero. Su pelo era oscuro, negro tal vez, y sus ojos... Aunque estaba lejos, sus ojos azules eran como dos faros en medio de la noche; te deslumbraban, te atrapaban. Pobres cervatillos.

Bailé mejor que nunca; seduciendo, provocando, jugando con sus sueños, sus deseos, y no dando nada a nadie. Casi había terminado mi número cuando lo vi parado junto al escenario, recostado en una de las columnas. Si ponía un pie sobre una de las mesas y el otro sobre una de las sillas, podría alcanzarlo. Sus ojos me perseguían, pero nada más delataba su interés; era como una estatua de hielo, fría y distante. Cuando salí del escenario, él seguía allí. Algunos hombres le hablaban, pero él no apartaba la vista de las cortinas por las que yo había desaparecido. Lo sé porque Tyra me lo dijo. Como también me dijo que tuviera cuidado. Todos sabían quién era: un luchador conocido, de esos de las peleas ilegales. Vasil, creo que dijo Tyra. Nadie había podido derribarlo sobre la lona. Aquello me gustó; atraer la atención de un hombre como él me hizo sentir poderosa. Por

eso no escuché las advertencias de Tyra, no me importó que fuese peligroso. A fin de cuentas, él había entrado en mi territorio y aquí era yo la que imponía las reglas. En mi siguiente número salí a la misma pista y bailé para él. Los dos lo sabíamos y, aun así, él no se inmutó. Pero los retos me llaman, así que caminé sobre la mesa y apoyé el zapato en el respaldo de la otra silla. Mi rostro quedó a escasos centímetros del suyo y pude ver de cerca esos maravillosos e increíbles ojos. De lejos no advertí claramente que lo que sostenía entre sus labios era un lollipop; lo pasó de uno a otro lado, moviéndolo solo con la lengua. No sé qué me llevó a hacerlo pero, agarré el palito que asomaba de su boca, y tiré de él. El dulce abandonó sus labios para llevarlo a mi boca; mmm, cereza. Lo saqué y miré el dulce, al tiempo que sonreí triunfante; empecé a retroceder, pero su mano se aferró con agilidad a mi muñeca, deteniéndome con fuerza. Le miré a los ojos, que seguían taladrándome con dureza, mientras mi brazo cedía a su presión y se dejaba arrastrar. Vi su boca abrirse momentos antes de que la bola de caramelo regresara a su húmeda abertura. Fue entonces cuando sentí un escalofrío recorrer toda mi espalda; no sabía si de miedo o de excitación, tal vez ambas cosas.

Terminé mi número centrándome en el tipo que quedaba más alejado de allí y después desaparecí. No volví a verlo, pero cuando Tyra me acercó el bote de propinas, vi un gran fajo de billetes grandes dentro y supe que había sido él; estoy casi segura.

Vaya, la chica no tenía miedo. Por lo que sabía del tío Viktor, había sido un cabrón frío y letal en el ring y ahora sabía que fuera también lo era. El por qué se dejó atrapar por aquella bailarina... era comprensible. Chica caliente, Vasiliev de sangre aún más caliente... tenía que probarla. En el fondo éramos muy parecidos, cuando el trabajo nos daba un respiro, aprovechábamos para darnos un «capricho».

Ha vuelto. Ayer tenía una de esas tiritas en una de las cejas, seguro que de una pelea. Volvió a ocupar el mismo sitio al fondo del local, pegado a la columna. Una pena que me tocara la otra pista para el número. Esto de las rotaciones para tener contentos a todos los clientes es un asco. No me gusta esa barra. La puñetera bombilla me ilumina directamente sobre la cara y me deja ciega durante media actuación. Luego tengo esas molestas lucecitas en la vista durante horas. Fue Tyra la que me dijo que había venido y dónde estaba, porque yo no veía una mierda. Creo que le gusta. ¿A quién no? Tiene esa aura peligrosa a su alrededor, parece tan duro y es tan guapo... El caso es que ella sabe toda su vida y habla como si le conociera en persona, cuando sé que no han cruzado una sola palabra. Alguien que conoce tanto a otra persona, que sonrío como boba cuando habla de él... Puede decirme que es peligroso y todo eso, pero estoy segura de que Tyra estaría encantada de correr el riesgo. Yo no lo haría; sé lo que puedo perder. Los hombres solo quieren pasar un buen rato, después eres desechable. No les importa dejarte embarazada; ese es tu problema. Lo único que les preocupa es pillar alguna enfermedad. Menos mal que tenemos el condón. Sí, lo he probado; por eso estoy limpia de enfermedades y ningún bebé. Porque me acuesto con algún hombre. No son ellos los únicos que pueden divertirse, y la tentación existe, aunque después de una noche, muchos demuestran que el brillo se queda en sus zapatos. Egoístas. Eyaculan y a ti que te den. Con terminar ellos es suficiente. Puaj. Si lo piensas, no merece la pena caer en la tentación. Una siempre acaba decepcionada. Hombres, solo son buenos para arreglar el pinchazo de un neumático.

Guau, eso sí que es cambiar de tema con rapidez y ser clara. La abuela Emy iba demasiado adelantada a su tiempo.

Capítulo 9

Viktor

10 días, tendría 10 días para recuperarme y descansar. Miré las luces de la pista de despegue correr bajo nosotros. Tendría que aprovechar para dormir un poco o también podía... Cogí el diario de Emy y lo abrí por la marca que había dejado. ¿Me estaba enganando a la abuela? Joder, es que era refrescante escuchar a una mujer hablar como ella, sin tapujos, sin dar rodeos, sin dobles intenciones.

La verdad, da un poco de miedo. Ese tipo lleva dos puñeteras semanas viniendo todos los días. Se acomoda en su columna, se pone su palito en la boca y solo observa. Se lo regalo a Tyra; todo para ella. Los tipos raritos, cuanto más lejos, mejor.

Sí, esa táctica de acechador está claro que no funciona, sobre todo cuando la presa se da cuenta y llevas poniéndola en práctica más de un día. Yo al menos cambio de presa.

Hoy el tipo ese, el boxeador, me ha esperado a la salida del trabajo. Se ha ofrecido a llevarme a casa en su coche. Sí, ya sé que las calles no son seguras a esas horas, pero no pienso meterme en el coche de ese tipo por voluntad propia. Un conejo no se mete todo feliz en la boca de un lobo.

Chica lista, yo tampoco me habría ido con un tipo como él. Pero, por otra parte, el tío Viktor no era mal tipo y estaba realmente interesado en la chica. A las pruebas me remito. Tuvieron una hija juntos, eso quería decir algo, ¿no?

Increíble. Ahora el tipo empieza a trabajar en el club. ¿Es que no pagan suficiente en las peleas? Ahora lo veo todos los días limpiando vasos detrás de la barra. Coloca botellas, sirve a los clientes, prepara pedidos, carga cajas al almacén... La verdad, yo imaginaba que si cambiaba de trabajo lo haría en la puerta, como uno de los porteros. Ese sí que echaría para atrás los tipos que montan bronca. Lo sé, porque cuando me cruzo con esos ojos... Brrrr, un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

Buena estrategia tío. Deja que la chica se familiarice contigo, que te vaya conociendo.

Hoy ha sido un día asqueroso. Esta maldita gripe me deja floja de piernas y me paso las madrugadas tosiendo tanto que casi ni puedo dormir. Gracias a Dios que mi acosador, alias Vasil, me preparó un café antes de empezar mi turno. No, si al final el tipo va a ser útil y todo.

Imagínate, el tipo planea dejar la lucha; quiere algo más «estable». Algo debió pasarle a algún conocido en el cuadrilátero, supongo que un familiar, y no quiere seguir ese mismo camino. Sí, eso es lo más inteligente. He visto muchos boxeadores y muchos están mal de la cabeza. Es agradable charlar con él mientras me tomo el café. Fíjate, ya no me parece tan terrible. Hasta podría decir que tiene una sonrisa dulce.

¿Dulce? ¿Viktor, El Ruso Negro Vasiliev, dulce? ¡Ja! Pero es la opinión de una mujer, no voy a meterme ahí.

Tiene un trasero para comérselo. Uf. Hoy no he podido resistir la tentación de mirar ese trasero cuando estaba agachado bajo la barra colocando no sé qué. Entre eso y ver

esa espalda tensarse mientras carga cajas del almacén... Está haciendo que me replantee el probar un poco. Sí, puede que merezca la pena. Solo hay un pero, y es que trabajamos juntos. Y ya se sabe, los ex lo más lejos posible o te amargarán la vida. Si no, que se lo digan a Tyra y Bommer, el guardián de la puerta. A la pobre la persigue como si fuera su sombra.

Vaya, vaya. Así que a la abuela Emy le gustaba la buena carne. Para que luego digan que el físico no importa. Unos buenos músculos y las chicas babeaban como caracoles.

Viktor sigue con lo de las peleas, no puede negarlo. Hoy tenía un ojo tan hinchado que casi no podía abrirlo. Puede sonar estúpido, pero me preocupa que un día sea algo más grave. Él le quita importancia; dice que no podrán con él, que es demasiado listo y muy duro. Pero nadie es invencible; solo hay un Superman y es un personaje de ficción.

Con que se preocupaba por él; bueno eso quiere decir que había llegado a su corazoncito, ¿no? La chica se estaba ablandando.

No sé cómo ha ocurrido, pero en un momento las manos de Vasil estaban sobre mi cintura, nuestros rostros a centímetros. Y luego su boca me besó. ¡Oh, Dios! Todavía me tiemblan las piernas. El tipo sí que sabe besar. Y su sabor... a cereza. ¡Malditos lollipops! Ahora no voy a poder comer uno sin pensar en él y sus labios. Esto no está bien; no puedo estar con alguien del trabajo. Si sale mal, que saldrá, tendría que soportar su mirada asesina sobre mí todo el día.

Bien por el tío Viktor. Un buen beso y la tenía temblando. Eso era algo genético. Yuri todavía dejaba temblando las piernas de mamá, yo fui el terror en el instituto y supongo que mis hermanos ganaron su fama de la misma manera. Sí, éramos pero que muy buenos besando. La chica estaba perdida.

Esto no está bien. Me asusta demasiado. Vasil quiere que salgamos juntos, como una pareja. Sé que no debo hacerlo, que se convertirá en un problema, pero cuando estoy en sus brazos, cuando me besa, siento que estoy a salvo de todo, del mundo. Me siento segura. Pero cuando me alejo de él, la realidad vuelve a mí y no paro de darle vueltas en la cabeza. Estoy tan confusa.

¿Confusa? ¡Vamos, nena! El tío Viktor te trataría como una reina. Cuando un Vasiliev se entrega, lo hace hasta el final. Yuri no hace más que repetirlo: Viktor era el mayor ejemplo de entrega y de devoción por su familia, por su chica. Murió porque no pudo soportar tu pérdida.

Esto es una locura. No debí caer en sus garras, pero ya no puedo salir. Me tiene atrapada. Amo cada momento que estamos los dos solos, como si el mundo a nuestro alrededor no importara. Esos momentos son increíbles y no me quejo. Adoro despertar cada mañana a su lado, sentir su calor envolverse, sus suaves besos en mi cuello para despertarme. Pero sé que eso no es toda nuestra vida. Hay tantas cosas que lo preocupan. Sé que cuida de su familia; los he conocido, a sus hermanos Nikolay y Yuri. Niko está en una silla de ruedas. No he querido preguntar, porque parece que no quiere hablar de ello; ninguno de ellos quiere hacerlo. Yuri, Yuri es un pillastre, demasiado listo para su edad. Acabará siendo un problema; pero Viktor, mi Viktor, dice que Niko se encargará de él, que no tengo que preocuparme. Los Vasiliev saben cuidarse solos.

Yo sé lo que llevó al tío Nikolay a esa silla de ruedas. Un maldito golpe en la columna. También sé que Viktor se encargó de acabar con el tipo.

No sé si llamarlo nuestra primera gran discusión, pero sí que ha sido de las gordas, al menos para mí. Yuri se ha presentado en el club con el labio partido y los puños ensangrentados. Viktor salió del trabajo para acompañarlo y cuando lo hizo sin dar ninguna justificación a nadie, me preocupé. Un camarero no puede abandonar su puesto sin pedir permiso. Perder el trabajo no ayudará a su familia. Yuri necesitará más el dinero para comprar comida que aclarar lo que había ocurrido en aquella pelea. Por Dios, tiene solo 9 años los niños siempre se pelean a esa edad.

Vaya con papá, 9 años y ya metiéndose en problemas.

El jefe. Viktor es el puñetero jefe. Es el dueño del club. Lo compró al día siguiente de nuestro primer encuentro y no me había dicho nada. Prácticamente vivimos juntos y en todo este tiempo se le olvidó decirme que yo no era más que otra de sus empleadas. Odio que los hombres mientan; ocultar las cosas no es sino otra forma de mentir. Lo sabía, esto no estaba bien, podía sentirlo. Pero como una estúpida me dejé meter en esto, y ahora no sé cómo voy a salir de aquí. Porque se empieza por una mentira y se acaba viviendo con ellas. Yo no voy a ser así, no quiero ser así.

Me recliné sobre el asiento y cerré los ojos. Vivir con una mentira era normal para nosotros; los secretos y las grandes mascaradas. Solo había un lugar en el que un Vasiliev podía sentirse lo suficientemente seguro como para dejar todo eso fuera, y era con su familia. Allí no hay mentiras, no hay... También eso es mentira. Hay secretos, muchos secretos, pero es el mismo que todos guardamos. Todos sabemos lo que somos, cómo vivimos, pero ninguno lo dice en voz alta porque debe permanecer siendo un secreto. Pero lo hacemos por su seguridad; para que ellas y los niños estén a salvo de... saber. Ser parte de nuestra familia ya es de por sí un riesgo, cada día más pequeño, pero sigue ahí. Comprendo al tío Viktor; no decirle nada era su manera de mantenerla al margen, de mantenerla a salvo, pero al hacerlo la estaba alejando de él.

Capítulo 10

Viktor

Volver a Miami no es que tuviese mucho atractivo para mí, salvo que iba a ver a Danny. Había estado vigilando, había investigado, y cada día estaba más convencido de que mantenerla al margen de nosotros era lo mejor para ella. Tenía una buena vida, un chico que la quería y que estaba luchando por mejorar su situación. Sabía que iba a conseguirlo, porque era tenaz y cabezota.

Volver al club no me gustaba tanto. Había buscado un par de candidatos para que se encargasen de gestionarlo; quería volver a Las Vegas sabiendo que estaba todo en buenas manos. Un club no era suficiente para mantenerme retenido aquí; no cuando tenía muchos más negocios que atender en Las Vegas.

—¿Están todos en sus puestos?

—Sí, señor.

—¿Saben que hoy llega el nuevo jefe?

—No, solo saben que es la reapertura, nada más.

—Bien. Me gusta pillar a la gente desprevenida, antes de que les dé tiempo a prepararse.

—Lo sé, señor.

Cabronazo. Igor conocía mis preferencias casi mejor que yo. Sí, me gusta pillar a la gente desprevenida porque así no han tenido tiempo de preparar una pantalla a su alrededor; bueno, solo en el caso de aquellos que tienen algo que ocultar. Y a esos me interesaba pillar desprevenidos. La de gente que he descubierto de esa manera.

—Reúnelos a todos —dije mirando a Sam. Asintió y salió a cumplir mi orden. Diez minutos después tenía a todo el personal reunido en la pista central. Los miré desde arriba; las luces estaban más fuertes en el local y podía ver cada uno de sus rostros, aunque había tantas personas que era difícil centrarse en una sola.

—Seguro que ya saben que el club cambió de dueño, así que no voy a irme por las ramas. Me llamo Viktor Vasiliev y represento a una sociedad que gestiona varios tipos de negocios, aunque nos especializamos en el entretenimiento. Si trabajaban para el anterior propietario, supongo que sabrán desempeñar sus tareas con eficiencia, así que no se preocupen por su puesto. Salvo que hagan algo que contradiga las normas, el trabajo sigue siendo suyo. En cuanto a esas normas, son sencillas. Mantengan su puesto limpio y abastecido y su aspecto cuidado. Su actitud ha de ser complaciente con el cliente. Vivimos por y para ellos, así que hay que tenerlos contentos. Si alguno de los clientes se excede, llamen al equipo de seguridad; ellos se encargarán del problema ya que ese es su trabajo. Y lo más importante, nuestro negocio es el alcohol y el espectáculo, nada más. No trabajamos con drogas o prostitutas; no es nuestro negocio. Nos movemos dentro de la legalidad, solo entretenimiento. Su encargado, Jordan, atenderá sus sugerencias o quejas hasta que encontremos un sustituto para encargarse de la dirección del local. Espero que esta sea una provechosa relación comercial para todos.

Me alejé del grupo sin esperar a las preguntas; no soy de esos que responde, para eso tenía a Jordan. Por mi parte, solo tenía que encontrar a alguien que se encargara de dirigir el negocio, y eso lo iba a solucionar pronto. Tenía dos entrevistas programadas para esa misma tarde, así que me sentaría en ese despacho y estudiaría personalmente a los dos posibles candidatos. Ya habían sido investigados y analizados; solo necesitaba ese contacto final que me dirían si eran lo que buscaba o no.

Cuando terminé con las dos puñeteras entrevistas, ya era tarde. El club estaba en el momento álgido, empezando a decaer por la hora. Le pedí a Igor que me despejara un lugar privado para relajarme un poco. Cuando lo hizo, me dejé caer sobre el sofá de imitación de piel como si fuera una pesa de 150 kilos. Una camarera me acercó una botella de agua fría y un vaso. Odiaba eso, pero mientras tomas medicación no puedes beber alcohol. Una cosa era llevar al límite tu cuerpo y otra muy distinta no cuidarlo cuando estás herido. Unos días más de calmantes y antiinflamatorios y dejaría esa mierda atrás. Arrastré mis uñas por la herida ahora cicatrizada en el exterior, sintiendo el picor interior de la curación. Puñetero Stuart. Lástima de muerte rápida, se merecía una tortura más severa por lo que me hizo. Tomé la botella, abrí el precinto y bebí la mitad de su contenido de un solo trago. ¡Ah, mierda! Qué bien sentaba algo frío en aquel lugar. Había en el aire esa sensación de calor, humedad y sudor, mezclado con alcohol y ambientador que me llevaban a tiempos más alocados.

Un destello azul eléctrico surgió en mi periferia y me giré para ver a mi bailarina acrobática favorita. No es que tuviese el cuerpo para muchos trotes, pero me gustaba deleitarme viendo cómo se movía. La música de su número terminó demasiado pronto, por lo que supuse que no me había dado cuenta de su presencia hasta ahora. La vi caminar hacia el final de la pasarela, hacia las cortinas del escenario, y algo me llamó la atención. Parecía demasiado mecánica, rígida; como si dar aquellos pasos fuera doloroso. Créeme, sé de lo que hablo; a mí me dolía ese agujero mal posicionado como el mordisco de un perro rabioso. Ella intentaba esconder el dolor; el porqué me intrigaba, quizás demasiado. Hice un gesto a Igor con la cabeza y se acercó a mí.

—¿Sabes dónde está su camerino? —Se rio, el muy gilipollas se rio. ¿Era yo tan predecible o tan patético?

—Pasillo de personal, cuarta puerta a la derecha; la que tiene media estrella pegada en la puerta. —Asentí, me puse en pie y me dirigí allí, no sin antes lanzarle una mirada asesina. No soy predecible, solo estaba preocupado por su mal disimulada cojera, nada más.

Cat

Saqué la bota con mucho cuidado. Me había costado un triunfo meter el tobillo vendado en aquella maldita bota y me estaba costado otro tanto sacarla de allí sin volver a hacerme daño. Lo tenía hinchado, palpitaba como si estuviese conectado a un amplificador de tres pisos, pero no podía hacer otra cosa. ¿El día de la reapertura y yo no acudiendo? Eso era como presentar mi carta de dimisión. Sí, lo sé, tampoco es que tuviese un contrato o algo así. Si trabajaba, cobraba; si no iba, no lo hacía. Además estaban las propinas. Aquellos puñeteros diez días habían sido demasiado largos. Dar clases a los viejecitos del asilo una vez por semana no era suficiente para cubrir mis gastos, pero era lo

único a lo que podía llegar. ¿Camarera? Lo intenté, pero eran demasiadas horas y poco dinero, y tampoco tenía tiempo para atender a mi padre. Lo único que me daba dinero y tiempo era ese maldito trabajo de *pole dance*, porque el otro... el otro trabajo se encargó el innombrable de jodérmelo. «*Te arrepentirás, puta*». Arrepentirme no, lamentarlo, cada día, pero no iba a dar un paso en aquella dirección.

Un par de golpes llegaron de la puerta, sin esperar una respuesta, la puerta se abrió. Jordan y su manía de entrar así. Sabía que lo hacía para pillarnos en bolas pero conmigo lo llevaba claro; yo no me desnudaba allí ni en broma, no con un feje como ese. Maldito depravado.

—Hola Catty, pequeña. He traído a alguien que quiere conocerte. —Mi vista se fue hacia el marco de la puerta, donde un tipo de ojos poseídos por algo parecido a la lujuria se relamía los labios esperando que lo dejaran pasar. Chocó con Jordan mientras este se apartaba de la puerta.

—Pórtate bien con él, pequeña. —¿¿Qué?! Será gilipollas. ¿Me estaba pidiendo que...?

—Hola Catty, seguro que nos llevaremos bien.

—Salga de aquí.

—No tan rápido. Jordan ya me dijo que eres un poco arisca.

—¡He dicho que se largue!

—Tse, Tse, Tse. No montes un espectáculo por una tontería.

Antes de que pudiera salir de allí, sentí la mordaza de sus bastas manos sobre mis brazos e hice lo único que podía, gritar, patalear y tirar a morder. Tenía poco con lo que defenderme. Con las manos atadas y un pie inservible, solo podía rezar para poder defenderme con el otro y no caer. Sentí sus babas sobre mi cuello y sus dedos aflojarse de mi muñeca para bajar la tira de mi sujetador. Entonces mi rodilla se elevó a su entrepierna, una mano quedó libre y aproveché para lanzarle el codo contra su redonda cara. Escuché el crujido de su nariz y sonreí, aunque solo fuera algo temporal, tenía una pequeña ventaja.

—¡Hija de puta! —Sentí el violento bofetón sobre mi cara. El tipo era demasiado grande, lo suficiente como para hacerme volar por encima de la mesa de maquillaje con el golpe. ¡Mierda!, sabía que eso iba a empeorar. Pero no me rendiría. Rendirse ya no era una opción para mí, nunca lo fue.

Capítulo 11

Cat

—Quítale las manos de encima. —La voz fuerte y profunda llegó desde la puerta y yo me quedé congelada, el tipo no tanto—. He dicho que le quites las manos de encima. —El tipo se separó de mí demasiado rápido; al ver al otro tipo supe por qué. Lo tenía aferrado por el cuello de la camisa y lo arrastraba bien lejos.

—Suéltame, he pagado por esto. —El tipo baboso dio un golpe al otro tipo, que casi esquivó. Lo vi doblarse y maldecir, pero tuve suerte, porque no estaba solo. Otro tipo apareció en la puerta y este sí que aferró al baboso como si fuese un muñeco, dejándolo seco tras un solo golpe.

—Señor, ¿está bien?

—Llévatelo de aquí, Igor.

—He pagado... por esto...

—Encárgate de que le devuelvan su dinero. —dijo poniéndose derecho de nuevo, aunque lo hizo demasiado despacio. Sí que le había dado fuerte el baboso.

—Gra-gracias.

—¿Estás bien—Supongo que tendría que ser yo quien hiciera la pregunta, estaba claro que el pobre tipo estaba mal, porque se le había ido todo el color de la cara. Sí, le quedaba bien la ropa, pero era un chicle blandito. Entonces me di cuenta de por qué me hizo la pregunta; estaba temblando como una hoja. Mis manos eran dos bailarines de rumba en aquel momento.

—Yo... yo sí, esto-estoy bien —me apoyé en la mesa y levanté una silla para sentarme. Dejé que mis brazos sostuviesen el peso de mi cabeza y respiré con fuerza. Sentí cómo se apoyaba a mi lado, dejando que la mesa sostuviese su peso.

—Por tus gritos supongo que no estabas de acuerdo con esto.

—No, claro que no.

—Entonces, ¿cómo llegó a entrar aquí?

—Jordan lo trajo.

—Ah, eso explica mucho. —Alcé la vista y lo miré. Su cara parecía ir recuperando su color normal. Lo recordaba; era el tipo del discurso, era el nuevo jefe, o el que mandaban los nuevos dueños; para el caso era el mismo. Un tipo que luce trajes hechos a medida, relojes caros y que vive la vida a tope. Alcohol exclusivo, chicas nuevas todas las noches, en fin, un niño bonito de esos. Si estaba aquí no era porque le importara como estaba yo, sino cumplir con las normas de la empresa. Lo que estaba claro, es que lo que allí había pasado era un evidente caso de prostitución.

—¿Puedo irme a casa?

—Primero habrá que ponerte algo de hielo ahí. —Seguí su mirada que estaba clavada

en mi tobillo vendado. Vaya, el tipo se fijaba en los detalles.

—Cogeré un taxi, no se preocupe.

—No voy a dejar que salgas así a la calle. —Me miré el rostro en el espejo rodeado de luces y entendí el porqué. Vaya una imagen de mierda para el club. Tenía un corte en el labio que sangraba un poco, media cara roja como una brasa y la peluca azul estaba más fuera que dentro de mi cabeza. Con dedos aún temblorosos me la quité. Ahora, con la redecilla sí que parecía un monstruo. Empecé a retirar las horquillas con metódica eficacia.

—Arreglaré eso y me iré. No se preocupe.

—Viktor, me llamo Viktor. Y sí, me preocupo. —Volví a mirarlo y vi algo extraño en su cara. Pero rápidamente desapareció, como si una máscara lo cubriese todo.

—Soy Cat.

—Bien Cat, vamos a ponerte hielo en ese pie y después ya veremos qué hacemos contigo.

No esperó mi contestación; solo salió de la habitación. Quedó claro que estaba acostumbrado a que la gente obedeciera todas y cada una de sus órdenes. Yo lo haría porque necesitaba ese trabajo.

Viktor

¡Dios!, el gilipollas ese tuvo que darme de lleno en la herida, vaya puntería tuvo el cabrón. Ni pastillas ni mierda; necesitaba un buen trago de algo fuerte. Después, me encargaría de que eso no volviera a ocurrir de nuevo. Igor salió a mi encuentro de camino al despacho.

—¿Te ocupaste de él?

—No creo que vuelva más por aquí, y tampoco será un problema.

—Bien. ¿Averiguaste a quién pagó por la chica?

—Jordan.

—De acuerdo, tráemelo al despacho. Ah, y asegúrate de que le lleven hielo a la chica. Su pie tiene mal aspecto.

Igor asintió y partió a cumplir mis órdenes. Entré en el despacho, rebusqué en el bien surtido bar de Stuart y me llené un buen baso. Whisky escocés de 35 años. Se cuidaba el puñetero cabrón. Me lo metí en la garganta de un solo trago y me serví otro. ¡Joder, cómo dolía el puñetero hombro! Un par de golpes precedieron a Jordan, bien escoltado por Igor. Bien, estaba de humor para esto.

—Siéntate. —El tipo lo hizo, mirando confundido entre Igor y yo. Sí, témele a él, pero no te confíes, el auténtico problema lo tienes delante. Quince días antes le habría partido la cara con una mano atada a la espalda. Así que ya podía darle gracias al cielo de que hoy no estuviese en mi mejor momento.

—Creo que sabes cómo se le llama a un hombre que amañea encuentros con mujeres

por dinero, quiera la mujer o no, como es en este caso.

—¿Qué...?

—Se le llama proxeneta. Aunque quizás lo entiendas mejor si lo llamamos chulo de putas. —El tipo me miró con los ojos abiertos. ¿Que lo habíamos pillado? Estaba más que claro. Ahora, venía cuando le decía el premio que había ganado.

—Estabas presente cuando di mi charla de presentación, así que doy por supuesto que estás enterado de las normas de la empresa. No drogas, no prostitución.

—Eh...

—Sí, lo suponía. Vas a salir por esa puerta y no vas a volver. Estás despedido.

—No puede...

—Se llama falta grave y sí puedo. Así que tienes diez minutos para abandonar el local; ni siquiera recojas tus cosas, no tendrás tiempo. Aunque puedes buscarlas en la basura cuando cerremos. Ah, y si tardas más de esos diez minutos, te acercas demasiado al club o a esa chica, te soltaré a los perros.

Noté cómo miraba a Igor y luego tragaba saliva. ¡Joder, qué ganas tenía de dejar este estúpido papel de niño bonito! Porque en este momento a quién quería que tuviese miedo era a mí. Era a mí a quien había ofendido el trato que había dispensado a Cat, bueno y a ella, por supuesto. Hay algo que un Vasiliev no tolera, y es que fuercen a una mujer a someterse a los deseos sexuales de un depravado. No es nada de ese rollo proteger al débil y eso, no. Es algo tan simple como el respeto por aquellas que dan su vida por traernos al mundo, por las que se desvelan por las noches cuando sus hijos tosen, por todas y cada una de las madres que una mujer lleva dentro, aunque no haya tenido hijos. Sí, hay serpientes disfrazadas de mujer, pero esas nunca serán madres, solo úteros con capacidad de engendrar. No sabía qué tipo de mujer era esa Cat, pero de lo que sí estaba seguro, es que no quería que aquel tipo la violase. Aunque... vi cómo le dejó la nariz; la chica era una pequeña guerrera. ¿Estaba sonriendo? Sí, ¡mierda!

Capítulo 12

Viktor

Caminé de regreso al camerino de las chicas, donde dejé a Cat; como le había ordenado, seguía allí. Tenía la pierna apoyada sobre una silla y el tobillo cubierto por una toalla que suponía rellena de hielo.

—Voy a echarle un vistazo.

—Sé lo que tengo que hacer.

—No he dicho que no lo sepas.

No esperé su réplica. ¡Joder con la gatita! Había salido peleona. Quité el paquete frío y tomé su tobillo entre mis manos. Tenía pies pequeños, pero es que toda ella era pequeña. No pude evitar mirar cómo cogió el paquete de hielo y se lo apoyó en la cara. Sentí mi mandíbula tensarse con rabia. Tendría que volver a por Jordan y por el otro tipo y patear sus culos hasta Las Vegas, ida y vuelta. Mis dedos masajearon los tendones y el músculo, aflojando la tensión en ellos e intentando colocar lo que está fuera de lugar. ¿Que cómo sé eso? Uno aprende ese tipo de cosas cuando su cuerpo es maltratado por otros. Igor y yo nos hemos arreglado el uno al otro cientos de veces; incluso he tenido que hacer el trabajo yo solo. Gajes del oficio, supongo. Sabía que le dolía lo que estaba haciendo, pero aguantaba como una campeona, y eso me decía que estaba acostumbrada a pasar por eso.

—No es la primera vez.

—No.

—Los tacones y el baile son una mala combinación.

—Solo si haces piruetas con tacones de quince centímetros.

—No os pagan lo suficiente.

—¿Vas a subirme el sueldo? —Levanté la cara para verla directamente a los ojos. Vaya, tenía unos ojos marrones preciosos y su pelo no era azul sino de un cálido color chocolate.

—Podría. —Su pie se alejó de mi mano y se posó en el suelo. ¿Qué demonios? ¿Qué le pasa ahora? Ah, Dios, ¿no pensará que...? Sí, ¡mierda! Pensaba que le estaba pidiendo algo a cambio de ese aumento de sueldo. ¡Mierda!

—Ya está bien, gracias.

—No te estaba pidiendo nada a cambio.

—No, claro.

—No necesito mentirte, Cat. —Ella volvió a su espejo y se miró el rostro. Ese cabrón le había dejado una buena marca; seguro que mañana le quedará un buen moretón—. Cat, ¿es de Catherine?

—Catalina.

—¿Catalina?

—Sí, mi madre es portorriqueña.

—Catalina; Katia. —De repente me acordé de mi profesor de historia y el nombre de Catalina la Grande me vino a la cabeza. Ella fue una gran mujer y sabía que ante mí tenía otra. Pequeña, pero con un genio... enorme.

—Será mejor que te vistas. Igor y yo te llevaremos a casa.

—No hace falta.

—Aun así, lo haremos. —Vi cómo apretaba los dientes. No, aquello no le gustaba, pero no se atrevería a contradecir a su jefe, y jugaría con eso.

Cat

Al menos el tipo se comportó durante todo el viaje. Mantuvo su distancia en el asiento y me dio una conversación escasa y neutra. El coche esperó a que entrara en el portal del edificio y después se alejó discretamente.

Bueno, lo peor no había pasado porque sabía que él estaría despierto. Normalmente llegaba mucho más tarde, pero hoy, este maldito pie me había echado fuera antes de tiempo. No estaba de mal humor por no ganar el dinero que necesitaba, lo peor era llegar a casa y enfrentarme a él. Lo odiaba; no a él, sino al ser en que se había convertido. En cuestión de tres años, había pasado de ser un amoroso y dedicado papá, a ser el monstruo de boca dañina de Howard. ¿Culpar a mamá por no estar allí? No podía, realmente no podía.

Nada más abrir la puerta de nuestro pequeño apartamento, me recibió la luz de la televisión encendida. Procuré no hacer ruido al cerrar la puerta; aunque él no apartó la vista del presentador en la pantalla, su voz me llegó lo suficientemente clara como para saber que sus palabras eran para mí.

—Vuelves pronto. ¿También te han echado de este trabajo?

—Hola, Howard. —El fino tubo que llevaba oxígeno a su nariz reflejó la luz cuando giró su cabeza hacia mí. No había preocupación en su rostro, solo estaba esa cara acusadora y amargada de siempre.

—Espero que no tengas hambre, porque la nevera está vacía.

Giró de nuevo sus ojos hacia la TV, y supe que la conversación había terminado. Bueno, no fue tan malo como pensaba. A veces, su manera de despreciarme era ignorarme. Así que supuse que aquellas dos frases eran todo lo que estaba dispuesto a ofrecerme. Pero no me hacía ilusiones. Seguramente sus pocas ganas de lucha se debían a que la medicación había agotado su cuerpo. El cáncer es una mierda, pero es peor la medicación. Al menos esta vez no había perdido todo el pelo; ahora tenía una escasa capa de pelusa casi blanca larga y sucia que hacía destacar más sus ojeras oscuras y los ojos rojos. Vi las dos latas de cerveza vacías en la mesa junto a él. No debía beber con la medicación, pero hacía demasiado tiempo que se había rendido; saltarse las normas era en sí su única regla. Esa y volver una miseria la vida de aquellos que lo rodeaban. No había sido así hacía cinco años, cuando el cáncer llegó por primera vez. Entonces le extirparon un riñón y le dieron sus dosis de quimioterapia. Todo parecía ir bien hasta que dos años

después el «devorador de hombres» había vuelto. Esta vez en sus pulmones, síntoma de que se había extendido a otro lugar. Eso era malo, todos lo sabíamos, los médicos incluidos, pero, aun así, destrozan la vida del enfermo con más dosis de veneno para sus cuerpos.

Llegué a mi habitación, me senté en la cama y empecé a quitarme el calzado. Al menos las deportivas se quitaban mejor que las botas. Mi pie protestó, pero me dio igual. Estaba tan cansada, que de buena gana me habría tirado sobre la cama y me habría dormido, pero no podía hacerlo. Tenía que quitarme el olor a toda la mierda que llevaba encima. Primero el grasiento aroma del local de comida rápida en el que había trabajado por la mañana y que me dejaba el pelo tan apelmazado y sucio que tenía que usar una peluca para mi siguiente trabajo, pues no tenía tiempo para una ducha. Ahora, ese olor se había mezclado con el del club. Sí, por sí solos ya eran asquerosos, pero juntos... Nunca me acostumbraría a ellos. De todo lo que conllevaba trabajar en dos sitios a la vez, lo peor no era llegar a casa reventada por el agotamiento, lo peor era ese asqueroso olor. Sí, seguro que los que trabajan en el mercado central, en la zona del pescado fresco, piensan lo mismo cuando tienen que limpiar su puesto de trabajo al final del día.

Después de la reconfortante ducha, mi pie me recordó que necesitaba darle algo para pasar la noche. Abrí el pequeño armario tras el espejo y saqué un par de botes. Un calmante, un antiinflamatorio y un poco de agua del grifo para tragarlos. Sabía que con el estómago vacío podía destrozarme el estómago, pero qué más daba. Quién me lo iba a decir hacía tres años. Yo que era estaba obsesionada con el culto al cuerpo. Mi cuerpo es mi templo, decía. Comida sana, ejercicio... Y ahora, subsistía a base de hamburguesas, patatas fritas y pasta. Una equilibrada dieta rica en grasas saturadas y carbohidratos. Menos mal que los quemaba todos.

Volví a la cama y me dejé caer sobre ella como una piedra de 200 kilos. Con mis últimas fuerzas estiré la mano para cubrirme con la sábana. Mis últimos pensamientos del día fueron los de siempre. Odio a los hombres, odio a Howard por convertirme en esto. Odio a Rocky porque hizo conmigo lo que hizo. A Nathan porque me castiga por lo que no le doy. Ningún hombre que haya entrado en mi vida ha sido bueno. Todos, absolutamente todos, han acabado destrozando una parte de mí. ¿Y ahora ese jefecillo quería una zorra para pasar el rato? Que se buscase otra, yo no soy de esas. Podía ponerse todo lo dulce y atento que quisiera, pero no iba a darle nada. Nathan también empezó así, pero manteníamos una lucha de resistencia en la que no pensaba rendirme. Algún día... algún día saldría de aquí y no volvería a estar debajo de la bota de un hombre. No más Howard, no más Nathan, no más Rocky y no más... como se llamase ese... ese... No recordaba el nombre, solo que sonaba a extranjero. ¿Ruso? Puede. Qué más daba.

Capítulo 13

Viktor

Bien, al menos la maldita herida no se había resentido. Aquel gilipollas casi estropea todo mi trabajo y el del médico, claro. Había mimado mi hombro como si fuera un polluelo recién salido del cascarón, pero sabía que no podía seguir así; todo mi ser se estaba reblandeciendo. Había llegado el momento de empezar a trabajar de nuevo. Cogí las rígidas correas ortopédicas y caminé hacia Igor. Cuando me vio, no dijo nada, ya habíamos hablado sobre ello. Él no iba a detenerme, pero estaría ahí para evitar que me hiciera daño. En silencio, ajustó las bandas restrictivas sobre la articulación de mi hombro izquierdo, así impediría que moviera el músculo que aún estaba sanando y que no necesitaba una sobrecarga en estos momentos; pero el resto... el resto tenía que ponerlos a trabajar.

Por fin. Lo único que me había permitido el médico hacer era correr y estaba harto de hacer kilómetros aburridos en la cinta. Golpear de nuevo el saco de arena, aunque solo fuera con las piernas y un brazo, era mejor que solo correr.

Cuando terminé de entrenar, mi culo estaba hecho polvo, sintiendo el duro banco de madera clavarse en mis isquiones (mal llamados huesos del culo). El sudor me resbalaba por la cara, espalda y pecho haciendo que todo mi cuerpo brillara de esa manera que parecía untado en vaselina. El líquido reconstituyente me bajaba por la garganta, aliviando el calor de mi cuerpo con su frescura.

—No has perdido la forma. —Igor estaba frente a mí, tendiéndome una pequeña toalla. Me sequé el sudor con ella, y volví a tomar otro trago de líquido azul. Azul. ¿Quería decirme algo el destino? Nah, eran las mismas cosas de siempre, solo que no me había fijado antes.

—No aguantaría dos asaltos si subiera al *ring* ahora.

—Tampoco tienes por qué hacerlo.

—Llámalo orgullo.

—Sí, el tipo te dejó fuera con un solo golpe.

—No volverá a ocurrir.

—Entonces tú harías mi trabajo.

—Tú siempre serás necesario.

—No, si tú libras tus propias peleas.

—Entonces procuraré que haya tipos para golpear para ambos.

—Tú siempre tan considerado.

—Ya me conoces. Siempre pensando en los demás. —Igor soltó una carcajada, me dio una palmada en la espalda manteniendo bien lejos mi hombro lastimado y se alejó hacia la puerta. Sí, odio depender de otros, ese no soy yo. Autosuficiente, eso sí pegaba conmigo; desde los 14 no necesité a nadie para que me defendiera, me sacaba mi propia

mierda del camino. Que Igor caminara a mi lado solo lo hacía más divertido.

Cuando me metí bajo la ducha, dejé que el agua caliente no solo se llevara la suciedad y el cansancio, también que despejara mi cabeza. Tenía que volver al club, ver cómo trabajaba el tipo que había escogido para que lo dirigiera y, sobre todo, ver cómo funcionaban las cosas sin Jordan. Cada vez que pensaba en él sentía una tremenda necesidad de estrangular, patear, golpear, mutilar... Respiré profundo y me tranquilicé. Aquella no era la imagen que debía dar, no en Miami. Aquí solo era un ejecutivo, un tipo de esos que hace su trabajo, piensa en beneficios, en números y gasta su dinero con elegancia. Tenía que volver a casa pronto; Miami me estaba reblandeciendo. Mentira, me decía una vocecita en mi interior. Una prima perdida, un disparo, no podía decir que mi tiempo aquí había sido aburrido. Sí, creo que necesitaba volver a Las Vegas solo para regresar a la rutina.

Cuando entré en el club, me gustó sentirme mimado de nuevo. El nuevo gerente parecía un tipo centrado en su trabajo, no en saltar sobre sus pies cada vez que entraba en su espacio personal. Estaba seguro de que llevaría el club por el buen camino y el tema de las apuestas lo cubriría con bastante sobriedad; justo el tipo que queríamos allí. Me senté en el que ya parecía el sofá de mi casa y sonreí a la chica que me llevó la botella de agua fría. No había hecho más que sentarme y la botella ya se estaba posando en la mesa frente a mí. Sí, había muchas buenas cosas en ser el jefe. Un reflejo azul llamó mi atención sobre la pasarela de mi derecha; vi aquel pelo azul eléctrico balancearse alrededor de la barra de metal. ¿No había mandado a esa loca a casa ayer? El tobillo le tenía que seguir doliendo y, aun así, allí estaba. No es que importara lo que cada cual hiciera con su cuerpo; si quería destrozarse, pues bien. Pero esa chica testaruda... Es como si intentara demostrarme que lo que yo dijera se la traía al fresco. Como si desafiarme fuera su manera de decir: «Eh, tú no eres nadie para decirme si puedo o no puedo hacer esto». Y eso me cabreaba por el desafío y por el hecho de que se hiciera daño a sí misma sin una razón realmente legítima. Creo que Igor me notó el enfado, porque se inclinó cerca de mi oído y susurró solo para que yo lo oyera.

—Puedo mandarla de nuevo a casa.

—No. Yo me encargaré. —Sé que Igor es muy eficiente y que delegar en él es algo bueno, pero... ¡demonios!, yo no era un completo inútil. Convaleciente, sí; lisiado, ni de coña. Una herida no iba a impedirme hacer mi trabajo y esa pequeña guerrera sin instinto de conservación era un tema que podía llevar yo solo, sin ayuda.

Igor me siguió hacia la zona de los camerinos; sí, con un susto teníamos suficiente. No hice más que enfilear el pasillo, cuando vi aquella peluca azul parada frente a la puerta. Estaba quieta, con la mano apoyada en el marco, como si... ¡Ah, mierda! Parecía que iba a vomitar o algo así. ¿Qué demonios hacía esa chica con su cuerpo? Antes de que llegara a medio pasillo, ella ya había entrado en la habitación. Me paré frente a la puerta cerrada y llamé, quizás con demasiada energía.

—¡Solo dos minutos, Tom! Enseguida salgo para el próximo número.

¿Qué por qué apretaba los dientes en aquel momento? Porque había visto eso antes, muchas veces. ¿Cuánto se tardaba en meterse una raya de coca? Un par de minutos. ¿Que cómo llegué a esa conclusión? ¡Joder! Pues sumando pistas. Esa chica estaba pálida,

demasiado delgada y tenía esa mirada perdida casi todo el rato. Menos cuando estaba cabreada, porque entonces sus ojos brillaban con un fuego tan intenso que... Me estaba yendo por las ramas, esa chica tenía «problemática» escrito por toda la cara, mejor no ir por ahí. Aferré el pomo de la puerta y lo giré, abriendo la puerta con rapidez. Se sobresaltó, volviendo su rostro hacia mí. Como sospechaba, sostenía su enorme bolso con una mano y en la otra, la prueba del delito. La había pillado con una... ¿chocolatina Twix? Miré su cara casi de inmediato y aunque en un principio parecía un gato asustado, se transformó en el de la tigresa de la noche anterior; estaba lista para la pelea.

—Ya dije que salía en dos minutos.

Casi no reaccioné, casi. Miré en todas partes por inercia, mientras controlaba cómo desenvolvía su chocolatina y se sentaba en la pequeña silla frente al espejo. Amaba cuando mi cuerpo actuaba por su cuenta, pues observé que había cerrado la puerta a mis espaldas. Bien, al menos no me había quedado congelado como un gilipollas.

—Ayer te mandé a casa porque no estabas en condiciones de trabajar, dudo que tu tobillo se haya recuperado en solo unas horas. —Ella tragó lo que estaba masticando y me miró con los ojos entrecerrados, como si estuviera lista para hacerme filetes.

—Estoy bien.

—Te duele al caminar.

—Puedo bailar, y es lo que hago. Si me duele es asunto mío.

—Sí, eso díselo al inspector de trabajo cuando me diga que exploto a mis trabajadores.

—No voy a denunciarte a ningún inspector de trabajo.

—No, no lo vas a hacer. Porque te vas a ir a casa.

—¿Me estás despidiendo?

—No, pero...

—Entonces seguiré con mi trabajo.

—¿Tanto necesitas el dinero?

—Ese no es tu problema.

Y la muy... va y pasó a mi lado para salir por la puerta como si no hubiésemos tenido esa conversación. Me había ninguneado. A mí nadie me ningunea, y menos un empleado.

Capítulo 14

Cat

Cuando el día empieza siendo una mierda, está escrito que el resto seguirá siendo una mierda. Tuve que recordarme otra vez por qué me había levantado de la cama ese día. ¡Ah, sí! Para conseguir dinero que pagara las malditas pastillas de Howard, y no digamos el resto de cosas que se habían convertido en los vicios más caros. Ya sabes, como comer, pagar las facturas del agua, de la electricidad... Menos mal que del alquiler no tenía que preocuparme, porque de eso se encargaba mamá. Mamá; la echaba de menos. Con un poco de suerte, si ese gilipollas metomentodo del jefe no me echaba del trabajo otra vez, conseguiría unas buenas propinas y podría cargar el teléfono con algo de dinero para llamarla. Sí, vale, ella me llamaba los días 1 y 15 de cada mes, pero seguía echándola de menos. Odio los pollos. ¿Que por qué odio los pollos? Porque en eso trabaja mi madre. Era secretaria en una fábrica de cría y procesamiento de pollos. Un asco. Pagaban una mierda, pero tuvo que quedarse con ello, porque tenía seguro médico para la familia y eso era muy importante cuando tu marido tiene cáncer. Lo malo es que el seguro no cubría los medicamentos, solo las consultas médicas y las urgencias hospitalarias. Por eso mi madre seguía trabajando allí; por eso se fue a trabajar a más de 300 kilómetros de distancia, cuando la empresa cerró su sucursal de Miami. Por el seguro médico y porque su sueldo era lo único que entraba en casa por aquel entonces. Sí, yo estaba terminando mis estudios y gracias a Dios logré terminarlos; conseguí un buen trabajo gracias a ello, me gustaba y tenía un buen sueldo, pero tuvo que llegar Rocky y... Bueno, mejor no hablar de él, el día ya está siendo una mierda sin necesidad de meter a ese cabrón en mi cabeza.

Antes pude ir un par de veces a visitarla, pero eso fue antes de tener que subsistir con tres mierdas de trabajo para pagar las facturas.

Caminé por la pasarela y balanceé mi cuerpo al ritmo de la música. No es que me quedara mucha energía para hacerlo; el maldito de Nathan me estuvo persiguiendo toda la mañana, y no pude ni comer; luego él mismo me tiró la comida. Y sí, tengo más hambre que un perro callejero, pero me da nauseas coger la comida cuando está en el contenedor de la basura. He visto a los vagabundos pelear por ella con gatos y ratas más grandes que los propios gatos, y ni loca voy a meter la mano allí dentro. Al menos había conseguido comprar un par de chokolatinas. Aguantaría con eso hasta que llegara a casa. Quizás entonces tendría algo de suerte y Howard no se habría comido toda la pasta que le dejé para comer. Sí, esa era mi vida; comer de los restos, trabajar con un esguince en el tobillo y tratar de no quedarme sola en el almacén, donde Nathan pudiese acorralarme. El puñetero cabrón tenía unas manos demasiado largas y yo demasiados escrúpulos como para dejarle hacer conmigo lo que quería.

Al menos en el club, los tíos babeaban pero sus manos y sus babas estaban lo suficientemente lejos como para conservar la poca ropa puesta. Y aquí sacaba propinas. Y con ese dinero tenía que comprarme algo de fruta. Moría por una manzana, crujiente, dulce, jugosa. ¡Mierda casi pierdo el ritmo! Vi al tipo calvo y de camisa chillona mirarme mientras se mordía el labio inferior. No me habría acercado a él ni borracha, pero tenía un billete de 5 en la mano, y esa actitud de «ven cariño, que te lo meto en el tanga». Y aunque mi tanga y lo que escondía gritaban «corre, no vayas ahí», mi estómago gritaba más fuerte

«comida». Pueden decir lo que quieran, pero un estómago vacío, es la mayor motivación que puede encontrar una persona para hacer muchas cosas que no haría de otra manera. Al menos en mi caso era así.

No sé si el tipo se dio cuenta de que mi cuerpo tembló cuando sus dedos tocaron la desnuda piel de mi cadera, seguramente no, tan absorto como estaba en mirar partes más concretas. En cuanto el billete estuvo bajo el elástico, mi cuerpo rebotó como una goma demasiado estirada y salí de allí a la velocidad del rayo, no demasiado lejos, solo la distancia justa para que no pudiese alcanzarme; es decir, bien pegada a la barra de metal.

Giré con elegancia, dejando que las manos me sujetaran, alzando la vista hacia la gente que se divertía más allá y entonces sentí otro escalofrío recorrer mi columna vertebral. Mis ojos encontraron los del jefe, mirándome como un águila desde su nido estudiando al pequeño conejo que se cenaría esa noche. Algo dentro de mí sabía que eso no iba a acabar bien. Odiaría tener que dejar este trabajo ya que, a diferencia de Nathan, estaba segura de que a este tipo no podría darle esquinazo con facilidad. Tenía escrito en la cara que siempre conseguía lo que quería y yo no podría luchar contra un depredador como él. No quería dejar el trabajo, porque era con el que conseguía más dinero. Ya lo pasé mal cuando cerraron para las reformas. No tenía mucho más que vender o empeñar. La vieja TV o el sofá, pero eso era territorio de Howard; eso y la ventana. El resto de la casa parecía un desierto. Lo último que vendí fue mi cama, y ahora dormía en el colchón que estaba en el suelo. Al menos me consolaba que allí no hubiese cucarachas. Si no hay comida, no hay nada con lo que alimentarse, y las cucarachas también necesitan algo para comer.

Viktor

No podía dejar de mirarla balanceándose en la barra de metal. Era una auténtica bailarina; no de esas que solo vendían carne, no. Tenía una elegancia que solo se adquiría en una escuela de danza, y eso me confundía. ¿Cómo alguien que sobrevive con barritas de chocolate puede conseguir una educación de ese tipo?

Sentí la presencia de Igor a mi espalda; giré la cabeza hacia él sin apartar mi mirada de la bailarina de pelo azul.

—Quiero que Sam la investigue. Quiero saberlo todo de ella, q...

—Sí, lo sé, quieres saber hasta el número de pedos que se tira antes de cagar. — Sonreí con arrogancia; sí, aquella era mi frase cuando le pedía a Sam que descubriera la vida y milagros de cualquiera de las personas que mandaba investigar. Eso y «lo quiero para ayer».

—Te estás volviendo un listillo, Igor.

—O tú un jefe predecible.

Le vi alejarse, porque aquella frase sí que me hizo alejar mi atención de la chica azul. Predecible. Eso podía ser bueno y malo. Bueno porque todos sabrían lo que les esperaba si cometían un error, y malo porque le dirían al enemigo cómo atraparme. Aunque lo primero estaba bien, lo segundo no podía permitirlo.

Volví mi atención a la chica del pelo azul y luego sacudí la cabeza intentando buscar

alguna otra que me ayudara a pasar una buena noche. Con ella no había ninguna posibilidad; ni ella querría ni yo... ¡Mierda! ¿Cómo podía atraerme una mujer así? «Porque es una guerrera» me decía esa maldita voz interior; para un Vasiliev, ese es el mayor de los afrodisíacos. No, ella no, había muchas otras más dispuestas a pasar una noche conmigo, más fáciles de seducir, más complacientes, menos problemáticas, más atractivas, más...

Miré la pista, buscando una presa, porque notaba mi sangre ardiendo y necesitaba una mujer que apagara ese fuego. Pero era ridículo. Mi mente volvía una y otra vez a Cat y su estúpido y llamativo pelo azul. Solo había una cosa que podía hacer, irme de allí, buscar otra cosa que me ayudara a aplacar esa imperiosa necesidad de... lo que fuera.

Capítulo 15

Viktor

Una puñetera noche en vela, eso es lo que me dejó esa mujer. Tuve que ponerme la ropa de ejercicio y trotar por la cinta del gimnasio del hotel. Golpeé el saco, salté a la cuerda, hice como doscientos abdominales, y no sirvió de nada. Me pasé toda la puñetera noche dando vueltas en la cama, el cuerpo agotado, dolorido, pero sin rastro de Morfeo. ¿Y para qué? Para que no pudiese casi centrarme en mis asuntos y estar más pendiente de Sam y de la entrega de su informe preliminar.

Cuando lo tuve delante, examiné los datos en mi portátil, pero necesité que Sam me aclarara algunas cosas. Porque maldita sea si entendía lo que decían los datos.

—Dímelo con palabras.

—Cuando salió del club, fue directa a casa. Supongo que se ducharía y se metería en la cama, porque los intervalos de luz en la que supongo es su habitación así lo indicaban. Por la mañana, salió directa al banco, cobró uno de los cheques y los otros los ingresó en la cuenta.

—¿Cuántos cheques?

—Tres. Amplié las fotos y vi el membrete del club en uno de ellos. Los otros parecían también de empresas, pero no pude conseguir una buena imagen.

—De acuerdo. Sigue.

—Después fue a comprar medicinas a nombre de... Howard Steel. Se debió de dejar un buen pico, porque después fue a la tienda de comestibles y vació toda la cartera para comprar un paquete de pasta, un tomate y dos manzanas.

—¿Cómo sabes que tenía la cartera vacía?

—Porque no hacía más que pesar una y otra vez las manzanas, como buscando el peso exacto o, en su caso, el precio que podía gastar. —¡Mierda! Mi corazonada era cierta. No tenía casi ni para comer. Aquel maldito Howard se estaba llevando todo lo que ganaba.

—¿Manzanas?

—Sí. Les dedicó una gran cantidad de tiempo, como si buscara entre ellas el gran tesoro. Con el tomate no perdió tanto tiempo y con la pasta simplemente compró la marca más barata.

—¿Y después?

—Regresó a la casa y salió después de comer. Lo supongo porque salió a la calle mordisqueando una de las manzanas.

—¿Dónde fue?

—Fue a una residencia de ancianos.

—¿A quién visitó? ¿Una madre, una abuela?

—No, a nadie. Fue a dar clase.

—¿Clase?

—Sí, una de las auxiliares me comentó que da dos horas por semana, los lunes y miércoles por la tarde imparte una clase de pilates terapéutico. Los viejitos están encantados con ella.

—¿Qué más?

—Fue a la biblioteca, leyó la prensa del día, entró en internet en las páginas de empleo y después regresó a casa.

—¿Vive sola?

—No, con su padre, Howard Steel

—Quiero todo sobre él y la familia de la chica.

—Bueno, de momento sé que su madre no vive con ellos y que es hija única. Su padre no trabaja. Tiene un cáncer de pulmón que está en fase avanzada. Le visita una enfermera a diario para controlar sus niveles de saturación. Vive enganchado a una bombona de oxígeno, prácticamente no sale del domicilio. Supongo que solo lo hace para comprar tabaco.

—¿Tabaco y cáncer de pulmón?

—Sí, lo sé. El cabrón se pasa las prescripciones médicas por el forro. Aprovecha cuando está solo en casa para fumar en la ventana. Supongo que su hija no tiene ni idea de que lo hace.

—Si la única que trabaja es Cat, ¿de dónde saca el dinero para el tabaco?

—Eso tardaré un poco más en averiguarlo. —El cabrón de Sam me sonrió con esa cara de «voy a hacer cosas ilegales para conseguir saber eso» y joder si me gustaba cómo sonaba eso. Seguramente instalaría algunas escuchas y algunas cámaras cuando el tipo hiciera su excursión a la calle para comprar su vicio. Cámaras en casa. Apreté la mandíbula ante la imagen de Cat saliendo medio desnuda de la ducha y el cabrón de Sam viéndolo en su terminal.

—Si vas a tomar imágenes, las quiero todas. —Sam arrugó el ceño, pero no dijo nada más que un «sí, señor». Después me dio algunos detalles más y salió de mi despacho provisional. No me gustaban los hoteles por eso, porque tenía que improvisar un despacho con los pocos recursos que podían ofrecerme un ordenador portátil y un teléfono. Sí, el mundo a mis pies con tan magníficas piezas de tecnología, pero muy lejos de lo que tenía en mi propia casa.

Revisé las fotos que Sam tomó de Cat durante el día. Se la veía cansada. Más que físicamente, parecía que el cansancio emanaba de su propia alma, pero seguía peleando por no caer en el agujero. Estaba arrastrándose por el barro, pero seguía moviéndose, intentando evitar la caída. Una pequeña luchadora, a punto de romperse, pero sin que nadie lo haya conseguido aún. Cuántas en su situación ya se habrían rendido. Para Cat, Howard era un gran peso atado a sus pies que la arrastraba al fondo del mar, pero ella luchaba por salir a la superficie y tomar ese poco de aire que necesitaba para no morir, aunque el peso siguiera arrastrándola hacia el fondo. Aunque sus fuerzas se estaban

consumiendo poco a poco, ella no dejaba de patear para salir a la superficie una vez más. Admirable, pero aun así inútil, porque acabaría ahogándose. Aquella lucha por mantener a flote a su pequeña familia era lo que yo mismo haría. No importa el dolor, no importa el sacrificio, la familia era todo por lo que merecía la pena luchar. Y por aquella razón, merecía una ayuda, aunque fuera pequeña. No, no soy ninguna hada madrina, pero podía aliviar su carga un poco. ¡Ah, mierda! Me estaba convirtiendo en un blando.

Revisé los turnos de las bailarinas y comprobé que ella solo acudía los fines de semana, un simple refuerzo. Quizás por eso tenía que trabajar en otro lugar. La residencia de ancianos tampoco aportaría mucho con tan pocas horas. ¿Por eso los tres cheques? ¿Trabajaba en otro sitio? Probablemente. Sam lo averiguaría pronto y cuando lo hiciera, seguramente encontraría otro trabajo precario con un sueldo pequeño. Si pudiese darle un empleo mejor, quizás de camarera, pero las propinas no eran tan buenas como en la barra de metal y lo más probable es que no aceptaría, porque pensaría acertadamente que yo estoy detrás de ello, y que sigo queriendo algo más de ella.

Capítulo 16

Cat

Odiaba los miércoles y los jueves y los viernes. Odiaba cada maldito día que tenía que entrar a esa maldita franquicia de comida rápida. Y no era porque cobrase una mierda y trabajara como un animal, o porque la comida fuera una porquería. Ni siquiera por los compañeros de trabajo. Ellos tan solo cumplían con lo suyo, igual que yo. Los odiaba por Nathan. No es porque fuera calvo, no; había calvos tremendamente sexis, mira Jason Statham. No, lo peor es que además de no saber asumirlo, creía que era guapo. Era verlo poner esas poses de «estoy para comerme», y te entraban ganas de vomitar. La «cortinilla de pelo» sobre la calva no era nada... normal ni se le acercaba. No, él no tenía problemas de autoestima. Mi problema era que yo era la más joven y «apetecible» del menú de personal bajo su mando. Y como él era el macho dominante, pues se sentía en la necesidad de acosar y derribar a todas las hembras que había en la manada. ¿Y cómo le paras los pies a un hombre que no entiende la palabra «no» y además es tu jefe? Pues no lo haces porque necesitas el trabajo; así que simplemente huyes. Me había convertido en una especialista en poner tierra de por medio y cuando eso no era posible, me aseguraba de no estar a solas con él. Las insinuaciones nunca hicieron daño a nadie, pero los tocamientos y demás cosas que intentaba hacerme... Brrrr, me daban escalofríos solo de pensarlo.

Así que allí estaba yo, un miércoles como el resto de los demás miércoles de mi monótona existencia. Que no aburrida, no, eso no; Nathan ya se ocupaba de que no me aburriera. Tenía un ojo sobre las hamburguesas que estaba cocinando sobre la plancha, otro sobre mi compañera, otro sobre la línea de pedidos y otro sobre Nathan. Sí, lo sé, me faltan ojos. Pero es que estaba pendiente de tantas cosas, que parecía que tenía cuatro ojos, tres manos y dos corazones, porque juro que con uno era imposible mantener el ritmo de latidos que tenía dentro de mi pecho. Ir a trabajar me hacía sentir como un zorro el día de la cacería. Pero podía con ello, porque era la misma mierda de casi todos los días.

—¡Esta hamburguesa es un asco, está cruda! —Fue escuchar esa voz arrogante y conocida lo que hizo que uno de mis dos corazones se parara y el otro se pusiera a latir como el de un galgo a la carrera. Decirme que no lo esperaba era mentirme a mí misma, porque sabía que acabaría encontrándome, como siempre lo hacía. Como en los últimos 18 meses, desde que me atreví a dar un paso al frente y lo mandé a la mierda; desde que descubrí en qué me estaba convirtiendo por su culpa y saber que él quería llevarme más allá. Sí, él me quería, pero a su manera. Y eso es lo malo, que los hombres que entran en mi vida siempre acaban haciéndome daño.

Cuando Nathan salió a atender a mi ex, supe que iba a haber problemas, así que busqué rápidamente una salida. Rocky podía hacer que me echaran de mi trabajo, como siempre hacía, pero nunca dije que no lucharía para impedirlo. Él no tenía influencias en todas partes; él no era el rey, solo era un príncipe con cerebro de bufón.

—Oye, Truddy. Si te encargas de la plancha unos minutos, yo vaciaré la basura de tu área.

—Trato. —Truddy era una niña que odiaba el olor de la basura, y no le gustaba recoger los cubos llenos de desperdicios para llevarlos al contenedor de la parte trasera del

local. Era joven, quizás 17, y los malos olores todavía estaban muy arriba en su lista de cosas a evitar. En la mía no; hacía tiempo que lo único que había en esa lista eran nombres de hombres: Nathan, Howard y el peor de todos, Rocky.

Cuando Nathan entró en la cocina del local... Bueno, en ese sitio donde estaban las parrillas y que queda medio oculto, medio a la vista, detrás de las rampas donde aparece tu pedido en paquetitos de plástico... En ese momento, yo era un maldito luxen recogiendo las bolsas de basura de los cubos y poniendo limpias en los mismos. (Si no has leído la saga LUX, te basta con saber que los luxen son una raza alienígena de seres de luz que pueden desplazarse a una velocidad realmente cercana a la de la luz.

—Quiero que repitas el pedido de ese tipo, Cat.

—Estamos ya en ello, Nathan —respondí mientras me echaba esa mirada mezcla de «te voy a repasar de arriba abajo» y «si me joden, te jodo», y luego se dio la vuelta hacia el mostrador, para seguir dándole el tratamiento de alteza al cabrón de mi ex.

—¿Truddy?

—Sí, sí. Lo tengo. Una doble extra de queso con todo. —Asentí hacia ella, y me agaché para recoger todas las bolsas llenas. Cargué con el enorme montón maloliente y lo arrastré hacia la parte trasera del local. Empujé la puerta con la cadera y arrastré la carga hasta dejarla lo más cerca posible del contenedor. Balanceando cada saco de basura los fui metiendo uno a uno en el depósito de basura. Luego cerré la tapa y caminé hacia el infierno, otra vez.

Sam

Soy bueno en mi trabajo; sacar información es mi especialidad. La gente es fácil de manipular para conseguir información, sobre todo si se sienten confiados a tu lado. Es lo bueno de no parecer un matón de frío acero como Igor; la gente se abre conmigo. Ser atractivo ayuda o, al menos, lo hacía. Cuando pasas de los 40... todo empieza a caer cuesta abajo, pero, ¡eh!, el que tuvo retuvo. El caso es que la mayor parte de la información que conseguí de esa chica, de Cat, lo hice con trabajo de campo, es decir, preguntando a la gente de su entorno, observándola, fotografiándola, siguiéndola. Por la noche, me dediqué a investigar todo lo que pude en internet. Hay que ver la cantidad de información que un *hacker* puede conseguir de los organismos oficiales y no oficiales. Si uno no tiene escrúpulos y dispone de los recursos apropiados puede destripar la vida de cualquier persona. Eso es lo que normalmente hago; eso es lo que hice con ella. Pero verla interactuar en su entorno da mucha más información sobre la persona de lo que los datos pueden. Y lo que había visto hasta ahora me decía que vivía con algo parecido al miedo. Observaba su alrededor constantemente; sobre todo evitaba al tipo ese, el encargado. Pero cuando el otro tipo llegó, noté algo extraño. Sé que ella reconoció su voz; lo decía su cuerpo tenso cuando le escuchó protestar por su comida. ¿Sería un cliente habitual? ¿Uno de esos que se dedican a hacer la vida de los demás miserable? El caso es que desapareció de la cocina.

Cuando el tipo volvió a quejarse al encargado por su comida exigió a gritos que saliera la empleada que había hecho su comida, porque quería saber quién había hecho esa bazofia incomedible. Podía decirse que la comida no era una delicia, ni siquiera el batido que

me estaba tomando era algo más que aceptable, pero tampoco era para montar aquel show delante de todos los clientes. Cuando uno iba a comer a un sitio así ya sabía lo que iba a comer. No, aquel tipo quería precisamente eso, montar un espectáculo y de paso humillar a alguien y crear problemas. Ya sentía lástima por el pobre destinatario de sus gritos.

Cuando el encargado regresó con la chica, el alborotador pareció contrariado. Podía escuchar su conversación con el dispositivo camuflado en mi iPod. Sí, era bueno tener alta tecnología para espías a mi alcance.

—Quiero a la que ha cocinado esta hamburguesa.

—He sido yo, yo la hice.

—¿Tú?

—Sí, yo. Y está perfecta. Ni cruda ni demasiado hecha, como pidió. ¿Por qué? ¿Qué le pasa ahora a la hamburguesa?

—Es... es... No tiene sabor, parece una suela de zapato.

—Eso no es mi culpa. Si quiere alta cocina puede...

—¡Basta! Vuelve adentro. —El tipo tenía en la cara esa mirada de «ya hablaré contigo más tarde». Pero cambió a esa expresión de «sí, bwana» cuando se giró hacia el tipo rubio de músculos definidos. Era todo un cabrón arrogante, con muchas horas de gimnasio a sus espaldas. ¿Boxeador? Podría ser. Tenía la postura de piernas separadas y algo flexionadas de quien está listo para entrar en una pelea.

—Siento lo de su comida. Si quiere presentar una queja...

—No, no creo que sea necesario. Con el aviso será suficiente para que la chica trabaje mejor.

—Sí, es joven. Aún tiene mucho que aprender.

El rubio asintió y se volvió hacia las personas que lo acompañaban. Los estudié con calma e hice mis fotos pertinentes. Una chica rubia, de pechos grandes y piernas escuálidas. Casi todo en ella estaba claro que era falso. Qué manía tenían las chicas con destrozarse la belleza natural que poseían. Más pecho, más rubia, uñas más largas; nada de eso hace a una mujer más hermosa. El otro chico era sin duda uno de esos acólitos del líder, de esos segundones que se pegan al tipo importante para ser su chico para todo. El segundo de abordo, nunca el capitán. También tenía un cuerpo ejercitado; ¿compañeros de gimnasio? Orienté el micrófono hacia ellos mientras salían del local porque me intrigaba mucho el motivo de aquel espectáculo.

—Te juro, Rocky, que confirmé que ella estaba hoy en la plancha.

—Sí, ya. O te has confundido o se ha librado por otros medios. La próxima vez no fallaremos, Mich.

—Va, déjala cariño. No sé por qué todavía sigues empeñado en hacerle la vida imposible a esa mosquita muerta. Ya pasaste página, eso me dijiste.

—Sí, es solo que me gusta recordarle quién manda.

—Eres malo, mi amor.

—Nah, solo un poco travieso. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad?

—Sí, eres un chico muy travieso... —Vi al tipo grande y rubio, el tal Rocky, propinarle un sonoro azote en el escuálido trasero a su chica, y después todos caminaron hacia un deportivo. El gregario se metió en los asientos posteriores dejando al rey y su reina en los asientos importantes.

Giré de nuevo hacia la parte trasera del mostrador del local buscando entre los huecos a Cat, y la encontré, observando cómo el hombre espectáculo y su séquito desaparecían del aparcamiento. Era evidente que sentía alivio por su salida, pero había algo en su mirada que me decía que ahí había una historia que merecía la pena saber. Revisé las fotos y encontré una en la que se subían al coche. Bien, tenía la matrícula, podía empezar por ahí.

Si la chica seguía su rutina, esa noche se recogería pronto en casa. Dejaría a Bob de retén y me dedicaría a buscar toda la información que necesitaba antes de entregar mi informe al jefe. No sé por qué la estaba investigando, pero tenía que reconocer que esta vez la tarea estaba resultando bastante entretenida.

Capítulo 17

Viktor

Miré otra vez el reloj en la muñeca y revisé de nuevo el local. Los clientes habían llenado el club hacía rato, pero Sam aún no había aparecido para presentar su informe. A cada minuto que se demoraba, mi humor se iba oscureciendo. Cuando vi su cara aparecer entre la gente, me costó un triunfo no salir de mi reservado para ir a buscarlo. Pero el jefe no hacía eso; yo no hacía eso.

—Llegas tarde.

—Lo sé, pero pensé que querías un informe detallado.

—Lo quiero. Empieza.

—El tercer empleo de la chica es en una cadena de comida rápida; no es Burger King ni McDonald's, sino otra más local. Mystic Burger.

—No me suena.

—No te pierdes nada. Como decía. Trabaja unas pocas horas, de miércoles a domingo por las mañanas, de 10.30 a 15.30. El cabrón del encargado la putea todo lo que puede, y yo diría que intenta conseguir algo más que un trabajo bien hecho, no sé si me entiendes.

Tuve que apretar la mandíbula para no soltar una retahíla de palabrotas. Con razón la chica actuaba de esa forma con todos los hombres que se le acercaban, y más si eran su jefe. No tenía ni idea de si ese cabrón había conseguido llegar a algo con ella, pero lo que sí estaba claro es que Cat no quería tener nada con él, y ya puestos, con nadie. Y la comprendía.

—Te entiendo. Sigue.

—Hoy se presentó un cretino buscabroncas en su trabajo y por lo que vi y lo que conseguí averiguar después, el tipo es una auténtica joya de persona.

—¿De las buenas o de las malas?

—Juzga tú mismo. El tipo se llama Robert Bellami, Rocky para sus amigos. 26 años, rubio, ojos azules, sonrisa bonita (según las chicas, no es mi opinión, que quede claro), 1,83 metros de altura y 98 kilos de puro músculo trabajado en el gimnasio y en el *ring*. Lleva toda la vida entrenando para entrar en el circuito profesional y lo hizo hace dos años. Tuvo que retirarse temporalmente por una lesión, pero volvió hace algunos meses.

—Bellami, me suena ese nombre.

—Puede que sea por su padre, Albert Bellami, o quizás te suene más por El Tornado Bellami. Fue campeón dos años consecutivos en el circuito de la costa este. Ganó su dinero y montó una cadena de gimnasios.

—Lo importante, Sam, no divagues.

—Bien; el retoño fue el novio de tu chica.

—No es mi chica.

—El caso es que según su historial de Facebook, Instagram y alguna red social más, salieron juntos durante casi dos años, hasta que hace 18 meses la relación se rompió. Él dice que la dejó y blablablá, mala novia y esas cosas. El caso es que ella trabajó en uno de los gimnasios del tal Bellami hasta que rompieron. La despidieron de la noche a la mañana. Después de eso, encontró algunos trabajos relacionados con su anterior trabajo, pero acababan despidiéndola de todos ellos. En el que más tiempo ha permanecido, sin que la hayan echado, es el de la residencia de ancianos.

—¿La echaron de todos?

—Esa es la cuestión. Por lo que he conseguido averiguar, ha habido una constante en todos los casos. Llámalo mano negra, llámalo como quieras, pero la mayoría de las veces, hubo una llamada y la chica estaba fuera. ¿Y quién tiene ese tipo de poder para poder patear el culo de una persona de todos los gimnasios de Miami?

—Bellami.

—Premio. No sé si el padre estará enterado de la paranoica fijación de su chico con Cat, pero el pequeño la persigue y acaba consiguiendo que pierda el trabajo. Esta mañana hizo su último intento, aunque le salió mal. Pero yo me jugaría la paga de este mes a que va a seguir intentándolo.

—Así que sigue obsesionado con Cat. Eso no es muy propio de alguien que decide terminar con su relación.

—No, es más de alguien a quien dejan plantado.

—El tipo bien podía echarse otra novia y dejar vivir a la chica.

—El caso es que tiene novia; la tercera desde que rompió con ella. Y a estas sí que las dejó, porque lloran sus desgracias por internet. En cambio, Cat... desapareció de la red.

—¿Investigaste si hay alguna denuncia por malos tratos?

—No la hay, aunque no me sorprendería que hubiese desaparecido. —Ya, hasta ahí. Sentía mis puños ardiendo y unas ganas terribles de romper huesos, a ser preferible el de un par de caras. El primero de la lista, el niño bonito; el segundo, el baboso.

—Buen trabajo.

—¿Sigo con ello?

—¿Sabemos algo de la madre?

—Candela Steel. Trabaja en la oficina de contabilidad de Pilgrim's Pride Corporation.

—¿La de los pollos?

—Esa. La empresa ha pasado por malos momentos y ha estado en bancarrota la mayor parte del año. La ha comprado una empresa brasileña y están reorganizando todo otra vez. No sé cómo han podido pagar a sus empleados hasta ahora.

—¿No cerraron varias fábricas hace un tiempo?

—Sí, una de ellas la filial que tenían cerca de Lake City, aquí en Florida. A Candela la reubicaron en otra sucursal, cerca de Manning, en Carolina del Sur. Más de 300 millas; a unas 4 horas y media en coche.

—Normal que no viva aquí. No averiguarías por qué se quedaron el resto de la familia aquí, ¿verdad?

—Puedo especular. Cat estaba terminado sus estudios aquí, por lo que ella no podía irse. El por qué el padre decidió quedarse también, ¿para cuidar de su hija ya adulta? No lo creo. Yo apostaría a que la relación entre ellos no estaba en su mejor momento o que simplemente era mala. El caso es que la madre sigue mandando parte de su sueldo para que puedan pagar el alquiler del apartamento. Él sigue cubierto por su seguro médico, lo que me daría una pista de por qué no se han divorciado si la segunda opción es la correcta.

—Sigue cuidando de ellos como puede.

—Tú lo has dicho, porque su sueldo no es para tirar cohetes.

—Las dos están sacrificando sus vidas por ese hombre.

—Tiene que ser un buen tipo para conservar en ellas una devoción así.

—Tiene que serlo. Aunque... un buen tipo no desobedecería las indicaciones del médico y fumaría.

—No, a menos que esté en las últimas, como es el caso, y haya decidido que se merece algún que otro pequeño placer.

—Tu trabajo se complica.

—¿De verdad quieres que siga escarbando en todo esto? —¿Lo quería? ¡Sí, mierda! Ahora que había empezado, quería saberlo todo. Tenía que desentrañar el enigma que era Cat, y conocer todo lo que le rodeaba era la mejor forma de hacerlo.

Capítulo 18

Viktor

El maldito hombro me estaba matando y era totalmente por mi culpa. Había excedido las recomendaciones del médico y me había puesto a trabajar con él. Creí que el entrenamiento iba bien, suave, pero aquella rigidez y el dolor me decían que no había sido así. Necesitaba encontrar un fisioterapeuta si quería seguir con ello o al menos que me devolviera el hombro a la vida esa tarde. Tenía abiertas varias páginas de profesionales en el PC del despacho del club, pero no estaba demasiado convencido con ninguno de ellos. Sí, de acuerdo, Miami y Las Vegas estaban lo suficientemente lejos como para que no se corriera la noticia, pero en mi trabajo no podía arriesgarme. Que se supiera que de alguna manera era vulnerable era como arrojar a un tipo con una herida abierta en medio de un grupo de tiburones hambrientos. Necesitaba una confidencialidad y discreción absolutas. Pero hasta que encontrara a uno que accediese a mis términos, y no fuera un inepto, tendría que apañármelas por mi cuenta. Igor pronto llegaría con el linimento y podría calmar ese punzante dolor. Un par de golpes anunciaron su llegada; di gracias por eso, pero en silencio, porque yo no hacía esas cosas.

—Pasa.

—¿Puedo hablar con usted? —¡Mierda, esa no era la voz de Igor! Levanté la vista del PC y la observé con los ojos entrecerrados, porque no sabía el motivo por el que estaba allí. Ella no se metería en una habitación a solas conmigo, no voluntariamente, no sabiendo que pensaba que era igual que su otro jefe, un acosador. El dolor en el hombro empezó a gritar fuerte, pero no tenía tiempo para él, así que moví suavemente la articulación evitando mostrar el dolor que eso me provocaba y me enfrenté a Cat con la expresión más neutra que conseguí. Ella frunció las cejas, pero siguió caminando hasta detenerse frente a mí; eso sí, quedándose de pie y usando la silla frente a mi mesa como escudo.

—Necesito más horas en la barra.

—Karl, el nuevo encargado, se encarga de esas cosas. Deberías pedirselo a él.

—Ya lo he hecho, pero dice que tiene que hacer un estudio sobre la demanda antes de ampliar turnos, y yo necesito esas horas ahora. —Me recosté contra el sillón, tan absorto en ella, que no recordé mi hombro lastimado hasta que el latigazo de dolor hizo que me enderezara de nuevo.

—Y has decidido ir directamente arriba. ¿Qué te hace pensar que yo sí te daré esas horas?

—Me ofreciste una subida de sueldo, luego supongo que no tienes que consultar a nadie para hacer ese tipo de cosas.

—No, no tengo que hacerlo. Pero aun así...

—Y puedo hacer algo por ti. —Creo que casi se me salen los ojos de las órbitas. ¿Ella estaba cediendo finalmente? ¿Conmigo? ¿Iba a venderse con tal de conseguir más dinero? No podía creerlo, no ella, no mi Cat. ¿Mi Cat? ¿Qué...?

—Necesito que me muestres la espalda. —Ella estaba ahora a solo un paso de mí, haciendo ese gesto de rotación con el dedo. En serio, y a riesgo de convertirme en una grabación con una sola frase en su repertorio, ¡¿qué?!

—Necesito revisarte el hombro.

—¿El hombro?

—Está claro que te duele y yo puedo intentar aliviarlo. —No sé cómo, pero mi cuerpo empezó a obedecerla, girándose para darle acceso a mi retaguardia. En otras circunstancias, ni loco le daría la espalda a un desconocido y mucho menos voluntariamente, pero era Cat y... ¡Oh, Dios! Sus dedos se posaron sobre mi trapecio para empezar a trabajarlo con suavidad.

—No creo que puedas...

—Tengo una titulación, así que sí que puedo.

—¿Titulación?

—Fisioterapeuta, soy fisioterapeuta. —Decir que me quedé congelado era lo más cercano a la realidad. ¿La había enviado el cielo? Mi cabeza empezó a trabajar a una velocidad endiablada. Combinando mis necesidades con las suyas podría conseguir mejorar su situación y alejarla de esos tipos. Solo necesitaba convencerla. Y ahí estaba el problema real, convencerla.

—¿Estarías dispuesta a tener esas horas en un trabajo diferente?

—¿Eh? —Giré el monitor hacia ella y señalé con la cabeza para que viera la pantalla. Más claro no se lo podía poner. Había como 8 páginas abiertas de fisioterapeutas, además de la página de búsqueda de Google.

—¿Necesitas un fisioterapeuta?

—Tú tienes las manos encima de la prueba —sentí sus dedos detenerse unos segundos y luego seguir con su trabajo.

—Puedo... puedo hacerlo, pero cuando arregle esto, seguiré necesitando esas horas extra en la barra de metal.

—No estoy buscando a alguien para algo temporal. Necesito recuperar mi forma física lo antes posible y necesito el trabajo de un profesional para conseguirlo. Si estaba buscando entre todos ellos, es porque necesito un par de cosas extras y puede que no todos puedan dárme las.

—¿Qué cosas?

—Confidencialidad, discreción y la disponibilidad de desplazarse conmigo allí donde me lleve el trabajo.

—Suena... suena como a deportista profesional.

—Suena a una buena suma de dinero, dietas, desplazamiento y alojamiento incluidos.

—Yo... Sí, suena bien, pero no... no puedo cumplir todos los requisitos. —¡Mierda! Me había pasado con las exigencias. No recordaba a su padre y su enfermedad.

Seguramente ella estaba pensando que no podía irse y dejarle solo.

—Podemos probar mientras esté aquí en Miami y encuentre a alguien que sí satisfaga mis necesidades. —Sí, eso, brillante. Si le hacía ver que no era una oferta solo para ella, vería que era una necesidad real, que no era un puesto inventado sobre la marcha para tenerla a mi lado, para ayudarla; aunque en parte fuese así.

—¿Me pagarás en efectivo? Porque yo no puedo hacerte factura, no...

—No tengo problema con eso. Incluso creo que beneficiaría al apartado de confidencialidad.

—En-en ese caso creo que sí, puedo aceptar eso. Tienes a tu fisioterapeuta.

—Bien, en ese caso, será mejor que hablemos sobre los horarios y el precio.

Cat

La verdad, no había esperado aquella oportunidad, pero no era mala. Sacaría menos que bailando, pero tampoco tendría que soportar los roces de tipos babosos y podría descansar del desgaste que implicaban las extenuantes sesiones de baile.

¿Que por qué necesitaba más dinero? Porque había aprendido a fuerza de golpes. Cuando Rocky aparecía en uno de mis trabajos, acababa perdiéndolo. Y aunque no echaría de menos el trabajo en Mystic Burger, sí necesitaba el dinero.

Lo que sí me tenía desconcertada era el ruso. ¿Deportista profesional? Una mierda. Ese era un ejecutivo, nada de deportista profesional; aunque... si bien no lo confirmó, sabía que había una nueva moda entre los ejecutivos, que se dedicaban a subir a un cuadrilátero y darse golpes como si fueran boxeadores de verdad. Decían que se entablaban muchas relaciones comerciales de esa manera y que cada día tenía más adeptos. Los tipos entrenaban para poder triunfar dentro del *ring* y la musculatura que pude apreciar bajo mis manos era la de alguien que se había ejercitado a conciencia.

Si era uno de esos ejecutivos con dinero para gastar, yo no tenía ningún reparo en cobrarle por mi trabajo.

Capítulo 19

Sam

No es que estuviese feliz por tener razón, al menos en este caso, pero eso quería decir que no me equivocaba con esa chica. Sí, podría ser mi hija, pero eso no evitaba que le hubiese cogido simpatía. Era una chica fuerte, con pelotas, y aunque pudiese pelear con aquellos tipos como una auténtica leona, había situaciones en las que no podría defenderse como quisiera. Como en aquella ocasión.

Mi estómago estaba empezando a quejarse por los malditos batidos de ese local, pero es que era lo menos malo que podía darle. La comida era una basura saturada de grasas y la bebida era un cóctel de derivados y agua carbonatada. Veneno para un cuerpo sano y cuidado como el mío. Sí, seré un snob de la salud, pero cuando te acostumbras a cuidarte, y tienes el dinero para hacerlo, tu cuerpo te recompensa respondiendo como el de alguien más joven. Reconozcámoslo, tengo 46, no soy un chaval precisamente. Y este es un trabajo que a veces requiere una buena forma física; porque los Vasiliev exigen lo mismo que ellos dan, y los tipos son realmente duros.

Levanté la vista del periódico, que realmente no estaba leyendo, y volví a echar un vistazo al local acariciando mi aterido estómago. El gilipollas del niño bonito había vuelto con su séquito de adoradores; quizás con algunos más. Se había puesto a firmar autógrafos a algunos fans, que dudaba que no supieran que él iba a estar allí. Se habían sentado en una de las mesas cercanas y habían empezado a gritar que había restos de comida y vasos sobre las mesas. Estaba claro que querían que las limpiaran con rapidez, obligando al encargado a mandar a alguien para que recogiera y limpiara. ¿Y a quién mandó? A Cat. Había estado allí lo suficiente como para saber cómo iban las rotaciones. Cuando entraba el refuerzo de las 2, a ella le tocaba repasar el local, limpiar los restos en las mesas y reordenar mesas y sillas para que lucieran perfectas.

Cuando la chica salió a la zona del comedor, llevaba en la cara esa expresión de ira y resignación que conocía muy bien. Sabía lo que iba a ocurrir, pero no podía hacer nada por evitarlo. Se había librado una vez y sospechaba que de esta no podría. ¿Intervenir? ¡Mierda!, mi trabajo consistía en no hacerlo; solo debía observar y pasar desapercibido, y si intervenía... la salvaría de momento, pero tendría que abandonar la vigilancia y en la siguiente ocasión no estaría para defenderla.

El rubio se levantó como una exhalación y algunos de los restos de comida cayeron sobre su chica, montando un espectáculo que hasta a mí me daba vergüenza. El encargado salió rápido a pedir disculpas y sacó a Cat de allí. Ella se soltó de su brazo, pero la guio hacia la parte trasera del mostrador. Fueron en dirección al almacén, y pude percibir que se dirigían más lejos; la estaba sacando al callejón trasero, donde nadie podía escuchar o interrumpir. ¡A la mierda con no intervenir! Aquello se estaba poniendo demasiado feo y sabía cómo terminaban ese tipo de cosas.

Cat

—No lo hice a propósito, ellos me hicieron tropezar.

—¿Tienes idea de a quién has enfadado? Es el puñetero Rocky Bellami, el luchador. Una palabra mala por su parte y puede hundir el negocio. No sabes lo que la gente famosa puede hacer a un local como este.

—Dilo de una vez, vas a despedirme —sentía cómo el asqueroso me miraba fijamente, mientras su mirada se deslizaba por mi cuerpo.

—Debería hacerlo, sí, pero... seguro que puedes convencerme para que lo deje en una amonestación. —El baboso se relamió los labios, mientras sus manos, inconscientemente, recolocaban su «flequillo orejero» sobre su brillante calva. Dio un paso hacia mí, el cual yo di hacia atrás manteniendo la distancia. Sabía lo que quería; mis tripas ya se estaban preparando para contraerse y mi estómago luchaba por no expulsar lo poco que había en él.

—No vas a tocarme.

—No seas tan estricta, Catty. Piensa que es solo un intercambio. Yo hago algo por ti, tú haces algo por mí.

—No. —Mientras retrocedía, noté la dureza del contenedor de basura a mi espalda. No me importó el olor, porque si tenía que escoger entre lo que tenía delante o detrás, prefería mil veces lo de detrás.

—Sé que necesitas el trabajo, Catty. Estás tan desesperada que has aguantado toda la mierda que te he tirado encima sin rechistar. Piénsalo, esto puede mejorar tu situación.

—He dicho que no.

—Me estás cansando.

—Vete a la mierda. —Antes de que pudiera decir nada más, el gilipollas estaba sobre mí, intentando agarrarme las muñecas para que dejara de empujarle.

—¡Apártate! He dicho que no. —Mi pie voló a su espinilla y aproveché los movimientos de autodefensa que Rocky me había enseñado para asestarle un fuerte golpe con el dorso de la mano recién liberada en toda la nariz. Sentí el cartílago crujir y luego el líquido rojo brotó en medio de un grito de dolor de su garganta.

—¡Hija de puta! —El animal volvió a arremeter contra mí, creyendo que su mayor masa corporal y fuerza podían ayudarlo. Algo totalmente irrelevante, porque había aprendido a defenderme de tipos así. Estaba lista para el siguiente golpe, cuando una voz desde el otro lado del callejón le detuvo en seco.

—¡Déjala en paz! —Un tipo corría hacia nosotros y por su actitud parecía que estaba dispuesto a patearle el culo de Nathan. Físicamente tenía toda la pinta de poder hacerlo. Tenía en la cara esa mirada de «voy a destrozarte» que ya de por sí era suficiente incentivo.

—¡Esto no es asunto suyo!

—Está intentando propasarse con ella delante de mí, yo creo que sí es asunto mío.

—Ella no va a decir nada de eso, ¿verdad? —Nathan me miraba con esa cara de «llévame la contraria y te arrepentirás», pero tenía que saber que eso no me detendría. Por fortuna, el tipo tenía una boca inteligente además de imponer respeto físicamente.

—La he escuchado decir que no y pedirte que te apartes. Eso es suficiente para poner una denuncia por agresión sexual. Y yo testificaré encantado. —Nathan retrocedió cuando el tipo llegó casi a nuestra altura; creo que fue más por alejarse de él, que por hacerlo de mí.

—Ella no va a poner una denuncia.

—Vas a despedirme de todas formas.

—Puedo echarte con solo parpadear.

—¿Qué te parece si yo le digo a tu jefe cómo tratas a tus empleadas? O, no sé, ¿tal vez una denuncia al sindicato de trabajadores? ¿O una inspección de trabajo? Porque voy a pedirle el teléfono y asegurarme de que, si la hechas a la calle, sea con la indemnización que le corresponde.

—Esto... esto no acabará así.

—Puedo patearte la cara si lo prefieres. —¿Fue estúpido decirle eso? No lo pensé en ese momento, pero era lo que realmente tenía ganas de hacer. Sabía que iba a perder el trabajo, lo había asumido. Aunque por un lado podía ser malo para mi economía, me hacía feliz mandar a Nathan a la mierda. No sé si tendría cara de asesina, pero Nathan salió pitando hacia el interior del local. Cuando miré al tipo, este intentaba ocultar una sonrisa traviesa.

—Lo decía en serio. Voy a encargarme de que te dé lo que te corresponde, porque está más que claro que te va a despedir y que tú no vas a volver a trabajar ahí.

—No, tienes razón. Soy Cat, y gracias. —Le tendí la mano y él la sacudió con energía pero cuidado al mismo tiempo.

—Sam. Y te voy a dar mi teléfono. —Sacó una pequeña tarjeta blanca de la cartera y me la entregó. Samuel Hendrick, y un número de teléfono. Sacó su teléfono y esperó a que le diera mi número. Se lo dicté y él lo anotó con rapidez.

—Bien, Cat. Si te da problemas, me llamas. Yo lo haré de todas formas para confirmar que todo ha ido bien, ¿de acuerdo?

—Yo...

—No voy a pedirte nada a cambio. Es, tan solo, que odio a los abusones y ese tipo es de los peores. No merece siquiera respirar el aire que está a tu alrededor.

—Gracias.

—No, solo he hecho lo que es correcto. Nada más. Y ahora, ¿estás lista para entrar ahí o quieres que te acompañe?

—No, creo que puedo hacerlo.

—Bien. Voy a esperar aquí hasta que salgas y me lo confirmes. Y no voy a irme, aunque insistas.

—De verdad, gracias. No tienes que hacerlo.

—Pero lo voy a hacer, así que, si estás lista, será mejor que te pongas en marcha. —

Asentí y empecé a caminar hacia dentro del local y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que un gran peso se me había levantado de la espalda.

Capítulo 20

Viktor

Después de escuchar el informe de Sam, tenía la sangre hirviendo. Aquel tipo tenía los días contados. No, la muerte era un pobre castigo; tenía que hacer algo realmente consecuente con el delito que había cometido. Haría lo mismo que él hizo con Cat, le daría su propia medicina y algo más de regalo. Sam me dijo que el tipo le había dicho a Cat que se fuera a casa y que volviese al día siguiente para cobrar su cheque y firmar su liquidación. ¿Se creía que era tonto? Estaba claro que tan solo quería quitarse de encima a Sam y tener a Cat a su merced. Pero eso no iba a suceder, me iba a encargar personalmente de ello.

Le di las instrucciones necesarias a Sam para que averiguase cómo hacer que despidieran a ese tipo; eso para empezar. También le mandé averiguar algunas cosas más sobre él. Y lo otro... llamé a Igor y le hice pasar al despacho.

—¿Señor?

—Estamos solos, Igor.

—La costumbre.

—¿Te apetece salir de marcha esta noche? —Vi una sonrisa aparecer en su cara. No necesitaba mucho más, teníamos un plan. Puede que, para el resto de los mortales salir de marcha por la noche significara ir de fiesta. Ya sabes, copas, chicas, música, desenfreno... Para nosotros era algo diferente.

Era avanzada la noche cuando salí del despacho; no salimos por la puerta principal, como siempre, sino que lo hicimos por la parte trasera, sencillamente porque no quería que nadie pudiese verificar realmente a qué hora abandoné el local. Antes de salir busqué el destello azul en la pista. Cat estaba allí y sabía que estaría al menos tres horas más. Sonreí para mis adentros y caminé deprisa. Me subí al SUV negro y enseguida vi la bolsa con la ropa. Igor estaba sentado en el asiento del conductor, Sam en el del acompañante. Ellos ya vestían sus ropas de «marcha» ; yo lo haría pronto. *Jeans* oscuros, camiseta de algodón también negra, cazadora de cuero del mismo color... Sí, auténticos matones. Quién diga que la imagen lo es todo, está totalmente en lo correcto. Mientras me cambiaba...

—¿Lo tienes localizado? —Sam sacó su teléfono, envió un mensaje y en menos de un minuto llegó la respuesta.

—Está cerrando el local. En unos minutos saldrá de allí.

—Bien. ¿Tiempo de llegada, Igor? —Miré por encima del hombro y pude reconocer detrás el otro coche de mi equipo. Nuestro coche giró hacia un callejón, Igor apagó el motor.

—Llegamos.

—Entonces, es hora de divertirse. —Sam salió del coche e Igor se giró en el asiento para decirme algo que solo yo pudiese oír.

—Me encanta cuando sacas esa vena tuya toda posesiva.

—¿Posesiva?

—Sí, esa de «no se jode lo que es mío» —y salió del coche riéndose.

¿Mía? Cat no era mía; bueno sí, trabaja en mi club, técnicamente es MI empleada, y por eso lo hacía. Por eso y porque ella no podía defenderse sola contra ese tipo de amenazas. Tratar con ellas era precisamente mi especialidad.

Nathan

¿Enfadado? Sí, estoy enfadado. Me he desahogado mandando a Truddy limpiar todo el almacén, pero sigo cabreado. Tenía a esa pequeña cerecita en la mano; el rubio ese, el boxeador, me había dado la munición para hacerlo... pero tuvo que aparecer el tipo ese y aguarne la fiesta. Y, ¡eh!, no soy tonto, tenía pinta de patearme el trasero sin ponerse a sudar. ¿He cedido? No, a mí no me gusta ceder. Conseguiré lo que quiero mañana. Si quiere irse, que se vaya, pero no va a sacar un centavo y va a tener que rogar para conseguir algo de mí. Sí, ya puedo saborear mi venganza. Voy a conseguir lo que quiero de ella, en mi terreno y sin nadie de por medio que pueda ayudarla. Aunque... aquella maldita zorra me había dado fuerte en la nariz. El médico me dijo que me la había roto, y tenía un buen dolor y un buen moratón para recordármelo. Le haría pagar por ello, aunque tuviese que drogarla.

Apagué las luces del local y activé la alarma antes de salir. Cerré la puerta y... ¿Qué coño? Alguien me sujetó por ambos brazos; no uno, sino dos tipos enormes. Me arrastraron hacia los contenedores de basura y me tiraron contra ellos, sin soltarme. ¡Mierda! Eso no me gustaba nada, pero menos me gustó ver al tipo que se acercaba a mí. Caminaba relajado, como si esto fuera una reunión de colegas, pero yo no lo conocía. Y sus ojos, o mierda, esos ojos. ¿Azules? ¿Grisés? No lo sé, pero me miraban de una manera que no me gustaba nada.

—Hola, Nathan.

—¿Qué queréis de mí?

—¿De ti? ¿Qué puedes tener tú que yo quiera?

—El... el local no es mío; solo soy el encargado, pero podéis coger lo que queráis.

—No quiero ninguna de las mierdas que hay ahí dentro.

—¿En-entonces qué...?

—Nathan, Nathan. Esto solo es una charla.

—De-de qué quieres hablar. —Intenté ponerme lo más derecho que esos tipos me permitían. El jefe, el que me hablaba, les hizo una seña con la cabeza y los tipos me soltaron, pero no se retiraron de mi lado.

—Bonito trabajo te han hecho ahí. —El tipo señaló su propio rostro moviendo su dedo sobre la nariz y ojos. Sí, sabía que me veía horrible y que se iba a poner peor con el tiempo. Parecía un puñetero mapache y... ¡Oh, mierda! ¿Ellos...? Lo miré con los ojos tan abiertos como pude, el tipo solo asintió mientras sonreía. ¿Podía leerme la mente?

—Sí, no eres tan tonto como parecías. —No me dio tiempo a reaccionar, su mano estaba en mi cuello, apretando hasta hacerme difícil respirar y, ¡mierda!, no podía quitarla de allí, aunque lo intentaba.

—Escúchame bien, porque no soy de los que repiten las cosas. Tócala y te rompo la mano, mírala y te arranco los ojos, respira en su dirección y te arranco los pulmones. Y no tengo que decirte lo que le pasaría al resto de tus «cosas» si siquiera llegan a rozarla. — Joder, esa era la definición de novio chungo. Y yo que pensaba que la chica no tenía.

—Mañana va a venir y vas a ser un perfecto caballero, le vas a dar lo que le corresponde y no vas a darle ningún problema. Le dices una palabra más de las necesarias y te arranco la lengua. ¿Entendido?

¡Joder! Sí. Había entendido. Cat estaba prohibida. Asentí lentamente; lo que su agarre me permitía. El tipo empezó a aflojar apartando las manos. Cuando creí que se retiraba, su puño ya estaba golpeando mi cara; ¡joder con el cabrón!, tenía una pegada demoledora. Cuando el cerebro me dejó de girar dentro de la cabeza, me di cuenta de que me estaba agarrando uno de los brazos a la espalda y el otro lo sostenía encima del contenedor. Su boca estaba tan cerca de mi oreja que notaba su aliento dentro de mi oído.

—Hoy te atreviste a ponerle la mano encima y voy a cobrarme eso. Supongo que eres diestro.

Antes de que pudiera gritar, la tapa metálica del contenedor cayó sobre mi brazo. Sentí el dolor casi al instante, el hueso fracturándose, la carne aplastándose. Y grité, grité como el maldito cerdo que está siendo sacrificado en el matadero, porque me sentía como él. Y lloré, moqueé y puede que algo más, no lo sé; todas las esclusas de mi cuerpo se abrieron y dejaron salir lo que llevaban dentro.

Pero el tipo no me soltó, me sostuvo firmemente contra la pared de metal, hasta que mis gritos se convirtieron en sollozos, como si todo lo que salía de mi boca lo alimentara. Al final me habló suave, bajito, como si fuera un secreto lo que compartía conmigo. Y sentí el frío apoderarse del interior de mi alma. Miedo, tenía miedo, y no iba a negarlo de ninguna manera.

—Mira que estás torpe hoy. No dejas de tener accidentes. Esperemos que a partir de mañana tu suerte mejore. —Sentí su sujeción soltarse y mis piernas cedieron. Aferré el brazo contra mi pecho intentando aliviar el maldito dolor que me consumía, pero no sirvió de nada—. Aunque tal vez, no lo haga. —Se giró y se dio la vuelta. Varios hombres empezaron a seguirlo, hombres que no había notado que estaban allí. Uno de ellos se agachó a mi lado y rebuscó en mis bolsillos. Cuando alcé la vista hacia él, lo reconocí; era el tipo de esa tarde, el que había salido en defensa de Cat. Noté que me ponía algo frío en la mano; miré hacia allí, era mi teléfono.

—Suerte que no seas zurdo. Es difícil marcar a emergencias con el brazo roto. — Después se puso en pie y desapareció tras los demás.

Jodido, estaba jodido. Inspiré fuerte, intentando retener la viscosidad que se deslizaba por mi dolorida nariz. Marqué los números y dejé que las lágrimas corrieran libres. Cuando terminé la llamada de auxilio, mi mano cayó sobre el regazo, sin fuerzas. Estaba frío; no, algo más, mojado. Mis pantalones estaban mojados y sabía que no era sangre.

Pero tenía demasiado miedo como para sentir vergüenza por haberme meado encima, demasiado miedo.

Capítulo 21

Cat

¿Nerviosa? Mierda, sí. Estaba entrando otra vez en la boca del lobo, pero necesitaba el maldito dinero; no podía permitirme perder todo lo que había trabajado hasta ahora.

Entré por la puerta central y caminé hacia el mostrador. Truddy estaba hoy en el turno de caja. Y me dirigí directamente a ella.

—Hola, ¿puedes avisar a Nathan de que estoy aquí? —Ella asintió y se giró hacia la parte trasera. Miré a mi alrededor y en una de las mesas encontré a Sam tomándose un batido. Él asintió su cabeza hacia mí y yo le sonreí. Sí, iba a ser más fácil, porque sabía que no estaría completamente sola.

—Tengo tus cosas listas. —Me giré hacia la voz de Nathan y casi me atraganto con mi propia respiración al verlo. Su cara tenía más partes hinchadas y amoratadas. Su nariz estaba torcida, sus ojos sostenidos por franjas oscuras y su pómulo desfigurado, además del brazo izquierdo enyesado y sostenido en un cabestrillo. Sus ojos miraban mi ombligo, como si le costara mantener la cabeza erguida—. Tus papeles están en la oficina para que los firmes.

Alzó la vista, pero no para mirarme. Era como si revisara a la gente del local sin detenerse en ningún lugar en concreto. Se giró y empezó a caminar a su mal llamada oficina. Era un cuartucho atestado de cosas, con una pequeña mesa y dos sillas, una frente a la otra. Se sentó en su lado, me tendió los papeles y un bolígrafo. Los revisé, firmé y él deslizó el cheque sobre la mesa hacia mí.

—Ahora está todo zanjado. No vuelvas por aquí y dile a tu novio que me deje en paz. —¿Mi novio? ¿Rocky le había hecho eso? Sé que él es impulsivo y agresivo, pero ya no era mi novio. Él solo quería hacerme daño, no salía en mi defensa. Así que no entendí por qué le había hecho... ¡Ah, claro! Qué tonta. Esa paliza era para que me despidiera, tal y como había hecho.

—No es mi novio.

—Ya, pues eso él no lo sabe. —Me giré hacia la puerta y salí de allí. Sam seguía en su mesa. Asentí hacia él y me correspondió.

—¿Todo bien?

—Creo que sí.

—Bien, me alegro. Este sitio no es para ti. —Me despedí y salí de allí. Lo primero, cobraría ese maldito cheque, y después... después me lo dejaría íntegro en la medicación de Howard. Si sobraba algo compraría algo para comer. Me moría por una ensalada César, con muchos trocitos de pollo, lechuga fresca y... no sigas por ahí, Cat, porque acabarás comprando algo de pasta. ¿Tendría suficiente para comprar un champiñón fresco y un tomate? Sí, eso se acercaba más a la realidad y sería todo el lujo que me podría permitir.

Cuando terminé las compras no fui a casa porque ya era muy tarde para mi siguiente trabajo. Viktor; sí, había aprendido su nombre. Viktor había pedido que fuera a mediodía a

trabajar con su hombro, así que, sabiendo que Howard tenía comida y que Tina iría a revisarle, me fui directa al club. El festín podría esperar a esa noche, y no dejaría nada, porque un par de barritas de chocolate me dejarían hambrienta cuando terminara mi turno en el club.

Era raro ver el club a esas horas. La luz del sol entraba por las ventanas abiertas, dejando que el aire se renovara e iluminando los sitios oscuros. Así, sin gente, parecía un lugar sin vida, muerto. En la puerta esperaba ese chico alto y robusto... ¿Igor? Sí, creo que así lo llamaba Viktor. Me saludó y me acompañó hasta el despacho. Llamó y me abrió la puerta. Me sentía extraña recibiendo aquellas atenciones; yo no era la maldita reina de Inglaterra.

Cuando le dieron permiso, me dio paso y luego cerró la puerta detrás de mí. Los ojos de Viktor me estudiaron unos segundos desde detrás del escritorio; me sentí, ¿cómo explicarlo?, como si Viktor emanase otro tipo de ¿aura? Parecía tan diferente... Era una mezcla de poder, control, ¿peligro? No, estaba alucinando. Un ejecutivo no podía emanar peligro, salvo que estuviera peleando por un contrato o algo de eso. Pero Viktor era a veces tan... difícil de encasillar. Por un momento sentí la necesidad de salir de allí, y no por miedo, no, había estado más asustada en la oficina de Nathan esa mañana. No. Con Viktor, era más esa sensación de caer en una trampa de ratón atraída por el queso.

—¿Estás bien?

—Eh, sí. Podemos empezar, si quieres.

—Había pensado comer antes. Pero está claro que no me he dado cuenta de la hora que es hasta que has llegado. —Señaló hacia la mesa auxiliar del costado, donde había una enorme ensalada con, ¡oh, Dios!, trocitos de cosas deliciosas. Y fruta, mucha fruta en un enorme bol y ¿qué habría bajo las fuentes plateadas?

—Hay mucha comida, podrías acompañarme.

—Yo... no creo que sea correcto.

—Solo serán unos minutos; después puedes empezar tu trabajo. Salvo que me digas que es malo dar o recibir un masaje después de haber comido.

—Oh, no, no hay nada malo en ello.

—Entonces no se hable más; come conmigo y luego nos ponemos a ello. —En aquel momento mis pies no me obedecieron, seguían las órdenes de mi estómago. Me senté en la silla que Viktor desplazó para mí, sin apartar la vista de la ensalada. ¡Oh, Señor! César, era una ensalada César, con sus trocitos de pollo y pan tostado, su salsa especial y... ¿Estaba babeando? Seguro que sí, porque ni siquiera le di las gracias a Viktor por tener aquel gesto tan educado conmigo.

—¿Sashimi?

—¿Eh? —Miré la fuente que Viktor había destapado y juro que sentí un orgasmo en el estómago. ¿Era eso posible? Un hermoso plato lleno de trocitos de distintos pescados deleitó mi vista. Pescado, ¿cuánto hacía que no comía pescado fresco? ¡Señor!, aquello era el paraíso.

—¿Vas a querer algo de ensalada con eso?

—Oh, sí, mucha.

—Bien, una chica con apetito, eso es bueno. —Me sirvió una enorme porción de ensalada con muchos tropezones mientras yo cogía mis palillos y atrapaba un trozo de salmón. Lo llevé a la boca con tanta rapidez que creo que parecía una rana naranja saltando directa a mi boca. Mmmm, señor, aquello era el cielo.

—Me alegro de que te guste. —¿Había gemido en alto? Sí, seguramente, pero qué más daba, era demasiado tarde para tener vergüenza y tenía demasiada hambre para sentirme ¿remilgada con la comida? Sí, eso. Iba a darle duro a esa comida y no lo iba a lamentar.

Viktor

Había cometido un error de cálculo cuando pensé en darle de comer a Cat. ¡Mierda!, escucharla hacer aquellos ruiditos tan... ¡Joder, joder, joder! Me había puesto duro como una piedra solo de ver su rostro y escuchar esas cosas que salían de su garganta. Nadie me dijo que dar de comer a una chica fuera tan jodidamente erótico. ¿Arrepentido? Ni un poco. Podía tener una maldita erección de caballo en los pantalones, pero saber que hoy comería bien era aún más importante y satisfactorio. Ella no habría tenido una comida así en semanas, meses... No quería pensar cuánto tiempo había pasado privaciones; pero no iba a dejar que eso siguiera pasando. En una sociedad tan civilizada y avanzada como la nuestra, que alguien pasara hambre no era correcto. Mi pequeña guerrera necesitaba recuperar esa carne que habían perdido sus huesos. Aun así, a pesar de lo delgada que estaba, le había dado lo suyo a aquel encargaducho del búrguer. Cuando le vi la cara... ¡Oh, Dios!, estaba henchido de orgullo y casi lo estropeo todo riendo como un idiota. Sí que le dio bien mi guerrera. Era una auténtica fiera pateaculos.

Capítulo 22

Viktor

—¿Qué le has hecho a esa chica para que esté así? —Oí la voz de Igor cerca de mi oído. Era de los pocos a los que permitía estar a mi espalda y aun así sentirme seguro al 200 %. Sé que sonreía como un tonto, los dos lo hacíamos. Pero es que era asombroso verle desplegar esa energía en la pista.

—Darle de comer. —Sé que el rostro de Igor se puso serio y casi lo lamenté, pero era la verdad; yo siempre decía la verdad. Podía jugar con ella, con los silencios, con las omisiones, pero pensaba que la verdad era importante mantenerla. Nadie podría llamarme mentiroso.

—¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer?

—Buena pregunta. —Pero que muy buena. Estaba esperando que alguien me hiciera esa pregunta para tener que pensar en cómo responderla, porque ni yo mismo sabía lo que iba a hacer. En alguien tan asiduo a trazar planes, tenía que reconocer que con esa chica estaba simplemente guiándome por impulsos. Y tampoco sabía muy bien dónde me encontraba. ¿Me gustaba? Estaba claro que me ponía más duro que un caballo en celo, pero eso no significaba que la quisiera para algo más que un polvo o, ya puestos, unos cuantos. Lo que me desconcertaba totalmente era esa manía por protegerla y cuidarla, como si ella no fuese capaz de hacerlo por sí misma, porque podía y no podía al mismo tiempo, y eso me cabreaba. Estaba claro que podía patear a algunos, pero no podía permitirselo. Y luego estaba ese Rocky, haciendo uso de todo el poder que tenía para amargarle la existencia; un rencoroso hijo de puta de quien tendría que protegerla, porque cuando se trataba de ese tipo de cabrones, había que ser un cabrón aún más grande para poder derribarlos.

Noté la vibración del teléfono en el bolsillo. Miré la pantalla antes de contestar.

—Hola, Отец. ¿Todo bien por ahí?

—Eso mismo te iba a preguntar yo. ¿Qué te retiene en Miami tanto tiempo? ¿Algún problema con tu prima? —Danny, mi recién descubierta prima, estaba más que bien. Tranquila, segura y feliz.

—No, ella está bien.

—¿Entonces?

—Bueno, había alguna manzana podrida más dentro del cesto y he tenido que hacer limpieza.

—Si es más problemático que beneficioso podemos quitárnoslo de encima.

—No, está bien. Solo estoy haciendo algunos ajustes, reponiendo algo de personal. Todo estará listo en poco tiempo.

—Tu madre te echa de menos.

—Pasaré por casa en cuanto llegue. Me muero por saborear su strogonoff.

—Le diré que encargue la carne en cuanto pises Las Vegas.

—Gracias, Отец.

—Viktor, sabes que confío en tu criterio.

—Lo sé, Отец.

—Cuídate.

—Siempre. —Después del susto que les di con lo del disparo, mi padre siempre insistía en eso, como si yo no supiera que debía hacerlo. Demonios, yo recibí esa bala y no tenía ninguna gana de recibir otra.

Una cabellera rubia avanzando entre la gente llamó mi atención. El tipo era fuerte, quizás más de 100 kilos en un metro ochenta. Y se movía entre la marea de personas como si tuviese un objetivo en la cabeza. Tracé su camino en mi mente y cuando adiviné su destino, maldije entre dientes. Sabía a dónde iba y sabía quién era. No necesitaba muchas más pistas, aunque Sam llegó corriendo hacia mí en ese instante.

—El ex de Cat acaba de entrar en el local.

—Lo sé. No quiero a los de seguridad en esto. ¡Igor!

—¿Sí, señor?

—Tenemos invitados no deseados. —Igor conocía el protocolo a seguir; todos lo conocían. Señalé con la cabeza hacia Cat e Igor asintió. Comenzó a dar órdenes a nuestro equipo y no me detuve a esperar a que se posicionaran. Mis pies ya estaban caminando hacia el escenario principal, donde el rubio estaba empezando a montar su propio show.

Cat

¿Conoces esa frase que dice «hoy es un gran día, pero seguro que viene alguien y lo jode»? Pues eso. Me había librado de Nathan, había cobrado mi cheque, había disfrutado de la mejor comida del mundo y mi jefe se había comportado como un correcto caballero. Esa noche solo tenía que conseguir un buen montón de propinas y dormiría feliz por primera vez en... ¿meses? Pero no, tenía que venir él y joderlo todo. ¿No podía el karma regalarle un infarto? No, tenía que descubrir dónde trabajaba, presentarse aquí y hacer que me despidieran, como siempre.

—Eh, Lina, ¿sabe tu padre que ahora eres una puta? —Intenté no prestarle atención, pero era imposible no hacerlo con los gritos y todo el espectáculo que estaba montando. Casi tropiezo cuando escuché su voz; mi cabeza giró instintivamente hacia él. Odiaba que me llamaran Lina; así me llamaba Howard, así me llamaba Rocky, así me llamaban todos aquellos de mi pasado que quería mantener lejos. Cuando busqué nuevos empleos, alguien me bautizó Cat y creí que estaba bien. Nombre nuevo para una vida nueva, pero el pasado siempre se empeña en volver.

Creo que conseguí pasarlo por alto, como había hecho con docenas de tipos babosos y demandantes, así que hice mi baile y cuando terminó empecé a caminar por la pasarela para volver al escenario principal. Cambiaría de pista y que me persiguiera si podía. En lo que él luchaba para ponerse en primera fila, yo ya habría terminado el baile y me iría a otro lado. Con suerte, los clientes protestarían y le impedirían robar sus puestos. Y todos

saben que los borrachos no ven el peligro, así que seguro que más de uno no se dejaría amilanar por la presencia de Rocky y su séquito. Y, si había jaleo, pronto los de seguridad harían su trabajo y sacarían de allí a la gente conflictiva, es decir, a Rocky.

Como si fuera un gato, Rocky saltó a la pista, delante de mí, cortándome la vía de escape. Eso no lo había previsto. Siempre había sido demasiado impulsivo, para su propio bien y el de los que lo acompañaban. Alguien tenía que detenerlo algún día y daría lo que fuera por verlo. Otros lo intentaron, yo lo intenté, pero no lo conseguimos y todos salimos lastimados. Así que no iba a ser yo esta vez; que otro recibiera sus golpes. Pero hasta que llegaran los refuerzos, tenía que resistir. Me preparé a mí misma para defenderme, difícil con unos tacones de 20 centímetros; pero si huir no servía, tendría que hacerle frente. Probablemente era lo que quería, porque sus ojos brillaban con anticipación.

—¿Dónde vas, Lina? Aún no has contestado a mi pregunta.

—Fuera de mi camino. Déjame en paz.

—No terminé contigo, ya te lo dije. —Su cara estaba demasiado cerca de la mía, pero ninguna de sus manos me había tocado aún, porque no le dejaría agarrarme, esta vez no.

—Te dije que no quería seguir contigo.

—Nadie me deja, Lina. Soy yo el que desecha a la gente. —Su mandíbula estaba apretada y su expresión había perdido la jovialidad que tenía antes. No, ahora venía cuando dejaba de jugar, y se ponía duro. Lo había visto antes, cientos de veces, y una me tocó a mí.

—¡Aléjese de la bailarina! —¿Igor? Busqué en el lateral de la pasarela y encontré... No, no era Igor, era Viktor. Juro que por una fracción de segundo pensé que iba a matar a Rocky. Sus ojos, que tenían ese color que a veces parecían grises y otras azules, en aquel momento eran de un azul ártico como el de... ¿Habéis visto esos perros... los husky siberianos? Pues algunos tienen ese color que parece igual de irreal. Y bajo las luces del club, con su pelo oscuro y aquellos ojos, parecía... No encontré la palabra, pero sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo de arriba abajo.

La falsa sonrisa apareció en la cara de Rocky, mientras se giraba hacia mi jefe.

—¡Eh, amigo! Solo quería aclarar algo con ella. Ha sido muy grosera conmigo. —Igor estaba detrás de él en un parpadeo, empujándole para que abandonara la plataforma de baile. Y a Rocky no le gustó ni un poquito. Sus puños estaban cerrados y a punto de golpear algo, sabe Dios por qué no lo hizo. Puede que porque había más de media docena de tipos alrededor nuestro y todos parecían... ¿Cómo puedo decir que estaban listos para atacar y a la vez impávidos, como si entrar en una pelea fuera algo de lo más normal, como tomarse un café por la mañana?

—Tranquilos, amigos. Todo está bien. —Ver recular a Rocky no era nuevo, lo peor venía después, cuando desahogaba esa frustración en un blanco alternativo, casi siempre algo inanimado como un saco de boxeo, una papelera, una mesa...

Pude verlo alejándose de mí, pero su última sonrisa me dijo que aquello no había hecho nada más que empezar.

—¿Estás bien? —Viktor estaba a mi lado y sus ojos habían perdido ese tono azulado,

volviendo al gris más relajado. Casi no tuve tiempo para asimilar que esa era la diferencia: cabreado, azules; tranquilo, grises. No, mi mente estaba centrada en qué era lo que me iba a esperar ahora. ¿Bien? No, no estaba bien. Tenía el presentimiento de que no iba a estarlo durante mucho tiempo.

Capítulo 23

Viktor

—¿Lo tienes? —Sam se acercó a la mesa de despacho y me tendió el pendrive.

—Puedo ocuparme yo de ese cabrón, señor. Como con el encargado del Mystic Burger.

—No, de este me encargaré yo. Quiero otro tipo de trabajo.

—Como quiera.

—¿Ella llegó bien a casa?

—Sí. El tipo envió a uno de sus fantoches a seguirla, pero no hizo nada.

—Entonces sabe dónde vive.

—Algo me dice que lo sabe hace tiempo.

—Es un cabrón al que le gusta jugar con sus presas. Necesita un trato diferente, no basta con dejarlo en la calle. Además, su papi estará ahí para ayudarlo.

—No es la primera vez que hundimos un negocio como el suyo.

—Que el hijo sea un gilipollas engreído y arrogante puede ser culpa del padre, pero que disfrute maltratando a la gente... eso se lleva dentro. No, sus padres ya tendrán suficiente con recoger lo que voy a dejar de él.

—Estoy deseando verlo. —Miré a Sam con más atención. El cabrón sonreía, sabía lo que iba a hacer y estaba totalmente de acuerdo. Cat le caía bien, estaba seguro de ello, pero más le valía que no fuese más allá. ¿Eh? Espera, espera, yo no he pensado eso. Cat..., maldije para mis adentros; no podía estar pasándome eso. Que mi instinto protector saliera para defender a una mujer no era nuevo, pero con mi Katia... ¡Dios! Si hasta había adaptado su nombre al ruso. Me estaba metiendo demasiado en eso, me estaba importando de una manera que no era buena, ni para ella, ni para mí. Pero, a la mierda, no iba a dejar que ese tipo le hiciera más daño e iba a disfrutar con ello. Vaya si lo iba a hacer.

Cat

¿Cuánto tiempo llevaba mirando la taza de café? ¿Veinte minutos? Quizá más. El líquido marrón era ahora algo frío e imbebible, aunque tampoco es que fuese mejor cuando estaba caliente. Es lo que tiene el café instantáneo del barato. Con que tuviese mi dosis de cafeína diaria me bastaba. Al no tener que prepararme para ir a trabajar al búrguer tenía algo más de tiempo por las mañanas, pero no tenía que acostumbrarme. Viktor me había prometido más horas en el club cuando se fuera, y tendría mis buenos ingresos con las sesiones de fisioterapia, pero tenía que encontrar otro trabajo, y pronto. Rocky no pararía hasta que me echaran del club y necesitaba ingresar dinero. ¿Ahorros? Los había pulido todos. Miré hacia el bolso recordando el dinero que había allí. Viktor me pagaba las sesiones en efectivo y lo agradecía. Ahora había una buena cantidad allí dentro y otro poco en mi nuevo escondite en la habitación. Quizás mi hucha volvería a crecer antes de que el desempleo llegara finalmente. Anoche dejé una pequeña cantidad en mi cartera, a la

vista, para que Howard hiciera su jugada de ladrón y hurtara algo para sus cosas. ¿Se pensaba que no me daría cuenta? Llevaba la cuenta incluso de las monedas pequeñas que había ahí dentro. Los billetes grandes los escondía en un bolsillo que cosí en el forro, así Howard no los encontraría y yo no tendría que ir a buscar billetes a mi habitación dándole pistas de que tenía dinero escondido. Howard podía estar enfermo, pero no era tonto y ya me saqueó una vez. Es verdad que los golpes son la mejor manera de aprender, pues no ha vuelto a pillar mi dinero. Lo mantengo entretenido con las migajas que dejo en la cartera y de momento parece que funciona.

—¿También te han echado del trabajo de las mañanas?

—Buenos días a ti también, Howard. —Sabía que le escocía que lo llamara así, pero hacía tiempo que ese hombre había perdido el derecho a que lo llamara padre. El cáncer se llevó a mi padre y dejó ese despojo en su lugar.

—No me has contestado.

—Rocky hizo que me despidieran.

—Tenías que haberte quedado con él. Un par de mamadas y un par de golpes son un precio pequeño por tener buena comida en casa.

—Si te parece tan fácil, llámalo y dile que estás disponible. Yo estaré encantada de que seas tú el que traiga el dinero a casa.

—No creo que yo sea su tipo, le van las chicas guapas. Al menos eso hizo bien tu madre, me dio una hija bonita. Lástima que tenga escrúpulos.

—Si fuera escrupulosa, me habría ido de esta casa hace tiempo.

—¿Ir a dónde? Ni siquiera Rocky te querría otra vez con él; ese tren pasó. Mírate, estás flaca como un tallo de bambú. A los hombres de verdad les gustan las mujeres que parecen mujeres y no plantas.

—Tú sigue pinchando, Howard, y un día finalmente decidiré que ser mi padre no es suficiente para soportarte. —Agarré el bolso y salí dando un portazo.

Sam

—¿Estás seguro de que es este? —Miré al jefe y asentí. El gimnasio no es que fuera de lo más moderno, pero era perfecto para lo que él quería. El chico iba por allí de vez en cuando para supervisar que todo iba bien o, mejor dicho, para cobrar las cuotas y largarse. Aquel era el gimnasio original con el que su padre empezó su imperio. Un lugar orientado al boxeo de la vieja escuela; ya se sabe, de esos con máquinas básicas, un *ring* y tíos sudorosos. Nada de chicas en atuendos sexy y ajustados.

Entramos juntos el jefe, Igor, Benny y yo; el encargado nos enseñó las instalaciones. Nos registramos y pagamos la cuota para un par de semanas. Empezamos con nuestras rutinas esa misma tarde. Y, joder, he de decir que Viktor puede fingir ser un blando cuando quiere y que, después de la sesión de entrenamiento que habíamos tenido antes en el gimnasio del hotel, no debían de quedarle muchas fuerzas para correr en la máquina otros seis kilómetros, pero lo hizo, aunque fuese jadeando como un perro pequinés subiendo las escaleras del Empire State Building. Parecía que los ojos se le iban a salir de las cuencas y

el corazón, por la boca. Quizás también influyó el par de lingotazos de vodka que se metió antes de entrar al gimnasio. Y cuando digo lingotazos, digo más de media botella.

Mientras Igor y Benny controlaban al personal para que no se nos acercaran, Viktor bebía de su botella mientras descansaba en uno de los bancos.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Pasará por aquí en cuatro días.

—¿Lo has confirmado?

—El niño bonito es puntual como un reloj para esas cosas. Viene a cobrar el primer viernes de cada mes. Lo viene haciendo de la misma manera desde que relevó a su padre.

—Raro es que no le hayan asaltado antes.

—Se siente demasiado confiado de sí mismo y siempre va acompañado por un par de chicos de seguridad de los gimnasios.

—Bueno, nunca es demasiado tarde para que el pequeño niño de papá aprenda algo de humildad.

—No, para eso nunca es demasiado tarde. —Miré a mí alrededor y vi la sonrisa de suficiencia de uno de los monitores del gimnasio. Sí, pensaban que Viktor era un niño bonito al que le gustaba jugar a ser un gran deportista, como lo eran ellos, auténticos chicos dedicados al boxeo. Pero se equivocaban, mi jefe hacía tiempo que no jugaba, y cuando lo hacía era para ganar.

Capítulo 24

Cat

No soy tonta, o quizás sí, pero hay cosas que he aprendido a ver, como que cuando algo se repite deja de ser casualidad. Durante dos días seguidos, Viktor había estado tan ocupado que se olvidó de comer. Y, qué casualidad, hay siempre suficiente comida para dos. Estaba claro que me estaba alimentando, pero ¡eh!, no voy a quejarme. No parecía pedir nada a cambio y mi estómago se llenaba, así que lo aprovecharía mientras durase. Cuando las cosas cambiasen, ya vería cómo salir de ahí.

La verdad es que el tipo podía ser una gran tentación. He palpado ese duro cuerpo suyo y está claro que se cuida muy bien, pero no he podido tocar su piel. [M39]Siempre se cubre con una fina camiseta de algodón. Mi lado desconfiado me dice que tiene algo que ocultar, porque lo de la timidez... ¿Será un tatuaje de su época loca de universidad? ¿Alguna horrible cicatriz? Me moría por descubrirlo, pero podía seguir haciendo mi trabajo sin hacerlo.

Viktor era un tipo con una buena conversación, y a medida que iba pasando tiempo, me iba gustando más. No iba a llegar a nada con él, aunque lo quisiera. ¿Por qué? Porque se iba a ir en unos días a cientos de kilómetros de distancia, porque su vida no estaba en Miami y, lo más importante, porque todos los hombres que entraban en mi vida solo me hacían daño. El riesgo era demasiado alto como para que mereciera la pena. Y era una pena, porque podía reconocer que un «desliz» con un tipo así podría estar bien. Pero yo no era de esas que se acostaban con cualquiera, no. Para bien o para mal, tenía que tener mi pequeño corazón metido en ello. Y ese era el problema, cuando al final lo hacía, acababan rompiéndomelo. Solo ha habido un hombre en mi vida, ese fue Rocky, y todavía estaba sufriendo por su culpa.

Rocky, ¿es que no podía dejarme en paz de una vez? Ayer temí que consiguiera que me despidieran, pero no lo hizo. El jefe estuvo allí y no me despidió. Pensé que su cara de psicópata asesino era por todo aquello que estábamos organizando y, he de reconocerlo, hubo un momento que tuve miedo. Pero no era así. Dio orden de expulsar a Rocky del local y se aseguró de que alguien me llevara a casa. Y hoy, después de darme otro festín en su despacho, no hubo ninguna mala palabra por su parte. Es más, lo poco que hablamos sobre ello, parecía más interesado en mi relación con Rocky que con el altercado en sí.

—Lo conocías, ¿verdad?

—Es mi exnovio.

—Y acabó mal, por lo que he podido comprobar.

—Digamos que descubrí que pensábamos cosas distintas sobre lo que queríamos de nuestra relación.

—No digas más, él no quería ni casarse ni hijos ni casita con verja blanca.

—Puede que al principio yo viera ese futuro, pero luego entendí que no quería casarme con alguien como él.

—¿En qué falló?

—Esa es una pregunta demasiado personal.

—Disculpa, mi lado cotilla a veces se desmadra.

—No sé por qué lo hice; quizás necesitaba decírselo a alguien que mostraba un pequeño ápice de preocupación por lo que me pasaba. Quizás fue porque necesitaba decírselo a alguien ajeno a todo lo que ocurrió, alguien que no fuera mi padre, alguien que no estuviese a cientos de kilómetros como mi madre.

—Me golpeó.

—Te...

—Perdió el control y me abofeteó con fuerza.

—Hijo de...

—Al día siguiente recogí mis cosas y lo abandoné.

—Hiciste bien.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por escucharme.

—Se me da bien.

—En aquel punto, tuvimos un silencio incómodo; luego cambiamos de conversación. No me imaginaba a Viktor teniendo ese tipo de charlas con nadie, ni yo repitiéndola, porque, ¿en serio?, él no era mi mejor amiga, ni siquiera un amigo gay, y ese tipo de confidencias no se soltaban a cualquiera, y menos a tu jefe.

Cuando el club cerró, ese tipo, Sam, se ofreció a llevarme a casa o Viktor le ordenó hacerlo, eso daba igual. Estaba claro que con lo de Rocky tan reciente no querían dejarme sola, ni yo lo quería. En la esquina antes de llegar a mi apartamento, el tráfico se había quedado atascado. Mis ojos buscaron nerviosos la causa. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo, como si algo dentro de mí supiera que algo malo había ocurrido. Miré hacia arriba, donde una columna de humo sobresalía sobre las luces de la ciudad. Tragué nerviosa, mientras mis manos se apresuraban a abrir la puerta del coche.

—¡Espera! —Escuché la voz de Sam, pero no podía obedecer. Mis pies ya estaban girando hacia el edificio, cuando las luces intermitentes de los camiones de bomberos me clavaron en el suelo. Escuché una maldición a mi lado, pero no la reconocí; mis oídos se centraban en los ruidos que provenían de unos cuantos metros más lejos. El humo negro salía por la ventana de nuestra casa, de nuestra sala de estar, donde un bombero subido a una escalera insistía en regar el agujero con una potente manguera. Cuando entendí lo que ocurría, mis pies empezaron a correr de nuevo, hasta que alguien me atrapó con fuerza impidiéndome que me acercara.

—Señorita, no puede pasar.

—Es-es mi casa.

—¿Su casa?

—Esa... esa es mi ventana.

—¿Podría haber alguien más en su casa?

—Howard... mi... mi padre tiene que estar en casa, él... él casi no sale, está enfermo. —El bombero se giró hacia otro de sus compañeros y gritó.

—¡Kowa!, tenemos confirmación de un civil dentro de la vivienda.

—Oído, Tonny.

—Señorita, será mejor que se quede aquí, buscaremos a su padre.

—Yo me encargo. —Sentí otras manos envolverme y no me importó de quién fuesen. Me aferré a su chaqueta y esperé. Esperé que aquel bombero entrara en mi casa y sacara a mi padre de aquel infierno.

Sam

No sé si se dio cuenta; mientras la sostenía contra mi pecho, había hecho una llamada; tenía que notificarle lo ocurrido a Viktor. Era algo demasiado gordo como para pasárselo en el informe de la noche y algo me decía que querría saberlo de inmediato.

No pasó mucho tiempo antes de que el jefe se presentara allí. Con cuidado le cedí el sitio, y no creo que Cat se diera mucha cuenta. Todos sus sentidos estaban centrados en el incendio, en la única entrada del edificio. Ninguna camilla había subido por allí, ni tampoco había salido, y eso no parecía nada bueno. Un rato después de que el humo dejara de salir, el bombero grandote de antes se acercó a nosotros; por su cara, ya sabía lo que iba a decirnos.

—Señorita...

—Steel, Catalina Steel.

—Señorita Steel. El C.S.I. acaba de llegar, van a revisar el lugar y hacerle algunas preguntas.

—¿Preguntas?

—Sí, ah... allí dentro... parece que ha habido una explosión y su padre...

—¿Dónde está? No... no lo han sacado, ¿verdad? Podría haber salido a... a...

—Eh, creo que a eso le contestará mejor el inspector.

¡Mierda! No necesitaba saber más. Explosión, C.S.I., inspector... y el tipo no decía que el lugar estaba vacío. Habían encontrado a alguien allí dentro, estaba seguro, tanto como que habría más de un pedazo de él.

Capítulo 25

Viktor

¡Mierda, mierda, mierda! Aquello no era bueno. Ya era de por sí suficientemente malo que el padre de Cat hubiese volado en mil pedazos y que hubiese perdido todo lo que tenía, pero si además ella no derramaba una sola lágrima... es que estaba en un shock demasiado grande como para poder manejarlo.

El inspector no fue demasiado duro; bueno, al principio sí, porque pensó que estaban fabricando una bomba o algo así. Pero cuando se descubrió que el tipo tenía una bombona de oxígeno en el domicilio, muchas de sus preguntas empezaron a suavizarse. Al final, pasó lo que temía, que el tipo había echado su último cigarrillo.

Cat no protestó cuando me hice cargo de todo. Le dejé al inspector mi número de contacto y le dije que llevaría a Cat a mi habitación del hotel. Seguro que tendrían más preguntas, pero ella necesitaba un lugar en el que dormir y bañarse. Aquel olor a hoguera había impregnado nuestras ropas y sería imposible sacarlo. Cat pareció volver a la realidad cuando estábamos en el SUV camino del hotel.

—¿Dónde vamos?

—A mi hotel, necesitas ducharte y dormir un poco. —No hizo más preguntas; solo volvió a mirar por la ventana sin decir nada. Y las malditas lágrimas seguían sin salir.

Creo que no había pensado que iba a dormir en mi habitación, hasta que me vio entrar con ella y con dos de los chicos.

—Esto...

—Es mi habitación.

—No puedo dormir en tu habitación.

—Es una *suite*, aquí hay dos habitaciones. Tu dormirás en una y yo en otra. —Ella asintió mientras miraba alrededor, sin realmente fijarse en nada.

—Ve a ducharte, voy a buscar algo para que puedas ponerte para dormir. —La vi caminar hacia la habitación que le indiqué y me dirigí a mi cuarto con Sam a mis talones.

—¿Qué sabemos? —Sam había estado todo el tiempo hablando por teléfono y sabía que tenía un buen adelanto esperándome.

—Encontraron una cajetilla de tabaco. Todo apunta a lo que sospechábamos: el tipo se fumó su último cigarro.

—¿El cadáver?

—La mitad está pegada en las paredes.

—Entonces supongo que no habrá reconocimiento.

—Tendrán que hacerlo con el ADN, porque no hay siquiera restos dentales.

—¡Mierda!

—Una enorme mierda, sí.

—Necesito que le compres algo de ropa y avises a su otro trabajo de que no va a poder ir.

—Llamaré a la residencia de ancianos y me encargaré de todo. —Sam empezó a alejarse por la puerta, pero antes de salir se volvió hacia mí.

—Va a estar bien.

—Yo me encargaré de eso. —Sam asintió y cerró la puerta al salir, seguido del otro chico, Benny.

Entré en mi habitación, rebusqué en mis cajones y saqué una camiseta de algodón. Seguramente le quedaría enorme. Fui a su cuarto y deposité la prenda sobre la cama. El ruido del agua cayendo en la ducha era todo lo que se escuchaba, algo me decía que seguía sin llorar. Maldije en silencio y me fui a mi cuarto para darme esa ducha que tanto necesitaba.

Cat

Muerto. Howard estaba muerto. Mi padre había muerto. ¿Me sentía culpable? En absoluto. Entonces, ¿por qué me sentía así? «Porque es otro tipo de culpa el que tienes dentro», me decía una vocecita en mi interior. Sabía que iba a morir pronto, pero no esperaba que fuera de esta manera. Lo que le mantenía vivo se lo había llevado.

—¿Estás bien? —Aparté mi atención de las luces de la ciudad al otro lado del gran ventanal, buscando a Viktor en la oscuridad de la habitación. Su figura se difuminaba entre las formas informes y los muebles de la habitación. Llevaba una de sus camisetas de algodón blancas y se había detenido al otro lado de la cama, como si respetara ese espacio que yo necesitaba en aquel momento. Comencé a asentir, pero lo pensé mejor y negué con la cabeza.

—A veces llorar sienta bien. —No supe qué responder a eso, porque mi cabeza estaba dando vueltas a otra cosa y, como si encontrara una vía de escape en mi boca, las palabras salieron antes de que pensara en detenerlas.

—¿Está mal sentirse triste y feliz al mismo tiempo? —Vi la confusión en su rostro pero, antes de que respondiera, volví mi atención hacia el horizonte.

—Si me dieras alguna pista más, quizás pueda responder. —Su voz estaba cerca, muy cerca, pero, aun así, me sentía a miles de kilómetros de todo. Pensé: «¿qué más da?»; ya he empezado a hablar, ¿por qué parar ahora? Él se irá no dentro de mucho y probablemente no siga trabajando por mucho tiempo en el club, ¿qué importa si ve el monstruo que llevo dentro?

—Estoy triste porque mi padre ha muerto. El hombre que cuidó de mí y de mi madre; el que me traía golosinas cuando sacaba buenas notas en el colegio. Pero a la vez estoy contenta de que Howard se haya ido; durante los tres últimos años, cada palabra que me dirigía era para hacerme daño. Hizo de mi vida un infierno porque le apetecía. Me alegro de que se haya ido de una vez, porque ahora soy libre. —Sentí una mano sobre mi hombro, y respiré profundamente. Sí, era libre, pero había pagado un precio muy alto para

conseguirlo—. ¿Sabes? No me queda nada, todo ha volado por los aires, y seguramente el casero me obligue a pagar los desperfectos del incendio. Pero no me asusta, porque por una maldita vez, veo el final de todo esto.

—Mañana iremos a tu apartamento, seguro que queda algo que puedas recuperar.

—Tengo... tengo que llamar a mi madre y contárselo.

—Lo harás mañana. Ahora será mejor que duermas un poco. —Asentí con la cabeza y dejé que me guiara a la cama y me arrojara. Sus pies no hicieron ruido cuando se alejó.

—Viktor.

—¿Sí?

—Gracias.

No dijo nada, solo asintió con la cabeza y cerró la puerta suavemente. Estaba sola, sola por primera vez en mucho tiempo; no me sentía mal, pero tampoco bien. Si tengo que buscar una analogía, diría que me sentía como un preso que liberan después de cumplir su condena. El tiempo perdido no lo iba a recuperar y tenía una tara a mis espaldas que no podía hacer desaparecer. Tenía un futuro incierto ante mí, pero ahora por fin todo estaba en mis manos. No tenía un lastre atado a mi cuello que me arrastrara al fondo del mar. Iba a salir de aquí y lo iba a hacer pisando fuerte.

Capítulo 26

Viktor

Llamé al inspector. Yo, Viktor Vasiliev, llamando a un inspector del C.S.I.; quién lo iba a decir. Pedí permiso para que Katia fuera a recoger algunas de sus cosas y el tipo estuvo de acuerdo, siempre y cuando lo hiciéramos bajo la supervisión de un policía.

Cuando llegamos, el tipo de uniforme rompió la cinta policial y nos franqueó la entrada. ¡Joder, aquello parecía una zona de guerra! La explosión no debió ser demasiado grande, porque era una bala de oxígeno pequeña, pero el tipo la tenía al lado, así que recibió de lleno todo el impacto. Aún quedaban restos de él pegados en todas las superficies. ¿Que cómo sabía que era él? Porque pequeños trozos de carne chamuscada o ahumada decoraban toda la habitación. Las paredes y los muebles eran de color negro y todo era un revoltijo de cosas que ya no se sabía qué habían sido antes.

Seguí a Katia hacia la derecha, donde supongo que estaba su habitación. Al menos la puerta estaba cerrada, seguro que algo había sobrevivido. Cuando la abrió y entró dentro, el policía y yo la seguimos y juro que en ese momento estuve a punto de matar a alguien. Un colchón casi desnudo dominaba toda la habitación, un par de cajas volcadas junto a la pared, de las que sobresalían algunas prendas rasgadas. El armario estaba vacío, las pocas prendas tiradas por el suelo junto a algunas cosas desordenadas y descartadas. No sabía si estaba cabreado por descubrir que vivía en aquellas condiciones o por el hecho de que hubiesen saqueado lo poco que tenía.

—Daré aviso del robo. —Sí, gilipollas, tú avisa de que la gente de este edificio no tiene escrúpulos y son unas ratas carroñeras que aprovechan cualquier oportunidad para robar a sus vecinos.

Katia se arrodilló en el suelo, junto a un montón de papeles, y rebuscó entre las cosas. Cuando me acerqué un poco más, vi que recogía un pequeño álbum de fotos. Repasó las páginas en silencio y se levantó con él en las manos.

—No han dejado gran cosa.

—No había nada que pudiesen robar y lo importante no lo encontraron.

—¿Lo importante? —Katia me mostró una de las páginas del álbum, donde la documentación del banco estaba a buen recaudo.

—Un sitio curioso para esconder ese tipo de cosas. —Ella elevó los hombros y comenzó a buscar entre las cosas del suelo.

—Si vas a robar, buscas dinero o algo que puedas vender, y esas cosas no están entre las fotos familiares.

—Sí, es un buen escondite. —Katia cogió un paquete de ¿tampones?. Sí, eran tampones. Sacudió la caja y sonrió.

—Tampoco encontraron mi hucha.

—¿Hucha? —Sacó los tampones de la caja y allí apareció un pequeño fajo de billetes. ¡Vaya con mi gatita! Sabía cómo esconder sus riquezas. Había oído de gente que

guardaba sus ahorros en el colchón, el congelador, el depósito de agua de la cisterna del baño, incluso en el cubo de la basura, pero era la primera vez que veía una caja de tampones como caja fuerte. Ingenioso.

Katia deslizó la mirada por el resto de la habitación[M40]; sabía lo que veía. Ropa demasiado usada que había sido rasgada sin miramientos o, simplemente, descartada. No era buena ni para robar. El conjunto que llevaba puesto valía más que todo lo que había en su habitación, y eso que eran solo unos vaqueros, una camiseta de tirantes y unas deportivas de lona. Algo cómodo con lo que poder meterse en aquel cenicero. Tenía que darle mérito a Sam, pensaba en todo. En el hotel dejó otro par de conjuntos más apropiados para mi Katia. Sí, lo tenía asumido, ella era mía ahora. Cuidaría y protegería a mi gatita guerrera, porque era el momento de que alguien lo hiciera y porque no permitiría que otro tomara mi puesto.

—Deja todo lo que se pueda reemplazar, no merece la pena. —Me miró con aceptación y después de un último vistazo, salimos de la habitación. Tampoco iba a dejarle que se llevara sus cosas del aseo. Le compraría todo lo que necesitase. Champú, geles, cremas, cepillos, perfume... Yo proveería. Todo, absolutamente todo lo que necesitase, yo se lo daría, a menos... A menos que no lo aceptara, porque no estaba seguro de hasta dónde estaba dispuesta a dejar que la ayudara.

Sam estaba fuera del apartamento; cuando nuestras miradas se cruzaron, él me hizo el gesto que esperaba. Bien, algo que ya estaba solucionado. Lidar con el casero era algo que Katia ya no tendría que hacer, Sam se encargó de ello.

—Tengo que llamar a mi madre. —La sostuve por los hombros y la saqué de allí. ¿Estaba a punto de derrumbarse? Podría ser.

—Primero hablaremos con el inspector. Tenemos que saber si puedes recuperar los restos de tu padre. Después llamarás a tu madre.

—Sí, tienes razón. No sé cuántos días le darán libre para... para el funeral. —Maldije otra vez entre dientes. ¿Es que uno no podía despedir a sus seres queridos en paz? Estaba claro que los que estaban en el último escalón no tenían derecho a ello.

No es que conociera a la madre de Katia, pero si su padre se había convertido en un cabrón mal nacido, verse libre de seguir enviando dinero para él tenía que ser un gran alivio. Aunque si se parecía a Katia, seguramente lloraría su pérdida. Tenían un corazón demasiado bueno y había pocos de esos; eran un tesoro que había que preservar. Mi misión.

Cando hablamos con el inspector, nos dijo que en un par de días podría pasar a recoger los restos de su padre. Cogerían lo que necesitaban de él y el resto podía llevárselo. Casi se me parte el corazón cuando Katia marcó el teléfono de su madre. Supe el momento exacto en que escuchó su voz, porque sus lágrimas comenzaron a escapar de sus ojos. Sí, había esperado eso, y por fin había llegado. Eso le haría bien: llorar y desahogar su pena. Su corazón lo necesitaba. ¿Que cómo sabía eso alguien como yo? Aunque no tenga corazón, conozco las debilidades de las personas; es mi trabajo. Yo soy de los que golpea donde duele, y el único lugar donde alguien puede hacer daño a Katia es en su corazón. Es dura como el acero. Irónico, ¿verdad? Cat Steel, mi gatita de acero. Nos habíamos forjado en hornos diferentes, pero éramos duros por fuera. Ella aún podía ser

salvada, porque el fuego creó una coraza que preservó su corazón; el mío se quemó hace tiempo. Por eso vivo de prestado, mi corazón es el de mi madre, el de mi hermana. En nuestra familia ellas son las únicas que lo conservan intacto. Bueno, puede que con alguna que otra magulladura, pero tienen corazón para ellas y para compartirlo con los hombres que quieren, su familia.

Capítulo 27

Cat

—Tenemos que hablar. —Miré a Viktor y asentí. Tomé asiento en el cómodo sofá de la *suite* y él lo hizo sobre la mesa de café frente a mí. Sus ojos estaban a la altura de los míos, cerca, muy cerca, pero no lo suficiente como para que me sintiese incómoda—. Mi propuesta de trabajo sigue en pie. Recuerda. Buen sueldo y gastos cubiertos. Ahora no tienes nada que te ate a este lugar, puedes ir donde quieras. Piénsalo. Regresaré en unos días a Las Vegas y para entonces necesito una respuesta.

—Lo pensaré.

—Bien. Ahora, voy a ir a entrenar y cuando vuelva espero que me trabajes el hombro y todo lo que necesite arreglarse. Tengo que ponerme en óptimas condiciones lo antes posible.

—Puedo hacerlo.

—Lo sé. No te contrataría si no fuera así. —Salió de la suite seguido por Sam y una bolsa de deporte, donde seguramente iría la ropa para ejercitarse.

Cuando estuve sola deambulé por la habitación, curioseando en todas partes. Cada día estaba más intrigada por Viktor, porque se alejaba más y más de la imagen del ejecutivo común; o al menos de lo que yo creía que debía serlo. Había algo en él que no encajaba en ese papel, no sé cómo explicarlo... Imagínate a The Rock metido dentro de un smoking camino de la ópera. Fuera de lugar, ¿verdad? Pues eso me parecía Viktor. Había tocado suficientes veces ese hombro como para apreciar la musculatura de esa zona y doy fe de que no había ningún gramo de grasa en aquel cuerpo. Era duro, firme, como el de un deportista profesional que se ejercita a diario. Y no, no es un culturista o un luchador; no sé cómo encasillarlo, un cuerpo con aquel tono muscular... ¿Os suena ese tenista, Rafa Nadal? Pues vi una imagen suya que se ajusta mucho a como creo que es el cuerpo de Viktor. Y ese tipo sí que es una máquina; sus bíceps siempre me han fascinado. No es que sea guapo guapo, pero su cuerpo.... Ñam.

El armario de Viktor era algo de otro mundo. Ropa de diseñador o hecha a medida, al menos sus camisas. Y tenía que reconocer que tenía un gusto impecable. ¿Su baño? ¡Mierda, olía a él! A madera y algo cítrico como... Cuando vi su perfume lo supe Invictus de Paco Rabanne. Aunque él no siempre olía así; cuando llegaba a su masaje, después de la ducha, olía diferente, más... él.

Deslicé las manos por todo lo que era suyo, por todo lo que él había tocado. Sonreí como una idiota. Parecía una de esas fans obsesionadas con su ídolo y no me gustaba, pero no podía evitarlo. Tenía algo tan... magnético. No, no me estaba atrapando en su embrujo; sabía muy bien dónde me podría llevar eso: a ninguna parte. Él lo tenía todo y yo no tenía más que las migajas que él me daba; eso nunca podría ser bueno para mí, así que no iría por ahí.

Todo estaba pulcramente ordenado y recogido, quizás demasiado. Un obseso del control. ¿Sería otro Cristian Grey? ¡Ja! No quería ni pensar en cómo sería el cuarto de

juegos de Viktor, porque Grey era un tipo más... ¿blando? Sí, esa podría ser la palabra.

Caminé hasta mi habitación y cogí algo de dinero en efectivo. Tenía ropa, material para masaje y, según Viktor, podía llamar al servicio de habitaciones y pedir cualquier cosa que quisiera, pero alguien que está acostumbrado a economizar no gastaría en algo que costaba una cuarta parte si lo compraba en la tienda. Cuando salí por la puerta, topé de frente con uno de los tipos que escoltaban a Viktor. ¿Me había dejado vigilancia?

—Eh, hola.

—Buenos días, señorita Steel, ¿puedo ayudarla?

—Yo iba a salir a hacer unas compras.

—La sigo.

—¿Vas a venir conmigo?

—Son mis órdenes.

—Como quieras. —Me encogí de hombros y no quise darle mayor trascendencia.

—¿Puedo preguntar a dónde vamos? Lo digo por si necesitamos transporte.

—Me gusta caminar, pero no quiero ser un problema.

—No lo es; caminar está bien.

20 minutos más tarde, mi escolta Benny estaba repartiendo su atención entre mi alrededor y lo que yo estaba haciendo. Un par de veces lo descubrí mandando mensajes y atendiendo su teléfono, pero no le di más importancia; seguro que estaba comunicando nuestra posición, había notado cómo trabajaban esos chicos.

Tenía en mis manos una bandeja de cerezas y otra de fresas. Las dos presentaban un aspecto tentador, pero no sabía por cuál decidirme. Esto de darme un capricho se estaba complicando. Me acerqué las fresas a la cara y olfateé profundamente, dejando que el aroma inundara mis pulmones. Mmm, aquel olor... era puro pecado. Luego les tocó el turno a las cerezas, grandes, duras... ¡Dios, qué difícil!

—Puedes llevarte las dos. —Me giré sobresaltada hacia mi izquierda donde Viktor estaba mirándome con el rostro risueño. No le había notado acercarse. Vestía una camiseta blanca de las suyas, un pantalón de algodón y unas deportivas en los pies. El pelo aún estaba húmedo y peinado hacia atrás de manera casual, como si lo hubiese hecho con los dedos. Estaba sexi. Espera, ¿yo había pensado eso? Pues sí. Tenía las manos en los bolsillos y una sonrisa pequeña en su cara.

—Es demasiado. —Y no solo me estaba refiriendo a la fruta que tenía en las manos. No.

—Yo creo que no. A mí me apetece algo de fruta y creo que a los chicos también les gustaría probar algo. ¿Tú qué dices, Benny? ¿Cuál quieres comer?

—¿Puedo pedir unas de esas manzanas rojas? —Viktor se giró hacia mí y se encogió de hombros.

—Podrías coger un poco de todo lo que esté bueno. A los chicos les gustaría. ¿Tú qué

dices, Sam? —Miré por encima del hombro de Viktor. Sam me sonreía desde su puesto.

—A mí me parece bien.

—Ya has oído. ¿Qué nos recomiendas? —Sonreí y alcé mis manos hacia él.

—Las fresas y las cerezas tienen una pinta estupenda.

—Vendido. —Viktor cogió los dos envases y los colocó con cuidado en sus brazos.

Viktor

Ver sonreír otra vez a mi Katia era como ver el sol después de la tormenta. Era reconfortante mirarla deambular entre los montones de fruta, escogiendo las piezas que mejor aspecto y mejor olor tenían. Verla disfrutar ponía una sonrisa en mi cara. Ñoño, pero era verdad; era contagiosa, y no era el único. Benny parecía un adolescente viendo a su abuelita haciendo galletas.

Cuando pagué toda la comida, Katia frunció el ceño, pero cuando le dije que yo proveía a mis empleados, mantuvo la boca cerrada. No quería que gastase su dinero, quería que lo conservara, porque eso le daba una seguridad que necesitaba. El saber que tenía algo que era suyo y que le daría cierta independencia. Y, también, porque quería ser yo quien cubriera todas sus necesidades, así que tendría que encontrar formas de que se viera forzada a aceptar mi dinero sin que se sintiera diferente al resto de mis empleados, y creo que sabía cómo. Tendría que hablar con Orrel cuando llegara al hotel. También teníamos que hablar... de Howard. Cuando recogiésemos sus restos, quería que todo estuviese listo. Yo habría dejado que ese cabrón se pudriera en algún contenedor de la policía, pero Katia necesitaba algo diferente. Tenía que enterrar a su padre y cerrar esa puerta que la mantenía unida a él.

Capítulo 28

Cat

Mamá llegó casi a las cinco de la mañana. No sé por qué tenía que seguir haciendo sacrificios por Howard y menos ahora que estaba muerto. Pero lo hizo. Adelantó tanto trabajo como pudo para poder estar ese día en su entierro; aunque sé que no lo hacía realmente por él sino por mí. Lo quisiera o no, yo era parte de Howard.

Viktor estuvo a nuestro lado, pero sin imponerse; como una sombra que te acompaña en silencio. Entendía que aquel momento era solo para nosotras y nuestra familia. Bueno, su familia, la de Howard; yo solo tenía a mamá. La tía Eugene era la hermana de papá. Aunque lloró y recibió a quienes presentaron sus respetos al difunto, como toda una hermana afligida, nunca apareció por casa durante los tres últimos años. Le gustaba el protagonismo más que a una diva televisiva, cosa con la que mamá y yo no teníamos ningún problema. Soltar un panegírico sobre la vida y milagros de Howard no estaba entre nuestros pensamientos, no cuando no teníamos mucho que agradecer de los últimos tiempos. Y si algo no éramos mi madre y yo era hipócritas. Cuando la tía Eugene se dirigió hacia nosotras, ya sabíamos que venía por sangre.

—¿Por qué está cerrado el ataúd? Me gustaría ver a mi hermano por última vez.

—No hay mucho que ver.

—Todos sabíamos que tenía cáncer, no vamos a asustarnos por ver una cara blanca y enjuta. —¿Quería ver a su hermano? Casi estuve tentada de abrir el ataúd y meter su cabeza dentro. No lo quiso ver vivo pero sí lo quería ver muerto.

—No hay cara, Eugene.

—¿Cómo...?

—Le explotó la cabeza como un huevo en el microondas.

—Pero...

—Hizo lo único que no tenía que hacer, encender fuego cerca del suministro de oxígeno. Prefirió fumar a seguir vivo. Así que ahí lo tienes.

—Eso no puede ser, eso...

—Aquí tienes la tarjeta del inspector del C.S.I. que lleva su caso; llámalo y discute la imprudencia de tu hermano con él. Nosotras ya terminamos aquí.

—Nunca lo quisisteis. Solo te aprovechaste de él cuando trabajaba y tenía un buen sueldo; luego ya no era bueno para ninguna de las dos. Sois unas sanguijuelas mal agradecidas. —Apreté la mandíbula, mi mente lista para soltar toda una retahíla de insultos y verdades que dejarían a esa víbora en evidencia delante de su familia, pero mamá me agarró del brazo y negó con la cabeza. Para nosotras era un final, no teníamos que pelear por algo que ya no era nuestra lucha.

—¿Candela Steel?

—Aquí. —Mi madre me aferró el brazo con fuerza mientras nos acercábamos al

encargado de la funeraria. Aunque su hermana se hubiese puesto al mando, ella no era la que figuraba como responsable de Howard.

—Vamos a pasar a incinerar a su esposo. Mañana le enviaremos las cenizas por mensajero. ¿Puede darnos una dirección? —Mamá y yo nos miramos, volvió el rostro unos segundos hacia la tía Eugene y después me sonrió.

—Verá, me gustaría que se la entregaran a Eugene Petters. La dirección es... —¡Ja! ¿No adoraba a su hermano? Pues ahora que pensara en dónde lo colocaba. Bien jugado, mamá. Para nosotras aquello era el cierre, el fin, así que salimos del velatorio y nos alejamos caminando hacia el coche de mamá.

—¿De verdad tienes que irte ahora? —Miró su reloj y dejó escapar un suspiro.

—Tengo que ir y terminar las órdenes de salida de mañana.

—¡Pero mañana es sábado!

—Ya, pero hay camiones de reparto que salen a primera hora y necesitan sus albaranes de entrega y sus rutas.

—Tenías que haber pedido el día libre. De todas formas, ya no necesitas enviar el dinero del alquiler. Puedes permitirte cobrar un día menos.

—Es todo lo que conseguí. Ya sabes cómo está la situación con la empresa ahora. Y tampoco es que nos sobre el dinero. Tenemos que pagar el entierro y lo de la explosión y...

—Yo me encargo de eso. —La voz de Viktor nos interrumpió.

—Sí, mamá, Viktor se encargará de ello.

—Pero...

—Tú no te preocupes, mamá.

—De acuerdo. —Se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla. Yo la abracé intentando grabar su recuerdo en los músculos de mi cuerpo.

—Llámame cuando llegues, da igual a la hora que sea.

—Lo haré, cariño. Cuídate. Muchas gracias por todo, Viktor.

Cuando vimos el coche de mamá desaparecer, noté la presencia de Viktor a mi lado. Sí, mamá debió pensar que éramos algo, quizás novios, aunque no se lo presenté como tal. No, Viktor se quedó aparte todo el tiempo, pero mamá podía ver que estaba pendiente de nosotras. Que pensara que él, con sus ropas caras, iba a pagar todas esas cosas, no era malo, aunque fuese mentira. Sí, mentira, porque sabía que Viktor lo había, había cubierto mis facturas; pero yo no era de las que debía dinero, ya era hora de que él lo supiera. Me giré hacia él y le miré fijamente.

—Voy a pagártelo todo, aunque tarde mil años.

—Eso no importa.

—Yo pago mis deudas. —El asintió, comprendiendo que no podía discutir eso conmigo. Apoyó su mano en mi espalda y me ayudó a subir al SUV que nos esperaba.

—Así que... tu tía va a tener una visita pronto. —Sonreí, no pude evitarlo. Y más cuando vi que sus labios ya estaban dibujando una traviesa y perfecta sonrisa en su cara.

—Sí respondí. Y empecé a reír hasta sentir que las lágrimas caían por mi cara, hasta notar que Viktor perdía toda su seria fachada y caí de espaldas sobre el respaldo del coche.

Cuando llegamos al hotel, Viktor preparó sus cosas para ir a entrenar al gimnasio. Sé que era mi culpa que hoy fuese mucho más tarde, así que pensé en recompensarle con una buena sesión de masaje. Iba a trabajar ese cuerpo a fondo; rompería todos y cada uno de sus nudos, y lo dejaría listo para un buen sueño reparador. Sí, el saber que tendría que ver su cuerpo prácticamente desnudo para ello era un estupendo aliciente, no lo iba a negar.

Así que cuando se fue de la habitación cogí el teléfono y pedí que me dieran el número de una tienda en concreto. Estaba sentada, esperando la información, con el taco de hojas que tienen los hoteles bajo mis ojos y el bolígrafo en la mano. ¿Sabes esa manía que tenemos todos de garabatear mientras esperamos o cuando la conversación es aburrida? Sí, esa, o dibujar figuritas. Pues empecé con eso, cuando noté que aparecían trazos de letras debajo. Inconscientemente, empecé a sombrear la hoja hasta que empezó a revelarse la anotación que se había escrito en la hoja que faltaba. Reconocía aquella maldita dirección, había ido allí más de una vez con Rocky, era la dirección de uno de sus gimnasios. Una sospecha se instaló en mi cabeza, quise estar equivocada. Así que colgué el teléfono y me puse a descartar opciones. ¿Llamar a Viktor? No tenía su teléfono, no tenía el de ninguno de sus hombres, pero... Corrí hacia la puerta y al abrirla vi a Benny.

—Dime que no ha ido al gimnasio Bellami.

Benny se quedó callado, mirándome pero sin responder, y cuando decidió hacerlo, ya era tarde. Sabía que Viktor estaba allí, sabía que se había metido en la cueva del dragón y no podía permitir que Rocky le hiciera daño. Que se lo hiciera a Nathan no me importó; el asqueroso se lo merecía, pero Viktor... No permitiría que lo lastimara. No era porque perdería mi trabajo, no, era porque Viktor era buena persona, me había ayudado y no merecía que Rocky lo destrozara. Nathan seguramente se había rendido enseguida, y Rocky no se molesta con los cobardes, pero sabía que Viktor pelearía. Eso era lo que Rocky deseaba, alguien que le plantara cara, eso lo excitaba y lo motivaba a seguir hasta conseguir la rendición total y absoluta. Por eso no acababa de conseguir alcanzar una buena posición en la lista de luchadores, porque no sabía detenerse y eso le acarreaba muchas sanciones.

Salí de la habitación y empecé a caminar deprisa hacia el ascensor, no miré hacia atrás mientras hablaba.

—Voy a ir allí, tú decides si lo hago sola o me llevas tú. —Vi la derrota en su rostro cuando entró en el ascensor. Sacó el teléfono y empezó a marcar las teclas para mandar un mensaje. Con agilidad se lo quité de las manos, ante su cara sorprendida. Sé que podría quitármelo en cualquier momento, así que lo metí en el pantalón, dentro de mis bragas. Sí, podía quitármelo después de una buena pelea, pero estaba casi convencida de que no lo haría.

—Me vas a traer problemas, grandes problemas. ¡Demonios! — le vi elevar la comisura de los labios, como si luchara por evitarla, pero la vi. Aquello le divertía. Oh, sí. Esos tipos eran raros, les gustaba la acción, podía jurarlo. Estos tipos que trabajaban de

escolta, todos tenían algún tornillo flojo. ¿Y Viktor? Algo me decía que no sabía dónde se estaba metiendo, pero también tenía que estar un poco loco si iba a enfrentarse a Rocky. Porque sabía que era lo que hacía; había estado cuidando de mí, desde que Rocky entró en el club, incluso antes, e iba a seguir haciéndolo.

Capítulo 29

Viktor

Decir que estaba nervioso sería mentir. Excitado sí, nervioso no; había una clara diferencia. Nervioso implicaba sentir algún miedo o inseguridad y yo no tenía nada de eso; sabía a lo que había venido y nada iba a detenerme. ¿Excitado? ¡Sí, demonios!; tenía todos los sentidos trabajando a marchas forzadas, analizando mi entorno, estudiando a todos y cada uno de los tipos que había allí, cada salida, cada máquina, cada pequeño detalle.

Empecé a hacer mis ejercicios, siguiendo la rutina que todos conocían; lo que para todos era un entrenamiento, para mí no era sino un calentamiento, porque hoy iba a ser diferente, iba a hacer que lo fuera. ¿Matarlo? Ese hijo de perra se merecía mucho más que la muerte; lo sabía antes y las imágenes que me mostró Sam me lo confirmaron. Aquel tipo estaba enfermo. ¿Que qué imágenes? Las del apartamento de Cat. Sam colocó cámaras en él como sospechaba y grabaron cosas que nos sorprendieron. Sí, confirmaron que un cigarrillo provocó la explosión que reventó la sala de estar de la casa. El jodido Howard fue un gilipollas y agradecía que estuviese fuera de la vida de Cat definitivamente. Las palabras que le decía... Si no estuviese muerto, yo mismo le hubiese arrancado la lengua.

No, la sorpresa nos la llevamos cuando avanzó la grabación. Y aunque tendría que hablar seriamente con Sam (por haber puesto una cámara orientada a la habitación de Cat), esa meticulosidad suya dio como resultado unas imágenes que mantenía muy presentes en mi cabeza. Había dos hombres en la habitación de Cat, justo antes del saqueo. Uno era Rocky el otro ese lameculos que lo acompañaba siempre. El que hizo todo el destrozo fue el otro, pero Rocky se dedicó a caminar por la habitación, estudiando el lugar como si fuese el creador de esa obra de arte. Acariciaba las sábanas con la punta de los dedos, con reverencia. Incluso se tumbó en aquel colchón, como si fuese la cama del rey de Francia. Pero lo que me hizo apretar los dientes fue verlo coger la prenda que Cat tenía bajo la almohada, aquella con la que seguramente dormía, llevarla a su cara y olerla como si fuera un drogadicto esnifando una raya de cocaína. ¡Maldito depravado hijo de puta! Cuando estuvo todo patas arriba, el tipo se levantó, miró la devastación y salió de allí con la prenda metida en uno de los bolsillos de su pantalón. Solo de imaginar lo que haría con ella...

Noté su presencia nada más entrar en el gimnasio. Como Sam anticipó, le gustaba pavonearse delante de los chicos del lugar. Sus ojos admiraban el legado que un día sería suyo, pero sin nada de orgullo en ellos. Parecía aburrido, hasta que sus ojos se posaron en mí. Sí, cabrón, soy yo, el tipo que hizo que sacaran tu culo del club. Lo vi acercarse hasta mí, como el rey que se creía, con su séquito detrás y supe que había picado el cebo. Ahora solo debía soltar sedal, para que él solo se cansara, luego recogerlo y meterlo en el cubo de la pesca del día.

—Vaya, vaya, a quién tenemos aquí.

—Apareces en los lugares que yo estoy, espero que no se convierta en una costumbre.

—Da la casualidad de que este es mi gimnasio.

—Entonces tendré que buscarme otro, la calidad de este acaba de caer en picado. — Empecé a moverme, pero él me cortó el paso, como esperaba. El cabrón era tan predecible...

—La calidad de este gimnasio es incuestionable. De aquí han salido varios campeones, yo incluido.

—¿Tú? No me digas, ¿eres uno de esos falsos luchadores de la WWA?

—¿Qué?

—Sí, esos que saltan y brincan ofreciendo un espectáculo coreografiado que es todo teatro. Conocí a uno de esos tipos, ¿tú también vas a clases de ballet para aprender a dar esos saltitos?

—¿Serás hijo de puta! —Igor y Sam ya lo estaban reteniendo, para impedir que se acercara a mí. Pero mi actuación aún no había terminado.

—Nadie insulta a mi madre.

—¿Sí? ¿Y qué vas a hacer? ¿Mandar a uno de tus guardaespaldas que me dispare?

—No necesito a ninguno de ellos para enseñarte respeto.

—Demuéstralo.

—Cuando quieras.

—Aquí, ahora, en ese *ring* de ahí dijo señalando con el dedo un cuadrilátero situado en el lateral.

—Te veré arriba, si es que no veo antes tu espalda corriendo hacia la salida —pinché.

—¿Bruce! Dale a este tipo un par de guantes de entrenamiento. Yo voy a cambiarme. No me quiero manchar la ropa con sangre. —El pez se había enganchado él solito en el anzuelo, hora de empezar a recoger el sedal. Caminé hacia el *ring*, donde Alexis me estaba sujetando la bolsa. Sí, tenía mi propio equipo. A saber qué mierda tenían allí. Sam se dio la vuelta y empezó a enredar en su teléfono. Aquello no era normal, pero si lo estaba haciendo era por algo. ¿Habría sucedido algo con Katia? Extendió el aparato frente a mí y me mostró una imagen mientras yo dejaba que Alexis me colocara mis guantes.

—¿Recuerda el informe que le entregué sobre el tipo, jefe?

—Sí —respondí mirando la foto que me mostraba. Era una instantánea de Katia y Rocky en un lugar lleno de gente que, por el escenario al fondo, supuse era un concierto. Katia parecía tan feliz allí, ambos lo parecían.

—Quiero que mire a la chica que ha venido con él, jefe. —Giré disimuladamente y le eché un buen vistazo a la chica. Alta, delgada, tetas seguramente siliconadas y tacones imposibles. Su atuendo impecable, salvo... Sí, mierda, casi lo paso por alto. La tipa esa llevaba la misma camiseta que Katia en la foto. Más desgastada, pero era la misma. ¿Qué clase de enfermedad tenía ese tipo en la cabeza? Sam amplió la imagen en la pantalla y vi más de cerca las inscripciones de la camiseta. Era de la gira de 2012 en EE. UU. de Bruce Springsteen, Wrecking Ball. Tenía un defecto de impresión en una de las letras, el mismo

que la que tenía la chica del séquito de Rocky. Era la misma, la puñetera misma camiseta, la que tenía Katia en esa foto. Docenas de preguntas se agolpaban en mi cabeza, ¿cómo había llegado la camiseta de Katia al cuerpo de esa tipa? ¿Cómo...? No quise ir por ahí, porque las respuestas no me estaban gustando ni un poquito. Cambié mis pensamientos por otros que me ayudaran en lo que iba a hacer en un par de minutos. Iba a llevar a ese tipo tan lejos de la vida de Katia, que se preguntaría cómo llegó siquiera a conocerla.

Rocky llegó en ese momento junto al *ring*; la piel le brillaba como si hubiese realizado un rápido calentamiento. Sí, hijo de puta, piensa que va a ser fácil, «era la única manera de subirte ahí arriba por voluntad propia. Pero nada va a impedir que salgas de ahí en una camilla».

—¡Eh, Rocky, cariño! Machácalo y luego ven a celebrarlo conmigo. Tengo tu camiseta favorita. —El tipo le dedicó una sonrisa traviesa y saltó hacia el interior de cuadrilátero. Pude escuchar el comentario que la tipa le decía a otra chica a su lado.

—Le encanta follar cuando llevo esta camiseta, le pone de un salvaje imparable. No me da tiempo ni a quitármela.

—Sí que es un macho. —

Sentí náuseas solo de pensarlo. No hacía falta ser Freud para saber que el puto cabrón se excitaba por una fantasía; trasladaba a la camiseta el recuerdo de Katia y creía estar follándola una y otra vez cuando lo hacía con quien la llevara puesta. Puto demente. Nunca volvería a ponerle una mano encima. Y como si fuese un maldito mago, el objeto de mis pensamientos se materializó allí. Sam me hizo volverme para encontrar a una sofocada Katia corriendo hacia nosotros.

Capítulo 30

Cat

Sentí el alivio inundar mi cuerpo cuando lo vi allí, ileso, a punto de subir a ese *ring* desde donde Rocky me observaba. Y di gracias a Dios por llegar a tiempo. No dejaría que subiera a ese cuadrilátero, no dejaría que Rocky le hiciera daño. Apelaría a todas y cada una de las razones que poseía para impedirlo.

—Katia, ¿qué haces aquí?

—No puedes subir, te destrozará.

—No más de lo que yo haré con él.

—No lo entiendes; a Rocky le gusta destrozarse a las personas, es un animal que vive para hacer daño. Está enfermo.

—No va a ganarme, Katia.

—¡No lo entiendes! No es por ganar, es por castigarte, es por hacerte sufrir. Le disgusta que se rindan y tú no vas a hacerlo.

—No, no voy a hacerlo. Soy un Vasiliev, nosotros no nos rendimos.

—No subas ahí, por favor.

—Tengo que hacerlo.

—No, no tienes que hacerlo.

—Es mi decisión.

—No lo permitiré. —Me aferré a su cuerpo, porque no lo dejaría ir allí arriba; no permitiría que subiera, lucharía por evitarlo. Noté sus manos sobre mí, pero en vez de ser rudas o impacientes, su toque era suave, tranquilizante, reverente. Sentí mi cuerpo estremecerse. Una de sus manos finalmente se detuvo en mi mejilla y no me resistí cuando alejó mi rostro un poco, lo justo para que nuestros ojos se vieran. Y no, él no estaba enfadado porque le regalara aquella rabieta infantil, pero seguía viendo en ellos aquella determinación por continuar, aunque había algo más que...

—Nunca nadie me ha impedido hacer lo que quiero, ni siquiera mi padre. Y esto voy a hacerlo.

—No, Viktor, por favor. No sé qué estúpida idea te lleva a hacer esto, pero no está bien; te hará daño y no quiero que te lo haga, a ti no. Tú eres buena persona. —Viktor me sonrió con tristeza y apartó sus ojos unos segundos.

—No, Katia, yo no soy una buena persona. Eso lo eres tú.

—Entonces hazlo por mí.

—Es por ti por quién lo hago. —Antes de que pudiera entenderlo, sus labios asaltaron mi boca y me robó el aliento. Sentí que me estaba arrastrando a algún lugar lejos de allí, donde solo estábamos nosotros, donde solo tocar su piel, degustar su sabor, era todo lo que necesitaba. Y lo acompañé, mi cuerpo lo acompañó, mis labios cedieron y dejé

que asaltara mi boca. Y como esperaba de un hombre como él, aprovechó la oportunidad que le daba y entró a conquistar lo poco de mí que no se había rendido.

No sé cuánto duró, pero fue demasiado poco. Viktor me separó de él, sus ojos brillando de un azul intenso, y supe que nada ni nadie podría detenerlo.

—Sácala de aquí. —

Sentí las manos de alguien cogirme del brazo y alejarme de él. No apartó la mirada de mí mientras intentaba soltarme. Sabía que mis palabras no servirían de nada, así que no lo hice. Una puerta hizo que aquella conexión desapareciera y me di cuenta de que ya no estaba en el gimnasio.

Viktor

¿Que por qué lo hice? ¿Por qué la besé? No lo sé, pero no me arrepiento. Hacerlo era como beber del manantial de agua más pura que pudiese encontrar. Clara, fresca, revitalizante. Fue ver sus ojos, el dolor en ellos, el sufrimiento, el tomar conciencia de que sufría por los golpes que el animal de su ex estaba listo para darme, y no pude contenerme. Tuve que besarla, olvidando que yo no hago eso; yo no beso, porque... Me daba igual quién había besado antes su boca; era la de Katia, mi Katia, y nada era mejor que eso.

Si no llega a ser por aquel gilipollas, habría llevado aquel beso mucho más allá, pero la voz de Rocky me devolvió al presente, al ahora.

—Deja a esa puta y sube de una vez, no tengo todo el día. —Miré a Katia justo antes de dejarla en manos de Benny, con quien tendría algunas palabras después. No debía haberla traído, ella debía estar a salvo, lejos de Rocky y los suyos.

—Sácala de aquí.

Más le valía protegerla con su vida y que nada le ocurriese, porque le arrancaría la piel a tiras. Miré a Katia, intentando explicarle sin palabras que todo iba a estar bien, que iba a golpear a ese tipo hasta que su cara fuera una masa pringosa deforme, hasta que su ego volara lejos de su cuerpo derrotado, hasta que pagara por cada vez que la había humillado, dañado o lastimado. Hasta que estuviese satisfecho con su derrota. Y luego le daría un golpe más; regalo de mi parte.

—Terminemos con esto. —Cuando ella estuvo fuera del local, subí al *ring* y juro que nunca deseé tanto destrozar a alguien.

Caminamos en círculos, estudiándonos uno al otro. En su cara estaba esa sonrisa arrogante, de quien se cree superior, de quien conoce la fuerza de su oponente y sabe que vencerá con facilidad.

—Vamos Rocky, destróvalo. —No iba a mirar, no necesitaba saber qué había a nuestro alrededor. Sabía que estaban muchos, casi todos los del gimnasio, entre ellos mis chicos. Sí, hoy estaba preparado. ¿Previsor? Totalmente. Había 5 tipos duros y fieles dispuestos a cualquier cosa que ordenara, y Sam estaría grabando todo desde un buen lugar, porque la pelea no era sino la mitad del plan.

Los primeros golpes vinieron de sus puños; rápidos, certeros, pero no lo suficiente. Giré inconscientemente mi hombro, buscando algún dolor, pero no lo encontré; estaba

listo, preparado para aquello. Llevaba puesta una camiseta que me tapaba prudentemente la herida, no iba a darle más pistas de las que necesitaba. ¿Demasiado pronto para castigar mi hombro? Sí, pero eso no me había frenado antes.

A medida que los golpes se sucedían, pude ver la rabia creciendo en él. Se estaba dando cuenta en dónde se había metido. Mi derecha era una máquina destroza-carne y llegaba con facilidad a su cuerpo. Pero Katia tenía razón, darse cuenta de que iba a ofrecer una buena pelea, motivó al tipo; se notaba que había un sólido entrenamiento detrás de esa masa de músculos que llevaba encima. Aun así, no conseguiría darme un buen golpe, porque estaba acostumbrado a esquivarlos hacía demasiado tiempo y podía leer en el cuerpo del adversario cuándo y cómo iba a llegar su golpe. Hasta que esquivé su puño pero su codo impactó de lleno en mi cara, tirándome al suelo. El cabrón tenía una pegada demoledora. Mi visión se llenó de diminutas lucecillas blancas, podía sentir el entumecimiento en la cara.

—Terminado. Que alguien venga a recogerlo. —Lo peor fue ver su sonrisa de suficiencia antes de darme la espalda. Eso no era el final, gilipollas, nunca lo es para un Vasiliev. Algo resbalaba desde mi boca, dejando círculos rojos sobre la lona del *ring*. Sangre, mi sangre. Tenía su sabor en la boca, y esta empezaba a elevarse en los extremos. Mis músculos gritaban preparados cuando me alcé sobre las piernas y escuché el jadeo de una de las chicas.

Pude ver la cara del estúpido cuando se giró de nuevo hacia mí. ¿Creías que me habías vencido? No tienes ni idea de con quién estás peleando.

Estaba de nuevo en pie, la sangre me resbalaba por la barbilla, tenía una sonrisa torcida en la cara y una diversión asesina en la mirada. Sabía que ese gilipollas había pensado que me tenía; había derribado mi cuerpo sobre la lona, pero pasó algo por alto. Unos cuantos golpes no detienen a un Vasiliev, y yo soy uno de ellos. Solo tenemos dos salidas, caemos o ganamos, pero no nos rendimos. Es nuestra propia versión del todo o nada. Puede que al principio cayéramos, pero aprendimos a levantarnos de nuevo. Un Vasiliev nunca abandona una pelea, la termina o lo sacan de ella tan inconsciente que no puede evitar que lo hagan.

Levanté los puños de nuevo. Los músculos protestaron, el dolor me gritaba en el oído, los pulmones me suplicaban más aire, pero soy yo el que toma las decisiones y rendirse no está en mi diccionario, nunca lo ha estado. ¿Descansar? Lo haría cuando acabara con él o él acabara conmigo. Él es fuerte, más joven, con más entrenamiento... pero eso no siempre determina el resultado de una pelea, yo lo sé, he estado muchas veces ahí. La motivación es lo que realmente marca la diferencia; yo estoy motivado, tengo algo por lo que estarlo. Antes lo hacía solo porque era el tránsito de todo miembro de la familia, llamémoslo ritual de iniciación; ningún Vasiliev en tres generaciones en este país ha fallado. Una vez dentro del cuadrilátero, tienes que demostrar de qué estás hecho, y los Vasiliev son de frío y duro granito. Hacerte respetar es lo que todo Vasiliev debe conseguir. Pero ahora, hace tiempo que lo conseguí; ya no lucho por conseguir un respeto que ya tengo, no lucho para demostrar que soy el más fuerte, el más duro. En ese momento lo estaba haciendo por algo por lo que nunca pensé que alzaría un puño; lo hacía por demostrar que nadie podía dañar algo que me pertenece sin pagar las consecuencias. Bueno, para eso no necesito meterme de nuevo en un *ring*, ni recibir un solo golpe, pero es

que esa vez era personal, y cuando eso ocurre el orgullo me ordena que sean mis manos las que se cobren el precio.

Puedo decir que ni yo mismo me reconocía, que no debería estar allí, pero era recordar el por qué lo hacía y notar la energía inundar de nuevo mi cuerpo, esa energía que solo puede darte la ira que me daría la victoria. Porque nadie daña lo que es mío, nadie pone una mano encima de aquello que protejo, nadie volverá a hacerle daño a ella. Katia era mía y yo protegía lo que era mío. Estaba decidido. Había llegado hasta allí sin saber realmente por qué lo hacía; solo deseando hacer pagar al imbécil todo el sufrimiento que había causado. Pero en aquel momento, supe que nada ni nadie iba a interponerse en mi camino. Iba a coger lo que quería, porque lo deseaba y porque podía.

Pasé el dorso del guante por mi barbilla, recogiendo algo de sangre en él.

—No sabía que esto estuviese permitido en el boxeo.

—Nadie dijo que lo fuera.

—Cierto, error mío.

Y suyo, porque si algo aprendías en la lucha clandestina era a pelear sin reglas. Y juré por Dios que cumpliría mi objetivo; tendrían que sacarlo de allí, porque él solo no podría hacerlo.

Capítulo 31

Cat

Al principio podía oír los gritos que venían de dentro, pero hacía tiempo que había dejado de oír nada. Detuve mi incansable paseo de lado a lado del estacionamiento. No quise subir al coche y Benny no se atrevió a obligarme; quizás porque sabía que tenía mejor campo de visión desde afuera o, simplemente, porque quería escuchar también los gritos. Recordé el porqué no podía estar informado sobre lo que ocurría dentro. Me metí la mano en mis bragas y saqué su teléfono. Cuando se lo tendí, me miró extrañado, como si esperara alguna estratagema por mi parte.

—Será mejor que lo cojas, puede que lo necesites. —Extendió la mano y no dejó de mirarme a los ojos mientras lo hacía. Cuando tuvo su teléfono en sus manos, pareció tocarlo con cuidado.

—Será mejor que no le digas dónde lo tenías metido; me gusta mi teléfono.

—¿Decirle...? Ah, no pienso decirle nada. Nuestro secreto está a salvo. —Él arrugó las cejas y casi gimió.

—Presentaré mi informe y hará preguntas que tendré que responder.

—Siempre puedes mentir.

—Uno no le miente a un Vasiliev, no si quiere seguir trabajando con ellos.

—Y te gusta tu trabajo.

—Claro que sí, lo adoro. Y pagan bien.

—Entonces, ¿qué harás?

—Bueno, algunos detalles pueden... no ser relevantes, ¿verdad?

—Eres un demonio.

—Todo se pega, supongo. —No tuve tiempo de responder, porque un grupo de personas salió del local y se dirigía hacia nosotros. Benny estaba listo para la pelea; su mano a un suspiro de lo que suponía un arma, pero no la utilizó, porque aquel grupo era de los nuestros.

Vi el rostro golpeado de Viktor y mi corazón se saltó un latido. No esperaba que saliera tan bien parado, aunque no tenía ni idea de cómo estaba el resto de él. Su camiseta estaba manchada de sangre y eso me preocupó. Aunque ver el rostro sonriente de los hombres que lo acompañaban me tranquilizó. Aun así, corrí hacia él y me aferré a su cuerpo como lo hice momentos antes. Y él, aunque escuché un gemido de dolor al apretarle, dejó que lo hiciera.

—¡Vaya! Me gusta tu manera de decir «hola». —Volví a apretarlo, y escuché su respiración cortarse. Estaba realmente dolorido y tenía que saber hasta dónde; necesitaba llevarlo a un hospital y...

—Tenemos que irnos, señor. —Sentí cómo los brazos de Viktor me separaban y sus

ojos se clavaron en los míos; ojos grises.

—Salgamos de aquí. —Asentí, dejé que tomara mi mano y me guiara dentro del coche. ¿Desde cuándo era yo así de complaciente? Nunca lo fui, pero con Viktor parecía que todo estaba bien y era correcto.

Cuando estuvimos sentados, mis dedos estaban impacientes por levantar la maldita camisa y mirar los daños. Le miré a la cara y vi la sangre en su rostro. Busqué algo con que limpiarlo, pero Viktor se me adelantó. Cogió la parte baja de su camiseta y se frotó la cara.

—Ya está sucia de todas formas.

—Tenemos que saber cómo estás, que te vea un médico.

—No tengo nada roto.

—Pero hay más lesiones que...

—Cuando lleguemos al hotel dejaré que me revises, lo prometo.

—¿Qué... qué pasó allí dentro? —Sentí el cuerpo de Viktor tensarse, aunque intentó esbozar una sonrisa.

—Lo que tenía que pasar.

—Pero... —Viktor aferró mis manos y me obligó a mirarle directamente a la cara.

—Escúchame, nadie va a volver a hacerte daño, y ese tipo menos que nadie. Él ya lo sabe.

—Pero...

—No tienes que preocuparte por él, no lo he matado.

—¿Ma-matado? —Escuchar aquello de su boca solo podía significar que Viktor tenía la capacidad de hacerlo, y eso me asustaba. ¿Qué era lo que no sabía de él?

—Señor, estamos llegando. —Viktor asintió y cogió la prenda de ropa que le tendía Igor desde el asiento delantero. Con no mucha agilidad, se colocó la sudadera encima de la camiseta ensangrentada. Sí, aquella cantidad de sangre llamaría mucho la atención, pero ellos parecían acostumbrados a lidiar con ese tipo de situaciones. Mi cabeza empezó a darle vueltas a cientos de hipótesis, pero todas me llevaban al mismo sitio; había algo oscuro allí, y necesitaba saber la profundidad de todo ello. Antes de darme cuenta, estábamos entrando en la *suite*. Cuando la puerta se cerró a mis espaldas, me percaté de que nos habían dejado solos. Los ojos de Viktor me estudiaban, esperando que hiciera el primer movimiento, como si se preparara para otra pelea.

—Voy... voy a ver si hay algún botiquín para curar...

—En el baño de mi habitación.

—Bien —y salí hacia allí.

Cuando lo encontré, sabía al 100 % que ese tipo de servicios no estaban incluidos en las habitaciones. Era un pequeño maletín de plástico, pero estaba demasiado bien abastecido: antiséptico, pomada antibacteriana, linimento, *strips* para suturas cutáneas,

apósitos adhesivos para curas, unas pequeñas pinzas y alguna que otra cosa que no había visto tan de cerca en mi vida. Sí, el auténtico kit del luchador. Aquello solo enfatizaba lo que ya sabía; Viktor Vasiliev era un total desconocido. Tomé aire, además del pequeño kit, y salí del baño. Sentado en la cama, Viktor me recibió con aquella mirada expectante que había visto en otras personas; la misma que mi padre tenía cuando esperaba que el doctor le diera el resultado de sus pruebas.

Caminé hasta llegar a su lado, deposité el kit sobre la cama y lo miré fijamente. Podía tener preguntas, muchas, pero lo primero era lo primero.

—Tengo que ver dónde están las heridas.

Él asintió y dejó que le retirara la sudadera. Le dolió, pero no dijo nada. Después, tiré de la camisa y él no se resistió. Cuando la tela salió de su cuerpo, mi respiración quedó atorada en mis pulmones. ¡Madre del amor hermoso! Sí, había algunos rasponazos, algunos golpes que empezaban a ponerse morados, pero lo que me dejó sin respiración fue ver ese... ese pedazo de cuerpo fibroso. Sí, Rafa Nadal en ese anuncio de Tommy Hilfiger no tenía nada que hacer, porque Viktor tenía un rostro que acompañaba todo ese buen conjunto. Bueno, ahora tenía un corte en la ceja, otro en el labio y una rozadura que empezaba a ponerse violeta en uno de sus pómulos, pero, aun así, seguía ganando la puja.

Mis dedos se dirigieron hacia su costado, donde las costillas tenían un feo cardenal. Él me facilitó el acceso, levantando el brazo con una ligera mueca de dolor.

—Te duele.

—Es menos de lo que parece.

—Creo que puedo hacerme una idea muy aproximada de cuánto, ¿olvidas que conozco el cuerpo humano?

—Yo soy más resistente que la media.

—Sí, ya veremos eso. —Curé con cuidado cada parte dañada y él resistió mis atenciones con estoicismo; ni un solo quejido salió de su boca, aunque percibí alguna que otra contracción muscular. Quizás el no estar mirándole a los ojos o el que la atención estuviese en una de sus heridas, me dio fuerzas para hablar.

—¿Por qué?

—Porque lo merecía.

—Eso... lo sé. Lo que te pregunto es ¿por qué tuviste que ser tú el que recibiera los golpes? He visto a tu equipo y creo que ellos podrían haberle dado una gran paliza. No es que lo apruebe tampoco.

—Porque que seis tipos muelan su cuerpo a golpes, hasta convertirlo en material de hospital, solo lo habría cabreado, y no es eso lo que quería que aprendiera.

—¿Qué tenía que aprender?

—Que el que te creas Dios no te da permiso para pisar a los demás. Y, sobre todo, que siempre hay alguien más fuerte que tú.

—Seguro que existen más maneras de hacérselo ver.

—He conocido a algunos tipos como Rocky y te aseguro que hay pocas maneras de hacerles entender las cosas, y todas conllevan dolor físico.

—No puedo darte las gracias, porque, aunque parte de mí sabe que merecía ese castigo, la otra parte no puede aprobar que se haga daño a nadie. Yo... yo no sería capaz.

—Eso es lo que nos diferencia. Tú tienes corazón, yo no.

—¡Claro que lo tienes! No me habrías defendido de no ser así.

—No, Katia. Lo que yo he hecho es justicia, el corazón no tiene nada que ver.

—Te estás comparando con una máquina fría, sin sentimientos.

—Alguno me queda, pero no todos.

—No digas tonterías; ser humano implica sentir, aunque lo niegues.

—No tienes idea de qué soy, ¿verdad?

—Creía que un ejecutivo, pero supongo que hay más, ¿cierto?

—Poseo y dirijo varios negocios propios y otros de la empresa familiar. Se podría decir que soy un hombre de negocios, sí.

—¿Por qué temo que haya un pero ahí?

—Porque lo hay. Digamos que mi familia no empezó, lo que se dice, en el lado correcto de la ley. Ahora trabajamos dentro de ella, aunque a veces rozamos el límite peligrosamente.

—Suenas a mafia italiana.

—Rusa, en todo caso.

—¡Oh, Dios! —Sentí que no podía respirar. Lo había dicho en broma, pero evidentemente él no lo hacía. Mafia rusa; eso eran palabras grandes.

—La Bratvá de los Vasiliev es algo serio, pero no es lo que parece. No traficamos.

—¿No traficáis con qué, con drogas?

—Ni drogas, ni personas.

—Entonces, ¿con qué...trabajáis? No, espera, ¿si me dices eso no tendrás después que matarme?

—Tenemos negocios legales, Katia. Pagamos impuestos, tenemos empleados y todo eso de las grandes corporaciones. Trabajamos en muchos campos: espectáculo, entretenimiento, ocio, apuestas, préstamos. De todo un poco.

—¿Apuestas?

—Las Vegas, ¿recuerdas? Allí es legal apostar.

—¿Y los préstamos? ¿Tienes un fondo para prestar dinero o algo así?

—Oh, de esos los hay en todas partes; los llaman bancos, y la familia tiene uno.

—¡Joder! Oh, lo siento. ¡Un banco!

—Sí, eso lo gestiona mi hermano Andrey. Ya sabes, bancos, abogados, todos van en el mismo saco.

—¿Y tú?

—Yo llevo algunos locales; clubs, gimnasios, restaurantes, ya sabes, cosas de esas.

—Así que el club...

—Sí, eso. Stuart no estaba haciendo un gran trabajo. Se volvió un poco ¿relajado?

—¿Qué quieres decir con relajado?

—Ya sabes, pensaba que las drogas y vender chicas estaba bien.

—Ah, eso. —Sí, recordaba muy bien lo que Jordan intentó hacer conmigo. No había delicadeza o consentimiento.

—Ahora es cuando me dices que no vendrás a Las Vegas.

—¿Eh? No, yo... aún tengo que...

—Pensarlo, sí. Ahora que no tienes que ocuparte de un padre enfermo, que ni siquiera tienes casa y que tu madre ha vuelto a irse, lo único que te impide aceptar el trabajo, es el trabajo en sí y la persona para quién debes hacerlo.

¡Zas! En toda la cara. No había nada que esconder; Vik-tor lo había dejado bien claro. No había nada que me impidiese aceptar su oferta, solo él. No esperó una respuesta, porque estaba seguro de tenerla. Salió de la habitación rumbo al baño. Escuché el agua correr, sacándome de mi estado de *shock*. ¿De verdad iba a perder una oportunidad de trabajo así? ¿O es que el miedo a sentir algo por Viktor era mayor que mi necesidad por seguir adelante? Demasiado tarde para eso. Ya estaba cayendo y tenía la certeza de que golpearía el suelo con tanta fuerza como para destrozarme, pero eso era parte de la vida. Aunque el impacto contra el suelo me matara, tenía un buen rato de caída que me haría sentir viva.

Caminé hacia el baño y me detuve en el marco de la puerta. Viktor se había descalzado y estaba a punto de quitarse el pantalón, pero mi presencia lo detuvo.

—Enséñame el contrato y lo firmaré; iré a Las Vegas.

—Sabes que hay más que eso, ¿verdad? —Sí, lo sabía. Aunque no hubiésemos dicho nada al respecto, estaba ahí. Nos habíamos besado; habíamos establecido las bases de algo que iba más allá de la relación empleada-jefe. Y todo lo que Viktor me había contado esa noche, iba destinado a afianzar precisamente eso, el que nos conociéramos mejor, el saber dónde me metía, porque estaba claro que él sabía mucho de mí. Aun así, quería seguir adelante. Me lo decía su cara, me lo decía su cuerpo, me lo decían sus ojos.

—Lo sé.

Capítulo 32

Viktor

¿Esperar? Ya lo había hecho suficiente. Ella soltó aquel «lo sé» y se volvió para salir del baño. Y no, no se me da bien esperar cuando se trata de mí. Cerré el agua de la ducha y fui hasta mi PC. Cogí el teléfono y marqué la extensión de Orrel.

—Buenas noches, jefe.

—Hola, Orrel. ¿Recuerdas el contrato que te pedí que redactaras?

—Sí, señor.

—Quiero que me envíes una copia ahora para firmarlo.

—¿Alguna modificación más aparte de lo de la tarjeta de gastos de empresa?

—¿Pusiste la cláusula de Andrey?

—Sí, es una regla que adopté hace tiempo.

—Bien, entonces envíamelo.

Esperé hasta ver el correo en mi buzón. Y entonces me di cuenta, allí no tenía impresora. Podía ir al club e imprimirlo y estar de vuelta en menos de media hora. No iba a permitir que se retractara, ella no. Iba a atarla a mí, y ese contrato era la herramienta que tenía para hacerlo. ¿Y la cláusula de Andrey? Era la manera de cubrirnos las espaldas por si algo salía mal. Era algo más que una cláusula de confidencialidad, era más que la aceptación de variación de condiciones del contrato a beneficio nuestro. Era la manera de proteger a la familia, y, sobre todo, a nosotros mismos. Y aunque deseaba haber avanzado más en la dirección que marcaba mi cuerpo, no iba a ceder, no iba a arriesgar ese pequeño trozo de corazón que ella había despertado. Era irónico; yo, el que alardeaba de que no tenía corazón, reconociendo que se había equivocado. O tal vez no, tal vez ella me hubiese dado un trozo del suyo. No, dado no, prestado; ella me había prestado un trozo de su corazón.

Tenía que ir al club, o a un lugar donde imprimir el maldito documento. Pero no podía irme y dejarla sola sin avisar. Caminé hasta su cuarto y vi la luz del baño encendida. El agua corría allí dentro, así que no era difícil imaginar lo que estaba haciendo. Como un tiburón que huele la sangre, mi cuerpo ya estaba llevándome dentro. Me detuve frente al cristal de la ducha, para mirar sus manos moviéndose lentamente enjabonando su cuerpo. Un maldito acosador pervertido, en eso me había convertido esa mujer. Noté el momento en que se dio cuenta de mi presencia, porque sus movimientos se detuvieron. No es que el agua y el vidrio empañado me dejaran ver mucho, pero era más que suficiente para mantenerme a un milímetro de reventar mis jodidos pantalones. Necesitaba salir de allí o no sería capaz de detenerme.

—Dime que me vaya. —Ella no decía nada, su silencio me estaba matando, y no de la forma que debería hacerlo—. Por favor, Katia. Dime que me vaya, que saque mi asqueroso culo de aquí y no termine lo que empezamos en el gimnasio de tu ex.

—¿Qué... qué quieres decir? —¡Mierda! No podía ser tan ingenua, o simplemente es

que su sangre no se hizo burbujas como la mía cuando probé su sabor.

—Dime que no quieres que suceda, dime que no puedo entrar ahí y darte el mejor orgasmo de tu vida, dime que no puedo probarte otra vez, que no lo merezco, que soy indigno... —La puerta de cristal se abrió en aquel momento y, aunque deseaba recrearme con su cuerpo, mis ojos solo vieron los suyos, confundidos, asustados, expectantes...

—Dime que no me lastimarás.

—Nunca. —No esperé más, entré y cogí lo que necesitaba, a ella. Iba a demostrarle que no podía negar lo que había; hubo química entre nosotros desde el primer día, ninguno podía negarlo, al menos yo. La tomé entre mis brazos y dejé que el agua resbalara por nuestra piel, mientras la saboreaba con deleite. No, era algo más, necesidad. Me importaba una mierda que no hubiese firmado el maldito contrato; me importaba una mierda que otro hombre hubiera estado con ella antes que yo. Eso no me iba a detener, porque le demostraría que nadie iba a ser mejor que yo, nadie la cuidaría mejor, nadie la protegería más que yo y nadie le daría lo que iba a recibir de mí.

Cat

Oírle susurrar mi nombre en mi oído era lo más erótico que había escuchado nunca. Con aquella variación que había hecho suya, Katia. Me sentía diferente, como si esta fuera otra persona, como si no quedara nada de Lina, de Cat. Ahora era Katia. Sus manos acariciaban mi piel con esa mezcla de suavidad y fuerza que encendían todas y cada una de mis terminaciones nerviosas. Mi piel era como hielo que se derretía bajo el toque de fuego de sus dedos.

A pesar de que acababa de tener una pelea infernal con Rocky, me alzó con facilidad para que mis piernas se enredaran en sus caderas. La dureza dentro de sus pantalones me golpeaba allí donde necesitaba esa fricción, como si fuera un proyectil teledirigido. Su boca era un ser independiente que atacaba cada pedazo de mí que tenía a su alcance. Mis labios, mi lengua, mi cuello, cualquier zona le servían, y todas aquellas traidoras partes de mí se rendían bajo su experto asedio. Lo de Viktor eran más que promesas; me llevó al cielo sin siquiera entrar dentro de mí. Y no es porque ambos no lo deseáramos, sino que cuando empezó a construir mi segundo orgasmo, se detuvo y empezó a maldecir en ¿ruso? Apoyó su cabeza en la mía, mientras nuestras respiraciones se estabilizaban y su frustración se enfriaba.

—No podemos seguir, no traje nada de protección. —Sus ojos me interrogaron y se disculparon a partes iguales. Seguramente él sabía que no tenía suficiente dinero, hasta ahora, para comprar unas simples pastillas anticonceptivas. Y sin preservativo tampoco iba a arriesgarme, ni él tampoco. Yo a contraer una enfermedad de transmisión sexual y él a dejarme embarazada. Aunque algo me decía que Viktor era de los que se cuidaban de esas cosas.

—Está bien.

—No, no lo está. Nunca me ha gustado dejar las cosas a medias, y contigo aún menos. —Me alzó un poco más y salió de la ducha conmigo en brazos. Me llevó hasta el lavabo, donde me depositó sobre la superficie de mármol, y me envolvió con una toalla que no noté que hubiese cogido antes. Después empezó a quitarse los pantalones mojados

y, ¡oh, Señor!, estaba muy claro que él no había terminado, porque aquello estaba MUY preparado para continuar. Y si había una palabra que lo definiera, definitivamente estaba en el otro extremo de decepcionante. No me di cuenta de que estaba tan absorta mirándolo, hasta que su mano se acarició y su voz sonó juguetona y roncamente sexi.

—¿Te gusta lo que ves? —¿De verdad? Yo también sabía jugar a eso. Y aunque no podía competir con aquel cuerpo, que bien podría haber servido como modelo para el David de Miguel Ángel, sabía que podía atacar por otros sitios. Alcé una ceja y esboqué una sonrisa hastiada.

—Qué quieres que te diga, creo que es poca mecha para tanta dinamita. —Y ahí estaba, esa boca abierta y esa cara de incredulidad y sorpresa. Lo tenía completamente descolocado, pero en cuanto mi risa traviesa empezó a amenazar con salir, su ego de macho todopoderoso se me adelantó.

—Ah, ¿sí? Pues te vas a enterar de lo que es capaz esta pequeña cerilla. Voy a quemarte hasta los cimientos.

Volvió a aferrarme en sus brazos, alzándome de la misma manera que lo hizo antes, y su boca arremetió contra la mía, conquistando el territorio que ya había sucumbido la vez anterior. Cuando me quise dar cuenta, nos habíamos movido hacia la cama; no mi cama, sino la de su habitación. Me depositó sobre el colchón y después de darme un repaso que me dejó jadeando, se alzó con rapidez y cogió el teléfono que estaba sobre su mesita. Escribió unas palabras y se lanzó de nuevo sobre mis labios mientras esperaba, con el aparato en la mano. Cuando llegó la respuesta se alzó de nuevo sobre mí, clavando su pelvis entre mis caderas y sonriendo de una manera que envió un escalofrío por toda mi espalda, y no era de miedo, no.

—No te muevas. —Corrió fuera del cuarto y volvió segundos después revisando algunos paquetitos que tenía en la mano. Tiró el teléfono sobre la mesita, elevó una ceja y, finalmente, se decidió por uno, descartando el resto.

—No quiero preguntar de quién de los chicos es el fosforescente. —Tuve que taparme la cara. ¡Oh Dios!, había saqueado a sus empleados, y ahora todos sabían lo que estábamos haciendo—. Eh, nada de vergüenzas.

—Pero... pero ellos saben...

—Créeme, la sorpresa es que haya tardado tanto en seducirte.

—¿Seducirme?

—Mírate, Katia. Si yo no marco territorio, cualquiera de esos hijos de puta lo habría hecho. Eres un caramelo a la puerta de un colegio.

—Y tú eres el niño que se lo va a comer.

—Y no voy a compartir, eres solo para mí. Los demás que miren y se jodan.

—¿Eso piensas de tus empleados?

—Eso pienso de cualquier hombre que tenga ojos en la cara. —Y no pude decir más, él no me dejó siquiera armar una pregunta coherente en mi saturado cerebro.

Capítulo 33

Viktor

El hombro me dolía como el infierno. Sabía que no estaba bien cuando me metí en esa maldita pelea, pero eso no es lo que remató mi cuerpo maltratado. No, y de eso sí que no me arrepentía. Sexo, sexo, buen sexo. Eso es lo que tuvimos anoche mi Katia y yo. En mi vida he tenido tanta necesidad de alguien, parecía que no podía saciarme. Al final, agotamos las reservas de mis chicos, incluso el condón fosforescente. Esperaba que Igor fuese a buscar más suministros. Tendrían que recomponer su alijo y yo necesitaba una buena reserva, porque ahora que había empezado esa caja de bombones pensaba comérmelos todos, aunque pillara un empacho.

Intenté colocarme en una postura más cómoda, algo difícil si no quería soltar a mi presa. Sí, la tenía bien sujeta a mi cuerpo, porque al pequeño Vitya le gustaba atacar en cuanto se recuperaba lo suficiente. Mmm, no pude evitar gemir de dolor cuando mi cuerpo giró y se dejó caer de espaldas sobre la cama. Noté un movimiento a mi costado y el rostro adormilado de Katia me sonrió. ¡Dios!, saber que yo había puesto esa sonrisa ahí era bueno para mi ego.

—Tienes una contractura.

—Es por tu culpa, así que haz algo.

—Vale, date la vuelta.

—¿Eh?

—Que te des la vuelta.

—Eh, yo decía más sexo. Ya sabes, como con la resaca, una cerveza al día siguiente y no es tan mala.

No me resistí mucho, así que ya estaba girándome para darle un buen espectáculo de mi parte trasera. Tuve un buen vistazo de ella mientras se posicionaba sobre mí. Sus manos empezaron a tantear mis hombros y espalda, sacando gemidos cada vez que apretaba en el lugar correcto. Cuando noté que se quedó quieta, volví la cabeza hacia arriba y me la encontré con la vista clavada en mi cicatriz.

—Una bala. —Sentí sus dedos acariciar la rosada cicatriz, como si quisiera borrarla con su toque.

—Por eso querías que te trabajara el hombro.

—Sí, la rehabilitación me colapsa a veces.

—Es reciente.

—20 días.

—¡Estás loco! Uno no puede meterse en una pelea con una lesión así tan reciente.

—No es la primera vez.

—¡Te han disparado antes!

—Disparado no, pero... —Levanté el brazo y le mostré mi costado, donde una vieja cicatriz marcaba la ruta hacia mi cadera—. 12 puntos, un cuchillo de monte.

—Vaya. —Me moví para que viera el pequeño agujero de mi bíceps.

—6 puntos internos, una navaja.

—¿Hay más?

—¿Más cicatrices?

—Sí.

—En mi rodilla derecha, 4 puntos.

—¿Un cuchillo de carnicero?

—No, una bici con ruedines.

—Esa arma no la conocía.

—Sí, se me daban mal los bordillos y esas cosas. Pero tienes que entenderlo, tenía 6 años.

—Una vida peligrosa.

—No te haces idea.

—Así que... menos esa, todas las demás han sido...

—Las de cuchillos, fueron errores de juventud; ya sabes, joven inexperto atraído por los problemas. La bala... de un tipo al que no le gustó mi forma de hacer negocios.

—Te mezclas con gente peligrosa.

—Si hay dinero de por medio, toda la gente es peligrosa. Solo que algunos usan abogados y otros, armas. Afortunadamente cada día hay más de los primeros.

—Échate. —Obedecí y dejé que hiciera su magia. Mmmm, ¡señor!, sí que sabía hacer su trabajo.

—Date la vuelta.

—Mmm, ¿ahora?

—No querrás que te deje a medias, ¿verdad? —Me giré sobre mi espalda para que viera cual era el auténtico problema. ¡Qué! Soy un tipo joven y saludable y esto es lo que pasa cuando tengo a una chica guapa y desnuda pasando sus manos por mi cuerpo. Sí, una firme y desvergonzada erección—. ¡Eh!

—¿De qué te sorprendes? Estás desnuda, montada sobre mi trasero y frotándome con descaro. Es inevitable. —Me libré de su respuesta porque mi teléfono empezó a sonar. La atrapé entre mi brazo libre y atacé su cuello, mientras mi otra mano pegaba el aparato a mi oreja y contestaba.

—Viktor, tienes que regresar a Las Vegas. Tenemos problemas. —Que la voz de Orrel te salude así a primera hora de la mañana, no eran buenas noticias. Mi culo estaba fuera de la cama en cuestión de segundos. Katia notó mi tensión y salió de mis brazos con cuidado, dándome el espacio que aquella conversación requería.

—¿Qué ha sucedido?

—Los armenios han movido ficha; se han comido un alfil.

—¡Mierda! Prepárame un avión. Saldremos para allí en cuanto lo tengas.

—Sí, señor. —Miré hacia la entrada del baño, donde Katia se había refugiado. Caminé hacia allí y la encontré lavándose las manos; sí, ella era una chica educada y limpia.

—Tenemos que salir hoy a Las Vegas. ¿Algún problema?

—No, está bien.

—Recoge tus cosas. Saldremos en un rato hacia el aeropuerto.

—Vale. —Antes de salir de allí y empezar a recoger mis cosas, entré y la aferré fuerte y le robé un beso.

—Siento esto.

—Es tu trabajo, lo entiendo. —Besé su frente y dejé que se alejara a prepararse para el viaje. Era duro volver a la rutina, pero más duro era ver su cara de decepción, al darse cuenta de dónde se había metido.

Cat

Mirar a los ojos a los hombres de Viktor no fue tan violento como esperaba. Benny parecía realmente feliz, como si hubiese hecho una apuesta y hubiese ganado; Sam parecía complacido, como si aprobara lo ocurrido; Igor se mantenía estoico, con ese porte arrogante de sabelotodo, aunque tenía algo alegre; el resto ¿sonreía?, sí, aunque de vez en cuando, solo cuando me miraban. Cuando se concentraban en su trabajo parecía como si se desconectarán de su lado social y se prepararan para asaltar la casa de la moneda.

Viktor estaba... algo distraído, como si su mente estuviese ya en Las Vegas, aunque se ocupó de mí en todo momento y se aseguró de que mi mano estuviese siempre a su alcance, como si así evitara perderme. ¿Como un reloj nuevo que no quieres perder o un salvavidas que asegura tu supervivencia? No lo sé, pero las dos opciones me hacían temblar.

Cuando el avión despegó destino a Las Vegas, Viktor se sentó frente a mí; su rostro estaba tenso. Parecía otra persona, fría, rígida, distante. Alguien muy diferente al hombre junto al que me había despertado esa mañana.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre que en los negocios hay gente que podía ser peligrosa?

—Sí, recuerdo algo así.

—A veces el peligro viene precisamente de la gente con la que no quieres tener negocios.

—¿Te están amenazando?

—Algo más que eso.

—¿Y la policía?

—Cuando ellos quieran mover ficha, seguramente sea demasiado tarde.

—¿Qué vas a hacer?

—Ocuparme de los problemas.

—Ya.

—Necesito que estés segura, Katia.

—No buscaré problemas.

—No, Katia. Los problemas te buscarán a ti, tan solo porque estás conmigo. Así que haremos que estés segura.

—¿Qué quieres decir?

—Si la competencia sabe que estás conmigo irán a por ti y no voy a permitir que estés en riesgo.

—No voy a dejar que me encierres en un castillo.

—No, Katia. Sé que tú no aceptarías eso. La única otra alternativa que puedo tolerar es que finjamos que eres solo mi empleada, que lo de anoche no ha llegado a pasar.

—¿Quieres... quieres que haga como si no hubiese ocurrido nada?

—No, Katia. No quiero que olvides nada de lo que pasó anoche, ni de lo que seguiré pasando cuando estemos a solas. Tan solo quiero que finjas delante del resto, delante de aquellos que no tienen mi confianza.

—Dices...

—En mi casa, cuando el servicio se retire, seremos de nuevo nosotros. Pero mientras haya alguien delante...

—Quieres que mantengamos una relación en secreto. Algo clandestino.

—Por tu seguridad.

—Entiendo.

—Compréndeme, soy nuevo en esto.

—¿En salir con chicas?

—No, en que me importen lo suficiente como para querer mantenerlas a salvo. — Había algo más que no me decía, pero no iba a obligarlo a que lo hiciera. Había sido sincero, crudamente sincero y eso debería bastarme, porque quizás lo que no me decía era algo que no me gustaría saber.

Capítulo 34

Viktor

Mantenerme alejado de ella cuando estuviera cerca iba a ser jodidamente difícil; tanto como alejarse del chocolate. Pero tenía que hacerlo, no ya por su seguridad, sino por la de mi familia; porque si los armenios, o cualquier otro, descubrían que ella se había convertido en mi punto débil, me atacarían por ahí sin piedad. Y la debilidad de un miembro de la familia era la debilidad de toda la familia. ¿Cómo era el dicho? La cadena es tan resistente como el más débil de sus eslabones.

Cuando vi el correo de Orrel se me heló la sangre. Y no, no porque allí hubiese unas fotos que no quería que Katia viese o porque el cadáver que aparecía en ellas fuese el de una persona que conocía, era porque sabía que estaba demasiado cerca. Hoy había sido Hanna, mi socia en uno de los clubs de Las Vegas, mañana podría ser alguien más cercano, alguien que me importase; mañana podría ser ella, podría ser Katia.

Traerla a mi mundo era lo peor que podría haber hecho. Mamá y Lena prácticamente nacieron en esto, crecieron así, pero Katia... era una buena chica, con una vida normal, que no merecía verse envuelta en este tipo de mierda. No podía creer lo que había hecho; aun así, tampoco me arrepentía. ¿Por qué? Porque si fuera una mejor persona sencillamente renunciaría a ella, la mantendría lejos y totalmente a salvo. Pero nadie dijo que lo fuera; yo no soy un buen hombre, por eso quería tenerla cerca, disfrutar de ella tanto como pudiese, porque soy egoísta, porque quiero todo lo que pueda darme.

¡Mierda, no merece esto! No se merece que la traten como algo sucio, clandestino, malo. Se merecía que la tratara como una princesa, que la llevara a cenar a sitios caros, que la hiciera brillar ante todos. Pero no podía engañarme, hacer eso era ponerle una diana en la espalda. Si fuese otra, la habría metido en una jaula de oro, a salvo del mundo, pero ya sabía que no podía hacerlo con mi Katia. Ella era de las que peleaba, de las que se enfrentaba a los problemas de cara; ella no se escondía. Pero no es lo mismo plantarle cara a un gato arisco, del que te puedes llevar algunos mordiscos o arañazos, que enfrentarse a un tigre de Bengala, porque este podía matarte antes de que te dieras cuenta, y no de una forma rápida.

Puede que mantener lo nuestro en secreto no fuese correcto, pero la mantendría a salvo, al menos mientras yo me encargaba de los armenios y sus ataques. Lo que le habían hecho a Hanna era una declaración de guerra. Lo primero que tenía que hacer era convocar una reunión de emergencia con la familia y después...después me prepararía para la batalla. Y todos saben que a una pelea no puedes llevar equipaje.

Cuando el avión tomó tierra, el Viktor que había volado sobre el paraíso en Miami había desaparecido. El Viktor que iba a la guerra estaba de nuevo aquí, listo para derramar sangre.

La figura de Orrel se perfilaba sobre el SUV parado en la pista de aterrizaje privada. Miré a Sam y comprobé que estaba en su posición. Sí, tenía un nuevo puesto, una nueva obligación. Aunque me carcomiera por dentro que el tipo sintiese algo por Katia, también sabía que precisamente eso era lo que haría que estuviese más a salvo. Sam no permitiría

que nada ni nadie la lastimara. Habría preferido que se encargase Igor, porque él ya tenía a alguien en su vida que ocupaba su corazón, pero lo necesitaba a mi lado. En ese momento, la confianza era tan importante como la eficacia.

—¿Convocaste la reunión que te pedí?

—Sí, señor. —Pude ver la mirada de Orrel desviándose a algo detrás de mí. Sí, Katia era así; atraía las miradas de los hombres, sobre todo ahora que no se escondía detrás de esas ropas viejas y nada favorecedoras. Verla con aquel traje pantalón era magnético, incluso sin aquella sonrisa que todo lo iluminaba; no, esa desapareció cuando la arranqué de su cara con mis palabras.

—No es momento de presentaciones, Orrel. Tenemos algo importante entre manos.

—Sí, señor. Su padre y su hermano ya le están esperando.

—¿En casa o en la oficina?

—En la oficina.

—Bien. ¡Sam!, lleva a Katia a mi apartamento. —Sam asintió y dirigió a Katia hacia el segundo vehículo, junto con nuestras maletas. Cuando subimos al asiento trasero, Orrel se acercó un poco a mi oído.

—¿Un *souvenir* de Miami?

—Fisioterapeuta. Trabaja con mi hombro. — Orrel e Igor eran de los pocos a los que podía permitirles aquel tipo de intromisión en mi vida, porque eran lo más cercano a unos amigos que tenía. Aun así, me sentó mal tener que contestarle, porque aquello no era malditamente de su incumbencia.

—¿Te sigue molestando?

—Como el demonio, pero se pondrá bien.

—¿Qué dijo el médico?

—Que descansara. —La sonrisa apareció en su cara. Sí, los dos sabíamos lo que el médico podía hacer con eso; metérselo en esa parte del cuerpo humano donde no llegaba la luz, (¿necesito explicarlo?). Descansar es una palabra que no entra en nuestro diccionario, o al menos no como para los demás.

El SUV se paró en la plaza de aparcamiento del hotel y agradecí la previsión de Yuri de hacer un acceso y ascensores independientes del resto del edificio. Solo nosotros, nada de explicaciones. No es que se notase la presencia de más gente dentro del enorme hotel, o que la seguridad no fuese mayor que en la mismísima casa del presidente de los EE. UU., pero me gustaba esa especie de aislamiento y anonimato que daba.

Cuando el ascensor cerró sus puertas alcé la cara hacia una de las cámaras de seguridad. Sabía que un programa informático estaba analizando todas y cada una de mis características corporales; desde el ángulo de mi nariz hasta el tamaño de mi pie, pasando por las orejas. ¡A la mierda la huella dactilar! Hackear este sistema de acceso era básicamente imposible. Bobby era el puto genio que manejaba todo esto, quien implantó todas las medidas de seguridad del casino y del hotel y rizó el rizo con el nuevo sistema. ¿Cómo lo llamaba? ¡Ah!, sí, reconocimiento biométrico. El caso es que, para pasar la

última puerta, había que pasar un reconocimiento oculto. Sin que te dieras cuenta, se registraba el patrón venoso de tu cara. Vamos, que para que alguien que no fuera invitado entrase, tendría que saltarse todo el sistema informático implantado en el garaje subterráneo, el ascensor, el pasillo y finalmente la antesala y el despacho. Y según decía Bobby, ni cortándome la cabeza podrían hacerlo, porque al estar muerto, el flujo sanguíneo se detenía. Era bueno saber que matarme no les serviría de nada. Es más, cada intento de engañar a la máquina sería una orden directa para activar los protocolos de seguridad.

Cuando atravesé la última puerta no lo hice solo. Orrel e Igor entraron conmigo. Dentro, Andrey, Yuri y Nikolay esperaban nuestra llegada.

El despacho era grande, aunque no demasiado. Yuri siempre decía que cuanto más grande, más espacio desaprovechado; y su ego no dependía del tamaño de su despacho, sino del número de respiraciones que cortaba cuando entraba en un lugar.

—Hola Vitya.

—Hola Vik, ya es hora de que llegaras.

Mi hermano Nikolay, Nikita, se empeñaba en usar el diminutivo americanizado. Se hacía llamar Nick y a nosotros Andy y Vik. Yuri se salvaba, porque como buen hijo aún le tenía respeto. Andrey y yo simplemente transigíamos, porque era inútil pelear con él. El único que no dijo nada fue Andrey; no, él no solía hablar mucho, cosa rara en un abogado. Él asintió con la cabeza, y yo correspondí. Lo del contacto fraternal se lo dejaba a Nikita. Ser el pequeño tenía sus ventajas, supongo, aunque llamarle pequeño... Era un tipo grande; se notaba que estaba en su etapa de «formación», es decir, ganándose su sitio a fuerza de golpes. En MMA (Artes marciales mixtas) había aprendido lo que era tener un cuerpo catalogado como arma letal. El golpe que me dio en la espalda casi me saca el pulmón.

Yuri no era mucho de perder el tiempo, así que nos sentamos alrededor de la mesa y la reunión empezó.

—Quiero el informe completo. —Miré hacia Orrel y este asintió. Si mi padre o cualquiera de la familia quería saber algo, solo accedían a una parte, pero si yo le daba permiso, Orrel escupía toda la basura sin omitir nada.

—Ya sabían que los armenios llevan un par de años intentando meterse en los negocios de la Bratvá. Al principio solo nos tanteaban e implantaban sus chicas en lugares en los que no trabajamos, pero se han ido haciendo más osados y ahora han perdido el respeto. Han introducido a sus chicas en algunos de los clubs, pero no les ha debido gustar que los echáramos. Hanna dio aviso de que había tenido problemas con ellos un par de veces y que les había vetado el acceso. No hubo amenazas, al menos hasta ayer. —Orrel deslizó el pendrive sobre la mesa y esta se iluminó mostrando el contenido del dispositivo sobre el escritorio. Una a una, fue deslizando las fotografías sobre la superficie. El haberlas visto antes no hacía que fueran menos impactantes. Los agujeros de bala, la sangre y la muerte, seguían estando allí. Un vídeo empezó a reproducirse y todos vimos la secuencia en la que un par de tipos interceptaban a Hanna antes de coger su coche, cruzaban un par de palabras, ella negaba y después uno de los tipos la disparaba cuatro veces. Después, los tipos se largaban, mientras el charco de sangre empezaba a crecer debajo del cuerpo, ahora sin vida, de la que había sido mi socia durante 4 años.

—¿Tenemos a los tipos?

—La policía metió las narices y tuvimos que darles una copia del vídeo, pero no tienen nada todavía.

—No he preguntado eso. —No, cuando Yuri decía eso era porque sabía que teníamos mejores recursos que la policía. Y que el vídeo fuera una mierda, que estuviese lejos y oscuro, no era problema para que Bobby hiciera su magia.

—Bobby hizo una identificación del tipo que disparó. Es uno de los armenios, estuvo en el club unos días antes con un par de sus chicas.

—¿Sigue vivo?

—Bobby ha hackeado algunas cámaras públicas y las está cruzando con nuestro software. Esperamos dar con él en breve.

—Cuando lo localicéis, Viktor se encargará de él.

—Lo haré. —Aseguré.

—Y Viktor, cuando acabes con el problema, puedes hacer con él lo que quieras.

—Ya tengo un par de ideas. —Nos levantamos de allí y salimos a cumplir con nuestra misión. 70 años de yugo soviético en Armenia habían creado un odio hacia Rusia que era difícil de erradicar. Pero aquí, en EE. UU., las reglas habían cambiado. O las acataban o estaban condenados a un tipo de exterminio diferente. Tenía vía libre para acabar con ellos, y era lo que iba a hacer.

Capítulo 35

Viktor

Cuando entré a mi apartamento todo permanecía a oscuras y en silencio. Según el último informe, Sam había dejado a Katia durmiendo en su cama. Todo se había revisado y la seguridad activada. Así que, verla dormida en el sofá de la sala de entrada, me sorprendió. Las 4 de la mañana, hora local, más de 3 horas de diferencia con el horario de Miami y ella aún seguía peleando por estar despierta cuando llegara. Me lo decía la TV encendida, el mando a distancia en su regazo y su cuerpo ovillado a un costado del sofá. No merecía eso, yo no lo merecía, y mucho menos después de lo que dije en el avión.

Caminé hasta el pequeño compartimento oculto en el escabel del sillón principal y saqué la manta que guardaba allí. Me arrodillé junto a ella, retiré el mando a distancia de su regazo y deslicé la manta sobre ella. En otras circunstancias, si mi hombro estuviese bien y mi maltrecho cuerpo lo hubiese soportado, la habría cogido y transportado hasta la cama, pero no podía estar seguro de que no cayéramos los dos al suelo por el esfuerzo. Mi ego podía soportarlo, pero no la lastimaría a ella. Aunque... me moría por acurrucarme a su lado en la cama, sentirla dormir a mi lado, segura. Sacudí la cabeza y levanté de nuevo la manta. Nadie podría quitarme el privilegio de dormir a su lado si me apetecía, ni los armenios, ni mi cabezonería, ni...

—¿Viktor? —Escuchar mi nombre en su voz somnolienta me hizo sonreír.

—SSShhhh, es tarde.

—Me quedé dormida.

—Ya lo veo. Anda, vayamos a dormir. —Tendí mi mano y la ayudé a levantarse.

—¿Fue todo bien? ¿Solucionaste el problema?

—Lo haré.

Cat

Cuando desperté por la mañana, estaba sola en la cama. El lugar que ocupó Viktor por la noche estaba ahora vacío. ¿Y qué esperaba? Lo dejó bien claro; él quería seguir con lo que acabábamos de empezar, pero quería ocultarlo al resto.

Me levanté y me dirigí al baño. Eso de tenerlo dentro de la habitación, sin tener que compartirlo con nadie, era todo un lujo al que fácilmente uno puede acostumbrarse. Nada de pis en la tapa del retrete ni salpicado en el suelo. Nada de espuma de afeitar reseca en el lavabo y nada de saqueadores de champú. ¿Y las toallas? Mmm, todavía estaban suaves y mulliditas, y olían tan bien...

Cuando terminé mi higiene matutina, en la que disfruté de mi ducha de agua caliente, me dirigí al armario. Vacío, o casi. Era triste ver dos perchas con ropa en aquella monstruosidad. Sí, ahora sabía por qué los ricos se gastaban tanto dinero en ropa; había que llenar aquello. Me puse mis vaqueros nuevos, una blusa y mis recién estrenadas deportivas. Era eso o aquel conjunto de blusa y pantalón tan finos que llevé el día anterior. No es que fuera de las que no llevan dos días seguidos la misma ropa; en mi situación, la

lavadora era un bien limitado. Pero, aparte de que estaba sudada de todo el viaje, quería reservarla para las ocasiones en que tendría que estar más presentable.

Me dirigí a la sala, camino de la enorme cocina abierta al otro extremo, pero me detuve antes de llegar allí. Sentado en un taburete frente a la mesa de desayuno, Sam bebía de una taza de café. ¿Que cómo sabía que era café? Porque aparte de aquel penetrante olor que estaba haciendo rugir mis tripas, estaba el hecho de que era una de esas tacitas donde se tomaba el café en Europa. ¿Un capuchino?

—Buenos días, ¿un café?

—Buenos días, sí, ¿cómo puedo conseguir uno?

—¡Martina!, ¿puedes hacerme otro de estos cafés tan ricos para mi amiga Cat? — Miré por encima de la barra, donde una mujer rellenita y menuda asomó su cabeza.

—Por supuesto, Sam. Hola, soy Martina.

—Mucho gusto, soy Cat. —Extendió su mano sobre la barra de desayuno y me la estrechó con afabilidad.

—Si necesitas cualquier cosa, no tienes más que decírmelo. ¿Te apetece algo para desayunar?

—Oh, me encantaría. Estoy muerta de hambre.

—¿Huevos, zumo y tostadas?

—Eso sería perfecto, si no es molestia.

—Es mi trabajo. Cocina, limpieza y habitaciones.

—Ah. Yo soy...

—La nueva fisioterapeuta del señor Vasiliev, ya nos informó.

—Ah, vale. —No iba a corregirla, porque lo era.

—Bueno, *mi reina* da a esta joven de comer, que hoy tenemos un día movido — añadió Sam.

—Ya estoy con ello. —Martina se puso a sacar cosas del frigorífico y los armarios y, enseguida, el olor de comida caliente hizo rugir mis tripas.

—¿Día movido?

—Sí. El señor Vasiliev dejó instrucciones.

—¿Qué instrucciones? —Vi un sobre deslizarse sobre la mesa, empujado por dos de sus dedos. Mi nombre estaba en él, así que empecé a abrirlo. Dentro solo había una tarjeta Visa negra con mi nombre impreso en ella.

—Lo primero es reponer lo que perdiste en el incendio; ya sabes, ropa y calzado. También habrá que comprar material para que hagas tu trabajo; luego te enseñaré dónde. Todo lo que necesites, deberás cargarlo a tu tarjeta.

—¿He de guardar las facturas?

—No hará falta. En el extracto sale todo reflejado. —Un plato enorme de huevos

revueltos aterrizó frente a mí.

—Come, estás demasiado delgada. – Me animó Marina.

—Sí, señora. —Obedecí. Comí todo aquello y casi rebaño el plato. Antes de que pudiera retirarlo de la mesa, Martina cogió el servicio de desayuno y lo llevó al lavavajillas. No es que le pusiera mala cara, pero ella sí que me frunció el ceño.

—Recuerda, limpieza. Si lo haces tú, no tendré trabajo que hacer y me despedirán.

—Oh, lo siento. Yo solo...

—Eres una chica con buenas costumbres y no quiero que las pierdas. Pero mientras yo esté delante, haré el trabajo. Ah, y la ropa sucia, la metes en el cesto que hay en el baño y yo me encargaré de lavarla con el resto.

—Servicio de habitaciones —dijo Sam sonriente.

—Oh, tú calla, que no te oigo quejarte de mi café.

—No, señora. ¿Lista? —La pregunta fue para mí.

—Cogeré mi bolso y podemos irnos.

—Bien, me apetece ir de compras con una chica bonita.

—Eso es raro.—Escuché su risa mientras desaparecía hacia mi habitación.

Sam

No, no es que ir de compras con Pretty Woman fuera una de mis mayores fantasías, pero tampoco me aburrí. Fue divertido verla comprar y más pelear con ella para que adquiriese todo lo que Viktor me pidió. Con la camilla plegable y el material para los masajes terapéuticos fue fácil, pero con las cosas de Cat... no tanto. Con la crema y el aceite no escatimó con el precio, la calidad era buena, pero no así con su ropa; y ni que hablar de sus cosas para el aseo. ¿De verdad se pensaba que no me daba cuenta de lo que quería conseguir? Pero si se le salían los ojos y le brillaban cuando veía algo que se moría por meter en la cesta. Pero no, ella solo metió ropa interior barata, unos zapatos cómodos, otro par de *jeans* y un par de blusas. Era escueta hasta para eso. Lo que no sabía era que yo no estaba pasando informes a Viktor o revisando mis mensajes, no. Yo anotaba cada una de las cosas que sabía que necesitaba y no se atrevió a comprar; cada artículo, marca y modelo y, sobre todo, las tallas de ropa y calzado que gastaba. Bastante tuve con pelear con ella para que pagara la ropa interior de algodón con la tarjeta de gastos. La chica sería pobre, pero honrada en extremo. Nada que ver con la chica esa que se gastaba el dinero de Andrey. Sí, esas cosas vuelan entre los chicos; sobre todo entre nosotros, los hombres de Viktor. Lo nuestro era la seguridad y la vigilancia, nada se nos escapaba. Lisa, ese era el nombre de la mantenida de Andrey, y tenía una gran debilidad por los zapatos. Se gastaba toda la generosa asignación mensual de Viktor en trapos y cosas que no usaría el año siguiente. Una chica sin cerebro, una lástima. Tarde o temprano, Andrey encontraría a una buena chica, se casaría y Lisa sería historia. Con un buen guardarropa, pero sin un centavo en la cuenta corriente. Y sin casa, porque Andrey la sacaría de la suya. Pero estaba claro que Cat no era como ella; Cat era una hormiguita, que había pasado por malos momentos y que se preparaba por si regresaban. Lo dicho, mi chica tenía la cabeza bien puesta sobre

los hombros.

Capítulo 36

Viktor

Odio trabajar con la policía, y mucho más con el FBI. Tienen el radar encima de nosotros. Es aparecer el apellido Vasiliev en un nuevo caso y tengo media docena de agentes pegados al culo de alguno de nosotros. Y esta vez me ha tocado a mí, qué suerte. Si toda esa energía la emplearan en atrapar a los tipos que mataron a Hanna, seguramente ya estarían entre rejas. Pero no, ellos querían al pez que siempre escapa de sus redes; pero tampoco lo van a conseguir esta vez. Tendrán que conformarse con acorralar a los armenios y llevarse una medalla más pequeña. Y lo iban a hacer; encerrarían a esos cabrones, porque yo se los pondría en bandeja. ¿Matarlos? No, eso sería como negar que te has comido la tarta de chocolate cuando tienes las manos y el morro pringados del dulce néctar marrón. No, habíamos aprendido a ser pacientes y a mover nuestras piezas cuando era conveniente. Además, esos hijos de puta merecían algo peor que la muerte, y eso se lo podíamos dar cuando estuviesen entre rejas. Pero los auténticos culpables, los que están detrás de las órdenes... Sí, esos sí... Me iba a encargarme personalmente de que pagaran su osadía. ¿Cómo? Pues enviándolos a un lugar dónde te obligan a seguir viviendo, porque la muerte es la única manera de terminar con la agonía. Nosotros lo llamamos «El hotel»; los que van allí lo llaman el infierno. Y no, el barco no es una opción para alguien que ha osado derramar la sangre de uno de los nuestros; el barco es una tortura demasiado blanda para ellos; allí puedes morir en cualquier momento, todo depende de las agallas que tengas para conseguirlo.

—Señor Vasiliev, gracias por venir.

—Espero que tenga algún sentido el hacerme venir hasta aquí, aparte de decirme que han atrapado a los asesinos de Hanna; no creo que sea necesario interrumpir mi agenda.

—¿Acaso no quiere colaborar con nosotros en la investigación?

—Toda la información de la que disponemos ya se la ha facilitado mi responsable de seguridad. ¿Qué otra cosa quieren de mí?

—La señorita Swap era su socia; quizás conocía a alguien que quisiera matarla.

—Dejemos la sutileza de lado, agente. Usted piensa que estoy metido en algún negocio ilegal o turbio y que la muerte de Hanna es el resultado de eso. Pues siento decepcionarle. Mis negocios están dentro de la ley, mis actos son legales; puede investigar por ahí todo lo que quiera. Es más, estoy seguro de que ya le notificamos de la expulsión de algunas prostitutas de nuestro local.

—Sí, su hombre ya nos puso al corriente.

—Pues en ese caso, no tengo nada más que decir.

—Se equivoca, señor Vasiliev. Nos gustaría que nos dijera qué estaba haciendo en Miami. —Sí, como que le iba yo a decir a ese gilipollas lo que estaba haciendo en Miami. Si hacía esa pregunta es porque querían atraparme por la desaparición de Stuart. No iba a caer en ello; no porque no confiara en que mis hombres hubiesen cubierto bien las huellas, sino porque iba a echar tanta tierra sobre ello como pudiera, porque proteger la identidad

de Danny era mi prioridad.

—Aunque no es de su incumbencia lo que hago con mis negocios, por esta vez voy a tener la deferencia de decírselo. He comprado un club.

—¿En Miami?

—No voy a explicarle nuestras estrategias de mercado, agente. Basta con decirle que estoy expandiéndome.

—¿Y su socio...?

—No hay socio, agente. Compré el club yo solo.

—¿Y no hay nadie allí que lo gestione?

—Se le dice encargado, y es lo que tengo en muchos de mis negocios, agente. Se llama delegar, porque de otra manera, no podría crecer.

—Ya, y...

—Si no le importa, tengo una agenda que seguir, así que me despido. Salvo... que tenga una orden judicial que diga lo contrario, claro. ¿La hay?

—Yo...

—Lo suponía. En ese caso, espero sus noticias pronto. —Cuando entré en el SUV, Igor volvió su rostro hacia mí desde el asiento delantero.

—¿Tenemos algo?

—Sí, señor.

—Bien. Entonces vamos al centro de control. Quiero seguir la operación desde allí. —Igor asintió y dio la orden al conductor. Los dos SUV avanzaron entre el tráfico hasta llegar al Crystals Mall, un centro comercial de lujo; allí tenía la familia Vasiliev su centro de operaciones, quién lo iba a imaginar. Teníamos varias oficinas allí y éramos socios de varios de los negocios, además del centro de control más sofisticado que el dinero pudiese comprar; envíanos FBI, CIA y Pentágono.

Cuando entré en la sala de control, busqué con la mirada a Bobby. El tipo estaba con la nariz metida en una pantalla, mientras sus dedos tecleaban a la velocidad de la luz. Él valía más de lo que le pagábamos, pero no salía perdiendo. Tenía lo que más le gustaba, acceso al equipo más sofisticado que podría conseguir. Creo que Bobby tenía un orgasmo cada vez que le suministrábamos algo nuevo.

—¿Qué tenemos? —La puerta de seguridad se cerró detrás de mí e Igor, dejándonos a los tres solos. Bobby deslizó las ruedas de su silla hasta otra terminal y empezó a hablar sin mirarme. El tipo era así, multitarea.

—Tengo a los tipos en un restaurante cerca del Riviera. Han pedido el especial de la casa y un par de cervezas de importación. Nada como destrozarse una buena carne con cerveza. Yo habría pedido un tinto tipo Rioja Crianza, ya puestos a consumir algo importado, pero no puedo hacer su trabajo. —Sí, ese era el defecto de Bobby; que cuando abría la boca, soltaba cosas que enlazaba de la manera menos organizada posible, aunque dentro de su lógica, todo tuviese relación, y por eso era tan bueno el tipo. Destripaba

información como si fuera un pescado.

—¿Está listo el cepo?

—Sí. Tengo las cámaras del aparcamiento... ahí, y la patrulla de policía más cercana... en esa otra. Todo listo para empezar a rodar en cuatro, tres dos, uno. —Fui mirando las pantallas que indicaba con una de sus manos y vi la trama desarrollarse delante de mí. Como una coreografía bien ensayada: el auto de los armenios es saqueado, pero no de la manera que se supone, el guarda de seguridad del aparcamiento no llega a tiempo de atrapar a los «ladrones» y el aviso de robo llega a la patrulla, que se acerca al lugar. Está revisando el vehículo para hacer inventario de los daños, cuando llegan los armenios. Los policías hacen que lo revisan en busca de cualquier cosa que falte y, como intentan no darle importancia, los policías se mosquean. Uno les retiene y pide refuerzos, mientras otro revisa los compartimentos y, da la casualidad, que el que tendría que estar bien cerrado, está forzado, aunque no abierto. Al revisarlo, encuentran un par de armas y, puedo ver por la sonrisa de Bobby, que han encontrado lo que queríamos.

—Yyyyyy, primera pieza abajo. Ahora a ver cómo van cayendo las demás. —Sí, eso era. Habíamos repasado el plan unas cuantas veces. Ahora, descubrirían que una de esas pistolas era el arma con el que mataron a Hanna. La descripción de los armenios encajaba con la del asesinato y, ahora, a dejar que la justicia empezara a funcionar, lenta y dolorosamente. Ahora, la segunda parte del plan; ir a por sus jefes.

—Estupendo, Bobby. Te mereces un premio.

—Mmm, ¿me presentaría a Catalina? —Giré la cabeza hacia él. ¿Pero qué se creía ese niño? Había metido sus narices en donde no debía.

—¿Otra vez curioseando?

—Ya me conoce, jefe. Vi el manifiesto de vuelo y... sentí curiosidad. La verdad, es que la chica parece mona y...

—No está libre.

—Ah, bueno... era solo una sugerencia.

—Espero que sepas mantener la boca esté cerrada.

—Mute total, jefe. Pero...

—¿Pero qué?

—Su hermano estuvo haciendo preguntas. —De tanto apretar las mandíbulas me iba a romper los dientes que me había costado tanto conservar en las peleas. Iba a matar a Andrey y su manía de controlar a todas y cada una de las personas que se acercaban a nosotros. Si alguien entraba en el pequeño círculo de los Vasiliev, ya podía ser la chica que le hacía las uñas a Lena, Andrey sabría con qué regularidad compraba papel higiénico antes de que entrara en casa a hacer su trabajo. Era su forma de actuar. Andrey investigaba cualquier registro con el nombre del sujeto, Yuri lo estudiaba directamente, como si pudiese oler la traición emanando de su piel, y Nikolay, ese se dedicaba a mirar y lanzar amenazas veladas como «puedo hacer que nadie encuentre tu cadáver». Sí, éramos un caso de familia.

Capítulo 37

Viktor

Por fin en casa. Cuando abrí la puerta, la primera que me recibió fue Martina. Pero no era a la que tenía ganas de ver. Necesitaba saber si Katia estaba bien, si Sam cumplió mis órdenes y... necesitaba verla, solo eso.

—Buenos días, señor.

—Hola, Martina. ¿Sam ya regresó?

—No. Él y la señorita Cat todavía no volvieron.

—Bien. Voy a entrenar; cuando lleguen, le dices a Cat que prepare las cosas para trabajar.

—Sí, señor. —Todavía no habían llegado. ¿Dónde se habrían metido a las 5 de la tarde? Tendría que haberles dado tiempo a comprar medio Las Vegas. Sí, yo lo tenía fácil, solo tenía que llamar a cualquiera de las tiendas del Crystals y lo que pidiera estaba en mis manos en menos de una hora, menos aún si estaba en el edificio.

Cat

Habría sido una tarde agradable, si Sam no hubiese vigilado a cada tipo que miraba en nuestra dirección. Los escudriñaba de tal manera que, si me dicen que tiene rayos X en los ojos, me lo creo. Bueno, al menos conseguimos la camilla plegable que necesitaba. El día anterior, con tanto tiempo libre mientras esperaba a Viktor, recorrí todo el apartamento de cabo a rabo. Y salvo una habitación en la que no pude entrar, todo estaba decorado y amueblado con funcionalidad; eso sí, una funcionalidad de diseño. Viktor tenía un buen equipamiento para ejercitarse en una de las habitaciones, pero no había sitio para que yo pudiera trabajar con sus músculos. Y como Sam dijo, hay que cumplir las órdenes del jefe. Así que compramos una camilla plegable para llevarla con nosotros. ¿Por qué plegable? Porque era posible que Viktor quisiera que le diera el masaje en varios lugares diferentes; el gimnasio, en su habitación, en la terraza... a mí me serviría cualquiera, mientras pudiese desplazar la camilla con comodidad. Recibir un buen masaje en aquella terraza tenía que ser... mmm, con los rayos del sol calentando tu piel, el aceite deslizándose tibio, mis dedos soltando cada nudo... Sí, definitivamente, tendríamos que probarlo, aunque luego tendría que meterme debajo de la ducha de agua fría para refrescarme, porque ese cuerpo de Viktor ya era una tentación de por sí. Me moría de ganas por volver a probarlo, y eso que solo lo había catado una vez, bueno, unas cuantas, pero solo fue una noche.

—Trae eso, yo lo llevo. —Sentí el peso de mi brazo desaparecer y vi a Sam caminando con la camilla colgando al hombro por su cinta de transporte.

—¡Eh, quedamos que yo llevaba la camilla y tú lo demás! —Corrí detrás de Sam mientras reíamos. Hacía mucho que no jugaba al pillapilla, tanto como...

—Ya llegasteis. —Sam se paró en seco y mi risa desapareció. Viktor estaba parado

ante nosotros, con sus ropas de deporte, y tenía una cara que me erizó el vello de los brazos. Enfadado era poco.

—Buenas tardes, jefe.

—¿Traéis todo? —Eché un vistazo hacia la entrada, donde Sam había dejado las bolsas con nuestras compras.

—Sí, todo. Aquí está la camilla para los masajes.

—Entonces ponla en mi habitación. Me daré una ducha y podrás ponerte a trabajar.

—Lo prepararé todo. —Caminé hacia las bolsas de la entrada y recogí las que tenían el material para tratar los músculos maltratados de Viktor. Cuando llegué a la habitación, Sam estaba luchando con la camilla, y ella iba ganando.

—Déjame a mí.

—Eh, lo estaba haciendo como nos explicó el vendedor de la tienda.

—Claro, es solo que yo soy más rápida. —Con dos giros rápidos, monté la camilla y apreté hacia abajo para comprobar la solidez de mi trabajo.

—Tú has hecho esto antes, ¿verdad?

—Pillada. Anda, sal de aquí, que tengo que trabajar.

—Claro. A mí no me interesa ver el culo del jefe.

—Tampoco a mí me interesa que lo veas. —Nada, la ducha no había conseguido aplacar el oscuro brillo en los ojos de Viktor. Azules, eran totalmente azules, y eso no era nada bueno, al menos eso me decía mi experiencia. Sam inclinó la cabeza y salió de la habitación despidiéndose. Viktor se acercó a mí y miró la camilla.

—Se supone que tengo que subir ahí encima, ¿verdad?

—Sí. Trabajaré tu espalda primero, luego los hombros, glúteos y finalmente las piernas. —Viktor asintió y se tumbó sobre la camilla. ¿He comentado que estaba recién duchado, con una pequeña toalla enrollada en su cintura? Pues si a eso le unimos el pelo mojado y gotas de agua resbalando por su piel... ñam, estaba para violarle un poquito.

Extendí el aceite de árnica sobre mis manos para calentarlo y luego empecé a trabajar su cuerpo. Sí, estaba tenso como una cuerda de arco, y estaba segura de que no todo era por el ejercicio que había hecho.

—¿Un día duro?

—No especialmente. —Bien, no quería hablar. Pues vale, tampoco yo necesitaba darle conversación. Me centraría en mi trabajo y listo. Tenía que haber puesto algo de música relajante, así no me sentiría tan incómoda. Trabajar con Viktor no tenía nada que ver con colocarle un tobillo distendido a un abuelo de 67 años, no; los abuelos tenían mucha más conversación, aunque tuviesen Alzheimer. Solo hablé para indicarle que se girara. Alcé el respaldo de la camilla y empecé a trabajar sus muslos.

—¿Ya has cenado? —Vaya, el habla había vuelto.

—No.

—Martina seguro que dejó algo preparado.

—Bien. —Su mano voló para atrapar mi muñeca y obligarme a mirarle a la cara.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por ser un idiota.

—Así que te has dado cuenta.

—No tengo excusa, es solo... que no estoy acostumbrado a sentirme así.

—¿Así cómo?

—Celoso.

—¿Celoso?

—Tú y Sam parecíais tan... compenetrados, tan...

—Sam solo ha sido amable. —Sentí que obligaba a mi cuerpo a acercarse al suyo.

—No, Katia; Sam no es así de amable como tú dices, él es... más formal.

—Quizás es tan solo que se sentía más relajado conmigo.

—O más a gusto.

—Eso tampoco es malo. Nos estamos haciendo amigos.

—Eso es lo que no me gusta.

—¿No quieres que me lleve bien con tus hombres?

—No me gusta que te lleves así de bien con ningún hombre, solo conmigo.

—Eso suena a jeque árabe.

—Suena a que no me gusta que otro te haga sonreír; ese quiero ser yo. —Sentí mi trasero acomodarse sobre sus muslos, el aceite impregnando mi nuevo uniforme de fisioterapeuta. A la mierda, tendría que lavarlo para poder usarlo mañana.

—No puedes ser el único. ¿Qué sería de los cómicos y payasos? Se quedarían sin trabajo.

—Muy graciosa... lo que intento decirte es que he descubierto que soy celoso y posesivo, y eso no me gusta.

—Pues tendrás que aprender a dejar de serlo. —Envolví su cuello con mis brazos, dejando que los suyos me estrujaran contra su pecho.

—Nunca me ha gustado compartir.

—No voy a ir con otros hombres cuando esté contigo, aunque tenga que fingir que no tenemos nada.

—Martina se fue hace rato, no tenemos que seguir fingiendo. —Depositó un suave beso en mis labios.

—Eres tú el que se había puesto todo gruñón.

—Lo sé. ¿Puedo compensarte?

—Puedes intentarlo.

—Entonces voy a hacerlo. —Se deslizó de la camilla conmigo aún en sus brazos. Sí, un gesto de lo más romántico, pero mi trabajo iba a irse a la mierda. Pobres músculos sobrecargados de nuevo.

Mis pies tocaron suelo poco después y sus manos me empezaron a retirar con rapidez la ropa. ¿La suya? Hacía tiempo que la toalla había caído al suelo y, sí, me encantaba lo que veía. Mi boca ya estaba salivando, porque después de amasar cada centímetro de ese cuerpo, me moría por darle una buena mordida a un par de sitios. Pero al parecer, Viktor tenía otros planes para mí, porque me tiró sobre la cama y empezó a asaltar mi cuerpo como si fuera a escapar de allí. ¿Quejarme? No, estaba haciendo un gran trabajo en... todas partes. Después de mis experiencias con Rocky, la rudeza en la cama no me parecía excitante, pero Viktor no era rudo, era delicado al mismo tiempo. Como cuando se sostiene a un bebé, lo haces con cuidado para no lastimarlo y, al tiempo, con firmeza para evitar que caiga de tus brazos. ¡Oh, Dios! Su boca estaba haciendo esas cosas sobre mi piel que... Tuve que aferrar la colcha bajo mis manos. Mi espalda se arqueó pidiendo más y él me lo dio. Señor, si era así de bueno con su trabajo, la competencia de esta ciudad estaba perdida. Y si fracasaba como empresario, siempre podría dedicarse a ser gigoló, porque esto lo bordaba. ¡Oh, Dios! ¿Eso eran sus dedos y su boca en...?

Capítulo 38

Viktor

La luz empezaba a despuntar por la ventana cuando abrí los ojos. Odiaba tener que abandonar aquella cama; me habría quedado remoloneando toda la mañana, podía permitírmelo, era lo bueno de ser el jefe. Pero no podía hacerlo. Martina llegaría a las siete y media, puntual como un reloj suizo. Luego saldría a hacer las compras a media mañana, después volvería y lo colocaría todo, prepararía algo para cenar y se iría a su casa. Había veces que volvía por la tarde junto con Luís, su esposo, para hacer alguna limpieza especial, como los cristales o alfombras, como hizo ayer. Después canjearía esas horas en días libres, como hizo cuando yo estaba en Miami. Pero hoy no, hoy estaría allí como siempre, y yo debía ir a mi habitación a revolcarme en mi cama, para fingir que pasé allí toda la noche y salir a trabajar para que no notara nada extraño.

Cuando reconocí la decoración me di cuenta de que estábamos en mi habitación. Anoche terminamos tan agotados que nos quedamos dormidos en mi cama. Aunque la sensación me encantaba, no podía poner en peligro a Katia. Porque, reconozcámoslo, Martina y Luís son buena gente, pero un comentario inocente sobre nosotros dos haciendo algo de pareja y el rumor podría llegar a oídos no deseados. Y precisamente ahora, con los armenios respirando sobre mi nuca, no podía permitirme eso.

Sacudí con delicadeza el hombro de Katia. Sí, me moría por llevarla en brazos, sentirla dormida contra mi pecho a mi merced, pero eso aún no podía ser. Con la paliza que me di ayer en el gimnasio, y luego el descontrol del sexo, era difícil que no me rompiera algo o perdiera fuerza a mitad de camino. Ah, pequeña, pero lo haré, y lo haré pronto. Sus ojos empezaron a abrirse, y no pude evitar sonreír, se veía tan dulce.

—Despierta, dormilona, hay que ponerse en marcha.

—¿A dónde vamos?

—Tengo que sacarte de mi cama antes de que llegue Martina.

—Oh, entiendo. —La vi enderezarse y sentarse en el colchón mientras sacaba las piernas de debajo de las sábanas. Su rostro dolido casi me parte por la mitad. No podía obligarla a vivir así, ella no lo merecía. Tenía que dejarla hacer una vida normal, una que no tuviese mis complicaciones. Pero mi parte egoísta se negaba a dejarla marchar. Tenía que encontrar otra manera, debía hacerlo. Salté de la cama y corrí a atraparla antes de que saliera de la habitación. La estrujé contra mi cuerpo, como si quisiera convertirla en un tatuaje sobre mi piel y la robé el beso que ambos necesitábamos.

—Solo tenemos que aguantar un poco más. Cuando la situación sea segura, seremos libres de hacer lo que queramos.

—De acuerdo. —Observé su espalda mientras se alejaba y maldije en mi interior porque acababa de mentirle. Mi vida nunca sería normal, siempre tendría que vigilar mi espalda; si ella se quedaba conmigo, correría tanto o más peligro que yo.

Salí hacia la cocina, porque soy de los que desayunan después de ducharse, y luego se viste. Lo sé, soy raro, pero nunca dije que no lo fuera. Cuando tuve a la vista la cocina,

vi una figura sentada frente a la barra de desayuno tomando con calma un café. Solo había una persona en el mundo que podía hacer eso en mi presencia, sin avisar, y no salir con una paliza encima, y ese era mi padre.

—Has madrugado mucho.

—Tenía cosas que hacer antes de ir al trabajo —me respondió.

—¿Como saquear mis reservas de café?

—Como preguntarle a mi hijo cuándo iba a decírmelo.

—¿Decirte qué?

—Lo de la chica de allí dentro. —Y ahí es cuando me sentí como un adolescente de 15 años, sorprendido con un cigarro de marihuana en el cajón de la ropa interior.

—No necesitas saber ese tipo de cosas.

—Si es importante para ti, es importante para mí.

—Es solo algo pasajero.

—Puedes engañar al resto, pero no a mí. Si está en tu casa es porque te preocupas por ella, y porque quieres tenerla cerca, muy cerca.

—¿Crees que es alguien como Lisa? Pues te equivocas.

—¿Cuánto de equivocado estoy?

—Katia no es como Lisa, nunca podrá serlo, ella es...

—¿Qué es, Vitya?

—Ella es buena persona.

—Si te hace feliz, no pasa nada porque lo sea.

—No papá, ella no podría encajar en un mundo como el nuestro, ella...

—Te gusta más de lo que quieres reconocer.

—No, me importa más de lo que me puedo permitir, de lo que todos podemos permitirnos.

—¿Por eso la mantienes escondida?

—Con los armenios en pie de guerra, tengo que pensar en su seguridad.

—¿Crees que la matarían como a Hanna?

—No puedo permitir siquiera que exista el riesgo. Hanna sabía dónde estaba metida; conocía los riesgos antes de entrar a formar parte de nuestro mundo. Katia... Katia es una buena chica.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Ella no merece esto.

—Eso tendría que decidirlo ella.

—No papá, esa decisión no voy a dejar que la tome. Ya ha tenido demasiado en su vida como para condenarla a ser una de nosotros.

—¿Sabes? No es tan malo.

—No para nosotros, pero lo es para ella.

—Creí que había educado a mis hijos mejor; nunca pensé que te asustase un reto así.

—A mí no me asusta, pero a ella seguramente sí.

—Si sale corriendo, no es la mujer que necesitas a tu lado.

—Eso es lo que me asusta, papá, que no salga corriendo.

—¿Temes que decida quedarse? ¿Le tienes miedo a que sea la mujer con la que puedas compartir tu vida?

—Me aterra más que el fin del mundo.

—Entonces, creo que solo tienes una opción.

—Lo sé. —Yuri se levantó de la silla alta y se giró hacia la puerta. Pero aún tenía algo que decir.

—Recuerda que eres un Vasiliev, Viktor; nosotros no nos rendimos, luchamos hasta el final. —Sí, era un Vasiliev, pero por primera vez en mi vida iba a evitar meterme en una pelea, porque era la única manera de no salir derrotado.

Capítulo 39

Viktor

Quizás fuese porque me di cuenta de que no podía tener a Katia, quizás porque me negaba a aceptarlo, el caso es que caminé directo hacia su habitación. Estaba saliendo de la ducha, con el pelo húmedo y gotitas de agua resbalando desde su clavícula hacia el valle entre esos pechos tentadores. No pude frenar mis pies. Llegué hasta ella y tomé su nuca en mis manos para evitar que escapara. Y la besé. La besé con la necesidad y la desesperación de alguien que sabe que esa puede ser su última oportunidad. La sujeté contra mí, deleitándome en el hecho de que su cuerpo se ajustara tan bien al mío, de que se rindiera bajo mi toque. Y habría estado así hasta... hasta que escuché el ladrido llegar desde la entrada del apartamento, y luego las uñas golpeando contra los suelos de madera. Y sabía lo que venía ahora; no necesitaba ser adivino.

—¡Mierda! —Lo último que vi fue el rostro confundido de Katia, antes de salir disparado por el pasillo. Una mole de pelo negro y marrón se estrelló contra mí metiendo su cabeza entre mis muslos. Me agaché para recibir su baboso saludo, mientras luchaba con su cabezona para que su lengua no acabara metiéndose en mi boca. Dos años y medio y el cabronazo seguía intentando meterla allí dentro. Adoraba a mi perro, pero no hasta ese extremo.

—Hola, Shtifty, ¿cómo ha estado mi chico?

—¿Tu chico? Si llegas a Las Vegas y ni te acuerdas de recoger a tu perro, vaya una porquería de amo que estás hecho. —Saqué las manos de las orejas de mi agradecido rottweiler y miré a la hermosa mujer de cabellos de oro y ojos azules. Sus manos estaban bien firmes en sus caderas, señal de que estaba lista para soltar una de sus regañinas a su hermano menor.

—Hola, Lena.

—¿Hola, Lena? ¿Es todo lo que se te ocurre decir? Llevas dos días en Las Vegas y todavía no has pasado a recoger al come-zapatos de tu perro. A veces pienso que quieres colocármelo.

—Yo nunca me desharía de él, ¿verdad, muchacho? —El muy traidor salió corriendo por el pasillo, directo hacia las habitaciones. Sabía que iba a buscar su enorme juguete de goma, que de manera «extraña» siempre aparecía en mi armario cuando tenía que llevarlo a casa de Lena por algún viaje. Creo que era una forma de decirme, «eh, cuida de esto mientras estoy fuera». Así que ahora que había vuelto a casa, corría a recuperarlo para decirme, «eh, he regresado, ¿me echabas de menos?».

—Me debes un par de zapatos.

—¿Volvió a comerse uno de tus Tommy no sé qué?

—Jimmy Choo, Viktor, son Jimmy Choo. Y no, tuve cuidado de cerrar el armario. Pero el listillo se las apañó para alcanzar uno de los Ferragamo de Dimitri.

—No serían esos que no quería ponerse para la cena de Año Nuevo, ¿verdad? —Tenía una más que sólida sospecha sobre la tan oportuna hazaña de mi chico con los caros

y sobrios zapatos de mi sobrino mayor. Ups, se los comió el perro del tío Viktor; qué pena, ya no me los podré poner. Aprendía rápido el pequeño tramposo.

—Sí, lo sé. Es demasiada coincidencia. Pero como su tío favorito le va a comprar unos nuevos, no va a tener otra que ponérselos. De todas maneras, no le iban a servir para este año; al paso que va, voy a tener que comprar un par de barcas de remos. ¿Cómo puede crecerle tanto el pie a un niño de 11 años? —Un chillido resonó detrás de nosotros y estaba seguro de que conocía muy bien la boca de la dueña. Cuando llegué al cuarto de Katia, encontré el hocico de Shtifty bien metido entre sus piernas mientras Katia luchaba por sacarlo de allí, y evitar que se le cayera la toalla del cuerpo. Podía ver el tirante del sujetador bien puesto en su hombro, por lo que supuse que le dio tiempo a ponerse la ropa interior.

—Oh, vaya. —Genial. La voz de Lena a mi espalda y el rostro contraído en mitad de una rompedora carcajada; era todo lo que necesitaba para que Katia tuviese una buena impresión de mi familia.

—¡Shtifty, saca tu nariz de ahí! —Tiré de su collar hacia atrás, consiguiendo retener al híbrido entre vaca y perro que era mi chico: 44 kilos de fuerza animal con ganas de jugar. Al menos el cabronazo tenía buen gusto. Esa mañana yo habría metido mi nariz en el mismo sitio si hubiese tenido tiempo.

—Ah, Lena, esta es Katia, mi fisioterapeuta. —Cuando vi su ceja izquierda alzada, supe que ni ella se lo creía.

—¿Y duerme en tu casa? —Señaló con la cabeza la cama deshecha y la ropa aún en sus perchas sobre la cama.

—No tiene domicilio en Las Vegas y yo entreno en casa sin un horario fijo, así que me pareció correcto que se alojara aquí mientras trabaja en mi recuperación. —El rostro de Lena se ensombreció, mientras sus ojos se clavaban en la visible marca sonrosada de mi hombro. Sí, lo del disparo fue algo que tuve que compartir con la familia, porque a la familia no se le miente, aunque intenté suavizarlo tanto como pude.

—¿Aún te duele?

—Molesta cuando lanzo un gancho.

—Ya, eso quiere decir que un demonio te muerde la carne cuando lo haces. Hola, soy Elena Costas, la hermana de este descerebrado. —Tendió la mano hacia Katia y esta la recibió con profesionalidad.

—¡Lena!

—¡Qué! Soy tu hermana, no tengo que ser respetuosa contigo.

—Catalina Steel.

—Mm, Katia. Bienvenida a Las Vegas.

—Gracias.

—Así que... fisioterapeuta.

—Sí.

—Bueno, me gustaría charlar contigo, pero supongo que querrás vestirme primero.

—¡Se acabó! ¡Todos fuera!

—Viktor, cómo te pones. La chica va a pensar que eres un ogro. —Saqué a mi perro y a mi hermana de la habitación de una ruborizada, a la vez que sonriente, Katia. Llevé a Shtifty hasta la cocina, donde Martina ya estaba preparando el desayuno.

—¿Podrías ponerle algo de comer a Shtifty, Martina? —Era decir las dos palabras mágicas juntas y Shtifty se volvía un manso corderito. Comer y Shtifty juntas en la misma frase y el monstruo se volvía gelatina. El traidor trotó mansamente detrás de Martina y esperó sentado sobre sus patas traseras a que la suministradora llenara sus cuencos con agua y comida. Cuando Martina se enderezó, llegó la hora del ataque. Y yo sabía lo que venía después: llevaría su llena tripa hasta la alfombra del sofá y se tumbaría a dormir un ratito.

Y todo aquel tiempo, Lena permaneció con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome como si intentara diseccionarme. Al final, no aguantó más el silencio.

—No puedes ocultarme las cosas, porque sabes que al final lo descubriré todo. Pero esta vez voy a darte tiempo para que lo hagas. —¿Qué demonios le pasa a mi familia? Primero Yuri y luego Lena. ¿Tan raro es que trajera a una chica a casa? Sí, lo era, pero de ahí a lanzar al aire ideas de...

—Siento haber tardado tanto.

—No te preocupes, Katia —respondió mi hermana, y añadió—: ¿Desayunarías conmigo? —Katia arrugó el entrecejo y me miró de esa manera que más que una pregunta era «¿A qué viene esto?». Y como el cobarde que soy, salí de allí como un gato que cae en un balde de agua fría.

—Tengo que vestirme. Martina, hoy no me hagas desayuno, tengo prisa.

—Sí, señor.

—Cobarde. —Fue lo último que escuché saliendo de la boca de mi hermana.

Capítulo 40

Cat

—Así que fisioterapeuta.

—Sí.

—¿Y cómo está mi hermano?

—Se esfuerza demasiado por recuperarse. Yo le pondría unos días a descansar ese hombro, pero...

—Sí, no hace falta que sigas; es un cabezota, no lo hará.

—Los músculos también necesitan unas vacaciones de vez en cuando.

—Si consigues que lo haga, besaré tus pies.

—Yo...

—No nació ayer, sé que tenéis algo.

—¿Eh?

—A ver, Viktor no confía en la gente con facilidad, es más, diría que no confía en nadie. Ni siquiera deja que Martina pase la noche aquí, y eso que tiene libre acceso a su casa durante el día. Si deja que estés aquí mientras él duerme, significa que confía en ti.

—Eso no significa que...

—Y luego está esa mole de carne con ojos que él llama su perro. Puede que te haya parecido manso como un corderito, pero es un rottweiler, un auténtico asesino si quiere serlo. Aunque con la familia es un trozo de pan, que soporta las travesuras de mis monstruos como si fuera un cojín de peluche, con el resto de la gente es receloso e incluso arisco. Además, está el asunto de las chicas; no le gustan. Las únicas mujeres que tolera somos yo, Martina y mi madre... Bueno, a ella creo que la adora, pero al resto... digamos que se vuelve un bicho protector. Y antes contigo... bueno, que fue a investigarte y no te gruñó ni una sola vez. Lo primero me induce a pensar que buscaba el olor de mi hermano en ti, y lo segundo me indica que le caes bien. Si junto las dos cosas...

—Viktor no quiere que nadie lo sepa. Dice que no es seguro para mí.

—¡Por Dios, que soy su hermana! No voy a secuestrarte para pedir un rescate. Ahora, el resto de la gente... Sí, puede que tenga razón. El poder y el dinero no son lo único que tiene nuestra familia.

—Suenas orgullosa al decirlo.

—Porque me siento orgullosa de ser una Vasiliev. Nuestro apellido conlleva más de lo que parece a simple vista; hay mucho coraje y determinación en él. Mi padre luchó con tesón durante años para conseguir lo que tiene, y mis hermanos están hechos de la misma pasta. Lo que tenemos lo hemos conseguido a fuerza de trabajo y tenacidad. Y puede que algo más, pero eso es un secreto de familia.

—No preguntaré entonces.

—¿Sabes? Me estás gustando, Katia.

—Vaya, gracias, supongo.

—Este perro glotón tiene mejor olfato de lo que creía. Y mi hermano, por una vez...

—Por una vez, ¿qué? —La voz de Viktor nos sorprendió. Llegaba hasta la cocina, vestido con un traje formal que no hacía sino mejorar su aspecto.

—Por una vez no has andado errado al escoger a esta terapeuta. ¿Podría robártela un par de horas? Necesito que revise algo. —Lena puso la mano en su zona lumbar y se arqueó al tiempo que hacía un gesto con los ojos.

—Eh, sí, supongo. Pero trabaja para mí, así que no tienes que pagar sus servicios. Sé que no estaba en tu contrato el atender a otras personas, pero...

—No pasa nada, lo haré.

—Bien. Coge tus cosas. Tenemos que darnos prisa antes de pillar el atasco de la mañana.

—¡Eh! ¿Dónde crees que vais?

—Nunca dije que fuera en tu casa. Y prometo que estará segura.

—Mmm, vale, pero tendrás que esperar a que llegue Sam, él os acompañará.

—Vale, vale. Lo que tú digas. Sabes cómo destrozar el momento. —Viktor arrugó la frente y salió de la casa con aquella expresión. Lo vi acercando el teléfono a su oreja, supongo que para avisar a Sam de los nuevos planes.

Era raro ver ceder tan fácilmente a un hombre como Viktor. Rocky era diferente. Cuando él no quería que hiciera algo, simplemente decía que no y esperaba que su palabra se cumpliera, porque de lo contrario habría represalias. Pero Viktor era como si se adaptase, aunque falsamente, porque cedía pero bajo sus términos; al menos así fue con su hermana y en el fondo me gustaba.

—Bueno. Día de chicas.

—Eh, tengo que estar aquí para su sesión de la tarde.

—Sí, sí, arreglaremos eso. —Lena ya tenía su bolso en la mano y estaba de camino a la puerta.

—Tenemos que esperar a Sam.

—¡Jesús! Esto es una urbanización privada. Hay que pasar más controles que en Fort Nox solo para llegar a este edificio. No sé a qué viene tanta exageración. Abajo está mi séquito y creo que es suficiente para cuidarnos a las dos. El mismo Viktor escogió a esos hombres.

—¿Él los escogió?

—Sí, tiene una empresa de seguridad, ¿no te lo contó? Se encarga de la seguridad del casino y el banco, así como de las casas de todos.

—No me comentó nada.

—Sí, Viktor es bastante reservado con sus cosas. —El timbre sonó en la puerta y Martina abrió. Sam estaba al otro lado, sonriente y feliz como un niño de 10 años que va al parque de atracciones. Llegó hasta nosotras e inclinó la cabeza en forma de saludo.

—Señora Costas, Katia.

—¡Eh!, ¿por qué la llamas a ella por su nombre y a mí por el apellido? —Sam se quedó congelado, como si aquella pregunta le hubiese golpeado como un gancho de derecha justo encima del estómago.

—Eh, bueno... Katia y yo trabajamos para el señor Vasiliev, y usted...

—A veces es un asco ser la princesa. En fin. ¿Nos podemos ir?

—Por supuesto, señora.

—Ugh, lo sigo odiando. Me hace sentir como si fuera mi madre. ¡Solo tengo 36! Soy demasiado joven para ser «señora». —Caminé detrás de ella intentando esconder mi sonrisa, pero Sam me pilló. Su ceja derecha se alzó y yo no pude sino levantar uno de mis hombros. ¿Qué quería? Ella tenía su parte de razón.

Sam tuvo que subirse en el SUV que iba detrás del nuestro, y no por ganas, sino por falta de sitio. No le gustó mucho, pero obedeció. Cuando salimos del subterráneo del edificio, parecíamos la comitiva presidencial.

Lena habló sin parar durante el trayecto, aunque realmente no transmitía mucha información. Tenía en su cara una sonrisa traviesa que no prometía nada bueno. ¿Dónde demonios me había metido? Cuando el SUV se detuvo finalmente, uno de los hombres bajó y las puertas traseras se abrieron. Cuando vi la impresionante mansión casi se me corta la respiración. No era antigua, no era sobria, pero parecía haber costado todo el maldito presupuesto de un pequeño país. Casi no me di cuenta de que había alguien esperando en la puerta.

—¡Mamá! —Lena había salido disparada hacia la mujer de la entrada; la abrazó y le dio un beso en los labios. ¿Mamá? ¡Joder! Me había traído a casa de su madre, la madre de Viktor. Sentí como mi estómago caía en picado llevándose todos mis órganos internos con él.

Capítulo 41

Cat

—Ah, mamá, esta es Katia, la fisioterapeuta de Viktor.

—¿Viktor? ¿Está mal?

—Solo trabajo para que esté de nuevo en forma; se esfuerza demasiado y yo tengo que arreglar las consecuencias.

—Me habías asustado. Pasad, seguro que os apetece una limonada fresquita. Hoy hace un calor endemoniado por aquí. —Caminé detrás de ellas, que lo hacían sujetas del brazo y cuchicheando en susurros como dos adolescentes. Sentí la mirada incrédula de la mayor cuando se giró hacia mí. Genial, ahora ya sabía que dormía en casa de Viktor. O tal vez le dije que teníamos un «rollo», quién sabe. En fin, más que madre e hija parecía dos amigas y eso me gustó.

Nos encaminamos a la parte trasera, donde había una mesa dispuesta con dos vasos y una jarra de limonada. No pasé por alto que la mujer mayor hizo una indicación y dijo algo en ¿español? (sí, creo que era español) a una de las sirvientas; una muchachita menuda de cabello oscuro y sonrisa afable, la cual reapareció casi enseguida con otro vaso más.

—Gracias, Tere. ¿Nos traes algo para picar? —Al menos volvió al inglés, porque no entender de qué hablaban me hacía sentir excluida. Sí, vale, mi madre era puertorriqueña, pero nunca hablábamos español en casa.

—Tuve que engañar a Viktor para que me dejara traerla. Soy una mala hermana.

—Eh, si trabajo tu espalda, no le habrás engañado.

—Buen punto. Pero el caso es que no me duele nada —acompañó Lena con un guiño.

—Quién fuera 30 años más joven; a mí me protesta todo el cuerpo nada más levantarme por las mañanas —terció la madre de Viktor.

—¿Haces algún tipo de ejercicio? Perdona si te tuteo —pregunté.

—Oh, me ofendería que me trataras de usted, eso me hace parecer vieja, muy vieja, y ya tengo bastante con las arrugas. Llámame Mirna.

—Me gustaría saber si haces algún tipo de terapia para prevenir esos dolores musculares, Mirna.

—Pues aparte de caminar una hora y media en la cinta... no creo que haga nada específico.

—La gente piensa que el caminar es suficiente para mantenerse activo pero, precisamente para prevenir los dolores musculares y fortalecer los músculos, es aconsejable hacer un deporte que tonifique sin castigar —le indiqué.

—Sí, eso lo sé; Yuri corría sus kilómetros todos los días, pero al final las rodillas empezaron a pasarle factura. —se lamentó Mirna.

—El atletismo es un ejercicio con un fuerte impacto en las articulaciones; yo no lo aconsejaría a partir de cierta edad.

—Y tú, como profesional, ¿qué me aconsejarías?

—¿Yo? Pues... quizás pilates terapéutico, si ya tienes algún tipo de dolencia; aunque el normal, combinado con un poco de yoga, haría maravillas con la musculatura de una mujer madura, sobre todo con el suelo pélvico.

—¡Eh!, ¿eso no es lo que te mandan fortalecer durante el embarazo? —preguntó curiosa Lena.

—Esos músculos son los que controlan que no se te escape el pis, y si consigues un buen tono muscular ahí, también conseguirás un... no, eso mejor no lo digo.

—Oh, vamos, estamos entre amigas. Es alguna guarrada de esas de tema sexual, ¿verdad? —añadió picarona Lena.

—Pues, sí. Trabajando esa musculatura, puedes tener mayor tensión... Vamos, que puedes apretar y soltar esos músculos interiores, consiguiendo mayor placer.

—¡Vaya! Así que ese es tu truco. Ya decía yo que Viktor no se quedaría con una princesita virginal. —¡Joder!, ¿me estaba llamando puta? Sentí como mi ira se encendía. Con lo bien que me estaba cayendo Lena, y va y me sale con eso; ¡pedazo zorra!

—¡Jesús, Dios nos libre de eso! El mundo está lleno de barbies sin sangre en las venas. Tu hermano necesita una mujer, no un maniquí de diseño como el que tiene Andrey.

—Ya te digo; con lo listo que parece y cae con Lisa. —Espera, espera, que me había perdido. Al final, ¿yo era la buena?

—No os entiendo —reconocí.

—Mira cariño, en esta familia las mujeres somos... cómo decirlo... «guerreras». Tenemos que serlo para poder estar al nivel de nuestros hombres, y sabe Dios que eso es complicado. Una pusilánime que tiene el radar centrado en tonterías como el dinero, el poder o cualquier cosa que estos puedan dar, no es precisamente lo que nuestros chicos necesitan —me aclaró Mirna.

—¿Y qué es lo que necesitan?

—Pues cada uno es diferente, pero básicamente, necesitan que los quieran, que no se dejen pisar por nadie, ellos incluidos, y alguien que demuestre que tiene lo que hay que tener para ser una buena mujer.

—Ahí le has dado, mamá. ¿Cómo era esa frase que decía la abuela Estella? Una señora fuera de casa, una puta en la cama. —Las dos terminaron la frase juntas, y después se echaron a reír. Vaya con la abuela Estella.

—Sí, eso lo define muy bien. En el dormitorio tienes que olvidarte de la timidez y ser una salvaje cuando es preciso e, incluso, un poco aventurera. Pero, al otro lado de esas puertas, tienes que imponer respeto, hacerte valer, aunque no hay que ser una estirada ni una soberbia, eso se lo dejamos a la reina de Inglaterra.

—Mamá, creo que la estamos asustando. —Ambas me miraron, Lena con una pícara sonrisa en la cara y Mirna con una ceja alzada de manera especulativa.

—Mmm, no lo creo; Katia parece una chica lista y tampoco creo que se escandalice con facilidad. Sus ojos ya han visto demasiado. —Su mirada se volvió dulce, comprensiva, como si supiera lo duro que me ha tratado la vida, y aun así creyera que yo era una mujer fuerte. Y estoy segura de que lo soy, porque nunca me he rendido. Luchar era lo único que podía hacer.

—Sí, Viktor por fin ha acertado.

—¿Ves? Te dije que había criado a chicos inteligentes, lo que pasa es que son un poco tercos y cortos de vista. Hay que golpearlos en la cara con algo realmente bueno para que puedan verlo.

—¿Fue así, Katia? —preguntó Lena curiosa.

—Puede decirse que llegué a su vida con algunos golpes de por medio, sí.

—¿Ves? Estos hombres míos necesitan que los aticen en el morro para ver lo que tienen delante —apuntó Mirna.

—Lo mío no fue tan... violento añadió Lena.

—Eso es porque Geil y tú os conocéis desde que sois niños. Pero creo que su golpe vino de otra manera.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu padre lo asustaba, pero fue comprender que podías enamorarte de otro en la universidad, y olvidarte de él, lo que le hizo enfrentarse a su miedo y lanzarse a por ti.

—Mereció la pena.

—Yo también lo creo —convino su madre.

—Oye, Katia. ¿Estarías dispuesta a enseñarnos eso del pilates y el yoga?

—Aprender lleva su tiempo, pero puedo ser vuestra monitora si queréis.

—Eso sería estupendo —declaró Mirna.

—Si Viktor me permite...

—¿Crees que puede impedírtelo? —me preguntó Lena.

—Firmé un contrato de trabajo para él. Estoy exclusivamente a su servicio.

—Tonterías, tendré que hablar con mi hijo.

—¿De qué quieres hablar conmigo, mamá? —Miré hacia la voz que llegaba desde la cristalera abierta, por la que se accedía a la sala de estar, donde apareció un joven con unos ojos increíblemente atrayentes. Azules, intensos y, sobre todo, con el brillo de la familia en ellos.

—¿Y quién dice que estábamos hablando de ti, hermanito? No eres el ombligo del mundo, Nikita. Ups, perdón, que ahora eres Nick.

—Un día de estos, esa gracia tuya te va a acarrear un problema.

—Qué miedo. Mi hermano el pequeño intentando asustar a su hermana mayor. Tengo dos hijos adolescentes, no puedes asustarme.

—Y esta chica tan bonita, ¿quién es? —Nick se inclinó hacia mí y tomó mi mano para besarla, mientras sus ojos parecían decir «estoy dispuesto a comerte, tú solo di que sí».

—Es la chica de tu hermano Viktor. —Casi puedo decir que sentí la corriente eléctrica que lo atravesó en aquel momento, haciendo que su espalda se enderezara y pusiera la mayor distancia entre nosotros. Sus ojos perdieron el brillo depredador, o casi. Su sonrisa cambió a una más... ¿curiosa?, ¿sorprendida?

—¡Ah! Así que tú eres la chica que trajo de Miami.

—¡Eh!, ¿cómo es que tú sabes eso y yo he tenido que toparme con ella en su casa para descubrirlo?

—Un Vasiliev no revela sus fuentes.

—Ya, una mierda.

—¡Lena!, ese lenguaje —le amonestó su madre.

—Es Nick, su lenguaje es peor —se defendió ella.

—Cierto, pero soy un chico, y procuro contenerme delante de mamá.

—Lo que sea.—ella no estaba muy de acuerdo con su hermano.

—¿Y qué hace *ella* aquí? —Bueno, bueno. Podía ser un Vasiliev, pero eso de que hablara de mí como si no estuviera presente... me hizo saltar como un grano de maíz reventón en la sartén de las palomitas.

—*Ella* ha venido a dar una clase de pilates a tu madre y a tu hermana, así que, si nos disculpas, tenemos cosas que hacer. —Dicho eso, me levanté de la silla y busqué el apoyo de las otras dos mujeres con la mirada.

—Cierto. Vamos a mi habitación; necesito que me orientes con la ropa que debo ponerme. ¿Vamos, Lena? Te prestaré algo a ti también —Las tres entramos en la casa, dejando a Nick con la palabra en la boca, o mejor dicho, buscando en su cabeza una palabra que poner en su boca.

Capítulo 42

Viktor

—¿Adivina con quién acabo de estar?

—No tengo tiempo para juegos, Nick. Por si no recuerdas, estamos en medio de una OPA hostil.

—Creo que tienes tiempo para esto, o al menos lo tienes para ella.

—¿Qué...?

—Estoy en casa de mamá, con Lena y... tu chica.

—¿Mi chica? —No caí en qué decía hasta que relacioné a Lena y... Katia. ¡Mierda, mierda, mierda! Tenía varios problemas con los que lidiar, no necesitaba eso precisamente ahora. Sabía que Lena me la iba a jugar, ella y sus tretas maquiavélicas, ¿pero llevársela a mamá? Ni lo había imaginado. Iba a arrancarle la piel a esa comadreja, a meter astillas bajo sus uñas, a meter sus pies en ácido, a... ¡Agh!

—¿Estás todavía en casa de mamá?

—Sí, y estoy esperando para ver cómo tu chica menea el trasero.

—¡¿Eh?! ¿qué demonios está pasando ahí?

—Lo siento, tengo que poner las manos encima de un trasero sabroso.

—¿Qué...? —Y me colgó, el cabrón me colgó. Miré al teléfono sin señal y mentalmente maldije en idiomas que no conocía. ¿Katia meneando el trasero? ¿Estaba haciéndoles una exhibición de pole dance como en el club? ¿A mi madre y mi hermana? ¿Y Nick estaba babeando por su culo? ¿Y le iba a tocar el culo a Katia, mi Katia?

—Cambio de planes, Igor. Vamos a casa de mis padres. —Igor no dijo nada, solo asintió y dio el aviso por teléfono al otro equipo. Alexis empezó a hacer las maniobras en el SUV para encauzar la nueva ruta. Mientras, yo busqué entre mis contactos un teléfono y marqué el número. No solíamos llamarnos; no solía hacerlo con mis chicos, salvo que fuera una emergencia. Todos usábamos el programa de mensajes que Bobby había instalado en los terminales para nuestra organización. Algo parecido a WhatsApp, pero con encriptación. Difícil de interceptar y piratear. Cuando la voz al otro lado del teléfono contestó, mi templanza se había evaporado, y ni que decir de mi autocontrol.

—¿Qué demonios está pasando, Sam?

—Estamos en casa de su madre, como le informé por mensaje, señor. —¡Mierda, mierda! Había silenciado el puñetero teléfono, porque no quería interrupciones mientras estaba en la sala de control con Bobby. ¿Olvidé mirarlo? Iba a hacerlo en cuanto saliéramos de la oficina, pero Nick me ganó por un par de minutos.

—¿Y qué demonios está ocurriendo allí?

—No tengo permitido el acceso, señor. Su madre y su hermana están en el gimnasio con Cat. —¿Gimnasio? ¿Qué mierda estaba pasando en aquel gimnasio?

—¿Dónde está mi hermano? ¿Está con ellas?

—No, señor. Lo dejaron fuera. —Respiré, solté el aire despacio; eso era bueno, Nick no están con ellas y el culo de Katia estaba bien lejos de las manos largas de mi hermano el sobón. Sabía que era un conquistador, un asalta-mujeres, con una labia y sonrisa que encandilaban, y lo quería más que a mi vida, pero hasta ahí; no le permitiría hacer sus jugadas con mi Katia, ella era mía. Ahora, tenía que poner a ese gilipollas en su sitio; con esto no se jugaba, con Katia no se jugaba.

—Bien. Vamos para allá. No avises a nadie de que estamos de camino. Encárgate de abrirnos cuando lleguemos.

—Sí, señor. —Bien, Viktor, relájate, todo está bien. Katia estaba bien, estaba con mamá y con Lena, y... ¡Joder!, iban a destrozarla. Pero antes, tenía que dejar a mi hermano pequeño un par de cosas claras sobre Katia.

Sam

Genial, el jefe de mal humor, y yo escabulléndome hacia la cocina para acceder a la terminal de acceso y abrir la maldita verja exterior sin que el personal de la casa se entere. Porque, cuando el jefe decía que te ocuparas de abrir, quería decir que nadie más estuviese al corriente de lo que hacía. Y lo mejor, ver al pequeño Vasiliev metiéndole la lengua hasta la campanilla a la chica del servicio. Si necesitaban sacar las huellas dactilares del chico, seguro que podían sacar un juego completo del trasero de la pobre chica. Aunque ella parecía estar disfrutando de lo lindo también.

Cuando Viktor atravesó la puerta de entrada a la casa, yo estaba allí para recibirlo, con mi informe listo.

—Todavía no han salido de allí, señor. Se escucha música suave, pero no tengo ni idea de que están haciendo.

—¿Y mi hermano?

—Haciéndole un registro a fondo a la chica del servicio, allí, en el acceso a la despensa.

—Bien. —Le vi sopesar la información. Si algo conozco a mi jefe, y sobre todo a su familia, es que aquella mirada suya, que apuntaba hacia el lugar donde estaba el gimnasio, quería decir que se moría por saber qué pasaba allí dentro, pero que ni loco irrumpía en el territorio de su madre si no quería salir con algún arañazo encima. Así que se giró sobre sus talones y fue directo a por su hermano Nick. Eso tenía que verlo; a una distancia prudencial, claro, pero tenía que verlo. La pobre chica iba a salir corriendo de allí más rápido que un pavo el día de Acción de Gracias.

Nick

Esta chica sí que tenía un buen trasero, como los que a mí me gustaban, redonditos y suculentos. ¿Cómo los llamaba mi amigo Fredo? ¡Ah, sí!, un culo latino. Quizás le faltaran unas buenas tetas para tener el lote completo, pero para pasar el rato no estaba mal. Sentí las pisadas acercándose, pero continué a lo mío. ¿Sorprenderme manoseando a una chica? No sería la primera vez, y si lo hacían, era porque a mí no me importaba que lo

hicieran.

La voz de Viktor hizo que el redondo trasero que estaba entre mis manos, diera un bote como si fuera un balón de básquet.

—Así que este es el sabroso asunto que hizo que le colgaras el teléfono a tu hermano. —La chica escondió el rostro en mi pecho mientras yo le dedicaba una sonrisa maliciosa a Viktor; sí, había picado como un inocente.

—No negarás que es sabroso a rabiar.

—Seguro que tienes alguna tarea urgente que hacer, Teresa. — Ella sacó la cara de mi pecho, asintió y salió de allí con una agilidad que no le había visto antes. Definitivamente, tenía que probar a envolver esas piernas en mi cintura; realmente prometían.

—Si vienes por tu chica, se llevó a mamá y a Lena a hacer pilates. —¿No presumía él de saberse todos los nombres de las personas que trabajaban para nosotros? Seguro que porque los había investigado a todos. Pues yo también tenía buena memoria y recordaba palabra por palabra lo que aquella loba jugosa había soltado por aquella boca descarada y apetitosa. ¡Joder con Viktor! Sabía escoger a las mujeres. Si no se quedaba con ella, tenía que probarla. Un poco falta de curvas, pero lo compensaba con un buen carácter. Salvaje, como una gatita.

—¿Pilates?

—Eso dijo. ¿Lo comprobamos? —Lo vi vacilar un segundo, como sopesando mis palabras. Pero ambos sabíamos que no íbamos a meternos en el territorio de mamá sin una buena causa.

—Mejor nos tomamos una cerveza, ¿te apetece?

—OK. —Caminó hasta la nevera, sacó un par de cervezas y me tendió una. Miré a nuestro alrededor y comprobé que sus chicos habían desaparecido en silencio. ¿Tenían una palabra clave o algo así? Porque juro que no le vi hacer ni un gesto ni nada que les dijera que tenían que desaparecer; pero sus hombres lo hicieron. Porque estoy seguro de que antes tenía a dos de ellos a la espalda; uno era su inseparable Igor y el otro... Sam; sí, Sam. Recordaba a ese tipo; podía averiguar a qué hora y cuantas veces meaba una persona al cabo del día. Era jodidamente bueno.

Abrí mi cerveza y seguí a Viktor hacia el jardín de la parte trasera. Se había quitado la chaqueta y la había dejado perfectamente doblada en una silla antes de salir. Estaba aflojando el cuello de la camisa y la corbata, cuando me di cuenta de hacia dónde íbamos. Era inteligente el cabrón, tenía que reconocerlo. El gimnasio tenía un gran ventanal que daba a la parte más alejada del jardín, justo en la vuelta de la casa.

—Así que... una chica.

—Sí.

—¿Puedo probarla cuando termines con ella? —Juro que sus ojos se habían vuelto azules cuando me miró, y sabía lo que significaba eso, todos lo sabíamos.

—No.

—Entonces es serio. ¿Ella sabe...?

—No voy a quedarme con ella, Nikolay. No puedo. —¡Joder! Cuando Viktor usaba mi nombre completo es que la cosa se estaba poniendo seria.

—¿Por qué no puedes? ¿Ella no quiere...?

—Sabes lo que le ha ocurrido a Hanna, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Estaba en esa reunión, ¿recuerdas?

—Pues precisamente por eso.

—No quieres que sepa en qué mundo nos movemos.

—No, Nikolay. Lo que no quiero es que le pase a ella. Por eso he tratado de mantenerla al margen de todo, de todos. Pero ya he visto que esto es imposible.

—No hay secretos entre nosotros, Viktor. Íbamos a averiguarlo tarde o temprano.

—No me preocupa la familia, Nikolay. Me preocupan los que quieren hacernos daño.

—¿Crees que podrían matarla, como a Hanna?

—Van a lastimarla, Nikolay, de una forma o de otra. Y no pienso permitir que eso ocurra.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con ella? —Viktor pareció pensarlo; o, más bien había algo peleando en su cabeza, como si no se decidiese por una de las opciones. Hasta que finalmente soltó el aire, fijó la vista a mi espalda y habló.

—Creí que tendría más tiempo, creí que podía tener más de ella. Pero me engañé a mí mismo. Porque sabía que estaba mal, sabía que no iba a tener suficiente con robar unos días, pero aun así la traje conmigo. Porque soy un cabrón egoísta que solo pensó en lo bien que me siento cuando estoy a su lado, en lo ligero que me hace sentir, en que todavía hay algo de luz en mi interior, una luz que aparece cuando está ella.

—Hablas como un jodido enamorado.

—Porque puede que lo esté.

—¿Qué...? —Tuve que darme la vuelta y mirar, porque había allí algo que le hacía sufrir, algo que estrangulaba su garganta hasta hacerle casi imposible decir aquellas palabras. Y la vi. Aquella chica estaba allí, sonriendo de aquella manera que hacía que todo fuera correcto, que todo fuera fácil y sencillo. Con su cuerpo haciendo hermoso el estiramiento de sus brazos, haciendo que el mundo de mi hermano girase, se alzara y cayera. Haciendo que sintiera alegría y pena por él. Porque había encontrado algo grande, y porque sabía que lo iba a perder.

Capítulo 43

Cat

Noté cómo la atención de Lena se giraba hacia el gran ventanal a mi izquierda y miré hacia allí.

—Vaya, Viktor ya está aquí.

—Me preguntaba cuánto tardaría. —Lena levantó la muñeca para mirar la hora en su reloj.

—2 horas y 32 minutos. Pensé que sería menos.

—Eso quiere decir que tiene algo importante entre manos. —El rostro de Mirna se volvió serio y preocupado. La sonrisa de Lena también se esfumó.

—Seguro que escuchaste lo que le ocurrió a la socia de Viktor.

—Leí los diarios; sé que la mataron.

—Papá también ha estado ocupado, ¿verdad?

—Sí, le noto más serio.

—Pero todos sabemos que Viktor es el que se encarga de esas cosas. —No podía hablar. Escuchar esas palabras era una manera de descubrir lo que ocurría en aquella familia. Había algo oscuro, algo violento en sus vidas, y parecía que era algo con lo que no era la primera vez que se topaban. ¿Legales? Algo me decía que la familia Vasiliev aún estaba dentro del lado oscuro. ¿Y ahora? Que hablaran tan libremente en mi presencia podía ser bueno o malo. Bueno si eso quería decir que confiaban en mí; malo si significaba que tendrían que cerrarme la boca para que no hablara. Y, ¡joder!, eso me hizo apretar el culo, esperando lo que venía ahora.

—¿Podemos terminar la clase de hoy? ¿Repetimos la semana que viene? —preguntó Lena.

—Lo ideal sería practicar un par de días a la semana, incluso tres, depende de la persona —indiqué.

—Entonces, perfecto. ¿Martes y jueves por las mañanas? —sugirió Mirna.

—Eh, sí, pero tengo que...

—Ya, ya; yo me encargo de hablar con mi hijo. —Mirna hizo un gesto a sus hijos y ellos asintieron.

—Vamos a darnos una ducha y nos vemos de nuevo en el jardín. Me ha entrado hambre.

—Ven conmigo, te enseñaré el cuarto de invitados donde podrás asearte y vestirte de nuevo.

Y eso hice. Cuando terminé, seguí las indicaciones de Lena para regresar a la mesa del jardín en la que estuvimos al principio.

Allí estaban todos esperando. ¿De verdad había tardado tanto? La mirada de Viktor me acompañó hasta que estuve sentada junto a ellos. Sus dedos se aferraban a la botella de cerveza que tenía apoyada en el reposabrazos metálico de su silla.

—Por mí no hay problema.

—¿Eh? —No sabía de qué me hablaba.

—Las clases. Puedes venir a darle clase a mi madre y mi hermana esos días que han escogido.

—Oh, bien.

—Pero tendremos que revisar tus honorarios; ahora haces más trabajo, así que es apropiado que te suba el sueldo. —Solo asentí. ¿Qué podía decir? Ya cobraba demasiado, pero también sabía que en ese asunto no podía discutir con Viktor, y menos delante de su familia. Pero había algo en su mirada, algo... triste que me moría por saber. Nick también parecía más serio ahora, como si sus ganas de jugar se hubiesen esfumado. Algo ocurría allí. ¿Sería ese asunto del que Viktor tenía que ocuparse lo que les había puesto de esa manera? Una muerte. Aquello sí era para ponerse serio.

—¿Os quedaréis a comer? —Vi que Nick se encogía de hombros, mientras Viktor estudiaba la oferta.

—Tengo trabajo que hacer.

—Oh, vamos, Viktor. Dijiste que comerías aquí en cuanto llegaras; incluso ordené comprar la carne para tu plato favorito. Seguro que Katia quiere probarlo.

—Sí, hermanito. ¿Cuánto hace que no tenemos una comida familiar? —Y ahí es cuando vi la cara de Viktor ponerse tensa. Estaba claro que no quería que esa comida familiar se desarrollara. Ahora bien, ¿era por mi presencia o había algún otro motivo?

—No se hable más, os quedáis a comer. Puedes enseñarle a Katia la propiedad mientras yo me pongo al trabajo.

—Yo te ayudaré, mamá.

—Y tú, Nikita, llama a tu padre y dile que nos reuniremos todos a comer. —Había una traviesa y malévola sonrisa formándose en la cara de Nick y algo me decía que una mala idea se estaba construyendo en esa cabeza suya.

Viktor

No podía hacer eso; no podía dejar que Katia se hiciese una idea inapropiada de lo que aquella comida familiar podría significar. Sí, podía sentir los deseos de mamá y Lena por conocerla mejor, pero tampoco sería justo para ellas que se encariñaran con Katia y luego la hiciera desaparecer de sus vidas, de nuestras vidas. Iba a desilusionarlas, lo sé, pero a mí iba a dejarme un agujero monstruoso en el pecho, uno del tamaño del corazón que ella había vuelto a hacer latir. Pero debía ser justo.

Estábamos caminando por el círculo exterior del jardín, casi tocando el muro de árboles que nos aislaba del resto del mundo, cuando no pude contenerme más. Metí las

manos en los bolsillos del pantalón porque sabía que si la tocaba no podría soltarla.

—Katia.

—¿Sí?

—No puedo hacerlo.

—¿Qué no puedes hacer? —Podía ver en su cara que sabía de lo que hablaba, pero iba a obligarme a decirlo.

—Me engañé a mí mismo pensando que podíamos mantenerlo en secreto, pero no es posible.

—Entonces, ¿quieres que regrese a Miami?

—Entiéndelo, es por tu bien.

—Sí, no paras de decir eso. ¿Tiene algo que ver con la muerte de tu socia? —¿Cómo demonios sabía ella eso? Había mantenido el asunto lejos de ella y Sam no podía haberle dicho nada porque tenía órdenes de no hacerlo. Protegerla era una cosa, asustarla otra.

—¿Cómo...?

—Tu madre y tu hermana comentaron algo.

—Ah. —Eso lo explicaba.

—¿Tiene algo que ver? —Dejé que mis manos salieran de su refugio y tomaran las suyas. Necesitaba tocarla; necesitaba mirarla a los ojos mientras le decía todo lo que no debería saber. Porque sabía, con toda seguridad, que ella era alguien de confianza; ella no me traicionaría y eso para mí era el mayor regalo que podía hacerme en aquel momento. Y no era porque la hubiese investigado a fondo, no. Era porque, en el tiempo que estábamos juntos, pude leer en su rostro lo que había dentro de ella. Y mi Katia no era de las que mentía; era de las que se enfrentaba a la verdad, aunque hubiese consecuencias.

—Cuando hablamos en Miami, te expliqué como era la situación de nuestra familia, de nuestros negocios.

—Sí, lo hiciste.

—Lo que no te dije es que afrontamos los problemas de la misma manera de siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Que nuestro origen nos marca; tenemos un pasado que nos define y no podemos renunciar a él. Explicarlo puede ser difícil, así que intentaré hacerlo como una analogía.

—De acuerdo, te escucho.

—Imagina un bosque en el que habitan muchos animales. Nosotros conformamos una manada de lobos, el grupo nos ha hecho siempre fuertes. En ese bosque nos alimentamos de otros animales; así sobrevivimos, pero respetamos el equilibrio de la naturaleza, porque de no ser así, el bosque acabaría muriendo, y con él, nosotros.

—Esa es la filosofía oriental del Yin y Yan. Equilibrio.

—El caso es que en este bosque no somos los únicos depredadores. Están los que

buscan integrarse, coexistir, y están los que quieren ocupar tu lugar y para ello no solo pretenden erradicar a la competencia para ocupar su sitio, sino que les trae sin cuidado el daño que puedan infligir al ecosistema. Algunos incluso matan por placer.

—¿Eso es lo que han hecho con tu socia? ¿Matarla por placer?

—No, Katia. Ha muerto porque esos otros depredadores quieren ocupar un territorio que no les pertenece; cazar no solo las presas que necesitan sino saquear todo lo que pueda ser explotado.

—¿Y qué va a hacer esa manada de lobos?

—Nuestra familia, nuestra manada, no busca enfrentarse al resto, pero tampoco permitirá que los expulsen, ni que los amenacen y mucho menos dejarán que los cacen. Somos lobos y defendemos lo nuestro.

—Puedo entenderlo. Es solo una cuestión de supervivencia.

—No, es más que eso; es conservar lo que nos pertenece, es cuidar de los que queremos, es proteger a la familia.

—Y yo no soy parte de la familia.

—Tú no eres un lobo, Katia. En este bosque no eres más que otra presa y la única manera que tengo de protegerte es alejándote del resto de alimañas que no dudarán en atacarte para debilitar a nuestra manada.

—Yo os hago débil.

—Más de lo que crees.

—Entiendo. —Sentí como mis manos se quedaban frías, y era porque el calor de las suyas hacía tiempo que me habían abandonado.

—No puedo permitir que te hagan daño, Katia.

—Y tampoco puedes permitir que se lo hagan a tu familia.

—No.

—Entonces, ¿por qué le has dicho a tu madre que vendré a darle clases? No puedo ponerlas en peligro, y tampoco a ti. Tengo... tengo que irme... —Estiré la mano y atrapé su brazo antes de que empezara a caminar lejos de mí. ¿Por qué? Por la misma razón por la que empecé todo aquello; porque no estaba listo para dejarla ir.

—No, Katia, no puedes irte.

—No, tengo que hacerlo. Cuanto primero me vaya, primero desaparecerá el peligro.

—No, no, no.

—Ya, lo sé. Le diré a tu madre que no puedo quedarme y le pediré a Sam que me lleve al apartamento. Tranquilo, estaré con él hasta que organice mi vuelta a Miami.

—No, no puedes irte.

—¿Hay... hay peligro ahora? ¿Tengo que esperar algún refuerzo? ¿Qué...? —La atrapé entre mis brazos y apreté fuerte. Verla dispuesta a alejarse, verla decidida a no ser la

causa de nuestra debilidad, me hacía estar más seguro de que era demasiado buena para mí. Precisamente por ello, mi lado egoísta se negaba a dejarla ir; porque necesitaba eso de ella, era como la luz de la luna, que ilumina la noche haciendo la oscuridad menos aterradora.

—No, Katia. Soy yo, no quiero que te vayas, no aún, te necesito un poco más.

—Cualquier otro fisioterapeuta se ocupará de ti, seguro que encuentras...

—¡NO! Me importa una mierda el hombro. A quien necesito es a ti, a la fuerza que llevas dentro, a tu forma de estremecerte cuando te robo el aliento con un beso, a tu forma de no lastimar a nadie, a la forma que tienes de mantener la cabeza alta, aunque los demás se empeñen en ponerte zancadillas. Necesito un poco más de ti.

—No entiendo. Me dices que debo irme, pero no dejas que lo haga.

—Lo sé, lo sé. Yo tampoco lo entiendo. Es solo... que necesito unos días más, porque no puedo cuidar de ti cuando tengo que bregar contra una gran amenaza. Necesito saber que estás segura junto a mí. Cuando ya no pueda protegerte, entonces... entonces no tendré más remedio que dejarte ir. —Ella frunció el ceño intentando descifrar esta loca disertación, pero no podía decirlo de otra manera. Ni yo mismo me entendía.

—Entonces, ¿qué... qué hago ahora? —Pensé un momento, di vueltas a las piezas en mi cabeza, como hacía siempre que tenía que improvisar, buscando una solución que me permitiera seguir adelante.

—Comeremos con mi familia, eso ya no puedo evitarlo. Pero no quiero que les ilusiones, ni que les des falsas esperanzas. Mi madre y Lena no pueden entender lo que significa traer un extraño a nuestras vidas, el riesgo que conlleva.

—Ellas no son conscientes del peligro que puedo traerlas.

—Con que algunos seamos conscientes de ese peligro es suficiente. Que vivan con miedo no es una opción para nosotros. Solo saben lo que necesitan saber para evitar problemas. —Aunque tendría que hablar seriamente con Yuri y mis hermanos. Que mamá y Lena supieran lo de la muerte de Hanna, era algo que no debería haber sucedido.

Capítulo 44

Viktor

Sentarme a la mesa con toda la familia, o casi toda, era algo que no ocurría desde el cumpleaños de mamá. Y ahora tener a uno más no estaba mal. Mis «chicas» parecían encantadas de tener otra más en la familia y quizás podía entenderlas; éramos una familia de hombres, incluso mi hermana había traído dos varones más al mundo para engrosar nuestras filas. Una chica más era una pobre manera de equilibrar las cosas, pero era algo. Las notaba algo... La palabra no era desesperadas, era... ¿impacientes? Sí, esa podría ser. Parecía como si llevaran toda su vida esperando a que alguno de los chicos trajéramos a una mujer a casa para agregarla a su bando de chicas Vasiliev. ¿De verdad las manteníamos tan aisladas del mundo? Podía decir que era por su seguridad, pero en el fondo, éramos unos puñeteros egoístas que no querían compartir nuestros auténticos tesoros.

Cuando todos estuvimos sentados, noté que quedaba un asiento vacío. ¿Esperábamos a alguien más? Mis sospechas se confirmaron cuando una figura silenciosa entró en el salón.

—¡Ah! Andrey, ya pensábamos que no llegabas.

—¿Y perderme tu strogonoff? Nunca, madre. —Andrey saludó con la cabeza a Nick, a Yuri y a mí, saludando con corrección al grupo. No es que fuese mucho de palabras, ya lo sabíamos, pero me puse en el sitio de Katia, quien lo veía por primera vez, y vi lo que ella estaría estudiando ahora. Andrey era rubio, de ojos claros, como papá, mamá y Lena. Tenía nuestra constitución, alta, fuerte, pero era bastante diferente a Nick y a mí. Era muy parecido a papá. Era de los que observaba todo desde un punto distante, al margen, como si necesitara esa separación para analizar las cosas, ver lo que otros no podían. Y si tuviera que definirlo con una palabra, diría que es callado. Andrey era conocido por sus silencios más que por lo que decía y eso, en un abogado, era mucho decir. Creo que su máxima era «la mejor respuesta que puedes dar a alguien, nunca será mejor que la que él pueda imaginar». Sus ojos tropezaron con Katia y no se sorprendió de encontrarla allí; es más, creo que fue a la primera que buscó cuando entró en el salón. No descubrí en él ninguna reacción, pero eso era normal; Andrey era un témpano de hielo forjado entre abogados, Vasiliev y depredadores.

—Andrey, esta es Katia.

—Es un placer conocerte.

—Lo mismo digo. —Andrey esbozó esa media sonrisa que tenía tan manida, que era parte de su atuendo de trabajo. No había calidez en ella, tampoco amenaza, sencillamente, estaba vacía.

¿Puedo decir que siento lastima de mi hermano? Pues lo hago. No es que mi vida sea el no va más, pero la suya era algo triste, o al menos parecía apagado, gris. Y no sé qué es peor, ser alguien negro como yo, o ser alguien gris como él.

La comida fue bien, quizás más animada que de costumbre porque las chicas

parecían dispuestas a llevar la alegría a toda la mesa. Cuando terminamos el postre, hice el gesto a Yuri que todos conocíamos y uno a uno fuimos desapareciendo de allí para acabar en el despacho. Cuando el último entró y cerró la puerta, Yuri ya esperaba mis palabras, porque sabía que algo ocurría, algo que no le iba a gustar.

—Saben lo de Hanna.

—¿Quiénes?

—Mamá y Lena.

—¡Mierda! ¿Quién se lo dijo?

—Lo averiguaré.

—¿Y tu chica? —Vaya, ahora se ponía todo comunicativo mi hermano Andrey.

—Fue ella quién me dijo que ellas lo comentaron.

—¿Es de confianza?

—No estaría aquí de no ser así.

—Sí, lo suponía. De todos nosotros tú eres el más paranoico con esas cosas.

—Parece algo serio.

—Ese no es el tema ahora, y tampoco os incumbe. —Andrey asintió, Nick miró hacia otro lado y Yuri... bueno, Yuri solo se quedó mirando como si buscara algo dentro de mí.

—¿Has avanzado algo con el tema de los armenios?

—Tengo las fichas colocadas, solo espero a que ellos hagan su primer movimiento.

—Bien. Entonces solo estamos pendientes de que nos mantengas al día con eso. ¿Algún otro asunto? —Andrey se enderezó y todos le miramos, era su turno.

—El FBI está muy activo con el tema de Miami. ¿Quedó algún cabo suelto?

—Ninguno, y tampoco hay nada por lo que preocuparse. Recibí una bala del tipo, pero yo no lo maté, así que ahí tengo las manos bien limpias.

—¿La chica sabe algo de eso?

—La chica se llama Katia. Y no, ella ni siquiera estaba allí ese día.

—Bien. ¿Sabemos algo del tema de la partida abierta? —Era el momento de Nick. El casino era su terreno; cómo no, era un puñetero genio de los números. Ahí donde lo veías, un tipo con cuerpo de luchador, un destroza-personas en el *ring*, un vividor fuera de él, era una puñetera máquina cuando se refería a cifras, estadísticas y probabilidades. Déjale en una mesa de póker y desplumará a cualquiera, o casi; y he ahí el problema.

—El vaquero está desvalijando a la mitad de los candidatos, y la otra mitad le tiene miedo. Desde que se hizo pública la lista, fue inscribir su nombre y los abandonos empezar —nos informó.

—Es un prepotente engreído. ¿No entiende que, si no da esperanzas a sus oponentes, ninguno querrá enfrentarse a él? Así no se puede desplumar a nadie —detallé.

—Eso no le preocupa. Con los campeonatos legales tiene suficiente —añadió mi hermano pequeño.

—Pero eso a nosotros no nos sirve. El dinero no está ahí realmente. —Papá llevaba suficiente tiempo en el negocio como para saber de lo que hablaba.

—Eso lo sé —aseguró Nick.

—Ya; tú siempre has mantenido el tira y afloja en el punto justo. —Al menos era lo que había visto hasta el momento.

—Sí, perder es una mierda, pero es para conseguir un premio mayor —me confirmó Nick.

—¿Y qué tienes planeado hacer? —quiso saber nuestro padre.

—Echarle de la partida.

—Pues buena suerte con eso. He oído que es verdaderamente bueno.

—Eres tú el que nos enseñó que siempre hay alguien más fuerte, papá.

—¿Y crees que tú eres más fuerte que él? No estamos hablando de MMA, Nikita.

—No, lo sé. Pero es lo que voy a averiguar.

—Si necesitas ayuda, puedo poner a Bobby en ello —le ofrecí.

—Puede que me pase un día por la central.

—Bien, pero avisa por si estamos ocupados.

—Lo haré.

—Bueno. Pues si no hay nada más en el plan de hoy, será mejor que salgamos. Esas mujeres de ahí fuera pueden estar preparando una guerra.

—Sí, cuando se juntan mamá y Lena ten por seguro que ocurrirá algo.

Capítulo 45

Cat

Viktor permaneció un rato silencioso, como esperando a que dijera algo. ¿Y qué iba a decir? Probablemente él tuviese más dudas que yo. Así que allí estaba, con la vista perdida en la ventana, mirando los coches que circulaban en sentido contrario.

—¿Qué te han parecido?

—¿Tu familia?

—Sí.

—Bueno... Mirna y Lena son... vivaces y gentiles; Mirna un poco más sosegada, aunque no demasiado. Pero ambas me gustan.

—Tú a ellas también le has gustado.

—Parece que congeniamos, eso no es raro.

—¿Y mis hermanos?

—¿Tengo que hacerlo?

—Adelante, destrípalos. Yo lo hago cada día.

—Vale, pero prométeme no enfadarte.

—Prometo ser imparcial.

—Eso también me sirve.

—¿Entonces?

—Andrey es demasiado callado, y sé que no es tímido, sus ojos son demasiado afilados para serlo. Me da la sensación de que no es demasiado emotivo.

—El hombre de hielo; sí, así le llamamos en casa.

—Nick...

—¿Nick?

—Uf, él es todo lo contrario. Me parece un engreído, prepotente, pagado de sí mismo y un grosero.

—Sí, ese es él. Pero no puedo culparle, siempre ha sido un consentido. ¿Y Yuri?

—Ha sido correcto, amable... pero no sabría decirte. Parece de esas personas que es imposible llegar a conocer.

—¿Estás segura de que no has estudiado psicología? Los has clavado a los tres.

—Vaya, ¿y eso es bueno?

—No lo sé, ya lo veremos. —Después, volvió el incómodo silencio. Y como en esta vida todo es equilibrio, pensé que ahora me tocaba a mí romperlo.

—Sé que tuvisteis una charla privada, supongo que para ponerlos al día con vuestros asuntos.

—Ajá.

—¿Va todo bien?

—Hacemos lo posible para que sea así.

—¿Y qué habéis decidido sobre mí?

—¿Sobre ti?

—Sí, ya sabes. Soy un problema, un peligro potencial para la familia.

—Yo me encargo de las amenazas, la seguridad es mi campo. Así que ese tema está en mis manos.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Ya te lo dije. Primero me centraré en la amenaza más urgente. Después veremos cómo solucionamos...

—Lo mío.

—No, lo nuestro.

—Sí, lo nuestro.

—Katia, mírame. —Sentí sus dedos en mi barbilla, obligándome a girar la cabeza para mirarlo directamente.

—Voy a mantenerte a salvo; os mantendré a todos a salvo. Te lo prometo.

—Sé que lo harás.

—Encontraré una solución para ti, para nosotros. —Asentí con la cabeza y dejé que me besara la frente y me estrujara contra su pecho. Había notado que Viktor era una persona de abrazos más que de palabras. Era su manera de transmitir esa seguridad, ese confort que no podía dar con palabras. Y se sentía bien, demasiado bien. La verdad es que su familia era particularmente... curiosa. Lena era un terremoto al que le gustaba hacer las cosas de manera espontánea; casi podía sentir lástima por sus escoltas, tenían que tener unos nervios de acero. Mirna era más calmada, como si el tiempo fuera su aliado, y parecía no alterarse, como si nada fuese realmente traumático, como si pudiese enfrentarse a cualquier cosa porque se sentía a gusto en cualquier elemento. Además, parecía no preocuparse por lo que ocurría a su alrededor, pero no se le escapaba una. ¿Y estos hombres pensaban que eran simples mujeres? No eran simples, ni tontas, ni triviales. Conocían bien la posición en la que se encontraban, eran muy conscientes de su entorno y de lo que ocurría en él y, aunque no dijeran nada, sabían qué era lo que ocurría a su alrededor. ¿Mantenerlas en la ignorancia? ¡Ja! Podían intentarlo.

Los hombres Vasiliev eran otra cosa. De todos, Yuri era el único que me gustaba, porque pensaba que de no caerle bien habría mostrado su hostilidad sin ninguna culpabilidad ni freno. Andrey no es que fuese un psicópata, pero no me gustaría encontrarle en mi salón una noche de tormenta, porque saldría corriendo como una loca. Y Nick, oh, Nick; se parecía demasiado a Rocky. Había aprendido a no juzgar a las personas

hasta conocerlas, pero él se le parecía tanto...

Viktor

Cuando entramos en el apartamento, mi mirada siguió a Katia mientras se alejaba hacia su habitación. Seguro que iría a preparar todo para su sesión de trabajo conmigo. Yo me machacaría en el gimnasio y luego ella aflojaría los nudos y las contracturas. Pero hoy no quería eso, hoy quería que su luz me envolviera antes de bajar a los infiernos. Sentí la presencia de Sam a mis espaldas y giré la cabeza para verlo.

—¿Tienes lo que te pedí? —Asintió y me tendió el pendrive con la información. Cuatro puñeteras horas, cuatro horas desde que llegué a casa de mis padres y le puse a trabajar en ello, y el tipo ya tenía algo que darme. Solo necesitaba que encontrara algo sobre los armenios. Le di el nombre de los dos hermanos y le dije que buscara sus aficiones, sus gustos, sus vicios... y Sam había encontrado algo. No, no era para chantajearlos, o atraparlos con la guardia baja. Era para cazar al escurridizo cabecilla de los dos hermanos. Knel era el que ejecutaba las órdenes de su hermano Oham; era su mensajero, su mano derecha. Pero Oham era el que tomaba las decisiones, el que ordenaba y el resto obedecía. Pero aunque Knel era predecible, Oham no lo era. El tipo se escondía como un topo en su madriguera y no había manera de localizarlo. Era un neurótico, un hombre obsesionado con su vida. Había trabajado en las fuerzas especiales y cometido atrocidades por las que su cabeza tenía precio. Eternamente en movimiento, durmiendo cada noche en una cama diferente. Su hermano Knel tampoco era un santo, pero a diferencia de Oham, sí se hizo la cirugía plástica. Oham no; Oham tenía miedo a que lo durmieran porque veía una oportunidad de cogerle indefenso y poder asesinarle. Esa solo era una de sus paranoias. ¿Que cómo sabía esas cosas? Porque Bobby era jodidamente bueno y porque habíamos estado investigándolos desde el primer paso que dieron en nuestro territorio. Cuando mostraron su primera intención de intrusión, nosotros nos movimos para averiguar a qué nos enfrentábamos.

Y ahora, tenía en mis manos la manera de entrar en la puñetera madriguera, o eso esperaba.

—Quiero que Bobby lo tenga todo listo para esta noche.

—Sí, señor. —Sam se giró, y fue a enviar el mensaje. Yo me fui a mi despacho para revisar la información que Sam había conseguido. Allí tenía que encontrar la manera de ejecutar el plan que habíamos desarrollado. Si no era así, seguiría intentándolo.

Cat

Cuando me cansé de esperar a que Viktor apareciera en la habitación para su sesión de fisioterapia, salí en su busca. Cuando estaba caminando por el pasillo, vi una luz que iluminaba el camino y que salía de la habitación que siempre estaba cerrada. Me detuve en el marco de la puerta y miré dentro. Era un despacho, no muy grande, con una enorme mesa. Viktor estaba sentado en un sillón de ejecutivo con los dedos sosteniendo su barbilla, acariciándose distraídamente los labios mientras sus ojos permanecían clavados en la pantalla del PC frente a él. Su chaqueta había desaparecido al igual que su corbata. Dos botones de su camisa estaban abiertos y las mangas las tenía remangadas en sus antebrazos. Cuando regresé mi atención a su rostro, noté que sus ojos ahora estaban fijos

en mí.

—¿Hoy no hay sesión?

—Perdona, perdí la noción del tiempo. —Bajó la tapa del PC y se levantó despacio. Podía notar la rigidez de su cuello, la tensión atenazando sus hombros.

—Espera, no te levantes. —Él obedeció, volviendo a acomodar su culo en el sillón. Me acerqué por detrás y empecé a masajear su cuello y hombros. Como intuí, estaba tenso; demasiado tenso. Viktor gimió cuándo solté un nudo particularmente resistente, pero antes de que terminara, su mano detuvo la mía.

—Ven. —Giró el sillón, e hizo que me sentara sobre su regazo. Estiró la mano para acariciar mi mejilla, dejando que el pulgar resbalar sobre mis labios.

—Sé que te estoy volviendo loca, que no tengo derecho a pedirte nada, y, aun así, sigues aquí.

—Porque has dicho que me necesitas.

—No te merezco.

—No estamos hablando de merecer.

—No, hablamos de necesitar. Y tú necesitas más de lo que yo puedo darte, porque lo que puedo ofrecer no es suficiente.

—Eso no puedes saberlo, porque yo soy quien tiene que decidir qué es y qué no es lo que quiero.

—No, no lo sé, pero seguro que es más de lo que tengo para dar. No soy ningún príncipe azul, Katia, soy el opuesto más alejado.

—Sé que no eres el Capitán América, Viktor, pero tampoco eres un monstruo como te crees. Solo eres tú. Aunque... para mí sí que eres un súper héroe.

—¿Ah, sí? ¿Y a quién crees que me parezco?

—No sé, busquemos uno. —Sentí los brazos de Viktor rodeándome la cintura, su sonrisa haciendo que sus ojos brillasen con aquel gris tan cálido.

—¿Qué te parece Batman? Es oscuro y sabe repartir golpes.

—Mi caballero oscuro, aunque... si tengo que combinar todas tus cualidades, me quedaría con otro.

—¿Quién? —Deslicé mis dedos sobre su frente, apartando el pelo que amenazaba con entrar en sus ojos.

—A ver. Alguien que sea implacable como tú en la lucha, guapo, medio ruso, medio americano...

—¿Estás insinuando que soy...?

—El Soldado de Invierno, sí.

—Mmm, podría gustarme. Tiene un gancho demoledor con ese brazo mecánico.

—Y es terriblemente sexi también.

—¿Sexi?

—Sí.

—Voy a tener que besarte solo por decir eso.

—Vas a tener que hacer algo más. —Dejó que lo besara, hasta que decidió que no era suficiente y tomó el control.

Capítulo 46

Viktor

Sé que soy un cabrón egoísta, pero es que nunca dije que no lo fuera. Quiero tanto de Katia como pueda darme y en este momento lo necesito todo. Le he hecho el amor sobre la mesa de mi despacho. Sí, lo he dicho bien, le he hecho el amor; no la he follado, no, con ella no existe eso, ella no es como las demás mujeres con las que he tenido sexo, porque con ella es más que solo eso. Ella me da un poco de su corazón cada vez que la beso, por eso cada vez lo hago con más ansia, como si pudiese llevarme un trozo más grande. Y ella me deja hacerlo.

Menos mal que Martina no entra en esa habitación sin que yo esté presente, porque no iba a dejarle que limpiara esa mesa. Tenía la marca de su trasero en ella, los restos de nuestro sudor esparcidos por la suave superficie. La había poseído con todo lo que tenía para llevarla al éxtasis, y lo conseguí, pero no tuve suficiente. Por eso la llevé a mi habitación, porque quería un poco más de ella, tanto como pudiese llevarme. Eso es lo que me traería de vuelta a casa, lo que impediría que arrasara con todo esa noche. Porque necesitaba protegerla, impedir que los armenios se acercaran a nosotros, a ella. No me importaba matarlos a todos y empezar una maldita guerra. Sabía que eso no sería bueno porque eso no es lo que quiero hacer, no es lo que debo hacer, pero es lo que me piden mis entrañas. Quiero rugir como un león que ve amenazada su manada, quiero desgarrar y atacar y sé que es el animal que llevo dentro el que pide sangre. Un animal que no sabía que estaba allí, un animal que se niega a ser domado, un animal que solo Katia puede apaciguar.

Estiré la mano para alcanzar el teléfono en mi mesita y mandé un mensaje a Bobby. Había repasado toda la información de Sam y creo que sé cómo atrapar a la rata. Iba a ponerle un pedazo de queso delante e iba a dejar que se lo comiese.

Sentí el cuerpo tibio de Katia revolverse a mi lado y supe que se estaba recuperando de la última sesión de sexo que habíamos tenido. Besé su hombro y envié mis manos a los sitios que sé que la encienden, porque yo hace tiempo que estoy listo para un poco más.

Escuché su gemido cuando mis dedos llegaron a aquel lugar entre sus piernas, buscando el punto exacto donde debía tocar. Su trasero se elevó hacia mí y no puedo contenerme. Me moví sobre ella y guie al ansioso trozo de mí que exigía entrar en aquella pelea. Entré en ella, lentamente, sintiendo cómo me envolvía, cómo su calor me devoraba, me reconfortaba. Su respiración era cada vez más errática, mientras yo adquiría un ritmo lentamente tortuoso. Sentí sus pezones endurecerse bajo mis manos, mientras los atormentaba con suaves presiones. Su cuerpo danzaba al ritmo del mío, porque aquella era una coreografía perfecta, sincronizados en una lujuriosa armonía. Sentí que se preparaba para el orgasmo, y sonrió, porque voy a dárselo otra vez esta noche. Me deleité con sus gemidos, tan fuertes y tan deliciosos que no pude contenerme y la seguí. Sentí cómo me derramaba dentro de ella y entonces me di cuenta de que había cometido un error, un terrible error, aunque el animal que está dentro de mí me decía que no lo era, que está bien, que es lo que tenía que pasar. Porque es la única manera de demostrarles a todos que es mía, que me pertenece.

El ritmo de su respiración empezó a volverse regular, su cuerpo, lacio debajo de mí. Sabía, con toda seguridad, que estaba dormida. La había agotado, la había llevado más allá de lo que nadie la había llevado y, aun así, yo no estoy saciado. Pero tendré que conformarme, al menos por ahora.

Salí de la cama y caminé hacia el armario. Tomé algo de ropa y entré en el baño. En otras circunstancias, en otro momento, me hubiese gustado llevarla al club, mostrarles a todos que ella está conmigo, pero no puedo hacer eso. Así que me visto y envío el mensaje a Igor. Él me está esperando. Esta noche tenemos algo que hacer, esta noche es el principio del fin, porque echaré la rueda a andar y nada podrá detenerla.

Igor

Lo malo de este trabajo es que no tengo horarios, como hoy. Pero sé que es por algo importante. Es por Hanna, es por los armenios, es por la familia. No, no me apellido Vasiliev, pero soy uno de los que trabajan para ellos y hacerlo me convierte en uno más de la familia. Moriría por Viktor, porque él me dio la oportunidad de ser algo más. Yo no era más que un adolescente con pocas expectativas de pasar de los 20, con demasiados números para el sorteo de aparecer muerto en un arcén. Pero Viktor cambió eso. El gilipollas me tendió la mano y me dijo...

— ¡Eh! Si pierdes, es porque les dejas ganar.

—Son más fuertes.

—Yo te ayudaré si quieres, pero tendrás que prometerme que no te rendirás. —Y el idiota se metió en aquella pelea conmigo. Y casi dejó que lo mataran, pero el tipo no se rendía; seguía levantándose y luchando. ¿Y qué hice? Levantar mi maldito culo y pelear a su lado. No es que ganáramos realmente, pero conseguimos que se largaran sin conseguir derrotarnos.

Cuando nos quedamos solos, sentados en aquel aparcamiento de mala muerte, con la espalda apoyada en un viejo sedán, cubiertos de sangre y con los nudillos pelados, empezamos a reírnos como idiotas. Porque en aquel momento comprendimos que juntos podíamos conseguir más. Y desde entonces he estado a su lado, devolviendo aquella mano que me levantó, que él sigue tendiéndome. Con él conseguí terminar una carrera, conseguí un trabajo, conseguí una casa, y ahora tengo una familia; tengo a mi mujer, tengo a mis hijas, y les tengo a ellos, a los Vasiliev. Como Viktor dijo una vez, somos una manada: los fuertes protegen a los débiles y el líder cuida de todos, para que la manada prevalezca y, con ella, todos sus miembros.

—¿Estás listo?

—Siempre. —Abrí la puerta del SUV y esperé a que entrase. El idiota me miró y hizo ese gesto de rodar los ojos, pero yo solo río. Sí, odia que le trate como un inútil niño rico, pero tiene que entender que él es el jefe y tiene que ser así. ¿Amigos? Sí, pero todos sabemos cuál es nuestro lugar y el suyo es el del Alfa. El líder tiene que estar ahí y demostrarlo al resto.

—Boby nos está esperando.

—¿Encontraste la manera?

—Veamos si es así. —No, Viktor no es humilde, pero sabe reconocer cuando no tiene todas las probabilidades a su favor. Si por mí fuera, siempre apostarí a que él es el caballo ganador. ¿Orguloso de él? ¡Diablos, sí! Como si le hubiese parido.

Capítulo 47

Viktor

Boby era un puñetero genio. Le dabas un trozo de papel y te hacía una réplica del Pentágono. Podía escuchar las indicaciones de Alexis en el diminuto auricular que tenía en la oreja. Los armenios había hecho su aparición en el club, tal y como había previsto. Sabía que me estaban esperando, sabía que vigilaban el club y sabía que vendrían a completar la segunda parte de su plan. Ahora que habían eliminado a Hanna, solo quedaba otro socio con el que negociar, y ese era yo.

Caminé desde mi reservado a mi despacho, con paso calmado, con Igor a mi espalda, hasta que un trío de hombres me cortó el paso.

—Una buena noche para hacer negocios. —Alcé la vista hacia el tipo de en medio, al que escoltaban las dos moles de músculos más grandes que nunca antes había visto dentro de un traje de Herno.

—Eso depende de con quién se hagan.

—Busquemos un lugar más tranquilo y comprobémoslo. —Asentí y le indiqué que me siguiera. No hacían falta presentaciones, ambos sabíamos quién era el otro. Dudo que el tipo supiera todo lo que había averiguado sobre él, o tal vez esperaba que así fuera. Knel era un maldito hijo de puta al que no le importaba usar todos los medios a su alcance para conseguir lo que quería. Era el brazo ejecutor de su hermano Oham, a quien idolatraba con una pasión enfermiza, y no era un tipo paciente. Si había varias maneras de conseguir algo, siempre recurría a la más rápida, aunque no fuese tan efectiva como las demás. Y eran esas debilidades las que iba a utilizar esa noche.

Entré en mi despacho y me senté frente a la mesa. Me recosté en el sillón y adopté esa pose tan de «te escucho». Sí, esa en la que apoyas los codos en los reposabrazos del sillón y unes las manos solo por las yemas de los dedos, manteniendo las falanges bien abiertas.

Knel desplazó la mirada por el lugar. Sabía que era la primera vez que entraba allí, porque estudiaba cada pequeño detalle como si pudiese decirle algo.

—Bonito despacho.

—Sí, Hanna tenía un buen gusto para estas cosas.

—¿Habanos? —Desplacé un segundo la mirada a la caja de madera en la esquina de la mesa. Era una pequeña obra de arte, sobre la que descansaba un encendedor plateado, una imitación perfecta de un Cartier.

—Posiblemente. En realidad, el tabaco no me fascina. —Noté como Knel se pasaba la punta de la lengua por el labio inferior, deseoso por levantar la tapa y ver el tesoro que contenía. Yo sabía lo que había, cinco Montecristo del n.º 4, una auténtica joya para un fumador de puros experto como eran los dos hermanos Moushian. Pero él no picó, volvió a centrarse en lo que tenía entre manos, en mí.

—Supongo que estaba al tanto de las negociaciones que estábamos manteniendo con

su socia.

—Yo era el socio económico de Hanna; ella tomaba casi todas las decisiones que concernían al club. Así que disculpe si no estoy muy al día de lo que ustedes tenían entre manos.

—Me sorprende. Un Vasiliev controla todo lo que ocurre en sus negocios.

—Se llama confianza, señor Moushian, y se logra después de trabajar juntos durante muchos años. Hanna nunca me decepcionó, porque sus criterios siempre estuvieron en armonía con los míos.

—Bueno, esta vez su criterio no fue acertado, al menos para ella.

—Creo suponer a qué se refiere, pero no quiero pecar de soberbia. ¿Podría decirme qué era lo que hizo mal Hanna?

—Su socia se negó a permitir que nuestras chicas hicieran su trabajo en este club.

—Si Hanna no quiso contratar a su personal en nuestro club, sería porque pensó que no era lo que necesitábamos.

—Siempre se necesitan chicas cuando hay hombres y dinero juntos.

—¿Prostitución, señor Moushian? Debería saber que en este club no ofrecemos ese tipo de servicios.

—Oferta y demanda, señor Vasiliev. Es un negocio lucrativo del que podría sacar un atractivo porcentaje.

—Y supongo que Hanna le dijo que no nos interesaba.

—Nos faltó al respeto, señor Vasiliev. Se atrevió a levantarle la voz y a insultar a uno de mis hombres. Esa puta no sabía cuál era su lugar.

—Yo creo que sí lo sabía. Los que están fuera de su lugar son ustedes y sus denigrantes negocios.

—¿Escrúpulos, señor Vasiliev? Sí, ya sé no trabajan con esas cosas; nada de putas ni drogas. Mejor para nosotros. Lo que queremos es que simplemente mire para otro lado. Las putas son cosa nuestra, usted no tiene que hacer nada. Incluso podría revisar la mercancía de vez en cuando. He oído que tiene fuertes apetitos y estoy dispuesto a saciarlos.

—No creo que me interese.

—Una lástima. Tenemos buena mercancía.

—Gracias por la oferta, pero no.

—¿Y en cuanto a lo de la otra parte de la oferta?

—La respuesta sigue siendo la misma.

—Mala decisión, sobre todo conociendo lo mal que nos tomamos ese tipo de respuestas. ¿La muerte de su socia no le intimida ni siquiera un poquito?

—Espero que no me esté amenazando, porque eso sí que sería un error.

—¿Qué tipo de error?

—Sabe quién soy, no necesito decirlo.

—Ah, sí. Me hundirá el negocio, me arruinará o tal vez se atreverá a matarme. — Sonreí; sí, mucho. ¿Quería que lo amenazara? Pues iba a hacerlo, pero no de la manera que él pretendía. Control, Viktor, control.

—Yo no mato gente, señor Moushian. Eso solo lo hacen quienes no saben jugar sus cartas.

—Y tú eres un gran jugador, ¿verdad, Viktor? No te importa que te tutee, ¿verdad?

—Lo primero que aprende un Vasiliev es a jugar, señor Moushian. Y preferiría que no me tutee; eso solo lo hacen las personas que se lo han ganado, y usted no lo ha hecho.

—Supongo que hoy no conseguiremos avanzar con nuestra negociación. Así que será mejor que me vaya.

—No se moleste en volver. —Knel se levantó de la silla. Aunque su sonrisa no había cambiado, el brillo de sus ojos si lo había hecho. ¿Pensó que sería tan fácil doblegar a un Vasiliev? No, no lo creo. Pero le cabreaba que lo amenazaran, esa era su marca personal. Le gustaba ser el que manipulara la conversación, el que dominara, el que quedara por encima. Había estudiado su manera de trabajar, sus métodos. Bobby había trazado un perfil sobre él y no podía estar más de acuerdo con sus conclusiones, pero ahora venía el momento en el que mi método de trabajo se ponía a prueba. Knel se giró para irse, pero pareció pensárselo mejor, se volvió, se inclinó sobre la caja, apartó el mechero y levantó la tapa. Escogió uno de los puros y giró su cara triunfante hacia mí.

—Para el viaje. —Dejé que viera la ira contenida en mi expresión, apreté la mandíbula, entrecerré los ojos y lo amenacé con la mirada, aunque por dentro estuviese muy lejos de estar enojado. Miré la caja cerrada y sonreí; sí, la rueda había empezado a girar.

Capítulo 48

Viktor

Cogí el teléfono y envié el mensaje a Bobby.

¿Lo tienes?

La respuesta llegó unos segundos después.

Si.

Bien, el muy cretino había caído. Ahora solo tenía que esperar a que hiciera su parte del trabajo y eso era cuestión de tiempo. Como dicen en el ajedrez, ahora le tocaba a él mover su ficha.

Miré el reloj; las cuatro y cuarto de la mañana. No había lanzado un solo golpe a la cara de nadie, pero me sentía tan excitado como un adolescente que se estrena pisando el acelerador de un coche. Y por primera vez en toda mi vida, después de hacer una buena jugada lo único que quería era ir a casa. A casa. Era raro decir esa palabra cuando me refería al apartamento. Casa era el hogar de mis padres, donde nos reuníamos toda la familia. Nunca había sido el lugar al que regresaba después de un día de trabajo, hasta hoy. O quizás no fuera solo hoy. Daba igual. Lo único en lo que pensaba era en ir al apartamento, quitarme la ropa y meterme en la cama junto a Katia. Y no, no iba a despertarla en busca de sexo, solo quería sentir su calor a mi lado y cerrar los ojos.

Cat

Sentí una respiración caliente cerca de mi cara, y habría sonreído y besado esa boca de no ser porque tenía un aliento espantoso y parecía jadear mientras respiraba. ¿Viktor había llegado ahora? Escuché un gemido lastimero y abrí los ojos. ¡Mierda! El puñetero perro estaba casi encima de mi cara. Sus patas delanteras estaban sobre la cama y su enorme cabeza parecía inspeccionar de cerca mi barbilla. Sus ojos terrosos me miraban con una mezcla de súplica y expectativa que no tardé en descifrar. No, no es que se estuviera meando, es que el pozo sin fondo tenía hambre. Era una máquina diseñada para custodiar la nevera, pero como no había aprendido a abrirla, necesitaba la ayuda de un humano para darle lo que quería. Menos mal que no era yo la que pagaba su comida porque aquel perro me habría llevado a la ruina. Le empujé la cabeza y empecé a levantarme para darle lo que quería. Pero no pude. Una cuerda estaba atada a mi cintura y me impedía salir de la cama. Miré hacia abajo y descubrí que la cuerda era un brazo ligeramente bronceado, con unos antebrazos que conocía muy bien. Pero si aquello no era suficiente pista, una voz ronca sonó a mi espalda.

—No.

—Tengo que levantarme. —Me giré hacia él, encontrando su rostro acostado contra la almohada, los ojos cerrados y el cabello desordenado. Su expresión estaba relajada, como si siguiera durmiendo.

—Tienes diez segundos. Después iré a por ti.

—No creo que pueda darle de comer a... ¿Cómo dijiste que se llama tu perro? —Vi

como uno de sus ojos se abría, buscándome.

—Shtifty, significa patas en ruso.

—Sí, patas, le pega. Pues como decía, no creo que en diez segundos pueda darle de comer.

—Mmm, vale. Que sean 25 segundos. —Me incliné sobre él y le di un pequeño beso en la mejilla.

—Tú sigue durmiendo. —Viktor sonrió, cerró su ojo y me soltó. Cuando estuve fuera de la cama, noté el frío en mi cuerpo desnudo, pero no iba a tener mucho tiempo para buscar algo que ponerme. Patas estaba en el umbral de la puerta de la habitación, meneando aquel cuerpo perruno como si fuese Shakira en medio del carnaval de Rio de Janeiro. No, 25 segundos era demasiado poco tiempo. Vi la camisa que Viktor usó el día anterior sobre la silla y la recogí. Fui poniéndomela mientras caminaba por el pasillo hacia la cocina. Tenía que darme prisa. El sol estaba ya bastante arriba, lo que quería decir que Martina llegaría pronto y tenía que ir a mi cuarto para revolcarme en la cama, fingir que había dormido allí toda la noche y esconder el «pijama» que llevaba puesto.

Rellené el cuenco de agua de Patas y, mientras lo veía dar buena cuenta de su desayuno, de pronto sentí que me alzaban. Mis pies abandonaron el suelo antes de que pudiera gritar; solo un «¡Eh!» salió de mi boca antes de que me giraran y me cargaran en unos fuertes y familiares brazos.

—Has tardado demasiado.

—¡Viktor!, ¿qué haces?

—Llévate a la cama.

—Pero... Martina...

—Hoy es sábado, no viene a trabajar.

—Ah.

—Llevo esperando toda la semana a que llegara hoy, para dormir la mañana entera enredado en ti, así que no lo estropees.

—No hubiese estado mal que me hubieses avisado. Uno de esos mensajes tuyos, ya sabes, como los que mandas a tus chicos.

—Tú no eres uno de mis chicos. —Sentí mi cuerpo aterrizar en la cama, mientras Viktor comenzaba a trepar sobre mí como si fuera un gato—. Me gusta tu pijama.

Deslicé mi vista sobre su cuerpo casi desnudo, deslizando una de mis uñas por su duro torso, viendo cómo sus ojos se volvían de ese azul que me hacía temblar. Hambre, tenía hambre, y yo iba a alimentarlo.

Boby

El aviso me llegó al teléfono mientras dormitaba en la tumbona de mi terraza. Sí, tenía terraza en el apartamento. ¿Cómo si no iba un chico como yo a mantener su preciado bronceado? Trabajar en una oficina blindada tenía sus inconvenientes.

Estiré la mano, levanté las lentes para el sol y miré el aviso que acababa de llegar. De puta madre, la señal se había parado y llevaba más de tres horas en el mismo radio de cinco metros. Mami, el pequeño había llegado a casa. Soy un puñetero genio por meter un rastreador en el encendedor de diseño y Viktor es el amo de los juegos. Lo bueno del jefe es que hacía de lo difícil algo sencillo. ¿Que había que poner un rastreador a los armenios? Yo lo preparaba y Viktor hacía que el tipo lo cogiera como si fuese un pedido de comida para llevar. Mi jefe era un retorcido manipulador de personas y lo amaba por eso. No, no lo hacía para hacer daño, sino para conseguir de la manera más inocua posible que los planes salieran adelante. Como lo de ese boxeador gilipollas. El vídeo que habíamos colgado en la red se había hecho viral, sobre todo en Miami. Sí, el cabronazo se lo pensaría dos veces antes de volver a subirse a un *ring*. Que un tipo más viejo, en peor forma física y fuera del circuito te tumbe en la lona, no debe de ser un buen reclamo para los patrocinadores. El rubio besó el suelo con tanta fuerza, que creo que tuvieron que despegarlo con una palanca. Le dejó la cara como un muestrario de pinturas, y eso no fue lo peor. Cuando el jefe se cabrea, más vale estar fuera de su alcance. Ese tipo no iba a olvidarlo. ¿Y qué hizo el cretino? Pues era el ex de su chica, así que seguro que nada bueno. ¿Que cómo sé que es su chica? Porque casi me arranca la cabeza cuando le dije que quería conocerla.

Casi un millón de visitas el vídeo, sip. La carrera del tipejo estaba de camino a la basura. Eso era lo malo del jefe, que tenía mucha facilidad para hacer «amigos». Menos mal que la mayoría aprendía la lección y alejaba su culo tanto como podía de la familia Vasiliev; otros eran peores que un grano en la lengua. Sí, no he dicho culo. Ahí lo notas si estas sentado en él mucho rato, pero en la lengua... Uf, solo tienes que hablar y te acuerdas de Hipócrates, el padre de la medicina. Como ese agente del FBI, Bloom. Sí, como el Orlando Bloom, pero nada más lejos de ser un elfo. El cabrón es como un orco que no ha comido en una semana. Menos mal que mis contramedidas impiden a sus ingenieros entrar en nuestros sistemas, porque el cabrón es un perro insistente que no se detendrá hasta derribar a un Vasiliev, y no sé por qué se la tiene jurada al Vasiliev que paga mi sueldo, Viktor.

En fin, mi jefe había estudiado a esos cabrones armenios. El tal Knel bebía lo que meaba su hermano, hacía todo lo posible por tenerle contento. Seguro que él se fumó el maldito puro, o tal vez no, todo depende de si fue capaz de dominar la tentación para dárselo a su hermano[UdMO58][M59]. Pero nosotros no esperábamos más de eso, no. Conociendo los gustos esnob de Oham, el jefe decidió poner un rastreador en el encendedor de lujo. Sí, una pieza que casi parecía auténtica y en la que colé un rastreador indetectable. Eso sí que llegaría a manos de Oham; Viktor estaba convencido porque había estudiado su cabeza y pensaba que no desperdiciaría la oportunidad de regocijarse en que esa pieza se la habían sustraído a Viktor delante de sus narices. Un puñetero genio el jefe.

Capítulo 49

Viktor

El puñetero teléfono no paraba de sonar, y no es que no tuviese ganas de cogerlo porque fuese sábado, sino porque estaba aún en la cama con Katia entre mis brazos. Pero no puedo dejar de contestar a una llamada, así que estiré el brazo y miré el identificador. Igor. Se suponía que ese era su día libre, algo de ir a visitar a su suegra con las niñas y su mujer.

—Dime.

—Estamos en alerta, jefe.

—¿Qué?

—Han... han intentado llevarse a mis niñas, jefe.

—¡Dios!, ¿están bien? —Sentí mi cuerpo tensarse mientras me sentaba con violencia y mi corazón empezaba a latir con celeridad.

—Sí, sí. Tuvimos suerte y no hay más que un par de heridos.

—Espero que sean de ellos.

—No, jefe. Son nuestros.

—¿Qué coño ha pasado?

—Han movido ficha. Por eso le llamo, jefe. El esposo de Martina está en el hospital, ya les he puesto protección.

—¡Joder! ¿Quién más?

—Estoy de camino a su casa, jefe, y he pasado por delante del control de seguridad; el vigilante está noqueado.

—¡Mierda! —Cuando me quise dar cuenta, estaba metiéndome en unos *jeans* y caminando hacia el despacho. Allí tenía mi arsenal para emergencias, además de que es el último bastión, o habitación del pánico, como quieras llamarlo.

—¿Has avisado a mis padres?

—Boby activó la alerta general, jefe. Pero de momento solo se han movido contra nuestro equipo. Sam está también de camino a su casa. Estaremos allí en unos minutos.

—Bien, ya conocéis el protocolo. —Colgué el teléfono y abrí el cajón del escritorio. Activé la cerradura a distancia para abrir el panel oculto en la pared. Lo vi una vez en una película, *Sr. y Sra. Smith*, y pensé, «quedaría bien algo así en casa». Pero en ese momento solo pensaba en que no tenía suficientes armas para proteger a Katia.

—¿Qué tengo que hacer? —Alcé la vista hacia la puerta para ver a Katia parada en la entrada del despacho, con Shtifty alerta a sus pies. ¡Joder! Los quería, a los dos. Ninguno había entrado en pánico, los dos sabían que algo andaba mal y los dos estaban preparados para lo que viniese. Y Katia, mi Katia, no era de esas que decía «¿pasa algo?», porque era evidente que algo pasaba. Y tampoco se había puesto a gritar como una histérica, ni a

llorar. No, ella se había parado frente a mí, esperando que le dijese, no dónde tenía que esconderse, no, lo veía en sus ojos, qué podía hacer, algo para ser útil. Pero que me partiese un rayo antes de poner un arma en sus manos. Ella no, ella no iba a exponerse, iba a ser protegida y nunca tendría que disparar a nadie.

No llegué a responder, porque la alarma silenciosa se había activado. Alguien había penetrado en la zona de seguridad del edificio y ese alguien no era de los nuestros. Extendí la mano hacia Katia y ella la tomó. Sentí su temblor, su miedo estaba ahí, pero no se dejaba paralizar por él. Esa era mi chica, mi chica fuerte, mi guerrera. La besaría, la comería durante horas, pero no teníamos tiempo, en ese momento no. Tiré de ella hacia dentro y Shtifty nos siguió. Activé el resorte del costado y la pared de seguridad se deslizó en silencio rápidamente. Sí, que nos buscasen. La puerta del despacho no existía, solo había una pared que nos ocultaba. Saqué un par de chalecos antibalas y empecé a ponerle uno a Katia. Sí, no eran tan elegantes y sofisticados como mis trajes de Garrison Bespoke, el fabricante de trajes a medida antibalas, pero paraban balas igual. Anoté en mi cabeza que tenía que hacer un pedido para Katia, algo elegante que pudiera llevar cuando saliese a la calle y que la protegiese de una bala si era necesario.

—Vienen por nosotros, Katia. Pero tranquila, aquí estas a salvo. —Revisé mi arma, ajusté mi chaleco y me calcé unas deportivas que siempre tengo en el despacho, porque uno es así de previsor. ¡Eh! Vi *La jungla de cristal* cuando era niño y se me quedó grabada esa imagen en la que Bruce Willis corría con los pies descalzos y se los cortaba con cristales afilados. A mí no me iba a ocurrir, no en mi propia casa. Llámame paranoico, no me importa, pero estaba calzado, con un chaleco antibalas que cubría mi parte torso y un arma potente cargada en las manos. Estaba listo para salir ahí afuera y cargarme a cualquiera que amenazase mi vida, nuestra vida.

Tenía tantas ganas de salir ahí afuera que casi olvidé que no debía hacerlo, no hasta que no supiera cuántos, dónde y con qué contaban. Abrí el portátil y conecté la aplicación de seguridad. Varios monitores aparecieron en la habitación, donde se destacan varias cámaras de vigilancia y un plano del apartamento en tiempo real donde quedan resaltadas las improntas térmicas de todo aquel que estaba ahí. Oí gruñir a Shtifty contra la pared que nos ocultaba y noté un punto rojo en ese lugar del plano al otro lado del muro. Y di gracias por haber hecho la habitación totalmente insonorizada, porque ese gruñido sería imposible de pasar por alto. Mi chico era una fiera lista para atacar.

Escuché el doble chasquido en el audio y luego la voz de Igor al otro lado. Sí, el protocolo estaba en marcha y él ya se había preparado. Todos conocemos los pasos que debemos seguir: 1.º, armarse; 2.º, protegerse; 3.º, abrir la comunicación con el equipo; 4.º, coordinar la defensa; y 5.º, neutralizar la amenaza.

—Estamos en el edificio, jefe.

—Ya están en el apartamento.

—¿Sabes cuántos son? —Miré el plano y vi cinco puntos que se movían con sigilo, entrando y revisando las habitaciones.

—Cinco. ¿Ha llegado algún refuerzo más?

—Negativo. Alexis y Benny están aún en camino y tenemos a otros dos más

cubriendo a sus padres. El resto... —No necesitaba saber más, el resto se estaba cubriendo sus propios flancos. Era el momento de empezar con las contramedidas.

—Voy a sellar el sarcófago, permaneced en el exterior del perímetro.

—OK, jefe. —Otra vez escuché el pitido, uno esta vez. Comunicación cerrada. Revisé la posición de los intrusos. Se estaban reagrupando en el salón principal, era el momento. Activé los aspersores del techo y los cierres de seguridad. Una a una, las puertas de las habitaciones se cerraron y se aseguraron, lo mismo que todos los accesos a la vivienda. Las pantallas blindadas de las ventanas se deslizaron con rapidez, sumiendo todo en una completa oscuridad. No había luces que iluminaran, ni siquiera las referencias de los electrodomésticos de la cocina, nada. Solo las linternas que pudiesen llevar encima.

Escuché sus voces alteradas cuando se dieron cuenta de que habían caído en una trampa. Dos estaban en la sala principal, empezando a manifestar los síntomas del gas que había lanzado sobre ellos. Otros dos estaban golpeando las puertas de las habitaciones, buscando una salida, y el último estaba buscando hacerse él su propia salida. Ninguno conseguiría llegar muy lejos. Cuando las cámaras infrarrojas me mostraron sus cuerpos inertes sobre el suelo, esperé los diez minutos más que necesitaba para estar seguro de que ninguno fingía. Después tomé mi máscara antigás y accioné los controles para levantar los bloqueos de las ventanas y puertas. Abrí la falsa pared que nos protegía, insté a Katia a que se quedara donde estaba y, con la mascarilla sobre la cara, salí de mi refugio. Era el momento de hacer la recolección.

Capítulo 50

Viktor

—La zona está asegurada, jefe.

—Bien. —Cogí la silla de mi izquierda y le di la vuelta para poner el respaldo hacia al tipo esposado frente a mí. Apoyé mis antebrazos sobre la parte superior del respaldo, sabiendo que aquella postura relajada mostraría que teníamos tiempo y que esto se alargaría tanto como fuese necesario. La cámara estaba detrás de mí, enfocando la cara de ese cabrón. Ahora sabía que todo estaba listo para que empezara el interrogatorio.

—Voy a hacerte algunas preguntas, y tú vas a contestarlas. —El tipo alzó la cabeza hacia mí y sonrió de esa manera que yo mismo habría hecho en su situación: «sí, inténtalo». Pero lo que el tipo no sabía es que iba a quebrarlo hasta conseguir lo que quería y lo iba a hacer de la manera que él no esperaba; porque lo que no sirve conmigo, tampoco serviría con él, con ninguno de ellos. Escuché la voz de Bobby en el auricular oculto en mi oído.

—Tengo la confirmación de las huellas dactilares. —Sí, sabía lo que eso quería decir. Muchos de los hombres de los armenios, sobre todo los que tenían la formación para llevar a cabo un asalto como el que habían hecho en mi casa, tenían en común una cosa, las fuerzas paramilitares y el ejército armenio. Y si habían cambiado su rostro con cirugía era porque no querían ser reconocidos. Ese tipo tenía las marcas de su cara bien escondidas, pero sabíamos dónde buscar. El reconocimiento facial no serviría, pero las huellas dactilares... eran otra cosa. Bobby empezó a soltarme toda la información del tipo y, como esperaba, había una orden de búsqueda para él y para todos los que habían entrado en mi casa. Eso, era un punto a nuestro favor. El gobierno armenio los quería y, por lo que sabía, tenían firmada su sentencia de muerte. El que llegaran a un juicio, era otra cosa.

Hice un gesto con la cabeza hacia Igor y este se acercó al tipo para clavarle una jeringuilla en el cuello. Ahora solo tenía que empezar a hacer las preguntas y el tipo tendría que hacer verdaderos esfuerzos por no soltar todo lo que había en su cabeza. En un interrogatorio había varias maneras de conseguir que alguien hablara, pero la peor de todas no era destrozar su cuerpo para hacerlo, no, era doblegar su mente. Eso hice, jugué con él, con sus miedos, con sus secretos, con todo y, después de una hora, tenía a un tipo gritando en armenio para dejar de oírme. Sí, no tenía ni idea de armenio, y él lo sabía, pero eso no era ningún problema, no cuando tienes a Bobby y su equipo trabajando en ello. Era complicado conseguir transcribir palabras a texto, sobre todo cuando el tipo escupía más que hablaba, pero Bobby afinó el software y el traductor simultáneo se encargó del resto. Eso, y el traductor online que teníamos trabajando en ello.

Casi había terminado con él cuando me empezó a vibrar el teléfono en los pantalones. Me alejé de él, aunque no mucho, porque aquella llamada, fuese de quién fuese, podía retorcerla, hasta convertirla en un arma contra él. Cuando vi el identificador de llamadas, mi cerebro se vio sorprendido, pero solo por un par de segundos.

—¿Sí?

—Señor Vasiliev, si no iba a venir a su revisión, al menos podía habernos avisado. Hacer que el personal trabaje solo para un paciente ya es...

—Lo siento, pagaré todos los gastos, y llamaré para reprogramar la cita.

—Pero no es correcto el no...

—Disculpe, doctor Sahib. Estoy en medio de una emergencia familiar. Siento no poder atenderlo, pero lo haré en cuanto todo se solucione.

—Oh, lo siento. Si puedo servirle de...

—No se preocupe, ya estamos trabajando en ello.

—Ah.

—Volveré a llamarlo. Gracias por su comprensión. —Cerré la conexión y mi mente se centró en ordenar aquella nueva información, junto con todas las que tenía. Lo que parecía decirme es que aquellos tipos no venían a por mí. Yo debería haber estado en la consulta del doctor, haciéndome las pruebas pertinentes para ver cómo iba evolucionando mi lesión. Pero lo olvidé, totalmente, y no era por completo culpa de los armenios, porque he lidiado con problemas similares y nunca he faltado a una cita o había avisado de que no iría. Pero esta vez lo hice, porque estaba en el paraíso con Katia, y esa maldita cita la olvidé. Si tanto sabían sobre mí, mis movimientos, mi agenda, seguramente sabrían que tenía una cita hoy. Asaltarme en la consulta médica habría sido mucho más fácil, pero si el doctor estaba tan tranquilo como para reñirme por no haber acudido, eso quería decir que no hubo ningún asalto o altercado allí. Nada fuera de lo normal si me llamaba dos horas más tarde de la hora de mi cita. La cortesía era una cosa y la evidente falta de profesionalidad por mi parte, otra. Y si yo no debía estar en casa, y no era a mí a quién querían, evidentemente lo que buscaban estaba en mi casa en aquel momento.

Habían atacado a Martina y su marido; a ella porque tenía las llaves y el código de acceso a mi apartamento; a él porque era uno de los porteros del edificio, puesto que yo conseguí para él porque era una persona de confianza. Luego se habían tomado muchas molestias para entrar en mis dominios. Pero allí no era donde tenía algo que pudiese ser importante para ellos. No guardaba en casa información sobre mi negocio, eso lo hacía en la central del Crystals Mall. Tampoco guardaba joyas o grandes cantidades de dinero; lo único de valor que había en casa era... Katia, solo ella estaba en el apartamento esa mañana.

Sentí como mis entrañas se anudaban. No, ella no. Aquellos hijos de puta habían ido a buscarla a ella, como habían ido a buscar a las hijas de Igor. Porque él haría cualquier cosa por ellas, y yo haría cualquier cosa por Katia. Entonces no necesité más información, la lógica lo decía todo. Para tener a la familia Vasiliev y sus negocios bajo control, bastaba con tener a uno de ellos a su servicio. Y ese era yo, porque yo tenía el control de toda la seguridad de la familia. Para tenerme a mí subyugado, bastaba con tener algo que fuera muy importante para mí. Y no había nada que ejerciera ese dominio sobre mi persona, nadie ni nada podía tener ese poder sobre mí, hasta ahora.

—Hijos de puta. —Caminé a paso decidido hasta el tipo y le lancé un rechazazo bien fuerte. Casi lo noqueé y le habría seguido golpeando, pero no podía perder tiempo con él. Necesitaba saber que Katia estaba bien, aunque sabía que era así.

—No la tenéis, desgraciados. Está a salvo, conmigo. —El cabrón me miró con ira, pero sonrió, el cabrón sonrió, y es entonces cuando comprendí que todo esto no había terminado, había más. Piensa, piensa... miré a Igor y empecé a darle vueltas a los datos en mi cabeza. Habían intentado secuestrar a las hijas de Igor para tenerlo bajo control, pues podía llegar a mí. Es mi jefe de seguridad, mi mano derecha, pero a mí no me quieren muerto, solo... solo quieren controlarme. Si tienen a Igor, es como si me quitaran una mano y pusieran un observador para vigilarme al mismo tiempo. Secuestrar a Katia era ponerme una correa en el cuello, y tirarían de ella para que hiciera lo que quisieran. Pero si sabían que ella era tan importante para mí, harían lo que fuera por conseguirla, por llegar a ella. Y ahora no podrían, porque pondría un puñetero ejército para vigilarla y cuidarla.

Volví a mirar a Igor; sus hijas, él, yo. La secuencia estaba allí. ¿Y si hacía el mismo camino, pero al revés? Yo, Katia... ¿Qué podía tener control sobre ella, qué...? Su madre, ella solo tenía a su madre. Aquellos hijos de puta iban a secuestrar a su madre, y así la tendrían a ella.

—¡Sam! —grité.

—¿Señor?

—Tengo un trabajo para ti.

Capítulo 51

Sam

Sabía quién era, la había visto durante el entierro de su marido, o al menos del tipo que legalmente lo era, pero, por si acaso, llevaba su foto en el teléfono. Y no, no le hacía justicia. Candela Steel era mucho más hermosa en persona; al menos eso recordaba. Quizás tuviese manchas grises bajo los ojos y estuviese un poco más delgada de lo que a mí me gustaban pero, definitivamente, Cat había heredado su belleza. Candela tenía el pelo más oscuro, la piel más tostada, pero su sonrisa y sus ojos eran iguales.

Cuando la puerta del motel se abrió, vi a nuestro hombre al otro lado. No es que me gustara trabajar con gente externa a la familia pero, en aquella ocasión, me había visto forzado a hacerlo. ¿Como, si no, iba a ganarle la partida a los armenios? Tenía que luchar contra el reloj y ellos nos llevaban ventaja. Así que hice lo único que podía; llamar a alguien más cercano a la ubicación de Candela y hacer que la escondiera. Yo volé en el avión de la empresa hasta el aeródromo más cercano y luego fui en coche hasta el motel en el que mi hombre me esperaba.

Cuando la vi, estaba amordazada y maniatada en una silla. Miré a mi hombre y él se encogió de hombros.

—No había manera de que viniese voluntariamente. —Bueno, no era de extrañar. No habíamos conseguido contactar con Candela antes de que pudiésemos llegar hasta ella, así que Cat no pudo explicarle lo que ocurría. Pero ahora yo estaba allí, e iba a sacarla de ese lugar y ponerla a salvo.

—Yo me ocupo de ella ahora. —Vi sus ojos abrirse asustados, pero sin lágrimas en ellos. Había que reconocerlo, era más dura de lo que parecía. Cuando estaba a punto de quitarle la cinta adhesiva de la boca, una mano me detuvo.

—Eso ya lo hemos hecho. Cuando se lo quites, va a empezar a gritar como una loca. —Dejé escapar un suspiro y asentí. Por mucho que quisiera evitar aquello, antes tenía que lograr que confiara en mí. Menos mal que nos habíamos preparado para eso.

—A partir de aquí ya me encargo yo, no te preocupes. —Saqué el sobre con el dinero de mi chaqueta y pagué al tipo. Él contó los billetes por encima, sonrió y saludó antes de irse.

—Ha sido un placer trabajar para usted.

—Lo mismo digo. —Cuando la puerta se cerró, saqué el teléfono, busqué entre mis archivos y accioné el último vídeo que había recibido. Lo puse ante los ojos de Candela, para que viese y oyese a su propia hija.

—Hola mamá. Este hombre es Sam. Puede que no le recuerdes, pero es uno de los hombres de Viktor; uno de los que estuvo en el entierro de Howard. Tienes que confiar en él y dejar que te lleve a un lugar seguro. Ahora no puedo explicarte la razón, pero tienes que saber que estás en peligro. Hay un grupo de hombres que quieren hacerme daño, más exactamente hacernos daño a Viktor, a su familia y a mí, y no tienen el menor escrúpulo en la manera de hacerlo. Sam está ahí para ponerte a salvo. Él hará lo que sea para

protegerte y traerte conmigo. Así que haz todo lo que te pida, aunque te suene raro. Recuerda que él lo hace para que estés segura y para traerte conmigo. —Cuando el vídeo terminó, guardé de nuevo el teléfono y la miré a los ojos.

—Voy a quitarle las ataduras y la mordaza, pero necesito que mantenga la calma y que no haga ruido. Aquí no conozco a nadie y no sé quién puede estar escuchando o si puede ser un problema para su seguridad. ¿Me ha entendido? —Asintió y yo empecé a desatarla—. Seguro que tiene muchas preguntas que hacerme, señora Steel; contestaré a tantas como pueda.

—Mi... mi hija, ¿está bien?

—El señor Vasiliev la mantiene a salvo. Nada es más importante para mi jefe que la seguridad de su hija, créame.

—¿Por qué quieren hacerme daño, por qué quieren...?

—Existen personas en este mundo que son capaces de cualquier cosa con tal de que la gente haga lo que ellos quieren. Cuando se topan con alguien como la familia de mi jefe, saben que el dinero y las amenazas no funcionan, así que recurren a las personas a quien quieren.

—Y quieren hacerle daño a mi hija porque tu jefe quiere a mi hija, ¿es por eso?

—Cat es muy importante para mi jefe, más de lo que él mismo estaba dispuesto a reconocer, al menos hasta ahora. Pero cuando supo que usted estaba en riesgo, ha movido cielo y tierra para ponerla a salvo, porque sabe que usted es lo único que le queda a Cat.

—Eso entonces es un sí.

—Alto y claro. Al menos eso creo yo.

—Y ahora... ¿Ahora dónde vamos?

—Ahora voy a llevarla a Las Vegas, con su hija. Allí estaremos a salvo. Allí podremos protegerla en condiciones.

—De acuerdo.

—¿Se encuentra bien como para irnos?

—Solo deme un poco de agua y estaré lista para salir de aquí.

—Perfecto.

—¿Tengo tiempo para avisar al trabajo?

—Preferiría no dar más pistas a nadie; no quiero dejar un rastro que puedan seguir.

—Ah, bueno. En ese caso...

—No se preocupe por su trabajo, señora Steel. Si algo conozco a mi jefe, puedo anticipar que él no dejará que le falte nada.

—Pero yo necesito mi trabajo.

—Le conseguiremos uno mejor; yo lo haré si así lo desea, se lo prometo.

—¿Lo hará?

—No le prometo que será dirigiendo un banco, pero seguro que puedo encontrar algo mejor que el que tenía hasta ahora.

—Se lo agradezco.

—Pongámonos en marcha, y llámame Sam. Cuando una mujer me llama de usted, me siento como si tuviera 60 años.

—Solo si dejas de llamarme señora Steel.

—¿Mejor Candy?

—Sí, mucho mejor.

—Bien; entonces, salgamos de aquí. Tenemos un largo camino hasta llegar a casa. — La llevé de la mano hacia el coche que tenía en el aparcamiento, la ayudé a subir y luego ocupé mi lugar detrás del volante. Después de atarme el cinturón, cogí mi teléfono, marqué un número que sabía de memoria y le tendí el aparato a Candy. Me miró confundida, pero cogió lo que le tendía.

—Supongo que querrá hablar con su hija. —Asintió y vi sus lágrimas y su sonrisa dándome las gracias.

—Hola... Catalina, cariño... —Conduje el coche con una sonrisa en la cara, pero no demasiado grande. Sí, había llegado hasta la madre de Cat, pero aún no estaba tranquilo. No lo estaría hasta que pusiera a Candy totalmente a salvo.

Capítulo 52

Viktor

Verla sonreír de nuevo fue todo lo que necesité para poder volver a concentrarme al 100 %. Eso, y el saber definitivamente que separarme de ella no era una opción. Para bien o para mal, no iba a dejar que se fuera. No poder estar a su lado para protegerla, dejar que otros lo hicieran en mi lugar o, simplemente, no poder volver a abrazarla, era algo que no iba a poder dejar que sucediera.

Cuando cortó la llamada, sus lágrimas y su alivio casi me rompen. La abracé, no porque ella necesitara mi fuerza, sino porque yo necesitaba sentirla contra mí.

—¿Está bien?

—Sí, está de camino.

—¿Y tú, cómo estás?

—Temblando, pero se me pasará.

—Voy a ocuparme de todo, Katia. No dejaré que vuelva a ocurrir. No permitiré que vuelvas a estar en peligro.

—No voy a dejar que me envíes lejos de ti, Viktor. Estaré aquí hasta que acabes con ellos, con todos.

—No volverán a acercarse tanto, Katia. No debes tener miedo.

—No tengo miedo, Viktor. Lo que digo es que tienes que ir a coger a esos hijos de puta que han lastimado a Martina y a su marido, a esos desgraciados que entraron al apartamento armados, dispuestos a hacernos daño, y meterlos a todos en un barco, llevarlo a la mitad del océano y hundirlo. Quiero que les enseñes a todos los que piensen en hacer daño a tu familia, o a quienes trabajan para ti, que pagarán muy caro el hacerlo. Quiero ver cómo lo haces y, si es necesario, patearé su culo yo misma. —Wow, mi guerrera. Amaba su corazón, dulce, noble, su espíritu inquebrantable, pero... ¡Joder! Cuando sacaba ese lado agresivo suyo... Uf, ¿me había puesto duro? ¡Mierda, sí! Mi chica era una auténtica loba, una que no iba a abandonar nuestra manada porque la necesitábamos; yo la necesitaba. La atrapé por la nuca y tomé su boca al asalto. Necesitaba hacerlo, necesitaba besarla, consumirme con ese fuego que quemaba dentro de ella. Iba a meterla en un lugar privado e íbamos a tener el sexo más salvaje y abrasador que pudiese darle. Sabía que ella iba a estar a la altura, podía verlo en sus ojos, en ese brillo aniquilador que había visto en ellos. Pero tuve que detenerme porque aquel no era el lugar y porque iba a cumplir su orden como si fuera la del maldito presidente de los EE. UU. en persona. Apoyé la cabeza en su frente, mirando sus ojos, sus labios, deseando más, sabiendo que todavía no podía ser, pero prometiéndole en silencio que llegaría.

—Voy a destrozarlos.

—Bien. —Besé sus labios con fuerza, solo unos segundos, y me aparté de ella.

—Volveré tarde a casa, cariño. Y cuando lo haga, te despertaré para que me des mi premio.

—¿Tu premio?

—Oh, sí. Cuando haga mi trabajo, voy a buscar el premio que solo tú puedes darme.

—Ah, entiendo. Entonces te lo mantendré caliente. —¡Joder! Amo a esta mujer, a todas las partes de ella; la buena, la mala y la traviesa.

Igor

No es que sea una persona a la que le guste la violencia, pero echaba de menos esto. Mi mujer dice que soy un yonqui de la adrenalina y que por eso trabajo para los Vasiliev, para mantener mi pequeña dosis diaria. Puede ser. Ese día me había dado suficiente adrenalina para cubrir mi cupo de los próximos 10 meses y, aun así, ni el mismísimo demonio iba a evitar que me metiera dentro del traje militar acorazado y dejara el trabajo a los ocho chicos que tenían que hacer aquella intervención. Sí, era arriesgado; sí, podía salir herido, pero iba a hacer aquel trabajo porque se lo debía a mis hijas. Aquellos hijos de puta habían dado la orden y yo iba a hacer que pagaran por ello. Y no, no iba a entregarlos a la justicia, esta vez la justicia la íbamos a impartir nosotros.

—En posición. —Casi podía escuchar la respiración de Viktor en el auricular, pero no me arrepentía de haberle casi ordenado que se quedara en la central. No iba a permitir que él se expusiese directamente al peligro porque, si nosotros fallábamos, él nos sacaría de aquí. Enviaría a tantas unidades como fueran posibles; porque él no se rendía, y porque él no abandonaba a ninguno de los suyos. Podía ser paciente, pero siempre hacía pagar las ofensas, y siempre nos mantenía a salvo. Yo podía ser bueno con los puños, pero él era jodidamente bueno con la cabeza. Confiaba en él, en su plan y en que todo saldría bien. Cuando acabara la noche tendríamos a esos cabrones en un sótano, atados y listos para pagar su deuda.

Viktor

Esperé pacientemente a que el cabrón de Oham Moushian despertara y alzara la cabeza. Quería ver su cara cuando se diese cuenta de que estaba en mis manos y quería ver sus ojos cuando le dijera cuál iba a ser su destino.

No, no esperamos mucho a lanzar el ataque. Tan solo necesité poner a Katia bajo el techo seguro de casa de mis padres y di la orden de empezar con la operación. Estaba todo preparado, todo estudiado; tan solo esperábamos el momento oportuno y aquel era mejor que ningún otro. Ellos estaban confiados, porque al lanzar su ataque no habían hecho vulnerables. Nuestros chicos estaban rabiosos precisamente por eso. Seguramente esperaban una reacción por nuestra parte, pero no esperarían que fuese tan organizada y mucho menos que atacase directamente a su cabeza. Porque eso es lo que habíamos hecho, cortar la cabeza de la serpiente.

—Bienvenido de vuelta al mundo, Oham.

—Estás muerto, Viktor Vasiliev.

—Todavía no. Y tú, tampoco.

—¿A qué estás esperando entonces? Si vas a torturarme, puedes empezar ya. Pero no vas a conseguir nada.

—Ya tengo lo que quería, Oham.

—No tienes nada, pobre estúpido.

—Te tengo a ti y a 36 de tus hombres. Y voy a enviaros al infierno.

—O me matas, o mis hombres vendrán a buscarme. No eres precisamente silencioso, Vasiliev. Ellos me encontrarán y, cuando lo hagan, acabaré con todos los tuyos. Empezando por esa zorra que ahora metes en tu cama. —Apreté la mandíbula, pero esta vez no me contuve. Golpeé esa cara tanto como quise, pero no lo maté, no. Eso era lo que él quería, que lo matara, y no podía permitir que él ganara. Iba a pagar por todo lo que me había hecho; pero no solo a mí, sino a todos los que lo buscaban. Necesitaban su propia venganza y yo no se la iba a quitar porque sé lo bien que sabe la sangre de aquel que has jurado matar sobre las tumbas de los tuyos. Hanna había sido vengada. Aquellos que apretaron el gatillo, tendrían su infierno en prisión; ya me había encargado. Cuando tuviesen suficiente, los dejaría a su suerte, probablemente la muerte a manos de los que fueron sus enemigos.

Todos y cada uno de esos hijos de puta iban a vivir su infierno; porque sí, los Vasiliev somos una manada de lobos y acabamos con los depredadores que nos atacan, pero no somos los únicos animales con garras de este bosque.

Había preparado un destino para cada uno de aquellos indeseables, del primero al último. Algunos ya estaban en las puertas del infierno, como aquellos cuya cabeza tenía un precio en la República de Armenia. Los había empaquetado y enviado a la embajada. Un bonito viaje en autobús hasta Washington D. C. Había preparado su llegada, una simple carta con una sola frase «Un regalo de un amigo». Sabía que de los 15 hombres que iban a entrar en esa embajada, probablemente una tercera parte saldría camino de Armenia. Al menos, respirando.

Los demás iban a ser también regalos; a otras bandas, a otros depredadores. Un bonito presente con una tarjeta que dijera «Bon appétit». Todos tenían un destino, pero para Oham y Knel tenía algo mucho mejor: los dos tenían una reserva en «El hotel»; la mejor habitación para Knel y una suite para Oham.

Salí de allí con los nudillos al rojo vivo, pero satisfecho. No necesité esperar a que el cabrón recuperara la consciencia, porque sabía el camino que iba a llevar. No habría fallos ni interrupciones. Aquellos dos iban a llegar a su destino y pagarían hasta el fin de sus días por todo lo que habían hecho. Tal vez, solo tal vez, sacaría a Oham del hotel y lo entregaría a las autoridades Armenias para que fuese juzgado y encarcelado; pero eso no lo había decidido aún.

Mis pasos me llevaron fuera del edificio, donde Igor me estaba esperando.

—¿A casa, señor?

—Llévame con mi mujer. —Igor sonrió. El cabrón sonrió. Sí, lo reconozco, él lo supo antes que yo, pero eso no cambia lo que es. Katia es mía y ni voy a dejarla ir, ni voy a enviarla lejos de mí para que esté a salvo. Ella es lo que necesito y lo que quiero, y reto a cualquiera a que intente arrebatármelo, porque me comeré su corazón mientras aún esté latiendo.

Capítulo 53

Viktor

El sol estaba empezando a salir por el horizonte, pero yo no estaba cansado. No era por la ducha que acababa de tomar. Tampoco era el exceso de adrenalina que aún corría por mi torrente sanguíneo. No, era porque la estaba mirando a ella. Estaba dormida sobre mi cama, con el teléfono aún en sus manos. Esperando cualquier noticia. Y sé que tardó en dormirse, porque seguí su estado cada pocos minutos. Mamá la metió algún calmante en la bebida, algo para que durmiera, y aun así ella aguantó tanto como pudo. Me metí bajo las sábanas a su lado y abracé su cálido cuerpo. Dormir junto a ella era todo lo que necesitaba. Sentí su cuerpo moverse y sus ojos somnolientos se abrieron para mí.

—Has vuelto.

—Sí, estoy aquí.

—¿Acabaste con ellos?

—Mejor. Los he cazado a todos y los he enviado a las puertas del infierno.

—No están muertos.

—No, pero seguro que alguno pronto deseará estarlo. Otros tendrán suerte y conseguirán morir, pero eso ya no depende de mí.

—Bien. —Mi Katia me envolvió con sus brazos y pegó su mejilla en mi pecho, buscando ese contacto que los dos necesitábamos.

—Descansa. Después te daré tu premio.

—¿Y si lo quiero ahora?

—La tramposa de tu madre me metió algo en la bebida; estoy más dormida que despierta. Si tenemos sexo ahora, será lo más parecido a la vida sexual de una tortuga.

—A mí no me disgusta eso, sigue siendo sexo animal.

—No, tú mereces algo mucho mejor y yo quiero poder dártelo. Así que duerme, descansa y, cuando despiertes, haré de ti un hombre feliz.

—Yo ya soy un hombre feliz; te tengo entre mis brazos, en mi cama, y eso es todo lo que quiero.

—Vale, pero a mí no me sirve. Yo quiero algo salvaje y descontrolado. Voy a llevarte al límite, voy a dejarte seco, y quiero que estés en plenas facultades cuando lo haga.

—Mmm, calla malvada. Una palabra más y voy a follarte. —Noté cómo su respiración empezaba a ralentizarse; estaba rendida y, aunque mi cuerpo se muriese por hacer todo lo que me había dicho, no le iba privar de su deseo. Esperaría hasta que estuviese lista, a que los dos lo estuviésemos. Poco a poco mis ojos se fueron cerrando y antes de darme cuenta había caído en brazos de Morfeo.

Cat

Soñé que Viktor volvía a mí, sano y salvo. Soñé que acababa con todos, que ya no estábamos en peligro, que los armenios eran historia. Soñé que sus brazos me protegían, que nada podría llegar a mí, porque él lo impediría. Soñé que yo era suficiente para él, que era todo lo que necesitaba para ser feliz. Soñé que él era mi guerrero vikingo, que eliminaba al enemigo y volvía a casa para estar con su esposa. Soñé... que solo éramos nosotros, el resto del mundo ya no importaba. Y no quería despertar, porque quería seguir soñando.

Sentí sus brazos a mi alrededor, su respiración calmada a mi espalda, su cuerpo fuerte y duro acunándome como si fuese la joya más valiosa. Y entonces abrí los ojos, y dejé de soñar; él estaba a mi lado.

Sus manos eran grandes, fuertes. Tenía los nudillos magullados y raspados, y eso me decía que había machacado a esos... ¿Cómo llamar a las hienas que matan y roban al resto de seres vivos? Qué más daba. Él los había derrotado y eso para mí era suficiente. Mi guerrero.

Lentamente me giré en sus brazos. Su rostro estaba relajado, tranquilo. Era tan hermoso, tan bello. Mentira, Viktor era algo diferente a todo eso; era... como una mora madura. Apetecible, jugosa, dulce, pero había que pasar por un infierno de espinas para poder alcanzarla. ¿Yo estaba allí? Me levanté de la cama y caminé al baño, porque una podía ponerse bucólica por la mañana, pero la naturaleza era demasiado exigente cuando se lo proponía. En otras palabras, me estaba meando.

Cuando hice mis necesidades, regresé a la habitación y tuve que detenerme. ¿Podía el David de Miguel Ángel parecerme imperfecto? Al lado de Viktor, sí. Su torso estaba desnudo, su rostro ladeado, sus ojos cerrados, y aún en esa pose tan relajada, parecía tan peligroso como una pantera. Mis pies se deslizaron por la suave alfombra, hasta llegar a su lado. Con cuidado, mis rodillas subieron a la cama y se acomodaron a su costado. Sentí una imperiosa necesidad de probarlo, de tener su sabor en mi boca, de morder esa carne prieta, de atrapar toda aquella fuerza...

Mis dedos se acercaron a ese torso y resbalaron sobre su piel como si fuera una pluma, ligeros, acariciantes. Luchando por sentir sin que él se despertara. Pero alguien dijo que el mundo es de los audaces, así que se volvieron más osadas mis indagaciones. Las yemas dieron paso a mis uñas, que se deslizaron sobre su torso y abdomen como si quisieran rasgar aquella dura armadura para llegar dentro. Vi cómo sus pequeños pezones se erizaban con el contacto y no pude frenar mi deseo de saborearle. Me incliné sobre él y deslicé la punta de mi lengua por su cálida piel; solo una tímida probada, un ligero roce. No era suficiente, ni por asomo, pero, aun así, me incorporé y contuve el deseo de mis dientes de morder aquel cuerpo, tomando mi propio labio inferior en su lugar.

—¿Solo vas a hacer eso? —Mis ojos volaron deprisa a su rostro, donde unos ojos somnolientos, pero increíblemente azules, me retaban.

—No. —Mis piernas volaron para acomodarse sobre su regazo, montándole como el semental que era. Mi boca se lanzó sobre su torso y mis dientes arañaron el pecho en el que retumbaba su desbocado corazón. Su respiración se cortó después de una profunda inspiración, regalándome ese sonido estrangulado del fondo de su garganta que hizo que mi interior se incendiara como una hoguera enriquecida con queroseno.

—Vas a matarme. —Su voz sonó profunda y débil como si le costara salir de él. Sonreí, ¡oh sí!, sonreí. Me alcé tanto como pude, sin despegarme de su ingle. Roté mis caderas sobre él, torturando a su semierecto amigo con la presión justa, terminando con una perfecta sacudida mientras me balanceaba hacia delante. Su gemido reverberó en mi propio cuerpo, sus manos se dispararon para sujetar mis caderas y sus ojos se posaron sobre mí como los de un depredador que estaba a punto de saltar sobre su presa.

—Todavía no. —Levanté la camiseta que estaba usando como pijama, quitándomela por la cabeza y dejando mi cuerpo desnudo ante su vista. Sentí sus dedos clavarse en mi carne y después empezar a subir hacia mis costillas. Deslicé mis manos hasta que atraparon sus muñecas, deteniendo su avance. Él dejó que retirara sus manos de mí, porque sabía que no podía competir con su fuerza. Posé sus brazos sobre el colchón y avancé hasta casi llegar a sus codos, mientras mi torso iba descendiendo lentamente hacia abajo. Mi cuello se dobló, hasta que mi rostro estuvo sobre su pecho. Mis ojos buscaron los suyos, encontrándolos hambrientos, expectantes.

Y entonces mi lengua escapó de mi boca y empezó a deslizarse por su piel, degustando su sabor salado. Dejé que descendiera por el camino que marcaba el valle de su torso, su abdomen, y llegar al pequeño pozo de su ombligo, donde tracé aquella pequeña circunferencia. Su respiración se volvió errática, los músculos de sus antebrazos se tensaron y yo le regalé la más traviesa de mis sonrisas tras soplar sobre la humedad de su piel. Vi satisfecha que la piel de gallina hacía su aparición, pero lo mejor fue la reacción del pequeño Vitya bajo las sábanas. Aquel pequeño trozo de placentera carne dio un salto para reclamar mi atención, y yo se la di.

Giré la cabeza para dejar que mi mejilla se restregara contra él, sintiendo cómo su dureza iba creciendo aún más. Aferré la sábana con los dientes y empecé a tirar hacia abajo mientras descendía por las piernas de Viktor. Ya sabía que estaba desnudo bajo las sábanas, ya conocía su tamaño cuando estaba listo para «la batalla», pero no dejaba de maravillarme lo firme y suave que parecía. Se alzó libre ante mí, orgulloso y desafiante como su dueño, a quien dediqué una última mirada antes de dar un lento lametón con la punta de la lengua, desde la base hasta la punta, como si fuera en persecución de la gota de helado, que escapa por el cono de barquillo. Escuché un gruñido salvaje y acto seguido estaba de espaldas sobre la cama con Viktor sobre mí.

—No puedo aguantar más, Katia. O te poseo ahora, o... ¡MIERDA! —Sentí su profunda embestida dentro de mí. Como si reclamara algo que nadie más podría tener, como si fuera el aire que necesitaba para seguir respirando. Estuve a punto de perder la cordura cuando empezó a balancearse lentamente, dentro y fuera de mí, llevándome a ese eterno y primitivo baile del principio de los tiempos. Pero mi mente tuvo la suficiente fuerza como para ordenar las palabras que debía decir.

—Viktor... no podemos... no hay protección. —Él se detuvo y me vi obligada a mirarlo. Sus ojos me taladraban con una fuerza sobrehumana, como si quisiera arrebatar algo enterrado en lo más profundo de mí.

—Quiero esto Katia, lo necesito.

—Pero puedo... puedo quedar...

—Embarazada, lo sé. Y sería puñeteramente feliz si así es. Dime que llevarás a mi

hijo, Katia, y seguiré adelante. Y si no lo quieres, dilo también, porque saltaré a ponerme uno de esos jodidos preservativos y seguiré atormentando tu cuerpo de igual manera.

—Yo...

—No puedo esperar para notar mi piel estirarse dentro de ti, no a través de un plástico. Quiero sentir cómo me humedeces, cómo responde tu cuerpo al mío. —Entonces, como respondiendo a su petición, mis músculos internos, esos que el pilates había fortalecido, se contrajeron apretándolo. Y vi su rostro sucumbir al placer.

—¡Oh, dios, Katia! Vuelve a hacer eso y me correré ahora mismo dentro de ti. —Y lo hice. Contraje mi suelo pélvico y Viktor se dejó arrastrar por las sensaciones, pero no se derramó dentro de mí. Su cabeza había caído entre sus hombros, el sudor perlaba su cuerpo y una sonrisa perversamente arrogante apareció en su cara—. Eres una bruja, mi Katia. —Alcé una ceja y volví a contraer y relajar mi suelo pélvico mientras Viktor empezaba a moverse dentro de mí, lentamente otra vez. Apretando sus dientes, contrayendo sus músculos, tensando todo su cuerpo, pero resistiéndose a terminar de una vez— Voy a darte tu orgasmo, pequeña, y luego voy a venirme dentro de ti como un salvaje. Y luego lo haremos otra vez, y luego otra, hasta que no podamos salir de esta cama por nuestro propio pie. Y luego dejaré que descanses y después... después voy a ponerte un anillo en el dedo, para que todo el mundo sepa que me perteneces y que quien se atreva a hacerte daño, es hombre muerto. —Sentí sus brazos alzándose hacia él, para que me sentara sobre sus muslos mientras él permanecía dentro de mí, trabajando aquel demoledor ritmo en mi interior—. ¿Me has escuchado?

—Sí.

—Bien, porque quiero que te quede bien claro lo que viene a partir de ahora. —Y señor, en ese momento mi mente no podía juntar dos palabras para crear una simple frase, como para ponerse a pensar qué quería decir Viktor con aquello que dijo. Pero una cosa sí me quedó clara; si Viktor decía eso de darme un orgasmo una y otra vez, es que iba a hacerlo, porque podía.

Capítulo 54

Viktor

Solo hay una cosa mejor que agotar a una chica a base de buen sexo, y es verla dormir a tu lado después de hacerlo. ¿Cuándo tiempo estuve mirando su rostro mientras dormía? ¿Una hora? No sé, el tiempo no me importaba. Solo el suave golpeteo al otro lado de la puerta me hizo salir de aquella cama. Tenía que reunirme con la familia y explicar cómo fue todo. Con la rápida narración de la noche anterior que le di a Yuri no era suficiente. Sobre todo, ahora que debíamos preparar el plan a seguir. Podíamos ocultar muchas cosas, pero otras simplemente no, como la agresión del marido de Martina, o la del vigilante de la entrada al complejo. Siempre había muchos detalles que se nos podían escapar y habíamos aprendido que lo mejor era contar la verdad, aunque no toda. Por eso decidimos crear una historia base para la policía; por eso hice una denuncia por allanamiento. Me jodía enormemente tener a la policía en mi casa, pero era algo que no podía evitar. De todos modos, no podrían encontrar nada delictivo allí. Habíamos recogido todo lo que podía llevar a pensar lo que realmente había ocurrido.

Abrí la puerta para ver a Nick sonriéndome al otro lado. Tuve que cerrar la puerta a mi espalda para que su curiosidad no llegara a encontrar el cuerpo de Katia desmadejado sobre la cama.

—Una buena mañana, ¿eh?

—¿Estamos todos para la reunión?

—Más de los que piensas.

—¿Qué quieres decir?

—Abajo espera un tal agente especial Bloom, con otros dos agentes más.

—¡Mierda! —Tenía que haber previsto que Bloom metería sus narices.

—Dame un minuto para ponerme algo encima. —Sentí los ojos de Nick recorrer mi desnudez y sonreír descarado. No me importaba que mi hermano pequeño me viera desnudo, ni otros, ya puestos, pero... tampoco era plan de presentarme delante del FBI en bolas.

Cuando llegué al salón, Andrey y mi padre ya estaban allí. No es que me hiciera sentir más tranquilo, pero siempre estaba bien tener un abogado presente cuando aparecía la policía, y mucho más si era el FBI.

—Buenos días, señor Vasiliev.

—Buenos días. —Sé que no le gustó que contestáramos todos a la vez, pero él se la jugó. Cuatro Vasiliev, ¿qué esperaba?

—Eh, venía para hacerle algunas preguntas al señor Viktor Vasiliev por la intrusión en su vivienda.

—Ya presté declaración cuando hice la denuncia.

—Sí, bueno. Hay algunos puntos que quería que me aclarara.

—Por supuesto. —Le indiqué que se sentara y él lo hizo. No así el hombre y la mujer que lo acompañaban. Estos se quedaron detrás del sofá, con la vista clavada en nosotros.

—Usted dirá.

—En su declaración, dijo que varios desconocidos irrumpieron en su domicilio.

—Así es.

—Podría decirme cuántos.

—La verdad es que no. Las cámaras de vigilancia señalaron varios intrusos, pero no los conté.

—¿Habitación blindada?

—Sí, supongo que ustedes sabrán que mucha gente tiene lo que se llama una habitación del pánico.

—Sí, eso es usual entre gente de alto nivel. Pero me sorprenda que usted necesite una.

—Nunca se sabe lo que podemos llegar a necesitar.

—Ya, ¿podríamos ver esa habitación del pánico?

—Por supuesto, no tengo ningún problema en hacerlo.

—Y, ya que estamos aquí, me gustaría preguntarle sobre un vídeo que está circulando por la red. —Sí, ahí estaba lo que había esperado hacía tiempo. Estaba preparado para ello, pero quizás olvidé comentarle algo al respecto a Andrey. Tendría que haberle puesto al corriente nada más llegar a Las Vegas, pero en mi defensa diré que estaba más preocupado por la muerte de Hanna y la implicación de los armenios en ella.

—Ese es un tema ajeno a lo acontecido en el domicilio de mi hermano —salió en mi defensa el abogado que era mi hermano mayor.

—Sí, tan solo estaba aprovechando la oportunidad, ya que estaba aquí. ¿Tiene algún problema con ello?

—Como abogado de la familia Vasiliev, me gustaría poder ver ese vídeo antes de que Viktor haga cualquier declaración.

—Por supuesto. Blake, ¿podrías acercar tu teléfono al señor Andrey Vasiliev? —La agente asintió y avanzó hasta llegar a mi hermano Andrey. Noté el leve ceño en su rostro, como si no le gustara cómo se estaban desarrollando las cosas, pero, aun así, obedeció sin rechistar.

Andrey evitó tocar el aparato, tan solo inclinó la cabeza y permaneció atento al vídeo que se reproducía. Nick curioseó por encima y enlazó con YouTube para buscarlo en su propio terminal. Yuri y él observaron el vídeo desde allí, un poco más apartados del resto. Estudié sus rostros mientras lo hacían; el de todos. Yuri permanecía estoico, imperturbable. Nick sonreía y estudiaba los movimientos de los contrincantes con atención; estaba claro que le parecía entretenido ver a su hermano pelear con otro tipo. Andrey era un témpano de hielo. La agente Blake parecía incómoda, evitando mirar a Andrey. El otro agente tenía la vista encima de mi hermano Andrey, y Bloom me

observaba con atención, con un atisbo de sonrisa en su cara, como si me hubiese atrapado en fuera de juego. Si supiera el cretino que fui yo quien ordenó aquella grabación y quien la estudió antes de hacerla pública... Ya sabía lo que diría Andrey, porque yo sí que estaba atento cuando explicó las implicaciones de ser sorprendidos en medio de una pelea. Cuando el vídeo finalizó, Blake regresó a su sitio, enviando una extraña mirada a Bloom.

—¿Y bien? ¿Qué quiere saber que no esté reflejado en el vídeo?

—Es evidente que Viktor... ¿me permiten dirigirme a ustedes por sus nombres? Creo que así evitaríamos confusiones.

—Por esta vez, sí.

—Bien; en el vídeo es evidente que Viktor acaba dándole a ese tipo una buena paliza.

—¿El otro púgil ha presentado alguna denuncia?

—Pues no, el señor Bellami ha declinado hacerlo.

—No es de extrañar, agente Bloom, ya que, si presta atención, verá que la pelea se desarrolla en un gimnasio, bajo la supervisión de varias personas, y quedan claras las intenciones de ambos antes de la confrontación. Habiendo consentimiento mutuo, y siguiendo las reglas de una pelea de MMA sin ninguna evidencia de ninguna actividad ilegal, yo no veo cuál es el problema con respecto a dicha pelea, salvo quizás, que el otro púgil tenga pensado algún tipo de reclamación por derechos de imagen. —Ese era mi hermano Andrey en acción. Noté la mandíbula de Bloom tensarse, aunque aquella falsa sonrisa seguía pegada en su cara.

—No, tan solo era curiosidad. Solo quería saber cómo llegó a producirse dicha pelea.

—Bueno, ya conoce a los gallos de gimnasio, y el señor Bellami es uno de ellos. Y también sabrá que un Vasiliev no se arruga ante nada —le aclaré.

—Sí, he odio algo de eso.

—¿Tiene alguna pregunta más que hacerle a mi hermano sobre el asalto? Responderá encantado, de lo contrario le rogaría que se retirara. Un asalto es un hecho traumático para la familia.

—Sí, claro. ¿Estaba usted solo en casa cuando ocurrió la intrusión?

—Bueno, Shtifty se cree una persona, pero dudo que mi perro cuente como tal.

—Sí, claro. Bueno, creo que de momento tenemos todo aclarado. Si tenemos alguna duda más, se lo haremos saber.

—Estaremos encantados de atenderlos.

—Ha sido un placer hablar con ustedes. —Andrey asintió, y yo también. No, no íbamos a mentir y decir que lo había sido, porque ambos preferiríamos pasarnos una lija por el culo antes que hablar con alguien del FBI.

Andrey

Observé a los tres agentes mientras salían de la habitación, quizás mirando demasiado tiempo el trasero de la agente Blake. Era una lástima. La chica era demasiado

bonita para ser agente de la ley. Había visto esos labios de cerca y tenía que reconocer que eran tentadores. Pero hasta ahí. Tenía que hablar con Viktor respecto a ese vídeo. ¿Qué coño estaba pensando mi hermano cuando decidió meterse en una pelea así? Estaba claro que Viktor quería que todo el mundo viera cómo pateaba la cara de aquel rubio arrogante, porque si no, Bobby ya habría borrado todo rastro de ese vídeo en la red.

—¿Vas a explicármelo?

—Estaba acosando a Katia. —No necesitaba más explicaciones. Si alguien acosara a Lisa, yo también le pondría en su sitio, aunque no me mancharía las manos con él. Buscaría otros medios más... creativos. Aunque siendo Viktor, no me sorprendía. Ya había demostrado que Katia era importante para él, y ese vídeo solo exponía lo que estaba dispuesto a hacer por ella. Creo que había llegado la hora de empezar a redactar un contrato prematrimonial, por si acaso.

Capítulo 55

Agente Blake

—Bloom, espera.

—¿Qué ocurre?

—Lo del vídeo estaba fuera de lugar.

—Era una carta que tenía que jugar, Blake.

—Yo creo que esto se te está yendo de las manos.

—¿El tipo le rompe la cara a un chico y a mí se me está yendo de las manos? Él es el malo, Blake, te conviene no olvidarlo.

—Te dije que el tipo jugó sucio en ese vídeo; se merecía la paliza más que el propio Viktor.

—A ver si te queda claro de una vez: los Vasiliev no son buena gente, Blake. Hay que meterlos a todos entre rejas, y si no puedo hacerlo por los hechos delictivos que cometen y no podemos probar, al menos lo haré con lo que caiga en mi mano.

—¿Cómo con Al Capone?

—Exacto. —Entré en el coche y, aunque tenía mucho más que decir, cerré la boca. Ya tenía demasiados problemas con acatar algunas órdenes, no necesitaba que Bloom me lo pusiese peor, pero aquello... era un claro caso de acoso. Sí, los tipos se movían a veces en el margen más estrecho de lo legal, pero eran de las pocas familias que aún respetaban algunas cosas, como no mezclarse con la trata de blancas, drogas o tráfico de armas. Tenían una ética que era difícil de romper, y eso era de admirar en un mundo en el que, incluso los buenos, la perdían. Lo de Bloom era acoso sistemático, puro y duro. Tenía una fijación enfermiza con la familia Vasiliev; sobre todo con Viktor. Pero era mi jefe y tenía que obedecer sus órdenes.

La verdad es que los Vasiliev eran una familia «peculiar». Parecían pasar por la vida de una forma casi indolente, pero uno podía intuir que no era así. Había una fuerza en ellos que era imposible de obviar. Viktor era de esos tipos capaz de lanzarse a una pelea para defender lo que es suyo, ¿sería ese el motivo de la pelea del vídeo? Él no solía implicarse en ese tipo de cosas, pero estaba claro que aquello había sido algo personal.

—Cuando lleguemos a la central, quiero que averigües todo lo que puedas sobre el tipo de la pelea. —Solo asentí. Iba a investigar pero, más por curiosidad que para encontrar algo sucio de lo que tirar. El tipo ese, Rocky Bellami, era un gallito de gimnasio y un eterno aspirante a gran luchador; alguien muy parecido a Nick, el pequeño de los Vasiliev. ¿Habría algo ahí entre Nick y Rocky? Es raro que uno de los Vasiliev deje que otro de la familia se encargue de sus asuntos, pero Viktor llevaba la seguridad de todos, y gestionaba los departamentos de seguridad de las empresas Vasiliev. Aunque... quién sabe. El mayor también los protegía a todos, aunque lo hiciera manejando la ley a su conveniencia. Andrey, brrr, ese sí que daba miedo, o casi. Era verlo aparecer y sentir el viento ártico llegar detrás de él. Era un puñetero témpano de hielo. A veces sentía lástima

de esa chica suya, Lisa. Dormir con él sería como hacerlo en la cama de un iglú.

Viktor

—Bonito culo. —Andrey y yo miramos al bocazas de Nick. Él siempre a su rollo. No veía una amenaza con placa, él solo veía una tía buena. En fin, ya maduraría con el tiempo. Y pensando en chicas guapas...

—Iré a ver si Katia ya está despierta.

—¿A por la siguiente ronda?

—Gilipollas. —Salí de la habitación, pasando delante de Andrey y su mirada escrutadora. Parecía que tenía una pregunta que formular, pero no dijo nada. A veces me gustaría estar en la cabeza de mi hermano para saber lo que piensa.

Saqué el teléfono de los pantalones y envié un mensaje. Tenía que ir con Katia al menos con una buena noticia. Antes de entrar en la habitación recibí la respuesta.

Escuché el agua de la ducha correr y una idea traviesa apareció en mi pervertida cabeza. ¿Por qué Katia hacía que todo fuera un llamamiento para tener sexo? No lo sabía, tal vez fuera yo, o más probable fuera lo que ella me estaba haciendo. Empecé a quitarme la ropa a medida que iba acercándome al baño, dejando un rastro de prendas a mi paso. Cuando entré, el vapor empañaba el cristal de la mampara y, aun así, mi pequeño Vitya se puso alerta, cabeceando en busca de su presa.

Mmm, sexo en el baño. Podría haber sido nuestra casi primera vez, pero no la cambiaría por nada, porque así empezó todo.

—¿Me haces un poco de sitio?

—Solo si me frotas la espalda. —¡Eh!, ¿desde cuándo mi chica se había vuelto una descarada? Ah, qué importa, esa nueva faceta suya iba a encantarme. Empecé a enjabonar mis manos y extendí el jabón por su cuerpo. ¿Era esto lo que ella sentía cuando trabajaba mis músculos? Si era así, tenía una fuerza de voluntad de hierro, porque yo ya estaba sopesando la manera de empujarla contra los azulejos de la pared y entrar en ella. Calma, Viktor, lo primero es lo primero.

—Tu madre está en Las Vegas.

—¿Cuándo podré verla?

—Sam la tiene a salvo. Estamos trabajando para encontrar un lugar seguro para todos. En cuanto esté listo, estaréis juntas. Ahora está durmiendo, el viaje fue muy largo. —Katia se giró hacia mí y me envolvió en un fuerte abrazo, apoyando su mejilla sobre mi pecho.

—Gracias.

—No me las des, Katia. No habría estado en problemas si no hubiese sido por mi culpa.

—Lo sé, pero también tú fuiste el que se ocupó de encontrar la solución. —La aferré con delicadeza, apoyando mis labios sobre su frente. No la merecía. Ella era de ese tipo de personas que encontraba la parte buena a todo. ¡Diablos! Ha encontrado la mía y eso que

pensé que no la tenía.

Sam

Después de contestar al mensaje de Viktor, regresé a la habitación. El cuerpo humano es difícil de entender, pero responde de una manera sorprendente a veces. Tenía que estar destrozado por el viaje. Primero el avión y luego el regreso en coche de alquiler. Era demasiado arriesgado volver directamente a Las Vegas, así que aterrizamos en un aeródromo privado un poco más lejos. Y después, una buena tanda de kilómetros en coche. Hacía un par de horas que habíamos llegado, una ducha rápida y a dormir. En este momento tendría que estar durmiendo como un ladrillo, pero fue escuchar el sonido de mensaje recibido y saltar como una gota de agua en aceite hirviendo. Los armenios nos tenían a todos en pie de guerra y nadie de la familia Vasiliev estaba tranquilo. Así que estábamos todos pendientes de cualquier noticia. Al menos parecía que las cosas se habían medio tranquilizado. Los peces gordos habían sido neutralizados; al menos esas eran las últimas noticias. Lo que quedaba dando guerra era la cola de la serpiente, pero una vez que le cortas la cabeza acaba muriendo sola. Solo debíamos mantenernos en un lugar seguro y esperar.

Dejé el teléfono en la cómoda junto a mí y me senté de nuevo en el sillón frente a la cama. Candy estuvo discutiendo conmigo sobre quién tenía más derecho a dormir en la cama y he de reconocer que sus argumentaciones eran muy buenas pero, llámame machista, ninguna mujer iba adormir en el suelo habiendo una cama. No era la primera vez que yo dormía sentado en un sillón y ella parecía necesitar dormir más que cualquier otra cosa; bueno, también comer en condiciones, nada de un burrito recalentado en el asiento de un coche. Cuando todo esto se posase un poco, iba a conseguirle algo decente para comer.

Habíamos estado hablando todo el tiempo y podía decir que empezaba a conocerla. Amaba a su hija y haría lo que fuera por ella. No era mala madre por dejarla con Howard tanto tiempo, pues pensaba que era bueno con ella, como siempre había sido. Cuando se vio obligada a dejarlos por el cambio de lugar de trabajo, la que estaba sufriendo la ira de Howard había sido ella, no lo negó, pero intentó disculparlo. Sí, sé que el cáncer es una porquería, pero eso no hace que seas un cabrón y un gilipollas, como era su difunto marido. Candy había sufrido su buena parte con ese estúpido, merecía que la vida le diera algo bueno a cambio.

Habíamos hablado sobre conseguir un trabajo y, aunque intenté disuadirla, ella seguía insistiendo en que no sería una carga para nadie, quería seguir siendo independiente y admiro eso. Melody, mi ex, era totalmente lo contrario. Ella hizo todo lo que pudo por exprimirme y al principio se lo permití. Pero cuando Phill cumplió los 11 años, mi aguante se terminó. Estaba cansado de ser el único que daba en aquel matrimonio. ¿Y qué hizo la perra? Buscarse otro tonto al que exprimir. Al menos me dejó visitar a mi hijo tanto como quise; normal, era quien pagaba su educación y sus facturas médicas. Phill siempre fue un chico listo y, en cuanto pudo, puso tanto espacio entre él y su madre como le fue posible. Ahora estaba en una base naval en Hawaii. Eso me tranquilizaba; ahí ningún armenio se atrevería a entrar a buscarlo, y si lo hacían, que se prepararan; mi chico era un marine bien entrenado.

No sé si fue el pensar en mi hijo, saber que estábamos a salvo en un lugar que había revisado de nuevo antes de sentarme en el sillón o, simplemente, el contemplar el dulce sueño de Candy; el caso es que no me di cuenta de que me había quedado dormido hasta que empecé a soñar con cosas... raras, muy raras. ¿Yo llevando a Candy de la mano por el Strip, mientras nos comíamos un rico helado italiano? Sí, estaba soñando; yo no comía helados mientras paseaba por el Strip, demasiado... afeminado.

Capítulo 56

Viktor

Otra vez la maldita puerta, ¿es que uno no podía tener un poco de privacidad en esta puñetera casa? Me enrollé la toalla que había dejado caer antes de... de tener un buen rato en esa cama. Katia desapareció en el baño y yo sonreí al ver ese trasero botar mientras corría.

—¿Qué coño pasa ahora?

—Esa no es manera de hablarle a tu padre.

—Pues no me fastidiéis mientras tengo un momento de descanso con mi chica.

—¿Tu chica?

—Acostúmbrate, voy a quedarme con ella.

—¿Y eso se lo has dicho a la interesada?

—Sí. Así que vete haciéndote a la idea. Katia será la madre de tus nietos.

—Bien, me alegra saber que has sentado la cabeza. —Estaba parado frente a mi armario, empezando a vestirme bajo la mirada de mi padre. A él no me importaba mostrarle el trasero porque me había visto en situaciones peores.

—Tengo que cerciorarme de que la seguridad se ha restaurado en mi apartamento, después nos iremos de aquí.

—Puedes quedarte todo el tiempo que necesites, ya lo sabes.

—Prefiero estar en un lugar en el que no me molesten cuando estoy muy ocupado.

—Ya, entiendo. Bueno, a lo que venía. Yo tengo que ir al hotel-casino y necesito que me prestes a Bobby.

—¿Otra vez «el fantasma»?

—Creo que sí. Necesito que tu genio se ponga con ello.

—Veré si todo está en orden en el Crystals Mall. Ya sabes que la cosa está un poco revuelta ahora.

—No te preocupes, no le robaré mucho tiempo.

—Lo llamaré y le diré que vas para allá.

—Bien. Ah, le diré a tu madre lo de Katia, eso le alegrará mucho.

—Sí, hazlo. Así se pondrá a organizar una comida familiar para celebrarlo.

—Ya conoces a tu madre, opina que hay que celebrar todas las cosas importantes.

—Qué me vas a decir que no sepa. Ahora tengo que hablar con ella y con Lena; necesito su ayuda.

—¿Su ayuda?

—Sí, ya sabes, con las cosas de chicas, el tamaño de anillo y eso.

—Pobre hijo mío. Que no te pase nada.

—Sí. Diles que bajen a la cocina, quiero hablar con ellas mientras mamá me prepara uno de sus desayunos postcrisis.

—Sí, tienes pinta de necesitarlo. —Yuri me golpeó el hombro y salió de la habitación. Yo entré en el baño, para encontrar a Katia trenzándose el cabello.

—¿Lista para bajar a desayunar?

—Sí, estoy hambrienta.

—He agotado tus reservas. —Abracé a Katia de tal manera que estábamos mirándonos en el espejo, mis brazos alrededor de su cintura. Definitivamente, teníamos que hacerlo en aquella postura. ¡Agh! Vale ya, pervertido.

—Todas y cada una de ellas. Menos mal que hoy no es martes. No podría dar una hora de clase.

—Oh, tranquila. Para entonces ya te habrás acostumbrado.

—Pero, ¿qué dices?

—Que me queda adrenalina para unos cuantos días.

—Eres incansable.

—Soy un Vasiliev; no terminamos, hasta que la inconsciencia no nos golpea.

—Das miedo. —Sentí su cuerpo girar como el de una bailarina entre mis brazos y luego enrollarse en mi cuello. Sí, así estaba mucho mejor.

—Eso se acabó, Katia. Conmigo nunca más tendrás miedo.

—Tengo que besarte.

—Coge lo que necesites. —Mmm, odié interrumpir el beso, pero teníamos que salir de la habitación de una puñetera vez. Parecíamos dos recién casados. Mmm, eso sonaba a un buen plan. Sexo a destajo post matrimonio.

La llevé de la mano hasta la cocina, donde mi madre estaba dando vueltas a una cantidad considerable de huevos revueltos.

—Buenos días, dormilones.

—Hola, mamá.

—Mirna. ¿Puedo ayudarte?

—No, cariño. Tu siéntate y come, tenéis cara de necesitar un buen desayuno.

—Ve poniéndome uno grande de esos, mamá. ¿Lena, puedo hablar contigo un segundo?

—Claro. —La arrastré hasta un lugar en el que sabía que no nos escucharían.

—¿Qué ocurre?

—Necesito que consigas la talla de anillo de Katia.

—¿Es para lo que creo que es? ¿Tu fisioterapeuta va a ser algo más?

—Contén esa lengua maliciosa y solo ayúdame, ¿vale? Tengo que salir a comprar un anillo apropiado para Katia.

—Así que tenemos una futura Vasiliev en ciernes, ¿para cuándo la boda?

— En cuanto todo esto se tranquilice. Pero de momento voy a ir poniéndole el anillo en el dedo.

—Bien. Misión anillo en marcha. —Lena salió disparada hacia la cocina y yo no pude evitar poner los ojos en blanco. Lo que tiene un hombre que hacer para amarrar a una mujer a su vida. Pero tendría mi recompensa, eso seguro.

—Esta tarde tengo que hacer algunas cosas en la ciudad. ¿Podéis cuidar de Katia mientras estoy fuera?

—Por supuesto, hermanito. Tú trabaja, que nosotras disfrutaremos de esa estupenda piscina que hay en la parte de atrás.

—Mmm, malas mujeres. —Sí, odio a mi hermana. Katia en bañador, tumbada al sol, o mejor, metida en esa piscina, toda mojada. ¡Mierda! Tenía que salir de esa casa antes de que perdiera la fuerza para hacerlo. Malditos consentidos afortunados; mis dos sobrinos iban a tener a una chica guapa que no era de la familia para disfrutar las vistas y babear. Porque, reconozcámoslo, son Vasiliev, y si de algo entendemos es de «buenas vistas» y de disfrutar, aunque tengamos 11 años.

Cat

Acostumbrarse a eso iba a ser peligroso. Piscina, sol, un refresco bien fresquito a mi lado, un par de niños armando ruido y salpicando en el agua. Esto de la buena vida era una maravilla. Ahora sabía por qué los ricos querían tanto dinero; para disfrutar de esto toda la vida.

Lena dejó su teléfono a un lado y sonrió mientras se recostaba en la tumbona a mi lado.

—La única manera de sacarlos de casa un domingo es viniendo aquí. De piscina en piscina y tiro porque me toca.

—Es un clima del infierno, Lena; recuerda que estamos en un desierto. Mis nietos necesitan agua en grandes cantidades.

—Yo también. ¿Te vienes a dar un chapuzón, Katia?

—Sí, me estoy desecando como una pasa. —Si estar en la tumbona era el paraíso, meterse en la piscina era la gloria celestial. No iba a salir de allí en toda mi vida.

Estuve toda la tarde entrando y saliendo del agua; estaba fuera lo justo para que mi piel no se arrugara como la de una abuela de 90 años.

—Parece que se está bien ahí adentro.

—Viktor, ponte un bañador y acompáñanos. —Viktor sonrió, trotó hacia la casa de la piscina y regresó dos minutos después solo llevando un bañador muy... sexy. Se lanzó de cabeza y se acercó hasta mí. No sé cómo lo hizo, pero acabé acorralada contra un costado de la piscina, su pelo mojado goteando entre nosotros y su voz casi susurrando hacia mí. Podía sentir su cuerpo sugerentemente apretado contra el mío, comprobando que el agua fría no hacía nada para asustar eso que estaba creciendo bajo su bañador.

—¿Recuerdas lo que te dije esta mañana en la cama?

—¿Que era una bruja?

—No, lo que haría después de follarte como un salvaje.

—Recuérdamelo.

—Te dije que iba a ponerte un anillo en el dedo, para que todos sepan que me perteneces y que nadie se puede acercar a ti si quiere seguir vivo.

—Un poco exagerado.

—Te estoy dando la oportunidad de decidir si quieres que lo haga, o no. Esta es mi manera de darte la oportunidad de escapar, por ahora.

—¿Por ahora?

—No soy de los que se rinde, Katia. Una vez que sé lo que quiero, peleo hasta conseguirlo.

—Haces difícil el decir que no.

—No es una amenaza, Katia. Yo no amenazo. Solo quiero que sepas que eres muy importante para mí, lo suficiente como para no querer que te vayas. Quédate conmigo Katia, sé mi esposa.

—¿Para protegerme?

—Eso es lo que conseguiremos con ello. Pero quiero que seas mi esposa porque te necesito; no para tenerte segura, sino para tenerte en mi vida. —¿Tenía que pensarlo? Quizás esa fuera su manera de decir te quiero, o quizás esa palabra no estuviese en su diccionario y necesitarme es lo más que puede llegar a sentir. Pero, para mí, aquello era suficiente, porque había descubierto que yo sí lo quería; porque solo saber que iba a salir ahí afuera a enfrentarse a los tipos que asaltaron su casa, me hizo darme cuenta de que no quería que le ocurriera nada, porque quería seguir teniéndolo a mi lado y porque yo sí que lo quería, lo amaba y no tenía ni idea de cómo había llegado a ocurrir.

—Sí. —Sentí su boca sobre la mía, sus manos controlando mi cuerpo y cuando al fin ambos tuvimos que tomar aire para respirar, noté que su mano aferraba la mía y algo se deslizaba por mi dedo. Miré allí y vi el precioso anillo. Delicado, con una única piedra negra destacando en él.

—Oh, Viktor. Es... precioso.

—Busqué en tres joyerías diferentes hasta que encontré el que sería perfecto. Tú no eres de las que quieren cosas que estorben, te he estudiado. Así que me decidí por este. Algo que diga, «eh, soy de Viktor Vasiliev», y algo que no tengas que quitarte cuando me

des uno de esos masajes tuyos.

—Con que ahora soy de Viktor Vasiliev.

—No te quepa duda. Esto de aquí es un diamante negro, que es lo que soy yo; negro y duro. Y ahora te pertenezco. —Tuve que besarlo otra vez y me dio igual que Lena y Mirna se pusiera a aplaudir y silbar, ni que sus sobrinos empezaran a salpicarnos. Aquel era nuestro momento, su momento, mi momento.

Capítulo 57

Cat

Matrimonio, no podía creerlo. ¿Cuándo pasamos de «te irás en cuanto la situación lo permita porque pones en peligro a mi familia», a «te necesito a mi lado y no permitiré que te vayas»? La vida con Viktor era así; aprovechas el momento porque el futuro cambia demasiado deprisa. A mi mente venía esa frase de «Vive deprisa, muere joven y deja un bonito cadáver». Esa era la filosofía de James Dean y mira cómo termino, muerto a los 24 en un accidente de coche, en pleno auge de su fama. ¿Ese era el lema de la familia Vasiliev? No podía serlo, ahí estaban sus padres, por encima de los 60, cuatro hijos y dos nietos, y aún con ganas de seguir viviendo. No eran una familia normal, podía decir eso, pero tampoco eran los Soprano. Venían de gente que había hecho sus trampas con la ley y seguían haciéndolo, porque, no podían negármelo, había mucho más de lo que querían que viera; quizás para que, al igual que Mirna y Lena, no me preocupara por ellos. Pero ninguna de las tres éramos tontas, sabíamos cómo jugaban nuestros hombres. Les gustaban los deportes de riesgo, de contacto, pero siempre volvían a casa con aquellos que mantenían a salvo su corazón. Eso era. Viktor me dijo una vez que no tenía corazón y yo sabía que lo tenía, solo que no se lo muestra a nadie para que no se lo lastimen. Yo no lo haría y él lo sabía. Creo que esa es la razón por la que me necesita, porque quiere sentirse seguro, a salvo. Quiere tener la certeza de que, si pone ese pequeño trozo de sí mismo en mis manos, yo no se lo destrozaré ni lo exprimiré hasta convertirlo en un trapo sucio. Porque lo amo.

Cogí el teléfono y marqué el número que Viktor me había dado. Cuando la voz al otro lado respondió, mi corazón dejó de sentirse oprimido.

—Hola, mamá.

—Catalina, cariño. ¿Estás bien?

—Lo estoy, mamá. ¿Y tú? ¿Sam te está cuidando bien?

—Espera un poco... ahora te oigo mejor. Sí, está... me está cuidando bien. Quiere que piense que es un tipo duro, pero sé que no es así en realidad.

—Tiene un trabajo peligroso, mamá, tiene que ser duro, pero eso no quiere decir que sea mala persona. En el tiempo que he estado con Viktor, he encontrado en Sam una maravillosa persona. Algo cabezota y testarudo, no lo voy a negar, pero un gran amigo, leal, considerado, atento. No te habría puesto en manos de otra persona. Viktor confía en él y yo también.

—¿Todavía estamos en peligro?

—Viktor está trabajando en ello. No permitirá que nos pase nada, a ninguna de las dos.

—No le estoy culpando, Catalina. Solo quiero saber en qué situación me encuentro.

—A salvo, mamá. Y espero que pronto recuperemos una vida normal.

—No creo que vaya a volver a la vida que tenía antes.

—Puedes hacerlo si quieres, mamá. Le diré a Viktor...

—No, cariño. He... he estado hablando con Sam y tiene razón. Tú estás aquí y yo no quiero tenerte lejos. Te he echado de menos y quiero poder abrazarte de vez en cuando esta vez.

—¿Vas a mudarte a Las Vegas?

—Sam se ha ofrecido a ayudarme a encontrar un buen trabajo y voy a aceptar su oferta. ¿Tú qué opinas?

—Que es una idea fantástica y... que yo también tengo algo que decirte.

—Estoy lista para lo que sea.

—Viktor me ha pedido que me case con él y he aceptado.

—¡Oh, cariño! Eso es estupendo. Creo que es un hombre que cuidará de ti como te mereces. ¿Lo quieres?

—A veces creo que puedo volar cuando me besa.

—Eso es un sí.

—Me gustaría que conocieras a la familia de Viktor. Ellos te van a gustar.

—Si te gustan a ti, seguro que me gustarán a mí.

—Gracias.

—¿Por qué?

—¿Por no juzgar a Viktor?

—Yo solo puedo opinar sobre lo que veo y, de momento, lo que he visto me ha mostrado a un hombre que te cuida y hace lo correcto. Para mí eso es suficiente.

—Le diré a Viktor que organice una reunión con su familia. Hasta entonces, cuídate.

—No te preocupes, de eso se encarga Sam.

Viktor

—Ponme al día, Bobby. ¿Cómo vamos con lo de los armenios?

—Bueno, los que habéis dejado en pie han estado dando vueltas como gallinas sin cabeza. Pero hace un par de días que la gallina ha caído redonda en el suelo.

—Bien, son buenas noticias. —Sí, lo eran. Katia quería reunirse con su madre y había pedido organizar una reunión con la familia Vasiliev para que se conocieran; a fin de cuentas, íbamos a convertirnos todos en familia. Y, ¡qué demonios!, ya era hora de sacar la cabeza de la guarida, era el momento de volver a tener vida social.

—¿Cómo tenemos las reservas del restaurante del hotel?

—A ver... casi a tope, pero es una noche entre semana; hoy será un día tranquilo en comparación con los viernes y sábados.

—Bien, quiero que preparen el salón pequeño. Hoy tendremos cena familiar.

—Mmm, ¿estamos de celebración?

—Que preparen mesa para nueve. Y sí, estamos de celebración. Voy a casarme. —Vi los ojos de Bobby abrirse como faros de camión. Pero su sonrisa era igual de grande.

—Sí que has corrido, jefe. Te dejo solo con una chica guapa y te dejas atrapar.

—No, Bobby. La he atrapado yo a ella.

—Entonces felicidades, jefe.

—Gracias. ¿Cómo vas con lo del «fantasma»?

—Ni lo menciones. Es bueno con los números, pero mejor con darnos esquinazo. Es un puñetero camaleón que me tiene desquiciado. Nadie puede ser tan bueno.

—¿Tan bueno?

—Joder, jefe. Es un tipo que cambia de edad, de complejión, de altura e incluso de raza. No se limita a la cara o la ropa y listo. Y así es difícil ficharle en reconocimiento facial. Tiene al programa loco. Cuando nos queremos dar cuenta, nos ha levantado una docena de miles.

—¿Y cómo sabes que es él?

—Por su forma de jugar, jefe. Es un puñetero contador de cartas con un sistema muy bueno. Llega, hace sus apuestas y se larga. En menos de media hora ha hecho su jugada y se ha largado.

—Tendríamos que ficharlo.

—Si lo atrapo, ¿me lo traerás aquí?

—Te gusta la competencia.

—No es competencia, jefe. Yo tengo mi campo, encontrar cosas; él es bueno con los números, con las probabilidades. Sería un refuerzo.

—Veré lo que puedo hacer, pero primero tendrás que encontrarlo.

—Lo haré, jefe, lo haré.

Nick

Compórtate, Nikolay. Como si no supiera hacerlo. Lo que pasa es que es más divertido mosquear a las personas, dan más juego. Pero esta vez mamá se ha puesto seria. Esta maldita cena es para conocer a la madre de Katia, la prometida de mi hermano. No voy a fastidiarla porque sé lo importante que es la chica para mi hermano. Podría decir que está feliz porque salió vencedor de todo el asunto de los armenios, pero no es cierto. Le vi salir de aquella maldita habitación y tenía una luz diferente. Cabreado, sí, porque interrumpí un buen momento con su novia, pero se le notaba más relajado. No por el sexo, aunque eso ayuda un montón, he de reconocerlo. No, lo de Viktor era como si tuviese una tormenta constantemente sobre su cabeza y ese día las nubes hubiesen desaparecido. Estaba siendo otra vez feliz, como cuando éramos pequeños y mamá nos leía cuentos en

nuestra habitación.

Así que iba a ser un tipo correcto. Pensaría bien lo que iba a decir y si fuera algo malo, me mordería la lengua. Casado. Viktor se iba a casar. Siempre pensé que el primero sería Andrey. ¿Cuánto tiempo llevaba con Lisa? ¿Tres años? ¿Cuatro? Pero no, él no se iba a casar con ella; yo lo sabía y creo que él también. ¿Cómo nos dijo papá el otro día cuando Viktor nos encerró en el despacho para darnos la noticia? Ah, sí. «Un Vasiliev sabe cuándo una mujer es la correcta», y creo que Andrey sabe que Lisa no lo es. ¿Tanto tiempo y aún no se ha casado con ella? Mira a Viktor, fue encontrarla y decidir que no quería perderla. Así, pum, fulminante. Si eso me pasa a mí, no sé cómo... Nah, eso no me va a pasar, al menos pronto. ¡Demonios! Tengo 25, aún tengo un largo camino por recorrer. Viktor la encontró con 28 y antes le toca encontrarla al tardón de Andrey. Así que, de momento, yo estoy a salvo.

Capítulo 58

Cat

Desde que Viktor me dijo que cenaríamos fuera con la familia, he estado atacada de los nervios. Sí, estoy casi segura de que se caerán bien, pero eso no evita que esté nerviosa. Tengo el estómago hecho una bola. Me ha costado comer algo de la mayoría de los platos que me han servido, aunque no he dejado nada del postre. Tarta de plátano y chocolate, ¿quién puede resistirse? Me he vuelto una glotona. Desde que puedo tener toda la comida que quiera, no he parado de comer. He engordado una talla y todo. Voy a tener que aumentar mi cupo de ejercicio si no quiero convertirme en una bola de carne.

Siento una pequeña presión en el estómago, normal, me he comido un buen trozo de tarta y no estoy del todo acostumbrada a comer de esta manera. Pero es que estaba tan rico. Me inclino hacia Viktor y le susurro bajito, no quiero que mi futura familia se dé cuenta de la salvaje que va a casarse con uno de los suyos.

— Voy un momento al baño.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que me he pasado con ese pedazo de tarta. — Él asiente con la cabeza y me sonrío. Bien, a buen entendedor pocas palabras. Queda muy feo decirle «voy a ver si vacío algo de mis tripas para hacer sitio». Noto como Alexis se mueve detrás de mí. Escoltada para ir al baño, eso es nuevo. Pero tendré que acostumbrarme, como me dijo la hermana de Viktor. Ella lo adornó como si fuese una broma, pero era lo que tocaba.

Alexis miró brevemente dentro. Las puertas de los cubículos estaban abiertas, pero había una chica lavándose las manos y una de las cisternas estaba cargándose. Blanco y en botella. Nuestras miradas se cruzaron en el espejo y nos sonreímos con cortesía. Apreté mi estómago y esperé la sensación de opresión interna.

—¿Se encuentra bien?

—Creo que comí demasiado.

—A mí también me pasa a veces. Aquí todo está delicioso. ¿Me acerca una de esas toallitas?

—Sí, claro.

—Bonito anillo.

—Ah, gracias.

—¿De compromiso?

—Sí.

—Enhorabuena.

—Gracias.

—Estos zapatos me están matando. —Miré sus preciosos zapatos de tacón. Hacían juego con el bolso, aunque no eran ostentosos. El vestido era también bonito y ella le sabía

sacar partido. No importaba que no fuera de esos caros. Pero noté algo que no cuadraba en ella, parecía que sus ojos iban a mí constantemente como si buscara alguna cosa. Estaba a punto de decir algo cuando la puerta se abrió de nuevo. No presté mucha atención, hasta que ella habló con voz gélida y amenazante.

—Este es el baño de señoras, salga...

—¡Tú cállate! —Aquella voz... Rocky. Ya estaba casi sobre mí, con su mano a un centímetro de tocarme, cuando el brazo de la otra mujer me apartó a un lado y se interpuso entre él y yo.

—Será mejor que te vayas, amigo. —¡Joder! No es que aquel fuera el momento para darse cuenta de ello, pero la voz de la chica advertía de que iba a ser una mala idea que no la hiciera caso. No, ella no le tenía miedo a Rocky, y eso que era más alto y casi dos veces su tamaño. Entre las dos no haríamos un Rocky.

—Eso no es asunto tuyo, zorra. Apártate.

—Ni lo sueñes.

Rocky no era precisamente de los que obedecían órdenes, y mucho menos de una mujer. Así que no me sorprendió ver cómo la agarró por el brazo con fuerza y la arrojaba al otro lado. Podía ver la furia en sus ojos y sabía lo que vendría ahora; lo había visto demasiadas veces, una de ellas muy de cerca, cuando me tocó a mí. Pero no iba a ponérselo fácil, no lo hice entonces, y no lo iba a hacer ahora. Podía machacarme, pero no cedería. Le pateé la espinilla con la punta de los zapatos y eso le cabreó aún más.

Estaba dispuesta a golpear su cara, a evitar que sus manos llegaran a mí, cuando algo cayó sobre él y lo derribó al suelo. El grito de Rocky fue más de enfado que de dolor, sobre todo porque quien lo había derribado era la otra chica. Intenté salir de allí para pedir ayuda. Si Rocky estaba aquí dentro, estaba claro que era porque se había ocupado de Alexis, pero había todo un grupo de hombres dispuestos a patearle el culo a pocos metros, solo tenía que llegar a ellos. Pero no pude. Rocky me aferró por el tobillo y tiró de mí al suelo. Golpeé con fuerza las baldosas a mi espalda y no pude evitar soltar un pequeño grito, cuando un dolor lacerante me atravesó la muñeca. Rocky estaba levantándose hacia mí, pero se detuvo en seco cuando un arma se pegó a su cabeza.

—Mueve un músculo y disparo. —Rocky se quedó quieto, pero podía ver que era más por la sorpresa que por el hecho de que estuviese en riesgo de perder la vida.

—Putas, estás muerta.

—Para ti, puta agente del FBI. Quedas detenido. —Escuché las esposas cerrarse en una de sus muñecas, mientras le obligaba a tumbarse sobre el suelo con una rodilla y aferraba su otra muñeca. La puerta se abrió con violencia en aquel momento y varios hombres se precipitaron dentro, entre ellos Viktor.

—¡Dios, Katia! ¿Estás bien? —Yo solo asentí, mientras veía cómo se acercaba a mí y me estrechaba entre sus brazos. Intentó protegerme con su cuerpo, pero le obligué a dejarme mirar; quería ver a Rocky, quería mirarle a los ojos cuando se lo llevaran detenido.

—Voy a matarlo. —Las palabras de Viktor fueron casi un susurro en mi oído, pero no

por ello menos amenazadoras. Podía sentir su cuerpo tenso, listo para saltar sobre Rocky y cumplir su amenaza, daba igual que hubiese gente delante. Pero yo no podía permitir eso, no podía dejar que lo hiciera, no por Rocky, sino por él. Alcé la mano para girar su rostro hacia mí y al hacerlo sentí un dolor intenso. No grité esta vez, pero sí que siseé lo suficientemente alto como para todos los presentes en la habitación se dieran cuenta de ello.

—Hijo de puta. —No, no era la voz de Viktor, era Nick. Pero antes de que pudiera hacer nada, Andrey estaba sobre él agarrándolo por los brazos con su vista clavada en la mujer; su rostro una fría máscara sin sentimientos.

—Agente Blake, qué sorpresa encontrarla aquí.

—Ella me defendió de Rocky —me apresuré a decir.

—Eso veo. —La agente Blake cogió su bolso, sacó un teléfono e hizo una llamada.

—Yo me encargo de esto.

—Por supuesto. Presentaremos cargos por agresión.

—También ha agredido a un agente del gobierno. No se va a librar de esta.

—Nos ocuparemos de ello. —Noté como la bilis me subía a la garganta y me solté de los brazos de Viktor para llegar al retrete más cercano a vomitar. ¡Mierda! Cuando salía, el rico chocolate sabía asqueroso.

—Será mejor que la lleven a que la vea un médico.

—Yo me encargo. —Viktor ya estaba llevándome hacia la puerta, cuando se giró hacia la agente Blake.

—Gracias. —Ella asintió y regresó su atención hacia un protestón Rocky. Cuando salí por la puerta busqué con la mirada a Alexis, encontrándolo recostado contra una pared, un pañuelo con sangre en su cabeza y la cara pálida. Viktor notó que lo miraba y me aferró más fuerte contra él.

—Se pondrá bien. Tiene la cabeza dura.

—Se viene al hospital con nosotros. —Viktor me miró y una sonrisa traviesa empezó a crecer en su cara.

—Sí, señora.

Capítulo 59

Cat

—¿Puede estar embarazada? —Me quedé en blanco, porque por primera vez en mi vida no podía estar segura. La enfermera pareció entender mi vacilación al contestar, porque me dio una cálida sonrisa y anotó en la tablilla de examen algo.

—No sé preocupe, haremos un análisis antes de llevarla a rayos X.

—Gracias.

—Vaya quitándose la ropa y póngase esto para examinarla.

—Solo me duele la muñeca.

—Nunca está de más que la hagan un reconocimiento. El doctor vendrá enseguida. —La enfermera me dejó sola en la habitación. Y al poco tiempo regresó para tomar una muestra de sangre. Viktor asomó su cabeza un segundo después de que la enfermera se volviese a ir.

—¿Cómo te sientes?

—Solo me duele la muñeca, pero quieren hacerme un reconocimiento completo.

—Andrey quiere demandarle hasta por golpear la puerta del baño contra la pared. Si tienes un arañazo en el culo, le va a hacer pagar por ello.

—Me parece exagerado. —Sentí como sus brazos me envolvían y me besaba la frente.

—Voy a hacer que se quede entre rejas tanto como pueda. —La puerta de la habitación se abrió, dejando ver un joven doctor que entraba. Viktor se puso de repente rígido y se apartó de mí para ir hasta el doctor, cogerlo del brazo y sacarlo de allí. No tuve tiempo de preguntarle qué había ocurrido hasta que volvió un minuto después.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué saliste con el doctor?

—Ríete y llámame machista retrógrado, pero a mi mujer no le pone la mano encima un hombre que no sea yo.

—Sí, eres un retrógrado. No es el primer médico que me ve desnuda, es más, mi ginecólogo era un hombre.

—Vale, pero mientras yo esté delante no va a suceder.

—Ven aquí. —Lo abracé con mimo, al menos lo que me permitió mi dolorida muñeca.

—No te sentirás inseguro, ¿verdad?

—¡Ja! Inseguro... Yo diría egoísta. Lo mío no lo comparto.

—Ni que fuera a preferir a un chico recién salido de la facultad de medicina.

—Pues claro que no, yo soy mucho mejor partido.

—Mi hombre tiene cosas que los demás no tienen.

—Eso, tengo más que cualquiera de los que trabajan aquí.

—Me juego lo que quieras a que ninguno tiene una habitación del pánico en sus casas, como la tuya.

—¿Te estás riendo de mí?

—¿Yo? Dios me libre.

—Si ese culo está bien puedo darle unos azotes.

—Ponme una mano encima de esa manera y te corto las pelotas con un alicate de pelar cables.

—¡Joder! Sí que eres explícita.

—Yo no juego con los azotes. El dolor se lo dejo al dentista.

—Vale, entendido. —La puerta volvió a abrirse y entró una mujer madura con una bata blanca y un estetoscopio al cuello.

—Bien, señorita Steel. Ya que su prometido ha puesto objeciones a que la vea mi compañero, la revisaré yo.

—Siento las molestias.

—Yo no —puntualizó Viktor.

—En fin, veamos cómo se encuentra. —Revisó sus anotaciones, frunció el ceño y miró a Viktor.

—¿Qué hace todavía aquí? Salga por favor.

—Es mi prometida.

—Y yo la médico, así que déjeme hacer mi trabajo. —Viktor apretó los dientes, pero salió. Podía entenderlo, la última vez que salió de su vista me asaltó mi ex.

—Bien. Viendo lo posesivo que es, es mejor tomar todas las precauciones posibles.

—Sí, es un poco de eso.

—Ahora necesito que me diga si el bebé es suyo, no quiero tener que firmar un certificado de defunción.

—Estoy... estoy embarazada. —No, no era una pregunta, era una confirmación de una pequeña y diminuta sospecha que no tenía hasta que me hicieron la pregunta.

—Sí. La revisaré y averiguaremos de cuánto tiempo.

—De acuerdo.

Viktor

¿Intranquilo? Como si fueran a hacerme una revisión de la próstata. Acababan de asaltarla, ¿no podían darme un poco de tregua? ¿Y la iba a revisar un niñato con las hormonas a 200 %?, Ni médico ni nada. Y eso de que la viese desnuda un hombre, bueno,

podía negociar con eso, si era gay o pasaba de los 60. Entonces tragaría con ello, aunque... de 60 tampoco, dejémoslos en solo gay, mejor no tentar a la suerte. Sentí una mano sobre el hombro y me giré para encontrar a mi padre.

—¿Cómo está?

—La están revisando.

—¿Llegó a tocarla?

—Parece ser que se lastimó cuando la tiró al suelo.

—Andrey se está ocupando de él ahora.

—Voy a encerrarle en una jaula de 1x1 y voy a tirar la llave para que se pudra.

—Podemos pagarle un pasaje en el barco.

—No, de este me quiero encargar personalmente. Compraré una casa con un gran sótano bien insonorizado y bajaré a torturarle cada noche.

—Tranquilo, fiero. Seguro que habrá mejores maneras de hacerlo sufrir.

—La humillación pública solo consiguió cabrearlo más. Lo había estudiado y la humillación era lo que más podía dolerle.

—Quizás necesite una dosis más grande, o combinada con otros... ingredientes.

—Voy a hacer de su vida una miseria.

—Esta vez no lo harás solo. Ahora Katia es de la familia. —Joder, sí. Y con la familia Vasiliev no se juega.

—¿Señor Vasiliev? —Alcé la mirada para encontrar a la doctora frente a la puerta de la habitación de Katia—. Puede entrar ahora. Pasará una enfermera dentro de poco para inmovilizar la mano. —Asentí, y entré con cuidado en la habitación.

—¿Te han dado calmantes para el dolor?

—Todavía no.

—Pues no sé a qué están esperando. Voy a hablar con esa doctora.

—Ha ido a revisar qué puedo tomar, pero ya me ha advertido de que no será gran cosa.

—¿Cómo que no? Cuando me rompieron el cúbito me dieron calmantes para dormir a un caballo. Me pasé dos semanas flotando por el campus de la universidad.

—No es el mismo caso.

—Me da igual, te conseguiré un médico que te de algo para el dolor.

—No quieres entender, Viktor. En mi estado, no es bueno para el bebé que tome medicación.

—¿Bebé? ¿Qué...? ¡Bebé! Estamos... estamos...

—Embarazados, sí. De tres semanas.

—¡Joder! —Ahora pienso que debí parecer un loco, pero en ese momento lo primero que hice fue abrir aquella maldita puerta, ver a Yuri y Nick caminando por el pasillo y gritar como si me estuvieran aplastando las pelotas con una prensa hidráulica—. ¡Vamos a tener un bebé! ¡Voy a ser padre! —Luego cerré la puerta de nuevo, agarré la cara de Katia y la besé, interrumpiendo el beso para decir lo mismo.

—Voy a ser padre... voy a ser padre... voy a ser padre.

Capítulo 60

Agente Blake

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —Genial, tenía que venir Bloom a joderme el día, o mejor dicho la noche. Primero me embarca en una misión que tenía lógica solo para él y ahora, después de registrar la entrada de ese tipejo impresentable, va Bloom y se pone arisco conmigo. Bueno, al menos el maltratador ese tenía los días contados. Con su denuncia por agresión a un agente del FBI, más los cargos presentados por los Vasiliev, el tipo no vería el sol en una buena temporada.

—¿Y ahora qué he hecho mal, señor?

—Pasaré tu falta de respeto esta vez, Blake, pero ya me estás cansando.

—Siento si lo he hecho, señor.

—Se suponía que tenías que acercarte a la chica, establecer un primer contacto, hacerte su amiga. Y vas y lo jodes, desvelando tu identidad a la primera de cambio.

—El tipo iba a golpearla, señor. ¿Quería que le dejara hacerlo?

—Si lo hubieses hecho, Viktor habría matado al tipo y ahora tendría un buen cargo para encerrarlo de por vida.

—Estamos aquí para proteger, señor. Si no lo hacemos, ¿de qué servimos entonces?

—Estamos aquí para atrapar delincuentes, Blake. Y no es la primera vez que se recurre a los pequeños para llegar a los grandes.

—¿No se le ha ocurrido pensar que si no hay pruebas es que no hay delito?

—Apuestas ilegales, trata de blancas, drogas de diseño, prevaricación, peleas clandestinas, asesinato... Esa familia está metida en todo lo corrompido que hay en Las Vegas; voy a demostrarlo y a hacerles pagar por ello. —«El fin no justifica los medios», estuve a punto de decir. También me valía un «vete a la mierda», pero ambas respuestas me habrían traído muchos problemas, demasiados problemas. Así que hice lo único que podía, callar. Porque tampoco soy de las que dice, «sí, señor» a todo, me había cansado de eso.

Entré a trabajar en el FBI porque se suponía que podían hacer más que un simple policía de calle. Defender al indefenso, ¿recordaba eso Bloom? No se trataba de atrapar al malo, sino de proteger a débiles. Dos maneras de ver nuestro trabajo, lo sé, y la mía por lo visto no debía de ser la correcta. Había elevado mi queja a aquellos que estaban por encima de Bloom; seguí todos y cada uno de los procesos correctos para que le dieran un toque de atención, ¿y qué hacen? Decirme que Bloom está haciendo lo que debe, sus procedimientos están dentro de la ley y yo tengo que cumplir órdenes, nada más. Como si lo de tener criterio propio estuviese de más.

Me estaba cansando de toda esa mierda. Políticos corruptos, agentes que se saltan la ley y nadie hacía nada para detenerlos. Había demasiada escoria suelta en este país y Bloom solo podía ver a uno que, a mi parecer, no era de los peores. A veces tenía ganas de convertirme en un simple agente, aunque luego recordaba a mi padre, apuñalado por un

delincuente al que había detenido una vez anterior y que el sistema legal había dejado libre por algún tecnicismo. Juré que no dejaría que pasara eso; tenía que hacerse justicia, encarcelar de manera definitiva a quienes hacían daño.

Andrey

—Tenemos que repasar tu declaración, Katia.

—No va a variar mucho.

—Lo sé, pero tiene que haber algo que se nos escapa.

—¿Qué quieres decir, hermano?

—Cuando fui a presentar cargos, Bloom estaba allí. Y su sonrisa... no me gustó nada. Tiene algo entre manos y tengo la corazonada de que tiene algo que ver con lo de la denuncia.

—¿Insinúas que está involucrado con el ataque de Rocky?

—Dímelo tú, Viktor. Miami está muy lejos de Las Vegas. ¿Cómo llegó ese tipo hasta nosotros? Que pretendiese llegar hasta Katia no es nuevo, ¿pero que llegara a conseguirlo donde lo hizo? ¿Su primera salida de la seguridad de la casa y aparece allí? ¿Y qué hacía un agente del FBI en el baño con Katia?

—Suenan a como si esperaran que ocurriera algo.

—Eso mismo.

—Quieres decir...

—Querían llevarnos a un juzgado y lo han conseguido.

—Pero soy yo quien va a declarar y Rocky quien va a ser juzgado —apuntó Katia.

—Una vez que hayas jurado decir la verdad, estarás obligada a hacerlo y ellos pueden preguntar lo que quieran, siempre que convenzan al juez de que esas preguntas son pertinentes. —Podía ver la mandíbula apretada de Viktor; los rostros enfurecidos de todos los miembros de la familia a nuestro alrededor.

—Harán que declare contra ti, Viktor —comprendió Katia.

—No, no van a hacerlo —defendió Viktor.

—Créeme, Katia, pueden —intenté hacerla comprender, pasando por encima de la opinión de mi hermano.

—No, no pueden hacer que una esposa declare en contra de su marido —dijo ella.

—Estamos prometidos, no... —empezó a aclarar Viktor.

—Esto es Las Vegas, ¿no? Y aparte del juego, es famosa por otra cosa. —Viktor se acercó a Katia, comprendiendo de pronto lo que ella quería decir. Sus manos sostenían su rostro con veneración, con admiración y ¿amor? Odiaba sentirme así, envidiándoles pero sabiendo que aquello no era lo mío.

—¿Quieres una boda relámpago?

—Mi madre está aquí, tu familia también, no necesitamos nada más.

—¡Dios! Te quiero. —Viktor la besó con tanta pasión que incluso me puso incómodo. Alcé una ceja hacia mi padre y él asintió mientras sonreía.

—Voy a hacer una llamada. ¿Para cuándo lo quieres?

—Seguro que encontramos alguna capilla abierta, papá.

—¡Ah, no! De eso nada. Hay que comprarle un vestido bonito, nada de esos velos sudados que todas las novias usan —protestó mi hermana.

—¿Y qué propones, Lena? —quiso saber Viktor.

—Podemos hacerlo en el hotel, tenemos servicio de bodas si se contrata con antelación, ¿verdad, cariño? Llama y concierta una para mañana... ¿A las 12 te viene bien, hija? —intervino mi madre.

—Tú sí que sabes organizar una boda, mamá —la animó Viktor.

—Yuri, cariño, llama al restaurante, prepara otra comida privada para la familia, con flores frescas y que se esmeren en la decoración. Que tu equipo de reposteros haga una tarta especial. ¿De qué te gustaría tu tarta, cariño? —Katia alzó los ojos, como buscando en su memoria el sabor perfecto.

—Red Velvet.

—Listo. ¡Vamos, Yuri, muévete! —le apremió mamá.

—Sí, cariño.

—Y tú, Lena, ¿no tienes que llamar a alguna tienda de novias?

—Sí, supongo que podré hacerlo en cuanto empiece el horario comercial. Pero mientras iremos echando un vistazo a los catálogos por internet.

—Bueno, chicos. Será mejor que desempolvéis el esmoquin. Nos vamos de fiesta —remató Nick.

Viktor

¿Nervioso? Más que un pollo dentro de la jaula de los leones. Y no era porque temiera por nosotros. Había puesto a trabajar a toda la maldita familia. Tenía más seguridad a nuestro alrededor que el maldito presidente de los Estados Unidos. Nada ni nadie iba a interrumpir esa boda. Salvo la novia, claro. Eran las 12:02 y aún no había llegado. Sentí la mano de Yuri en el hombro.

—Tranquilo, es la novia, tiene que llegar tarde.

—Ya, el problema es que yo no estoy acostumbrado a esperar.

—Aprenderás.

—¿Con mamá es así?

—Que voy a decir, siempre compensa. —En aquel momento, la puerta de acceso al salón se abrió y Lena asomó la cabeza.

—Que empiece la música, ya estamos aquí. —Si alguien me hubiese preguntado en aquel momento, seguro que le habría dicho cualquier barbaridad, como que sonaba «La cabalgata de las Valquirias», pero mentiría. Aquella canción decía todo lo que mis ojos veían. No era que se me hubiese cortado la respiración cuando la vi aparecer vestida con aquel increíble vestido de novia, ni que mi corazón estuviese a punto de salirme por la boca. No, era porque lo que decía aquella maldita canción era verdad, palabra por palabra. Y no eran sus palabras, eran las mías. Era lo que no me atrevía a decir, lo que no sabía cómo expresar, pero que una maldita canción lo había conseguido.

ESTE ES UN MUNDO LOCO
ESTOS SON TIEMPOS SOLITARIOS
ES DIFÍCIL SABER QUIEN ESTÁ DE TU LADO
LA MAYOR PARTE DEL TIEMPO

EN QUIÉN PUEDES REALMENTE CONFIAR
A QUIÉN CONOCES REALMENTE
ACASO HAY ALGUIEN ALLÁ AFUERA
QUIÉN PUEDE HACERTE SENTIR MENOS SOLA
A VECES SIMPLEMENTE NO PUEDES HACERLO POR TU CUENTA

SI NECESITAS UN LUGAR AL QUE PUEDAS CORRER
SI NECESITAS UN HOMBRO SOBRE EL CUAL LLORAR
YO SIEMPRE SERÉ TU AMIGA

SI NECESITAS UN REFUGIO DURANTE LA LLUVIA
CUANDO NECESITES ALGUIEN QUE TE CURE EL DOLOR
YO ESTARÉ ALLÍ UNA Y OTRA VEZ
CUANDO NECESITES ALGUIEN QUE TE AME
AQUÍ ESTOY YO, HMMM

SI TIENES SUEÑOS ROTOS
SOLO DÉJAMELOS A MI
YO SERÉ LA ÚNICA QUE TE COMPRENDA
ASÍ QUE TOMA MI MANO

SI ALCANZAS EL VACÍO
SABES QUE YO HARÉ MI MAYOR ESFUERZO
PARA LLENARTE CON TODO EL AMOR
QUE SOY CAPAZ DE MOSTRAR
TE PROMETO QUE NUNCA CAMINARÁS SOLO

SI NECESITAS UN LUGAR AL QUE PUEDAS CORRER
SI NECESITAS UN HOMBRO SOBRE EL CUAL LLORAR
YO SIEMPRE SERÉ TU AMIGA

SI NECESITAS UN REFUGIO DURANTE LA LLUVIA
CUANDO NECESITES ALGUIEN QUE TE CURE EL DOLOR
YO ESTARÉ ALLÍ UNA Y OTRA VEZ
CUANDO NECESITES ALGUIEN QUE TE AME
AQUÍ ESTOY YO, HMMM

TODOS NECESITAN A ALGUIEN PARA
MANTENER UN CORAZÓN Y UN ALMA EN DOS

SI NECESITAS UN LUGAR AL QUE PUEDAS CORRER
SI NECESITAS UN HOMBRO SOBRE EL CUAL LLORAR
YO SIEMPRE SERÉ TU AMIGA

SI NECESITAS UN REFUGIO DURANTE LA LLUVIA
CUANDO NECESITES ALGUIEN QUE TE CURE EL DOLOR
YO ESTARÉ ALLÍ UNA Y OTRA VEZ
CUANDO NECESITES A ALGUIEN QUE TE AME
AQUÍ ESTOY YO, AQUÍ ESTOY YO

Leona Lewis, Here I am

Cuando tomé sus manos, no cuestioné por qué Sam la había acompañado hasta traerla a mí, habría una razón para ello, pero no me importaba. Solo necesitaba sentir su contacto. Mis ojos estaban enlazados con los suyos, haciendo que el resto del mundo dejara de existir, solo éramos ella y yo.

—Te amo. —No sé cómo salió eso de mi boca, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. ¡Demonios! Tampoco quería hacerlo, aunque me hiciera parecer un blando delante de mi familia. Katia se estiró hacia mí posando un suave beso en mis labios que yo tomé y convertí en un auténtico beso.

—¡Eh, Eh! Que eso viene al final. —El gilipollas de Nick siempre fastidiando. Pero me dio igual, ya estábamos aquí y eso nada podría estropearlo, aunque cayera una bomba encima de nosotros.

Capítulo 61

Viktor

Abrí los ojos y lo primero que vi fue el rostro sereno de Katia, mi Katia. Había descubierto que verla dormir era la mejor terapia para relajarme. Las preocupaciones se iban, la prisa no existía. Mi tesoro, mis tesoros. Extendí la mano para acariciar su vientre, donde mi bebé estaba bien protegido, creciendo. Padre, iba a ser padre y eso me asustaba como el infierno, porque si lo pensaba bien, iba a traer a ese pequeño a un mundo de locos, lleno de peligros que acechan en cada esquina. Pero no iba a permitir que nada los alcanzase de nuevo. Había visto el hueco en el asalto de Rocky y tenía que dar gracias a ese cretino por habérmelo hecho notar antes de que ocurriera una auténtica desgracia. Había lugares donde cualquiera de mis hombres no podía llegar, como el baño de señoras. Había tantos sitios a los que quería que fuera, pero en los que no estaría tan segura, salvo... Sí, estaba claro, tenía que contratar a una mujer; una guardaespaldas que pudiese protegerla en aquellos lugares donde solo podían acceder mujeres.

Vi como sus ojos se abrían, su sonrisa formándose para mí.

—Buenos días, princesa.

—Bue... —Su cara se puso pálida y de un salto salió corriendo de la cama hacia el baño. Ya estaba yendo tras ella cuando escuché las primeras arcadas del vómito. No es que me gustara ver vomitar a alguien, y mucho menos tener la nariz cerca, pero era Katia y me necesitaba a su lado. Y si lo pensaba bien, aquello era por mi culpa. Yo había metido a ese bebé allí dentro y era él quien estaba vapuleando su cuerpo. Me arrodillé a su lado, recogí su pelo para que no la molestase y acaricié su espalda de la misma manera que mamá hizo cuando vomité después de mi primera mala experiencia con el alcohol barato. Después de unos minutos, Katia pareció haber vaciado todo lo que tenía.

—¿Mejor?

—Puede decirse que sí.

—Te ayudo a levantarte. —La aferré por la cadera y la alcé hasta el lavabo. Intenté acercarme a ella para besar su frente, pero ella me apartó.

—Huelo como una cloaca. —Cogí el cepillo y la pasta de dientes y se los puse en la mano.

—Cuando arregles eso, voy a besarte.

—Vale. —Se limpió con cuidado, mientras yo hacía lo mismo con mi cepillo. Le di el vaso con agua y ella se enjuagó. Luego lo hice yo. Cuando deposité el vaso en su sitio, la volví a tomar por las caderas y ella pasó sus brazos junto a mi cuello.

—Bueno, ¿dónde lo habíamos dejado?

Andrey

—¿Cómo que está libre?

—Llegó una orden de excarcelación, señor Vasiliev.

—¿Un juez le ha liberado? Pero si ni siquiera ha habido juicio.

—En su expediente dice que se le ha impuesto una sanción por un delito de faltas. No hay ninguna agresión.

—¿Y la agente que le detuvo? Tenía sangre en la cara. Ahí sí hubo una agresión.

—¿Qué agente?

—Blake, la agente Blake, del FBI.

—Ya no trabaja para el FBI. Presentó su renuncia al poco de llegar la orden de excarcelación.

¿Un agente con ética? Podría ser, pero algo me decía que había mucho más en todo aquello. Me olía que íbamos a tener noticias muy pronto del tal Rocky Bellami e iba a prepararme para ello.

R. Blake

Quizás me precipité, pero no podía más. No soy una persona violenta, o al menos intento desahogar mi furia contra un saco de boxeo, pero si seguía un minuto más allí iba a hacer algo realmente malo. ¿Y se atrevía a sonreír como si hubiese ganado un oro olímpico? Bloom estaba podrido, corrompido de odio, ciego en su lucha. ¿Daños colaterales? Le traían sin cuidado.

No sé cómo consiguió que un juez firmara aquello, pero moralmente no me parecía ético. Tenía que haber hecho algo más, como revisar la grabación del trato que había hecho Bloom con el chico, pero ahora era demasiado tarde y de todas maneras ¿qué iba a hacer? Ir corriendo hacia los Vasiliev y decirles: «¡eh!, ¿sabéis que Bloom está planeando algo con ese Rocky Bellami? Os quiere pillar y acaba de conseguir una pieza más con la que atraparos». Odio a Bloom, pero sé reconocer que es un cabrón inteligente y, además, retorcido.

Nick

¿Quién dijo que golpear no servía para nada? Llevaba más de una hora golpeando y pateando aquel puñetero saco y me sentía muchísimo mejor. Katia estaba bien, solo un pequeño esguince en la muñeca, pero aun así estuvo en peligro. Aquel tipo era un pedazo de hijo de puta y se merecía lo que Viktor le hizo en aquel vídeo; el problema es que no fue suficiente porque había vuelto. Puede que no supiera quiénes éramos, o de lo que éramos capaces de hacer. Yal vez no nos tuviera miedo y le gustaba precisamente ese riesgo, el desafío de enfrentarse a alguien más grande. El caso es que había que detenerlo y esta vez Viktor no estaba solo, nos tenía a toda la familia con él. Es lo que tenían los Vasiliev, golpea a uno y nos golpeas a todos; y cada uno devolvía esos golpes a su manera. Teníamos que hablar de ello antes de que Viktor se fuera a su Luna de Miel.

El reflejo de Yuri en el espejo me sacó de mi serie de golpes. Retuve el saco y respiré pesadamente para recuperar el resuello.

—Tu hermano acaba de llegar.

—¿Y Viktor?

—Bajará en un minuto.

—Bien. Entonces vamos a ello. —Yuri asintió y caminó delante de mí. Solo modifiqué mi paso para recoger una toalla y una botella de agua. No necesitaba más para esa reunión.

Candela

¿Sabes esa sensación como si tuvieras un elefante sentado sobre la cabeza? Pues eso era lo que yo tenía. Mi cuerpo estaba dolorido en partes que no recordaba ni que existían, pero mi cabeza, ¡oh, Dios!, esa era la peor parte. Tenía encima mi propia versión de *Resacón en Las Vegas*. ¿Serían así de locas todas las fiestas rusas? Escuché el agua de la ducha detenerse y la mampara abrirse. Oh, oh, eso se ponía interesante, porque se suponía que debía estar sola en mi habitación, ¿verdad? Estiré la cabeza para poder ver mejor la puerta del baño y mi espera se vio recompensada cuando un impresionante hombre apareció envuelto solo con una toalla en su cintura. Su ceja derecha se alzó sobre aquella mirada azul.

—Estás despierta.

—Sí. —Caminó hasta mí para sentarse en la cama, junto a mi cadera.

—Recuerdas, ¿verdad?

—No debí tomar aquel trago de vodka.

—No, sobre todo el segundo.

—Yo... es la primera vez que...

—¿Te avergüenzas de lo que pasó anoche? —Miré su pecho porque no me atrevía a mirarle a la cara. Yo no hacía eso, yo no era una jovencita alocada que se emborracha y luego tenía sexo con... ¡Oh, Señor!, ¿tenía una marca de mordisco en el pecho? Estiré la mano hacia allí.

—Yo... ¿yo hice eso?

—No había nadie más aquí anoche.

—Yo-yo lo siento, no quería hacerte daño.

—¿Me has oído quejarme? Por mí puedes hacer de estos tantos como quieras.

—¿Quieres... quieres que vuelva a morderte?

—Tengo suficiente edad como para afrontar mis errores, pero también sé reconocer cuándo no lo son. Y aunque esto parezca que lo es, no creo que lo sea.

—¿No?

—He estado demasiado tiempo en el banquillo y creo que ha llegado el momento de volver a jugar. ¿Tú qué piensas? —¿Que qué pensaba? Pues que estaba claro que había pasado por encima todas las reglas del juego. Yo no era una salvaje que mordía hombres, yo... ¡Mierda! Pero debía ser estupendo morderle.

—Puedo... puedo hacerlo y prometo no volver a morderte. —O eso intentaría.

—Vaya, contaba con que habría más de estos, pero si no puedes... —Sentí su cuerpo inclinarse sobre mí, sus brazos a ambos lados, su rostro a escasos dos centímetros del mío.

—Pu-puedo intentarlo.

—Déjate llevar Candy, deja que la chica de anoche regrese. —¡Oh, Señor! Si seguía besándome así, estaba segura de que la fiera salvaje regresaría, porque la oía rugir dentro de mí.

Capítulo 62

Andrey

—Han soltado a ese hijo de puta de Bellami.

—¿Cómo?

—Un juez lo liberó.

—Pero nosotros hicimos una denuncia por agresión.

—He leído la argumentación. Aluden que nunca llegó a tocar a Katia y que, por tanto, no hay agresión.

—Hijos de puta. ¿Y la agente del FBI? Hay una agresión ahí, ¿verdad?

—No sé cómo coño han tapado eso, pero no es lo que más me preocupa.

—Desembucha.

—¿Qué hacía Blake en el baño con Katia? ¿Cómo dio Bellami con Katia en nuestro hotel? Era el primer día que salíamos de casa, ninguna pauta ahí, tan solo una llamada para reservar mesa.

—Pincharon nuestros teléfonos o sonsacaron a alguien.

—Por nuestros teléfonos no ha sido, Bobby se encargó de ellos, salvo...

—¿Salvo, Viktor?

—Salvo que tengan pinchados los de la centralita del hotel.

—Sí, ahí es difícil de localizar.

—Pondré a Bobby a trabajar en ello.

—Primer paso. Ahora deberíamos empezar a tomarnos a Bloom como una amenaza mayor de lo que pensábamos.

—Estoy de acuerdo. Lo de ese tipo ya no está dentro de lo aceptable.

—He empezado a mover mis contactos en la zona de la fiscalía; pronto conseguiré algo, o eso espero.

—Yo también pondría un ojo sobre el pequeño bastardo, ¿no crees, hijo? —añadió papá.

—Me parece que Bobby va a tener demasiado trabajo —se lamentó Viktor.

—Yo puedo ocuparme de lo del «fantasma» —respondió Nick.

—¿Estás seguro? Destapar tramposos en el casino no es tu campo.

—Sigo en la zona de juegos, ¿recuerdas, papá?, estoy con lo de la timba de póker.

—Sí, no lo he olvidado. Hay mucho dinero ahí.

—Exacto. No os preocupéis con lo de ese tramposo, daré con él.

—Según Bobby, lleva operando más de 6 años y todavía no lo hemos atrapado. No te desanimes si no lo cazas. Y tampoco es tan importante. Si hemos tardado 6 años, podemos esperar un poco más. Ahora debemos centrarnos en algo más importante.

—También voy a estar ahí.

—Lo sé.

Cat

Catalina Vasiliev, ahora era Catalina Vasiliev. Bueno, Katia Vasiliev. Ya puestos, ahora era casi rusa, incluso mi bebé tendría sangre rusa.

—¿Puedo pasar? —La cabeza de Lena apareció por la puerta. Pero no esperó a que le diera permiso, sino que directamente entró en la habitación y caminó hasta la cama.

—Reconozco que ir de compras me encanta, pero hacerlo con tan poco tiempo puede resultar agotador.

—¿Y qué has comprado?

—Pues tu guardarropa para el viaje de novios.

—¿Mi guardarropa?

—Sí, no iba a dejar que mi hermano te llevara por Europa sin nada que ponerte. —Sí, esa había sido la sorpresa de mi recién estrenado marido. Nos íbamos de viaje de novios por Europa. Eso de tener dinero para contratar un avión privado tenía sus ventajas, supongo. Nada de esperar para embarcar, sin overbooking, los mejores asientos, un baño más grande y nada de horarios ni esperas para recoger el equipaje. Una podía acostumbrarse a viajar así. Europa. Viktor dijo que compraríamos ropa según la fuéramos necesitando y eso de comprar ropa en Italia o Francia, o calzado y bolsos de piel en España, hacían babear a cualquier mujer que sabía dónde se encontraba la auténtica moda.

—Viktor dijo que salíamos esta tarde.

—Lo sé, por eso me he dado prisa. Tienes un par de maletas esperando en el hall de entrada. He previsto todo lo que puedas necesitar, incluso un par de bañadores.

—Viktor te contó nuestro itinerario.

—Me dio un par de orientaciones, sí. Pero si me vas a preguntar por ello, no puedo decirte cuáles son sus sorpresas. Eso lo tiene bien escondido.

—Así es más seguro para todos.

—¿En Europa? Dudo mucho que intenten algo mientras estéis de viaje de novios por esos países. No, lo que quiere mi hermano es que esta sea la mejor experiencia de tu vida.

—Conocerlo ya ha sido la mayor experiencia de mi vida.

—No he dicho la mayor, dije la mejor.

—Ah, sí, buena puntualización. —Sentí su mano apoyándose en mi vientre y su sonrisa se volvió dulce.

—Cuida de mi sobrino y déjate mimar por mi hermano. Del resto... dale tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Que está muy fuera de su lugar. Viktor nunca ha sido un cavernícola posesivo y celoso. Controlador, sí, es su trabajo. Pero lo otro... sé que está asustado.

—Él cuidará de nosotros.

—No me refiero a eso, que también. Es... por primera vez en su vida mi hermano está asustado de que lo mandes a la mierda.

—Pero si me he casado con él y voy a darle un hijo, ¿qué más quiere?

—Viktor está acostumbrado a no dar nada por hecho. Lo que parece estable un día, al siguiente se derrumba en pedazos. Yo sé que tú vas a ser algo permanente en su vida, todos lo sabemos. Ahora [M68]le toca a él asumirlo. Y cuando lo haga, dejará de asfixiarte.

—¿Asfixiarme?

—Oh, sí. No dejará ni que vayas a mear sola, lo sé. He estado ahí. Cuando sufrí un accidente de tráfico, tenía a sus chicos revisando mi vehículo a diario. Un exagerado, lo sé, pero es porque se preocupa.

—Así que sufre episodios de paranoia.

—Yo los llamaría exceso de celo, pero se calma en cuanto se da cuenta de que se está pasando. Como lo que hizo con el médico en el hospital.

—Ah, sí. Pobre doctor, lo sacó como si fuera un crío que se ha colado en el cine.

—Cuando se dé cuenta de que está exagerando su celo, volverá a ser el de siempre.

—Eso espero. Un poco de celos no está mal, pero eso...

—Sí, los celos también son algo nuevo para él.

—¿No tuvo una novia antes?

—Salió con algunas chicas en preparatoria. Pero nada que ver con cómo se encuentra contigo.

—Eso da miedo.

—Yo lo tengo por él, no por ti.

—¿A qué te refieres?

—Si algo te ocurriera, a ti o al bebé, destrozaría a mi hermano, lo sé. Parece duro por fuera, pero su corazón es como una fresa madura. Dale un pequeño toque y se hará compota.

—Cuidaré de él.

—Cuento con ello. —Se levantó de la cama y caminó hacia la puerta.

—Y, Katia.

—¿Sí?

—Trae algo bonito para tu cuñada favorita, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

—Bien.

Epílogo

Viktor

Antes de subir a ese avión, tenía que dejar todo atado. Igor y Orrel cuidarían del fuerte mientras yo no estaba. Me habría gustado traer a Igor conmigo pero, con lo de sus niñas tan reciente, sabía que preferiría estar con ellas durante unos días. Seguro que les gustaría el viaje a Orlando que les había regalado. ¿A qué niño no le gusta Disneyland?

—¿Vendrás directo desde Barcelona?

—No, después del concierto de Bruce Springsteen tengo planeado pasar unos días tranquilos tomando el sol en España. Luego quiero hacer una parada en Miami.

—¿Verás a Danny?

—Quiero presentarle a su nueva prima; además, he echado un ojo a una constructora pequeña. Sé que una inyección de capital les vendría estupendo, sobre todo para contratar un arquitecto y ampliar el negocio.

—Pensando en el chico de tu prima.

—Es un chico listo, encontraría un buen trabajo, estoy seguro. Tan solo le estoy poniendo fáciles las cosas para que no pierda el tiempo buscando. Además, así tengo una justificación para viajar a Miami con más regularidad.

—Un club, una constructora... Sí, definitivamente, nos estamos expandiendo.

—Cualquier cosa que ocurra, mantenedme al tanto; volveré si es necesario.

—Es solo un mes, Viktor. El mundo no se va a acabar porque tú te tomes unas vacaciones con tu mujer.

—Ya, qué pretensión la mía, pensar que soy imprescindible.

—Diviértete, relájate y no te esfuerces demasiado, el bebé ya lo tenéis hecho. —Subí al avión, donde Katia estaba acomodando su lindo trasero en uno de los asientos.

—¿Lista?

—Sí. —Me senté a su lado y tomé su mano. Podía sentir el temblor en ella. No era miedo a volar, eso ya lo habíamos hecho.

—¿Nerviosa?

—Excitada. Es la primera vez que salgo del país.

—Me alegro de ser yo el primero que ponga un sello en tu pasaporte.

—Vas a poner un montón de ellos.

—A eso se le llama empezar a lo grande.

—Tú no haces nada de forma pequeña.

—No, tienes razón.

Besé sus labios y entrelacé nuestros dedos. Aquella iba a ser una buena experiencia,

iba a hacer que lo fuera. Lo merecíamos. Y a la vuelta, tendría listo nuestro nuevo hogar. Hacía tiempo que había comprado una propiedad con una casa; solo necesitaba acondicionarla, revestirla de lo más avanzado en seguridad, preparar mi habitación segura y estaría lista para mudarnos. Estaba casi vacía, con apenas unos muebles en el salón y la cocina equipada. Estaba impaciente por ver lo que Katia era capaz de conseguir allí. Iba a ser nuestro hogar, donde vería corretear a nuestros hijos y donde tendríamos infinitos momentos de intimidad en la piscina. Ah, ¿no había dicho que tenía piscina? Sí, la tenía, e iba a ser lo primero que íbamos a estrenar porque tenía algo pendiente en una piscina con Katia. ¡Mierda! Necesitaba meter a mi mujer en una cama y hacerle gritar mi nombre mientras gemía. ¿Cuántas horas de viaje teníamos por delante? Creo que lo siguiente es cambiar el avión; necesito uno con cama. ¿Los tendrían para alquilar o tendría que comprarme uno?

Adelanto Préstame tu fuerza

Sonó una llamada en mi teléfono y accioné el “manos libres” para contestar, dejando que la voz de Bobby resonara dentro del coche.

—Sé que voy retrasado, cariño. Pero llegaré a tiempo para acostar a los niños.

—¡Ja!, pues vas a calentarte la cena en el microondas. No, en serio. Está aquí.

—¿Quién?

—El fantasma. —Aquel alias encendió la llama de nuevo dentro de mí.

—¿Estás seguro?

—Lleva media hora destrozándonos en la mesa de Black Jack. El programa acaba de reconocer su patrón de apuestas, es él. — Apreté los dientes y pisé un poco más el acelerador. Iba a cogerle esta vez. Sí, vale, no puedo tocarle o retenerle, pero podía hacer una jodida identificación visual del tipo y grabar su puñetera cara en el reconocimiento facial. Tenía que verle le cara y hacerle temblar, darle el mensaje de que con los Vasiliev no se jugaba, a menos que quisiera perder.

—Estoy a dos minutos, dile a Mauro que esté en la entrada. Y Bobby, no dejes que se vaya esta vez.

—Tengo a tres yendo para la mesa 5, Nick.

—Bien. — Tres tipos de seguridad serían suficientes para retenerle hasta que llegara. Serían el puñetero muro de Berlín, nadie podría salir de allí.

Cuando llegué a la entrada del hotel salté del coche y le arrojé las llaves a Mauro para que se ocupara de él y luego corrí como el diablo hacia la zona de juego. Es terriblemente bueno que sea lo primero que veas cuando entras al hotel. Caminé deprisa hacia la mesa 5. Tenía que reconocerle el mérito al tipo, sabía escoger el día. Era difícil caminar por allí, estaba hasta el tope de gente. Pero, aun así, el boxeo te da un buen juego de piernas y caderas. Ya casi había alcanzado la mesa, cuando uno de los chicos de seguridad se puso a caminar a mi lado.

—¿Quién es?

—Esquina derecha, latino de camisa oscura y sombrero de cowboy. — No podía decir que lo viera, pero el sombrero era un buen punto de referencia. Casi lo tenía con solo estirar la mano, cuando un tipo deslizó su silla delante de mí haciéndome tropezar. Soy luchador de MMA, hay tres cosas que nos enseñan a hacer desde el primer día, dar golpes, encajarlos y caer. Y eso hice, giré mi cuerpo para caer sobre la parte más carnosa de mi cuerpo, mi culo.

Hay muchas maneras de caer al suelo, y por lo que mis ojos estaban viendo, aquella no había sido de las peores. No, incluso diría que era de las mejores, sí. Delante de mí, flotando como un OVNI en el desierto en plena noche, tenía el más redondo, apetecible, y tentador trasero femenino que nunca antes había visto. Y digo bien, porque si en algo soy experto, es en traseros femeninos. Llámalo fetiche, llámalo obsesión, pero mi vida ha

estado marcada por un buen trasero de mujer. Otros eran hombres de tetas, otros de caras bonitas, yo era de traseros. Pasar mi mano por un buen trasero, es como tocar el cielo.

—¿Dónde has estado toda mi vida? —Sí, estaba bien dicho, porque si hubiese visto antes ese trasero, juro por mi vida que jamás lo habría olvidado. Pueden golpearme en la cabeza, y perder la memoria, quedar amnésico para siempre, pero ese trasero...ese trasero no le olvidaría.

Mi atención se deslizó hacia arriba, buscando a la dueña de tan exótico regalo, y la encontré. Labios jugosos, nariz pequeña y ... y nada más, porque tenía unas de esas enormes gafas de sol estilo Elvis, y una larga cabellera rubia de pelo liso, cuyo flequillo caía sobre gran parte de su cara. Pero aquellos labios, eran lo único que necesitaba ver, para saber que mis atenciones no las apreciaba. Se giró de nuevo hacia la mesa de Black Jack, acarició con su mano la espalda del tipo que jugaba delante suyo, y después se fue. ¡Oh, mierda!, acababa de levantar la liebre. Por su ropa, sabía que era el tipo a por el que iba, nuestro fantasma, y ella le había dado la señal para desaparecer. Antes de que estuviera en pie, el tipo se había esfumado entre la gente, llevándose sus ganancias consigo.

Préstame tu fuerza

Disponible julio 2019 en Amazon, gratis con Kindle Unlimited

Títulos de la serie “Préstame”:

- 1- ¡Préstame a tu novio!
 - 2- ¡Préstame a tu cuñado!
 - 3- ¡Préstame a tu hermano!
 - 4- ¡Préstame tu piel!
 - 5- ¡Préstame tu corazón!
 - 6- ¡Préstame tu fuerza!
-
-